PUERTO DE

CHELSEA

Daniel Sánchez Ruiz

Aunque partes de la trama están basadas en una historia verídica, el autor ha modificado fragmentos de ella según las necesidades narrativas, incluyendo personajes ficticios que dan solidez al relato, pero siempre desde el respeto a los afectados reales.

Señor, llévate mi alma, pero la lucha continúa.

Ken Saro Wiwa

Llorar a la madre es llorar la infancia.

Albert Cohen,

El libro de mi madre

¿Soy otra cosa ahora más que una playa de unida arena ofrecida al océano?

Anne Perrier

Mapa del reino Ogoni en el estado de Rivers, sur de Nigeria



El pacto

Arthur

Lagos, estado de Lagos, Nigeria

Miércoles 20 de enero de 1993

Aquella mañana, cuando Arthur le había susurrado a su esposa que la quería, ambos sabían quela sinceridad escaseaba en sus palabras. Nunca había experimentado un sentimiento real hacia ella, y sin dudarlo, la abandonó en su soledad londinense junto a sus dos pequeñas hijas. La másjoven, Sarah, apenas contaba con un mes de vida cuando Arthur partió temprano de su elegante hogar en el distrito de Chelsea, rumbo a la antigua capital nigeriana, donde tenía pactado un encuentro clandestino con el ministro de defensa del país. Su insaciable apetito por el poder eclipsaba cualquier vínculo familiar, pero lo que no pudo prever fueron las repercusiones que aquella reunión tendría en el destino de cientos de miles de personas y, en particular, en el suyo propio.

Pasaron diez horas desde el despegue cuando una azafata de piel oscura y de exótica belleza lo despertó con suaves presiones en el hombro.

—Señor Anderson —insistió con dos delicados golpecitos—. Señor Anderson, por favor abróchese el cinturón. Estamos a punto de aterrizar.

Arthur, todavía entre los pliegues del sueño y visiblemente contrariado, afirmó con la cabeza en silencio. Con una mezcla de desdén y lujuria, observó a la joven azafata que le ofreció una sonrisa profesional antes de seguir su camino por el pasillo del avión. Se llevó la mano a la nuca y la retiró, empapada en sudor, reconociendo la incómoda presión bajo su pantalón como una erección involuntaria. Aunque el aire acondicionado de la nave estaba ajustado a una temperatura baja, sus fantasías lascivas, combinadas con la disciplinada ingesta de alcohol durante el vuelo, lo habían acalorado en exceso. Recordó que aún quedaba un poco de bebida en el hueco del reposabrazos y lo bebió con avidez cuando el avión comenzó a descender. Siempre prefería el *whisky* sin hielo y de las marcas más reconocidas, en honor a la tradición que había visto practicar a su padre durante tantos años, y este, a su vez, al suyo. El alcoholismo y el cabello rojo eran legados familiares.

Revisó la hora en su Rolex para confirmar que el vuelo cumplía con el horario previsto, pero prestó poca atención a las palabras atropelladas del comandante por el altavoz. Se apresuró a ponerse su elegante americana negra que había dejado en el respaldo del asiento. A pesar de su apariencia lampiña, emanaba virilidad y aparentaba menos edad de la que tenía, atrapado en los veinte a pesar de haber superado los treinta. Según el plan acordado, su equipaje sería llevado al hotel por uno de los empleados de CRAB cuando lo descargaran del avión. Aunque esto no le otorgaba gran tranquilidad, no podía permitirse perder ni un segundo; cada instante representaba dinero para la empresa.

El aeropuerto de Lagos carecía de pasarelas para el desembarque de pasajeros, así que salió directo a una escalera metálica que lo dejó en la pista de aterrizaje. Al tocar tierra, se persignó y entrecerró los ojos debido a la lluvia y su progresiva miopía. No disponía de mucha más

información. Apenas había transcurrido una semana desde que aceptó el cargo de hombre fuerte de Royal Crab Petroleum en Nigeria, con la misión de enfrentarse, entre otras cosas, al problema Ogoni en el estado de Rivers, al sureste del país. Atentados terroristas continuos contra sus instalaciones y la incompetencia de su predecesor habían forzado a la empresa a retirarse de la zona. Mantuvo una seria conversación sobre su ascenso con el director general, el señor Stuart Neil, en los cómodos sillones de piel del despacho de la última planta del CRAB center, a orillas del sur del Támesis. El lugar estaba engalanado con pinturas religiosas del siglo XVII y ofrecía una vista privilegiada del parlamento británico. Ambos definieron con sus copas de licor la dirección inmediata que tomaría la compañía en el país africano, los pasos necesarios para recuperar el control de las explotaciones y continuar con la extracción de petróleo de la forma más rentable. Como buenos burócratas corporativos sin escrúpulos, estaban dispuestos a lograrlo a cualquier precio.

En las reuniones, Arthur sostenía la mirada de su interlocutor con una intensidad que parecía buscar penetrar en su cerebro, escudriñando cada punto vulnerable. Cada encuentro lo preparaba con la meticulosidad de un cirujano, y cuando veía una fisura en la armadura del otro, no dudaba en lanzarse como un depredador sobre su presa.

A unos metros del avión, al borde de la pista, se erguía un todoterreno negro con los cristales tintados que ocultaban cualquier indicio de vida en su interior. A su alrededor, una pareja de soldados vestidos con monos de camuflaje y ocultos bajo gorras, custodiaban el vehículo. Portaban con orgullo fusiles de asalto a sus espaldas. El más alto de los dos, un coloso de al menos dos metros, con unos bíceps que parecían tallados en granito, acariciaba el pomo de un inmenso machete anidado en su cadera. Arthur se acercó a ellos, alejándose de la

multitud de pasajeros que se encaminaban hacia el autobús que les conduciría a la terminal internacional del aeropuerto de Lagos. Se detuvo a escasos metros de distancia.

—¿Arthur Anderson? —preguntó el soldado del machete.

Arthur asintió en silencio.

—Soy el sargento Tansi. Venga con nosotros, el general le espera.

Los soldados le indicaron con un gesto del brazo que subiera por la portezuela trasera del vehículo. Siguió sus instrucciones y los dos hombres lo acompañaron al interior. El gigante que lo había recibido se acomodó a su lado como si fuera su sombra protectora; el otro hizo rugir el motor del todoterreno y salieron disparados de la pista de aterrizaje.

Las primeras construcciones de Lagos, como manchas dispersas y sin lógica aparente, delimitaban el perímetro del aeropuerto. En la penumbra, las viviendas se extendían a ambos lados de la irregular carretera de tierra, plagada de vehículos que fungían como improvisados puestos comerciales, con apenas espacio entre uno y otro. El descenso de la noche venía acompañado de una brusca caída de temperatura, que los lugareños aprovechaban para congregarse en las calles, socializar, comprar o, en algunos casos, sacar fruto de la ingenuidad de los extranjeros que osaban aventurarse solos por esos lares. El tumulto generaba una sinfonía caótica de bocinas y gritos, que apenas se disipaban con el paso del vehículo.

Varios niños llevaban pesadas cestas sobre sus cabezas cargadas con cualquier mercancía que pudieran vender. Arthur observó cómo un hombre adulto se detuvo frente a uno de esos pequeños comerciantes, le arrebató lo que parecía ser una fruta amarilla de su cesta y luego le propinó un cruel golpe en el estómago antes de desaparecer en la oscuridad. El niño se levantó

con la dignidad de quien está acostumbrado a las adversidades, recogió sus pertenencias y siguió su camino, aceptada la impunidad que reinaba contra los más vulnerables.

En los lindes de aquellas casas, mujeres y muchachas, vestidas con escasa tela y algunas sometidas a las garras de las drogas, aguardaban a sus posibles clientes. Arthur las identificó al instante como prostitutas que trataban de seducir a los hombres que pasaban, valiéndose de cualquier artimaña para atraerlos, ya fuera para satisfacer sus deseos carnales o para arrebatarles algo de valor. Algunos individuos habían instalado improvisadas peluquerías en antiguas motocicletas convertidas en asientos, bajo desvencijadas sombrillas de playa, que ofrecían trenzas para ellas y cortes a navaja para los caballeros. Los rótulos publicitarios de refrescos, automóviles y diversos productos inundaban las calles, y cada esquina se convertíaen un punto de negociación, cordial o no, para cualquier artículo susceptible de comercio.

Por otro lado, el conductor de uno de los innumerables «danfos» [1] amarillos que caracterizaban la ciudad había obligado a un grupo de pasajeros a abandonar el vehículo. Amenazaba a algunos de ellos con una barra metálica para evitar que intentaran volver a entrar. Todas aquellas escenas eran ignoradas por el resto de la población, sumida en una suerte de rutina de violencia generalizada. Habían aprendido que cuanto menos se involucraran, menos serían perjudicados. Lagos era una caldera a punto de desbordarse, alimentada por el constante flujo de inmigrantes provenientes de todos los rincones del país en busca de un destino más prometedor.

La policía, conocida entre la población como *kill and go*, tampoco contribuía con nada positivo. Si un ciudadano tenía un problema y los hombres de ley intervenían, se decía que

[1] pequeño vehículo amarillo que hace las veces de autobús y que es característico de la ciudad de Lagos.

ahora tenía dos problemas. Las extorsiones, palizas y secuestros indiscriminados eran prácticas habituales, por lo que la gente prefería resolver sus asuntos sin la intervención policial. Nigeria, uno de los países que mayor riqueza generaba por el petróleo, albergaba a su vez una de las poblaciones más desatendidas y desfavorecidas. En aquel entorno, cada individuo velaba por su propio interés y futuro, donde la solidaridad no encontraba cabida y la violencia se respondía con más violencia.

Tras una hora de trayecto en un silencio opresivo, el vehículo atravesó uno de los puentes que daban acceso a la isla de Lagos. Desde allí, se divisaba un resplandeciente perfil urbano, digno de cualquier ciudad europea. Se alzaban lujosos hoteles, colosales rascacielos y lugares de entretenimiento nocturno reservados para la élite local y los adinerados turistas. Sin embargo, eran espacios vedados para la inmensa mayoría de la población. También se erigían los últimos edificios gubernamentales que quedaban en la ciudad, ya que se estaban trasladando a Abuja, la nueva capital en el centro del país.

El Ministerio de Defensa estaba bajo el férreo mando del general Sani Abacha, una figura militar reconocida y vicepresidente principal del gobierno. Como líder indiscutible del ejército, era la única persona capaz de proteger los intereses de la empresa en el país y, de paso, mantener a raya a los terroristas Ogoni, quienes habían forzado la suspensión de sus operaciones en el estado de Rivers, así como a cualquier otra tribu que se les uniera en sus ataques. Arthur había investigado al ministro en la medida de lo posible, en el poco tiempo del que dispuso. Se sumergió entre cientos de archivos buscando perfilar al hombre de la forma más precisa. Descubrió que Abacha nació al norte de Nigeria y se había formado en la antigua escuela de cadetes de oficiales de Mons, a unas 30 millas al suroeste de Londres. Alcanzó el

rango de general sin obviar ningún cargo dentro del escalafón, un logro que lo convertía en una excepción. Casado y musulmán, su participación en la guerra de Biafra evidenció que su ansia de poder superaba incluso su devoción familiar y religiosa. Participó en varios golpes de estado, el último hacía apenas ocho años junto al general Ibrahim Babangida, actual presidente del país, y era ministro de Defensa desde mil novecientos noventa. Arthur estaba convencido de que, si le presionaba en los lugares correctos y alimentaba sus debilidades, Abacha se posicionaría junto a él.

Tras veinte minutos más de marcha se detuvieron ante tres soldados armados que custodiaban la entrada a un recinto amurallado hasta donde la vista alcanzaba. Uno de ellos se acercó con curiosidad, y tras comprobar quienes eran, hizo un gesto afirmativo a los otros dos, que se apresuraron a levantar la barrera amarilla que impedía el acceso. El lugar era una urbanización de hiperlujo planificada ya en tiempos del colonialismo británico, donde la cúpula empresarial y los oligarcas disfrutaban de toda la discreción y seguridad que el dinero podía pagar.

—¿A dónde vamos? —quiso saber Arthur, que había permanecido callado todo el camino.

—El general quiere tratar con usted de la manera más íntima posible —se limitó a contestar Tansi sin mirarle.

Despacio, el todoterreno accedió al interior de una de las fincas por el hueco que había dejado un imponente portón de seguridad abierto y que le dio paso a la parte delantera de una enorme villa acristalada tan lujosa como absurda. Arthur y el gigante del machete se apearon del coche y tomaron el camino hacia la puerta principal por orden de este último. El interior era tan exclusivo como la vista desde fuera hacía suponer, con excesos decorativos diseminados sin

rigor estético. Al final de uno de los pasillos Tansi llamó dos veces a una puerta doble y esperó la aceptación que llegó desde dentro apenas unos segundos después, para abrir la puerta y darle paso a Arthur.

El ministro de Defensa esperaba sentado en un sillón detrás de su enorme mesa, casi oculto por el humo de un puro que observaba con atención, dándole vueltas y disfrutando cada calada. Era un hombre alto, que vestía un traje militar de manga corta y hacía gala de todas sus condecoraciones sobre el lado izquierdo del pecho. Una gorra también verde con el escudo de armas de Nigeria encajada al milímetro delimitaba una cara de gesto serio, duro, rasurada, de un negro azabache surcada por lo que parecían ser pequeñas cicatrices antiguas producidas por alguna enfermedad epitelial infantil, pensó Arthur.

Ambos hombres entraron en un tenso duelo de miradas donde se estudiaron a fondo, sabedores de la importancia de la primera impresión.

—Siéntese —ordenó Abacha, con una voz rasgada a causa de años de fumar y gritar demasiado.

—Buenas noches —dijo Arthur sin dejar de mirarle, mientras tomaba asiento en el sillón que más cerca quedaba del general al otro lado de la mesa.

El silencio posterior del ministro incomodó a Arthur, que no dejó de mirarlo a los ojos. Vio una botella de licor y un vaso medio vacío en la mesa. Sorprendido, no esperaba que un general musulmán contraviniera una de las bases de su fe, pero eso le dejó entrever una información muy importante: los valores de aquel hombre podrían moldearse incluso eliminarse si se usaban las tácticas adecuadas. Deseó un trago de aquella bebida, fuera lo que

fuera, pero su yo interior le avisó de que más alcohol mermaría sus facultades comunicativas, por lo que, en un acto de contrición, decidió hacerse caso a sí mismo.

—¿Qué ha ocurrido con Imomoh? —quiso por fin saber el general.

—Señor ministro, el señor Egbert Imom…

—General Abacha —interrumpió mientras le lanzaba una inquisitiva mirada.

—General Abacha —continuó Arthur tragando saliva—, el señor Egbert Imomoh ha sido enviado a ocupar otros puestos dentro de la empresa, pero seguirá en Port Harcourt. A partir de hoy, yo seré el responsable de CRAB en el país. Estoy aquí para encontrar una solución al «problema Ogoni», y necesitamos su colaboración.

—¿Por qué no un nigeriano? —inquirió con un deje de desaire en la voz—. Es preferible un cerdo inglés, por supuesto —continuó, sin dar espacio a réplicas—. Conozco bien su pueblo, señor Anderson. He pasado mucho tiempo entre ustedes. Menosprecian a cualquiera que no sea de los suyos y toman todo por la fuerza. Han devastado esta tierra y, hasta hoy, continúan haciéndolo.

—¿Acaso cree que los franceses no nos reemplazarían? —planteó con una mirada que no dejaba espacio a dudas—. Los nigerianos no pueden llevar adelante la industria petrolera por sí solos. Bien lo sabe. Antes de que nos retiremos, estarán en su puerta con todo lo que poseen. No, general, Nigeria nos necesita tanto como nosotros a ustedes. Somos la mejor opción que pueden tener y, en estos momentos, todos estamos perdiendo dinero.

—¿Cree saber qué necesitamos en nuestro país? —el general exhaló una gran cantidad de humo, como si las palabras fueran cargadas de densidad y peso—. Ustedes diseñaron este país

y solo intereses económicos nos mantuvieron unidos. ¿Piensa que unificar de manera artificial a pueblos con tradiciones irreconciliables fue una buena idea? Somos un experimento británico, y durante años se han repartido nuestras riquezas ¿A cambio de qué? De sangre y dolor. El pueblo nigeriano tiene problemas, incluso yo los tengo, así que ¿qué quiere, Anderson? ¿Por qué tratar con el Ministerio de Defensa y no con el del petróleo como hasta ahora?

—Quiero que todos salgamos beneficiados. Damos por perdidas las explotaciones petroleras del estado de Rivers, no podemos volver, pero necesitamos seguridad para las instalaciones que dejamos atrás. Como sabe, en los últimos días han ardido cuatro estaciones de bombeo en Ogoniland, sospechamos que provocadas por la rama juvenil del MOSOP. Hemos invertido miles de millones de libras, general. Tampoco queremos un efecto contagio y que esos terroristas se multipliquen en otras zonas.

Arthur se inclinó sobre la mesa.

—El mensaje de Ken Saro Wiwa está calando a nivel internacional, exigiéndonos diez mil millones de libras en concepto de regalías por nuestras actividades. Habla de contaminación, muertes y otras falacias, pero ambos sabemos que su verdadero interés radica en el poder y el dinero. Los gobiernos nos tienen en la mira y eso nos perjudica. Gastamos sumas exorbitantes en limpiar nuestra imagen, pero nos están ganando la partida. Buscamos protección, general, y estamos dispuestos a pagar por ella. También queremos a Wiwa y al MOSOP fuera de juego.

El general, tras una larga calada a su puro, se enderezó en silencio y se sirvió un nuevo trago de aquel licor sin ofrecerle a Arthur. Se quedó allí de pie, absorto en la vista de las luces de la ciudad a través de una de las ventanas tras su mesa. Saboreó el primer sorbo, dejándolo danzar

entre sus dientes como si fuera un manantial, deleitándose con su sabor, para luego dirigirse al inglés sin mirarle, en un gesto despectivo pero certero.

—¿Qué gano yo con todo esto, Anderson? Viene aquí, a mi casa, exigiendo como si les debiésemos algo, en un claro menosprecio hacia mis compatriotas. El país se dirige hacia unas elecciones que solo empeorarán la situación. Los nigerianos necesitan a alguien que los guíe, y aunque la democracia es necesaria, en este momento es un paso atrás. Tengo asuntos más urgentes que atender.

Arthur asintió con respeto, captando al vuelo la petición de recompensa del general.

—Sabemos que es usted un patriota —continuó con tono conciliador—, pero seamos honestos. Babangida está agotado y se ha debilitado. Está a punto de entregar el país a empresarios y opositores. Las encuestas dan como ganador a Abiola, y eso que aún faltan seis meses para la votación. Estoy seguro de que usted desea el palacio de Aso Rock, y estamos dispuestos a acompañarle en ese camino, pero necesita ayudarnos.

El general estampó su vaso contra el suelo con un gesto de frustración y se giró con energía hacia Arthur. Una mirada colérica y desafiante se clavó en él. El inglés, invadido por un miedo desconocido hasta el momento, se encogió en su silla en un inútil acto de defensa. Sabía que, si el general así lo deseaba, el gigante entraría en apenas un segundo, y solo Dios sabía lo que serían capaces de hacerle. Podrían incluso destrozarlo allí mismo con sus propias manos. En ese instante, Arthur se dio cuenta de que había arriesgado demasiado. Abacha era un fiel seguidor del presidente Babangida; quién sabe si mantenían una amistad. Este lo nombró ministro de Defensa como recompensa por sus méritos.

El estallido de emoción del general tomó por sorpresa a Arthur. Abacha empezó a revelar facetas de su pasado, de experiencias que habían moldeado su carácter, arrojando luz sobre la compleja psique del hombre tras el uniforme. Era una realidad cruda, una perspectiva de Nigeria que Arthur, desde su confortable posición en Londres, apenas podía concebir. Había subestimado a Abacha, sumergiéndose en un terreno que ahora parecía hostil y peligroso. Su futuro, y el de la empresa, colgaban de un hilo.

El general, tras el breve pero intenso discurso, recuperó su compostura. Su mirada penetrante nunca dejó de fijarse en Arthur. Cada segundo era una batalla en la que parecía disfrutar del miedo que inspiraba.

Finalmente, Abacha habló con un tono casi paternalista y le aconsejó a Arthur que midiera sus palabras. El general delineó sus ideas, su visión para Nigeria, presentándose a sí mismo como el líder necesario en tiempos de cambio. El despacho, impregnado de humo, se convirtió en el epicentro de una encrucijada decisiva para el destino de ambos hombres y de un país en busca de un rumbo.

—Estoy seguro de ello —dijo Arthur, su voz apenas un susurro en el ambiente cargado—. A todos nos interesa que el país funcione. Por eso estoy aquí. Nuestro compromiso es firme, queremos que el suyo también lo sea.

El general asintió con gravedad, sus ojos oscuros parecían penetrar en lo más profundo del alma de Arthur.

—Tiene mi compromiso, Anderson, pero debe saber hacia dónde nos dirigimos. Es un viaje sin retorno. Es mi país, y trabajaremos bajo mis reglas, mis métodos y mi gente. ¿Entiende lo que le digo? —dijo con tono firme.

El silencio se prolongó por un instante, denso como el humo del puro que se enroscaba enel aire. Arthur se esforzó por mantener la compostura, sabedor de que cada palabra era crucial en aquel momento.

—Si se cumplen los objetivos, aplique usted los métodos que crea convenientes, no me involucraré ahí, pero queremos resultados lo antes posible —afirmó Arthur—. Como le he dicho, cada segundo que pasa es dinero perdido para todos, y creo que estará de acuerdo en que eso no beneficia a nadie.

El general Abacha observó a Arthur con rigor, como si buscara en sus ojos la verdad detrás de sus palabras. La negociación seguía su curso, inmersa en un juego de poder y estrategia. Cada palabra, cada gesto, era una pieza en movimiento en el tablero de la historia.

—De nuevo asume saber en lo que yo creo. ¿En qué cree usted, señor Anderson?, ¿acaso se lo ha preguntado alguna vez?

La pregunta del general resonó en la sala, dejando a Arthur desconcertado e inquieto.

—Vamos, sea sincero conmigo —dijo el general—. Si no lo es, lo sabré enseguida.

Arthur se tomó unos momentos para reflexionar. Nunca se había planteado esa cuestión de manera tan seria. Tras meditar con cuidado sus palabras, miró al general.

—Creo que cuando una empresa o institución alcanza un nivel suficiente de riqueza y poder, puede evadir cualquier responsabilidad —admitió con sinceridad.

El general Abacha esbozó una sonrisa, como si la respuesta le confirmara algo que ya sospechaba.

Arthur se puso en pie y extendió su brazo derecho, aunque aún tembloroso, sobre la mesa en un gesto de acuerdo. Sin embargo, el general observó la mano sudorosa con una expresión de rechazo en su rostro.

—Señor Anderson, quiero enseñarle algo. Espero que su apretada agenda le permita acompañarme a visitar uno de nuestros centros de comunicaciones.

Arthur recogió el brazo con un movimiento derrotista y asintió en silencio. No entendía muy bien cuál era el objetivo de visitar un centro de comunicaciones, pero no quería volver a disgustar al general.

—Un momento —dijo Abacha, que salió del despacho para hablar con el gigante.

Apenas media hora después, Abacha, Arthur y esta vez con el sargento Tansi al volante, recorrieron las calles de Lagos hacia las afueras montados en el todoterreno. Desorientado, Arthur observó como las luces de la ciudad se desvanecían a su espalda. Entraron en terreno pantanoso, mangle, donde la humedad y el calor le obligaron a aflojarse el Windsor de la corbata. El ambiente olía a sudor y gasolina, en una mezcla nada agradable. La maltrecha carretera se convirtió en un camino de tierra y baches, solo iluminado unos metros en adelante por los potentes faros del vehículo; Tansi, el conductor, parecía conocer el camino de memoria, manejando con destreza en medio de la oscuridad. Arthur no pudo calcular la distancia, pero unas luces tenues se veían a lo lejos, cortadas por la vegetación, que destacaban en el horizonte ahora despejado y lleno de estrellas. Según el coche se acercaba hasta la oculta isla de luces selváticas, un murmullo de voces, máquinas y motores se hicieron notar en la confusión por encima de los ruidos de la naturaleza.

El todoterreno se detuvo en una explanada sombría, rodeada de cinco edificios de apariencia insustancial, pero que escondían unas instalaciones vastas y enigmáticas. De todos ellos salían cables negros que cruzaban el patio e iban a parar a un grupo de generadores que alimentaban la instalación con electricidad de manera incansable. El lugar, aun de noche y tan alejado, rebosaba vida. Un grupo de tres soldados estaba preparado a las puertas del edificio más grande a la espera de la llegada de la visita. Los tres recibieron a Abacha y al gigante del machete con el saludo militar mientras salían del coche y se dirigían al interior. Uno de ellos, el de más graduación, se dedicaba a poner al día al general. Arthur bajó detrás y se unió en silencio al séquito. No pudo evitar mirar los tejados de las construcciones, buscando algún tipo de antena o estación de radio, pero no consiguió reconocer nada de lo que él pensaba que sería típico en un centro de comunicación.

El grupo entró dentro del edificio. La entrada estaba custodiada por soldados armados que patrullaban el lugar sin prestar atención a la visita salvo por los obligados saludos militares a sus superiores. Restos de pintura verde en las paredes recordaban los tiempos mejores que había vivido aquel lugar. Una serie de puertas se abrían a los lados de la estancia principal que hacía las veces de recibidor. Sé detuvieron ante la más alejada, una enorme puerta metálica de barrotes que daba acceso a unas escaleras que se adentraban bajo tierra.

—¿Está todo tranquilo? —preguntó el general.

—Bueno, el rebaño está algo alborotado. Tenemos mucho trabajo estos días —respondió el soldado con una sonrisa insolente en su cara.

—Muy bien. A partir de este momento solo accederemos nuestro invitado y yo —ordenó con tranquilidad—. ¿El teniente está ya listo?

—Bajó en cuanto conocimos su visita. Quería tenerlo todo preparado para cuando usted llegase.

—Sígame, señor Anderson —dijo Abacha dirigiéndose al inglés.

El descenso se produjo en una penumbra opresiva, y tras ellos, los soldados aseguraron la puerta. Arthur notó que solo podía abrirse desde el exterior, como si estuviera diseñada para retener a cualquiera que se aventurara en aquel oscuro abismo. Un escalofrío recorrió su espalda al escuchar un grito que surgía desde las profundidades. Descendieron dos tramos de escaleras hasta llegar a un pasillo ancho, apenas iluminado, con puertas a los lados dispuestas a escasos metros de distancia. Un penetrante olor a quemado, orina y heces se entrelazaba en una mezcla nauseabunda que llegó hasta lo más recóndito de su ser. Lamentos y sollozos se desprendían sin discriminación de aquellas puertas, cerradas con cerrojos imponentes, que solo permitían vislumbrar el interior a través de una pequeña abertura a la altura de los ojos. Soldados iban y venían por el pasillo, algunos guiaban a personas con las manos atadas a la espalda. Mientras avanzaban, Arthur no pudo evitar el impulso de espiar a través de una de las aberturas. Allí, en la oscuridad, distinguió una amalgama de figuras humanas apretujadas en un espacio angosto. La ausencia de luz apenas le permitió entrever algunas cabezas apiñadas en la celda.

—Agua, por piedad. Agua… —Lloraba una voz masculina desde el interior.

Estaban en una prisión, o al menos en unos calabozos, algo que despistó a Arthur, pues no entendía el fin por el cual el general le había llevado hasta allí.

—¿Qué es este lugar? —tartamudeó.

—Como bien le dije, señor Anderson, esto es un centro de comunicaciones. Aquí hacemos que la gente se comunique —dejó unos segundos para que asimilara—. Voy a presentarle a un amigo, el teniente Paul Okuntimo, todo un superdotado en cuanto a técnicas comunicativas se refiere.

—¿Es una prisión?, ¿una cárcel? —Arthur no hizo ademán de ocultar su miedo.

—La justicia está muy ocupada con temas más importantes. Les quitamos trabajo. Sabemos que son culpables, por lo que aplicamos castigos justos. Extraemos información, y si es posible, les reeducamos para que no lo repitan. No siempre se consigue…

—¿Quiénes son estas personas? —dijo Arthur.

—Qué más da. Muchos no tienen nombre, otros no nos interesa saberlos. Aquí vienen los enemigos del país. Periodistas, putas, maricones, opositores. Solo quieren fragmentar nuestra patria de nuevo, como en el sesenta y siete. Como verá, somos necesarios para mantener a esta gentuza fuera de nuestras calles. Extirpamos los tumores y curamos las heridas, cueste lo que cueste.

Al final del pasillo, este torcía a la izquierda y continuaba unos metros más hasta una pared con varias puertas abiertas. Dos soldados transportaban con violencia a una mujer semidesnuda de unos treinta años a una de esas salas. Entre gritos y golpes la metieron dentro. Arthur se paró para verlo, atraído por el miedo y la curiosidad. La mujer, ya en un estado demacrado, aún guardaba fuerza en sus ojos, y con ellos miró a Arthur, mostrándole la desesperación que tenía dentro. Uno de los soldados la apoyó a la fuerza en una mesa golpeándole el rostro contra ella dejándola doblada con los pies en el suelo mientras él otro se bajaba los pantalones y su pene semierecto hacía aparición. Con una mano le arrancó la

maltrecha ropa interior mientras con la otra le introdujo los dedos en la vagina, lo que provocó en la mujer un grito de dolor. Justo antes de penetrarla, los soldados vieron a Arthur y el que la mantenía inmóvil se apresuró a cerrar la puerta.

Abacha, que se había mantenido impasible ante la escena, se dirigió a Arthur de nuevo.

—Una adúltera. Esa mujer decidió encamarse con uno de los trabajadores de su casa mientras su marido estaba de viaje, faltándole al respeto a él como a su familia, que tanto hicieron por ella. El hombre es un buen amigo y un gran patriota, pero falló a la hora de mantener controlada a su esposa. Es una vergüenza para él y ha mancillado su honor, por lo que ha tenido la decencia de entregárnosla para que la intentemos corregir. Además, si tanto le gusta que se la follen, aquí se cubrirán sus gustos de forma exquisita. Soy un hombre exigente, pero también justo con mis soldados. Les proveo de entretenimientos para que mantengan alta la moral.

Arthur permanecía aún en estado de *shock* cuando entraron por una de las puertas al final del pasillo. La sala era discreta, de apenas veinte metros cuadrados, con varias sillas plegables dispuestas frente a un cristal transparente que revelaba una sala gemela al otro lado. La atmósfera le evocó uno de esos escenarios de interrogatorios que había visto en tantas películas policiacas.

—Quédese de pie —ordenó Abacha—, enseguida empezaremos.

La sala del otro lado infundía asco y terror con solo mirarla. Las paredes mostraban unos tonos ocres superpuestos, con manchas de sangre repartidas por ellas. Dos ganchos de carnicero oxidados rodeados de moscas y con restos de algo o alguien colgaban del techo. En el centro, una silla de madera con sujeciones para las extremidades se veía carcomida por los

años de uso y fluidos que la cubrían. Sobre una pequeña mesa de metal al lado de la silla había una caja que guardaba distintas herramientas, y fuera de ella descansaban varias gubias para tratar la madera, un martillo y unos alicates. Todo estaba preparado para el espectáculo de la comunicación y el sadismo.

La única puerta de la sala gemela se abrió desde fuera para dejar paso a dos soldados uniformados que transportaban a un hombre maniatado vestido solo con un pantalón corto y con una bolsa vieja de arpillera en la cabeza. El apresado no dejaba de moverse, y uno de los soldados se apresuró a calmarlo de un golpe con la culata del rifle en el estómago, lo que le hizo encogerse de dolor y ser más manejable para poder sentarlo en la silla. Lo aseguraron con firmeza por la cintura, cuello, muñecas y tobillos y le quitaron la capucha. Era un hombre joven, de veintipocos años, con la cara deformada por los golpes, le faltaban varios dientes y su ojo izquierdo estaba oculto por completo debido a la inflamación. No dejaba de llorar, pero sus lamentos eran inocuos para sus captores.

Tras un par de minutos de solo escucharse los clamores del cautivo, hizo aparición en la sala el teniente Paul Okuntimo. Era un hombre no demasiado alto, con una complexión fuerte y una barriga fruto de la buena vida. Vestía un uniforme de camuflaje verde igual que el resto de sus soldados salvo por sus medallas en el pecho y la boina roja que llevaba puesta. Mandíbulas grandes, barba lampiña y una nariz ancha y chata destacaban sobre unos ojos inexpresivos, vacíos.

Hizo el saludo militar, pero con una mirada perdida alrededor del cristal, por lo que Arthur confirmó que la sala gemela disponía de un espejo que no permitía ver a quién o quiénes se

encontraban allí. Por algún sistema sonoro que no alcanzaba a distinguir, el silencio era roto solo por las voces que provenían del otro lado.

Okuntimo acarició con suavidad la frente de aquel hombre, ahogado en llantos y que clamaba por su perdón.

—Por favor… Ya basta, por piedad —gimoteaba el joven.

—Tranquilo, no es para tanto —la voz del teniente sonaba suave, agradable, casi femenina—. Créame, esto me duele casi tanto como a usted —mintió, puesto que disfrutaba con ello—, pero ha picado en la sibilina trampa de una mujer. ¿Cree que yo no tengo tentaciones? Hay que mantenerse firme. A ellas les gusta provocarnos, pero no debemos ceder,somos más inteligentes.

Mientras hablaba, Okuntimo se acercó a echar un ojo a las herramientas que tenía encima de la mesa bajo la atenta mirada de los dos soldados. Tras un momento de revolver en su interior, sacó tres viejos clavos largos, con la cabeza torcida por los cientos de golpes recibidos, cubiertos de óxido y con la punta casi roma del uso. Los guardó en su bolsillo, sacó de la caja unas pinzas de punta fina desgastadas por el tiempo y el uso de su propia historia de tormento, y prosiguió hablando con el cautivo.

—Que sepa que Dios nos dio a las mujeres para ponernos a prueba, joven. Sé que ella le engañó, pero tiene que asumir su responsabilidad, así que dígame: ¿Con que mano le tocaba el coño a esa zorra? —Le agarró la mano derecha y le pinzó la uña del dedo pulgar con la herramienta—. ¿Con esta?

—No, no, no —berreaba sin apenas poder moverse de la silla.

—¡Vamos! ¡Dígamelo! —Gritaba el teniente—. Seguro que no os quedabais hablando del tiempo.

Con una sádica elegancia, el teniente jugueteó con la uña del joven moviendo las pinzas hacia arriba sin llegar a arrancarla, manteniéndola en un punto concreto que más que producir dolor, provocaba la desesperación del torturado por no saber en qué momento llegaría el tirón definitivo. En mano de Okuntimo, la pinza relucía como un instrumento de tortura con la maestría de un verdugo experimentado.

—De acuerdo, lo dejaremos aquí, creo que es consciente de lo que ha ocurrido —aflojó la presión sobre la uña y la mano.

El reo, que respiró aliviado, dejó escapar dos lágrimas de descanso. Sin dejarle reaccionar, el teniente pinzó la uña de nuevo y tiró de ella hacia arriba en un preciso movimiento, arrancándola de cuajo del dedo. Tras la sorpresa, volvieron los gritos desgarradores que se fusionaron con el miedo y la sangre. De nuevo Okuntimo continuó el trabajo, esta vez en la mano izquierda.

—Disculpe, ¿era con esta? Vamos, ¿con qué hacía que se divirtiera? —Arrancó la uña del índice la misma manera que la primera.

—¡Sí! ¡Sí! Era con esa. Basta, por favor —confesó el joven, más por el deseo de terminar aquello que por ser la verdad, maltratado durante días, en una aceptación de culpa exagerada por el contacto carnal.

Tras escuchar la respuesta y sin el menor rastro de humanidad, el teniente repitió el proceso con todas las uñas de la mano izquierda hasta que esta quedó cubierta de sangre.

Cuando hubo terminado, Okuntimo dudó por un momento si continuar con la otra mano, pero como si lo acabase de recordar, sonrió y se sacó uno de los clavos del bolsillo.

Arthur, horrorizado por la grotesca escena, intentó girarse para apartar la vista de aquel macabro espectáculo. Sin embargo, en un ágil movimiento, el general se abalanzó sobre él, aferrándole el cuello con una mano y el brazo con la otra, acercando su rostro hacia el cristal. Fue forzado a presenciar el trabajo del teniente, como si el general quisiera que aquello quedara grabado en su memoria para siempre. Abacha lo observaba todo con una mirada fría, como si estuviera evaluando a un empleado.

—Quiero que lo vea, Anderson. Es el tío con el que la adúltera de antes profanaba su lecho y el de su marido. Así tratamos las ofensas aquí.

Al otro lado, el teniente Okuntimo seguía con su trabajo.

—Oh, ya entiendo. No era con las manos. ¿Le gustaba sentir su humedad en la cara?, ¿era eso? Rodearle el coño con la lengua —hizo un ademán a los soldados, quienes de inmediato se aproximaron al prisionero, agarrándolo por cuello y forzándole a abrir la boca.

El teniente recogió los alicates de la mesa, apoyó la rodilla en la entrepierna del torturado inclinándose sobre él, pinzó la lengua con la herramienta y la sacó todo lo que la naturaleza le permitió. Con la otra mano, colocó el clavo en la parte inferior del órgano y comenzó a apretar, despacio. Poco a poco, la punta roma empezó a horadar la carne, atravesándola en su totalidad sin aplicar no poca fuerza, que comenzó a escupir chorros de sangre que empaparon las manos de Okuntimo y de sus ayudantes. En cuanto soltaron la cabeza del hombre, este intentó recogerla lengua en su lugar, pero el clavo cruzado no permitía tal cosa. Agachó la cabeza lo máximo

que le daba la fijación del cuello, pero no pudo evitar el comenzar a ahogarse con su propia sangre.

Arthur, por otro lado, se sentía atrapado en una pesadilla. La realidad de lo que presenciaba superaba con creces cualquier horror que se hubiera imaginado. Cada sonido, cada imagen, se tatuaba en su mente como un recuerdo indeleble. Se preguntó cómo podía existir un lugar como aquel, y de qué manera había acabado como testigo de tal atrocidad. Cuando llegó su límite, se libró de la débil presa de Abacha y se apresuró a vomitar en una de las esquinas. El general, que no pudo evitar reírse, golpeó con fuerza el cristal en dos ocasiones, lo que atrajo la atención de los hombres del otro lado. Okuntimo, sabedor de lo que aquello quería decir, dejó las herramientas en la mesa y se dirigió a los soldados.

—Procedimiento habitual —les ordenó a los hombres.

Sin mediar palabra, uno de ellos sacó su arma corta de la cartuchera del cinto y se la puso en la sien al joven que todavía se atragantaba en su propia sangre. Justo antes de disparar, Okuntimo le detuvo agarrándole por el brazo.

—¿Es que no has aprendido nada en este tiempo? —gritó el teniente quitándole la pistola—. Tan cerca te salpicarán a ti los sesos.

Alejó medio metro el arma, la amartilló y apretó el gatillo. El estallido se sintió igual que un portazo provocado por el aire, que retumbó en ambas salas y abrió la cabeza del reo como si una sandía madura se hubiera estrellado en el suelo.

El teniente devolvió el arma al soldado y abandonó la sala para reunirse con Arthur y Abacha. Entró sin anunciar su presencia y se detuvo a un metro de distancia del general,

erguido en una postura impecable. Tras el saludo militar, una mancha de sangre mancillaba su gorra, un sombrío recordatorio del grotesco espectáculo al que había sometido al prisionero.

—Buenas noches, general —saludó Okuntimo.

Ambos hombres se estrecharon las manos en un gesto informal, impregnándoselas con la sangre del torturado.

—Teniente, quiero presentarte a alguien. —Abacha lo agarró con cariño del brazo y ambos se acercaron hacia Arthur—. Es el nuevo representante de CRAB en nuestro país.

—Encantado de conocerle —dijo el teniente.

Arthur, que se había quitado la corbata y asomaba plagada de vómito de uno de los bolsillos de la americana, miró a los dos con una mirada dividida entre el desprecio y el terror. El teniente le extendió la mano derecha todavía ensangrentada mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa sincera. Aunque estuvo a punto de costarle otro acceso de vómito, aceptó el apretón, aunque apenas aplicó fuerza en ello.

—Presentaciones hechas —dijo Abacha—. Señor Anderson, estos son nuestros métodos. Así trabajamos aquí. Para su información, le diré que en el estado de Rivers disponemos de centros similares a este, donde los terroristas serán tratados como es debido. Usted decide, ¿está dispuesto a empezar este viaje?

Esta vez fue el general quien alargó su mano teñida de sangre hacia él, ofreciéndole cerrar el trato como había hecho Arthur apenas dos horas antes. La aceptó con reticencia, mientras asumía que aquel acuerdo le convertiría en un hombre igual a los que tenía delante.

PRIMERA
PARTE

1

Emmanuel

Port Harcourt, estado de Rivers, Nigeria

Sábado 5 de junio de 1993

Los tres pequeños fugitivos huyeron en estampida como espíritus esquivos, poseídos por una urgencia infernal. El corpulento tendero, sorprendido por la celeridad del asalto, se vio forzadoa tomar una decisión en un parpadeo. Optó por perseguir al de menor estatura, un crío que no alcanzaba los seis años. Con un *sprint* desesperado, logró rozarle el tobillo en una maniobra al límite, pues la falta de ejercicio y el peso extra agotaron su resistencia en un abrir y cerrar de ojos. El pequeño se derrumbó sin ofrecer resistencia y su rostro se estrelló contra el suelo de tierra, dispersadas las escasas manzanas que había logrado aferrar.

El sol caía implacable sobre el mercado y pintaba sombras alargadas entre los sitios de frutas y verduras. El aura vibraba con el murmullo de los comerciantes y el rumor de los clientes que iban y venían. En medio de ese bullicio, el hombre aferró al pequeño con una mezcla de rabia y asco. Sus manos, curtidas por años de trabajo, apretaron el brazo del niño mientras las lágrimas brotaban de los ojos del ladrón. La escena, tan común en aquellos días, parecía una pequeña ópera de la calle.

El pequeño, apenas un haz de nervios y piel sucia se vio forzado a recoger las frutas caídas en el suelo polvoriento. El hombre, con el ceño fruncido y los dientes apretados, miraba hacia

su puesto, ahora despojado por completo por los otros dos que habían huido, que, ataviados con harapientas camisetas convertidas en bolsas improvisadas, saqueaban las cajas sin piedad.

La sorpresa volvió a abordar al tendero, quien soltó a su presa en un intento de detener el segundo asalto. Los jóvenes desaparecieron al instante, hábiles en el arte de eludir la captura. Esta vez no hizo amago de perseguirlos. En cambio, se giró hacia el que había atrapado,viéndolo desvanecerse en la distancia, fundiéndose con la muchedumbre que se agolpaba en torno a ellos.

Derrotado, maldijo su suerte en voz alta y regresó a su puesto de trabajo. La vida en el mercado continuaba su danza frenética, ajena a los pequeños dramas que se desarrollaban entre aquellos lugares de colores vivos y aromas repelentes.

Emmanuel Orode, desde su retiro en los restos de un muro, contempló en silencio la escena que se desplegaba a escasa distancia. Cada sábado, se permitía este pequeño respiro, una pausa en su ajetreada rutina. Sus ojos oscuros seguían con atención al vendedor, quien luchaba por restaurar la exposición de frutas que yacía desordenada y desolada. Era un esfuerzo en vano, como tratar de enderezar un árbol caído por el viento. A su alrededor, la apatía de los clientes y la indiferencia de sus compañeros de oficio pintaban un cuadro de desaliento.

Arrojó al suelo una colilla, y a punto estuvo de aplastarla con el pie. Sin embargo, elrecuerdo de sus nuevos zapatos, adquiridos con el esfuerzo y ahorro de seis meses, lo detuvo. Eran de piel, de un tono negruzco que contrastaba con la polvorienta calle del mercado. Había dedicado especial cuidado en atar los cordones, en formar un lazo uniforme, centrado a la perfección. Emmanuel creía con firmeza que la elegancia no era prerrogativa de los ricos, y esos zapatos eran su prueba viviente. Combinaban a la perfección con sus pantalones cortos, que

daban un toque de estilo a sus delgadas piernas, marcadas por los vestigios de una infancia difícil. Observó con satisfacción el resultado de su esmero al eliminar una pequeña mancha, invisible para cualquiera que no fuera él mismo. Se quedó un momento absorto, orgulloso de su pequeño triunfo.

Del bolsillo de su camisa, extrajo el paquete de tabaco y encendió otro cigarrillo. La rutina del lugar continuaba a su alrededor, pero Emmanuel estaba inmerso en su propio mundo, donde la dignidad y el cuidado personal eran sus armas contra la adversidad.

Tras unos minutos de espera, una sombra se plantó frente a él. El lento ascenso de su mirada delineó la figura de una joven, desde los delicados pies calzados sobre unas sandalias verdes, continuando por las piernas negras y lustrosas, que se perfilaban hasta las rodillas. Un vestido verde, fresco y ajustado, realzaba las curvas sugerentes propias de una joven de su edad. Sus ojos se posaron en los brazos cruzados que sostenían una copia desgastada de Los cuentos de Canterbury sobre el pecho, como si el libro fuera un tesoro preciado. Una vez llegó arriba, su mirada se encontró con los ojos de la muchacha, cuyos rizos enmarcaban un rostro fino y enigmático. Tras unos segundos que parecieron una eternidad, Emmanuel se sintió avergonzado y bajó la vista, deteniéndola una vez más en las piernas, con el recuerdo vivo de la suavidad que tenían.

Niara se erguía en lo alto, una silueta imponente contra el cielo. Su voz resonaba, y reclamó la atención de aquel que la había pasado por alto. Emmanuel se levantó con dificultad. Una chispeante ilusión iluminó sus ojos al encontrarse cara a cara. La diferencia de estatura no podía negarse, él la superaba en un palmo.

—Vamos, no quiero que me vean contigo —murmuró Niara con una sonrisa burlona, y desató un juego de complicidades entre ambos.

Se encaminaron hacia una de las salidas de la concurrida calle principal, donde se desplegaba el inmenso mercado. Cada fin de semana, ese y otros rincones de la ciudad y de los pueblos cercanos se transformaban en un bullicioso hervidero de puestos que ofrecían desde apetitosos pescados hasta coloridas telas, herramientas diversas para la agricultura y la pesca, prendas artesanales y hasta exóticos instrumentos musicales de origen incierto. Personas de todos los rincones se congregaban allí para vender, comprar y, en no poca medida, cometer actos de hurto. El aire estaba impregnado de una mezcla de sudor y olor a pescado, fragancia que se intensificaba con la creciente humedad a medida que avanzaba la mañana.

Mientras recorrían los tenderetes, Emmanuel y Niara se esforzaban por pasar desapercibidos, mimetizándose con las parejas y grupos que transitaban el lugar. La estratagema les permitía minimizar el riesgo de ser reconocidos por algún conocido de su padre, quien no era tolerante al tratar sobre la libertad de su hija. Niara, siempre un paso por delante se giraba con frecuencia para tirarle un beso furtivo. Emmanuel, a pesar de su cojera, se esforzaba por seguir su ritmo, aunque ella siempre lo aventajaba impulsada por su vivacidad innata. Cuando la distancia entre ambos se volvía excesiva, Niara extendía su mano, invitándoloa agarrarla para acortarla.

Salieron del mercado por la esquina que hacía las veces de basurero, donde ya se empezaban a agolpar niños y animales por igual en busca de alimento entre los restos. En poco más de una hora, las ratas reclamarían ese territorio como suyo y no lo abandonarían hasta el lunes. Una avenida comercial se extendía ante ellos, sucediéndose los escaparates repletos de

tesoros y curiosidades. Emmanuel y Niara paseaban entre la amalgama de formas y colores, parándose de vez en cuando para admirar los objetos expuestos. A lo lejos, el mercado seguía bullendo con su característica mezcla de olores y sonidos, pero aquí la atmósfera era más sosegada, como si el tiempo se deslizara a otro ritmo.

Se detuvieron frente a una tienda de electrónica, donde un cartel de cartón desafiaba el paso de los transeúntes. Anunciaba con entusiasmo «Living in Bondage», el hito cinematográfico nigeriano del año anterior, aclamado con fervor por millones de compatriotas que esperaban ansiosos la llegada de la segunda parte aquel mismo verano. Al otro lado del cristal, una montaña de copias en VHS se apilaba alrededor de un televisor asiático que proyectaba la película en un ciclo interminable, como un faro que atraía a los cinéfilos en busca de emociones.

Emmanuel se vio atrapado por la magia del escaparate que destellaba otros lugares y sueños.

—¿Todavía no la has visto? —Preguntó Niara acercándose a su lado.

—No tengo ni tele, voy a tener aparato de vídeo… —dijo Emmanuel con sarcasmo.

—Yo ya la he visto tres veces. Al final, el brujo es el traidor —dejó germinar la puya unos segundos—. ¿Así que sigues siendo igual de pobre que la semana pasada?

Emmanuel se volvió hacia ella con gesto de enfado.

—¿Eres idiota? Me has jodido la película. —Se separó de ella empujándola y continuó el camino.

—No me cambies de tema —marchó detrás de él y se puso a su lado—. Ya veo que futbolista en Europa sigues sin poder ser —señaló con el dedo su cojera—. Entonces, ¿cómo piensas hacer que salgamos de aquí?

—¿Salgamos? ¿Qué te hace pensar que iremos juntos?

Aunque Emmanuel luchaba por mantener el enojo, la presencia de Niara le devolvía la paz en cuestión de segundos. Era como si su sonrisa tuviera el poder de disipar cualquier nube de disgusto. Niara fingió que le golpeaba en el hombro y le agarró del brazo. La calle desembocaba en un cruce que daba acceso al lugar donde solían tener sus citas. La pareja se encontraba en su rincón secreto, alejados del bullicio de la ciudad. Se sentían como dos fugitivos de la rutina, refugiados en el oasis de tranquilidad que ofrecía el pequeño parque. Allí, bajo la sombra protectora de los árboles, se abría un mundo aparte, ajeno al estruendo de la urbe, al control parental y a las opiniones externas.

Niara, siempre vivaz, bromeaba y jugueteaba con él, como si fueran los únicos habitantes de ese pequeño universo.

El parque ofrecía un escenario ideal para sus encuentros furtivos. Se sentaban en uno de los bancos cerca del lago, donde el murmullo del agua y el canto de los pájaros eran la banda sonora de su unión. Emmanuel, con dificultad, se acomodó, encendió dos cigarros, y compartió uno con Niara. Ella se recostó a su lado y puso sus piernas sobre las de él.

El silencio era interrumpido solo por el cuchicheo distante de la ciudad. Dos pájaros, ocultos entre la frondosidad de los árboles, entablaron una alegre conversación de trinos, como si celebraran el secreto que Emmanuel y Niara compartían en ese apacible rincón.

—Me encantan los parques. ¿Crees que en Londres habrá sitios así? —Preguntó Niara.

—¿Londres?, ¿ya lo has decidido?, ¿por qué no Madrid?

—¿Hablas español? —Le miró y tras un momento ambos se rieron—. Quiero estudiar —continuó ella con un tono mucho más serio tras unos segundos.

—¿Estudiar? —la miró sorprendido—. ¿Por qué?

—¿Y por qué no?

—Bueno, eres mujer. Tu lugar es otro, creo yo. Además, no tienes el permiso de tu padre. Él es profesor, te dirá por qué no pueden estudiar las mujeres.

—No, ni lo tendré. Hablo de Londres. Cuando nos vayamos de aquí.

—¿Y qué te hace pensar que tendrás el mío? —dijo con seriedad mientras la observaba.

—Bueno, no lo necesito. Creo que allí las cosas no funcionan igual que aquí para nosotras —levantó la pierna y acarició con ella su cara.

—Ya veremos, no vamos a perder todas nuestras modernas tradiciones de un día para otro —carcajeó—. Sí, estudiaremos los dos, viviremos en un bonito piso en el centro, con vistas al Big Ben, cenaremos en lugares caros y caminaremos bajo los carteles de los teatros todas las noches.

—Eres un soñador —le dijo Niara con una media sonrisa.

El suave susurro del viento mecía las hojas de los árboles y creó una sinfonía natural que acompañaba el momento. Emmanuel, con manos temblorosas e inexpertas, exploraba con delicadeza las piernas de Niara, siguiendo la senda que la falda del vestido dejaba a su paso. Sus dedos, audaces, ascendían hacia territorios desconocidos, en una danza íntima y pausada. Sin embargo, un gesto de Niara, dulce y cariñoso detuvo la travesía y alejó la mano hacia zonas menos sensibles.

Un silencio llenó el espacio entre ellos, interrumpido solo por el rumor del humo que Niara exhaló. Emmanuel, desconcertado, se apartó de las piernas de ella con un movimiento algo bruto, como si hubiera sido sacudido por una corriente eléctrica.

—Vamos, ¿todavía sigues con eso? —espetó Niara con frustración—. Mi padre me matará si no llego virgen a la boda.

—Ya te liberaste de una, ¿por qué no de esta? Tu padre es un hombre duro, pero comprensivo. Estoy seguro de que, si insistes, volverá a cancelarla.

—Comprensivo —musitó Niara con ironía—, eso es porque no eres mujer. Ya sabes lo que me hizo la otra vez cuando lo avergoncé frente a sus compañeros de universidad. Tengo casi dieciocho años y debería llevar ya varios casada y con hijos. Esta vez no permitirá otra deshonra.

—Bueno, sigues siendo suya —intentó consolarla Emmanuel—. Por eso tiene derecho a actuar así. ¿Y qué tal si te casas conmigo? Así pasarías a ser mía. Yo nunca te haría tanto daño, incluso si llegaras a merecerlo. Debemos decírselo antes de que sea tarde.

—¡Claro! ¡Eso es! —exclamó Niara, que arrojó la colilla del cigarro con teatralidad—. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Esta tarde entraré en su despacho y con una sonrisa le diré que, en lugar de casarme con su amigo del gobierno del estado, con el que ha pactado el matrimonio, me casaré con su exjardinero tullido que le abandonó para luchar por su tierra después de haberle dado todo lo que pudo y que no tiene nada que ofrecerle a cambio de su hija —suspiró muy profundo.

—No estoy tan tullido como crees —Emmanuel intentó restar gravedad al asunto.

Niara se disculpó mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento… Veo que el momento se acerca y no hacemos nada por evitarlo. Tenemos ideas, pero no las llevamos a cabo. Me encanta soñar contigo, pero ambos sabemos que así no lograremos nada.

—No quiero que pienses eso —respondió Emmanuel con una sonrisa sincera—. Ahorro todo lo que puedo y el MOSOP me ayudará una vez que esto se solucione.

—¿Cuándo se va a solucionar?, ¿eh? Nunca, por eso te lo dicen. Oh, por favor. No seas tan ingenuo de creerles todo. En fin… —Suspiró Niara, agotada.

—No hay nada que me haga más feliz que tú, te lo aseguro —afirmó Emmanuel, penetrándola con una contemplación llena de sinceridad y una sonrisa radiante.

—¿Por qué estás siempre tan contento? ¿Es que nada te puede hacer enfadar? —cuestionó Niara, en un intento por entender la fuente de su perpetua alegría.

El sol, implacable en su ascenso, presenciaba el ardoroso intercambio entre Emmanuel y Niara. A punto estuvieron de sucumbir a la vorágine de la pasión, pero la conciencia de la inminente boda de Niara y su aún intacta virtud los detuvo a tiempo. Después de casi una hora, se levantaron y caminaron juntos, brazo en brazo, hasta la esquina del parque por donde habían entrado. Los trinos de los pájaros se despidieron con una última serenata, pero pronto quedaron eclipsados por el bullicio de la ciudad que se extendía de nuevo ante ellos. Como era costumbre cada sábado, se despidieron sin besos ni caricias, como conocidos que se prometen un próximo encuentro, a merced del caprichoso destino.

—¿Cómo siempre? —Preguntó Emmanuel.

—A la misma hora —confirmó Niara—. Intentaré llamarte cuando pueda. Ten cuidado esta tarde, no te dejes ver demasiado.

Emmanuel emitió un gemido de exasperación.

—Sí, mamá… Tendré cuidado.

—Imbécil…

Por fin, y tras unos segundos de silencio, Niara decidió terminar la cita. Siempre sucedía lo mismo: ninguno de los dos quería marcharse, pero era necesario hacerlo. Por lo general, era ella quien ponía punto final.

—He de irme, no puedo llegar tarde a casa otra vez y que sospechen —se giró y comenzó a caminar.

Emmanuel se alejó en la dirección opuesta, dirigiéndose hacia el punto de encuentro para la concentración frente a la sede de CRAB. A pesar de su cojera, se aseguró de tener suficiente tiempo para llegar a una hora adecuada. Como uno de los principales miembros de la rama juvenil del MOSOP (NYCOP), era crucial que estuviera presente en la vanguardia junto a Ken y los demás líderes Ogoni que asistirían, aunque esta vez la manifestación no fuera tan masiva como en ocasiones anteriores. Después de dar solo unos pasos, escuchó su nombre desde atrás. Se giró y vio, a unos pocos metros, cómo el viento jugueteaba con los pliegues de la falda de Niara mientras sus ojos le buscaban entre la marea humana que se agitaba en la calle. Al final, sus miradas se encontraron en un instante cargado de complicidad.

—Te mentí, el traidor no es el brujo. De hecho, no tiene nada que ver —le dedicó una mirada seductora y continuaron cada uno con su camino.

El resplandor de esa sonrisa quedó grabado en la memoria de Emmanuel como un destello fugaz de felicidad. Se convirtió en un tesoro guardado en lo más profundo de su corazón, un recuerdo precioso que iluminaría sus días más oscuros, esos que estaban por venir.

Nunca más volvió a verla sonreír.

Emmanuel continuó su camino a través de las calles desgastadas por el tiempo y el trajín constante. El sol ardía sobre su espalda, y el sudor perlaba su frente, testigo de su esfuerzo en medio del griterío urbano. Sus nuevos zapatos, aún no domados por el asfalto irregular, le rozaban inclementes, dejándole su huella en los dedos y el talón.

La camisa clara, antes impoluta, ahora ostentaba dos marcadas manchas en las axilas, emblemas del calor sofocante y el esfuerzo de su marcha. Cada paso era un desafío en esa calle repleta de obstáculos y aceras desiguales que conspiraban contra su avance. Más de una vez, un bache inesperado amenazó con hacerlo tropezar. Y al menos en dos ocasiones, su pie se hundió en agujeros ocultos, uno de los cuales dejó una mancha innombrable en su zapato, una huella de la ciudad contaminada.

Se detuvo y buscó apoyo en la pared cercana para tratar de aliviar su pierna cansada. Sacó con esfuerzo un raído pañuelo de los bolsillos traseros de su pantalón, y, mientras intentaba limpiar el zapato manchado, un estruendo atronador surgió a sus espaldas. Cuatro todoterrenos blancos avanzaban con soldados erguidos en la parte trasera, sostenidos en el armazón metálico con firmeza. Les precedía un viejo minibús verde con las ventanas traseras ocultas a la vista. Los vehículos surcaban la calle con una velocidad que parecía desafiar el estado deplorable del pavimento. Una sensación de inquietud y terror se apoderó de él, como si las sombras del pasado y los fantasmas de las aldeas Ogoni asaltadas se materializaran en aquella procesión ominosa. El miedo le oprimía el pecho y se preguntó angustiado cuál sería el destino de aquel grupo. Ansiaba con todas sus fuerzas que no coincidiera con el suyo propio.

Niara, con su característica valentía, solía tildarle de cobarde, y en ese instante, Emmanuel no podía evitar dudar si ella tenía razón. Aquel ambiente enrarecido, impregnado de presencia militar y policial, era algo a lo que nunca terminaba de acostumbrarse. Lo achacó a las próximas elecciones para intentar olvidarlos. Con la pierna de apoyo sin parar de temblar, limpió el zapato con cuidado y reanudó su incierto camino hacia la sede de CRAB.

2

Emmanuel

Port Harcourt, estado de Rivers, Nigeria

Sábado 5 de junio de 1993

El sol caía implacable sobre la explanada desértica donde se congregaban cerca de trescientos miembros de la etnia Ogoni: hombres, mujeres y algunos niños, todos agobiados por el calor. No hubo violencia en su invasión frente a la sede de CRAB en Port Harcourt, donde un cartel desgastado prometía la futura construcción de un complejo de edificios. Un enrejado de vallas metálicas medio caídas marcaba el límite del extenso terreno que ansiaban ocupar.

A pesar del asfixiante día, una brisa intermitente llegó como una bienvenida compensación. Los participantes la acogieron con gratitud. Sin embargo, el persistente olor a humo de los incesantes cigarros y la pegajosa humedad seguían impregnando el ambiente. La tensión era palpable, pero también lo era la intrepidez de aquellos que se negaban a ser ignorados. Los niños, pequeños héroes en potencia, agitaban ramas de olivo en un gesto simbólico mientras correteaban entre las piernas de los adultos.

Las pancartas caseras ondeaban en el aire y eran portadoras de mensajes claros y contundentes: «LA QUEMA DE GAS MATA OGONIS», «SALVEMOS EL ECOSISTEMA OGONI»,

«NUESTRA TIERRA, NUESTRA VIDA». Un improvisado sistema de sonido, montado en un

vehículo cercano y protegido por un toldo, llenaba el lugar con música tradicional y servía como plataforma que hacía las veces de púlpito laico desde donde los líderes podrían hacer oír sus demandas a través del micrófono.

A la vez, la policía y la guardia privada de CRAB mantenían una presencia vigilante, delineando el espacio entre la multitud y el complejo. Era un enfrentamiento sin agresiones, una lucha por la justicia y la supervivencia de una comunidad que se negaba a ser silenciada.

Emmanuel, que había llegado exhausto tras su caminata y que aún no había podido sentarse a descansar, sostenía entre sus manos el amasijo de cables enredados, aunque el cansancio se dibujaba en sus rasgos. A su lado, Paul Levera, el respetado líder Ogoni del reino de Babe en Khana y prominente miembro del MOSOP, se inclinaba sobre el equipo de sonido con una expresión concentrada. Sus dedos ignorantes exploraban los botones y teclas del viejo amplificador en busca del problema que perturbaba el micrófono, que creaba un molesto retorno que dificultaba su uso.

—Esto es una mierda —sentenció Paul con un grito, ya que la música llenaba el espacio con su ritmo constante—. Siempre estamos igual.

Se incorporó y apoyó las manos en los costados, estirándose a la vez que emitía un breve quejido.

—Ten, déjame probar, abuelo —dijo Emmanuel pasándole los cables.

Agarró el cable del micrófono y lo siguió hasta su conexión. La tecnología era su pasión y, de depender de él, habría dedicado su vida a ella. Cada oportunidad para interactuar con equipos tecnológicos era una ocasión para aprender y poner a prueba los conocimientos que solo había leído hasta ese momento. Mientras examinaba el cableado del amplificador, se dio cuenta de

que uno de los cables estaba mal conectado, apenas introducido a medias. Lo ajustó hasta que encajó por completo, lo que generó un agudo sonido de acople que sorprendió tanto a él como a Paul, e hizo que los manifestantes cercanos al coche se volvieran hacia ellos. Tras la sorpresa inicial, Emmanuel cogió el micrófono, bajó el volumen de salida y pronunció unas palabras.

—Hola, hola, hola —dio un par de toques con el dedo en el micro—. Hola, hola.

El sonido salía limpio y sin retorno de los viejos altavoces. Emmanuel, con manos hábiles y ojos agudos, había logrado domar la tecnología desobediente. Paul, todavía afectado por el ruido, había dejado los cables a un lado y se rascaba con el dedo meñique el interior de la oreja derecha. Emmanuel encajó el micrófono en el soporte de pie y dio por terminada la reparación.

—Vaya, se te da bien esto —exclamó Paul, dándole dos palmadas en la espalda—. Ven, vamos a por algo de beber.

El calor se hacía más soportable gracias a la providencial sombra del toldo. Paul abrió una de las puertas traseras del coche y reveló una nevera portátil repleta de hielo y botellines de agua. Extrajo un par de ellos y le ofreció uno a Emmanuel. Se apoyaron en el lateral del vehículo agradecidos por cada fresco sorbo, y exprimieron al máximo cada gota de alivio que les proporcionaba el agua.

—Ya debería estar aquí, ¿no? —preguntó Emmanuel después de unos minutos mientras sacaba el paquete de tabaco—. ¿Quieres? —le acercó un cigarro a Paul.

—Sí, pero todavía es pronto para él —dijo Paul mirando su reloj y rechazó el ofrecimiento con un gesto de la otra mano—. Ken suele llegar tarde casi siempre.

—He visto militares cuando venía de camino. —Emmanuel encendió el cigarro—. Varios todoterrenos cargados de soldados y un minibús. Iban bastante rápido, así que los perdí de vista enseguida. —Exhaló la primera calada.

—Joder… Esperemos que sea por las elecciones. No se han visto en otra igual y saben que van a perder poder. No creo que se atrevan a nada en la ciudad, pero deberíamos estar atentos. Hace poco más de un mes del ataque a Botem, apenas se habían recuperado del derrame del año pasado y ahora esto. Esos cabrones son impredecibles.

—La policía culpa de ello a los militares y los militares culpan a los Andoni. Dicen que están resentidos y que las tierras limítrofes del sur les pertenecen. Y si les dejas seguir con sus exigencias, les pertenecerá Aso Rock incluso.

—¿Un Andoni con granadas? Seguro —rio Paul—. Son igual de pobres que nosotros, incluso más. Eso es una excusa. En cualquier caso, si fueron ellos, fueron armados por el ejército o por CRAB. Estoy convencido de que atacaron las instalaciones de bombeo para después acusarnos de sabotaje a nosotros y así no tener que pagar las indemnizaciones, aunque bueno… —hizo una pausa—. Nunca han pagado ninguna, no creo que vayan a empezar ahora. Son crueles y cobardes y van a intentar desprestigiarnos para quitarnos razón, y no dudan en mancharse las manos. Deberíais atar en corto a los chicos del NYCOP. Sois jóvenes, pero no podéis precipitaros. Os atribuyen los ataques contra CRAB y lo usaran para atacar al MOSOP. No les deis razones para ello. Mantenlos a raya, por el bien de todos.

—Lo sé, muchos no entienden porqué luchamos pacíficamente. Quieren acción, dudan de que esta forma de actuar nos beneficie. Y en parte los comprendo. Hemos conseguido cierta popularidad internacional gracias a Ken, pero la gente muere, los campos arden y el petróleo se

derrama. Quieren dar un paso más allá, pero de momento no parece que vayan a hacerlo, o eso espero.

El tono alegre y festivo de la multitud aumentó de forma repentina con la explosión de aplausos y gritos que anunciaban algo importante. La llegada de Ken Saro Wiwa marcó un punto de inflexión en la atmósfera que envolvía a la multitud. Emmanuel y Paul se abrieron paso entre la gente, aunque para Emmanuel era una tarea más complicada debido a su cojera. Cuando llegaron, Ken ya se encontraba fuera del coche, recién aterrizado de una gira por Europa, donde había luchado incansable por la causa Ogoni.

Vestido con una camisa fresca y llena de color, Ken distribuía abrazos y besos entre los presentes, sin soltar nunca su pipa, y alternaba caladas y saludos con una sonrisa perenne en su rostro. Sus gafas de lectura descansaban sobre su cuello, y llevaba una visera blanca y verde con el emblema del MOSOP en la cabeza. La multitud le abrió camino como si estuvieran dando paso a una auténtica celebridad para permitir que Ken avanzase hasta el toldo donde estaba estacionado el coche con el equipo de sonido. A poca distancia detrás de él, dos hombres más descendieron del coche, pero menos solicitados por la multitud. Eran Saturday Dobee, líder de los Eleme, procedente del oeste de la nación Ogoni, y Nordu Eawo, miembro del MOSOP y perteneciente a los Gokana en el centro. Ambos representaban la facción más activa dentro de los Ogoni, alineados con la perspectiva y la energía incansable de Ken.

Emmanuel retrocedió lo más rápido que pudo para llegar al micrófono antes que la comitivay darle el último vistazo, pero no lo consiguió. Los tres hombres estaban bajo el toldo a pocos metros del maletero y él se acercó a ellos para saludarlos. Al momento se les unió Paul, entre abrazos y más saludos, que se había perdido entre la multitud. Tras una breve charla,

Emmanuel comprobó que todo estaba correcto, apagó la música para atraer la atención de los presentes y se lo comunicó a Ken con un movimiento afirmativo de la cabeza. Ken agarró el micrófono y se alejó de la protección del toldo, en un gesto de igualdad simbólica en el que el sol indiferente les iluminó a todos por igual. Con su audiencia concentrada a su alrededor para poder escucharle, Ken desplegó toda su potente oratoria en un breve discurso cargado de fuerza.

—Mis compatriotas Ogonis, amigos y hermanos:

«Hoy nos encontramos aquí, unidos por un propósito sagrado: la defensa de nuestra tierra, de nuestras vidas y de nuestras futuras generaciones. Agradezco de todo corazón vuestra presencia, pues sé que muchos de vosotros habéis recorrido largos caminos, desde nuestras aldeas, para estar aquí en este momento crucial. Acabo de regresar de Europa, donde he llevado nuestra voz, nuestra lucha, y he expuesto la devastación que enfrentamos en Nigeria. CRAB y las dictaduras militares han desencadenado una catástrofe ambiental que perdura desde hace décadas. Han destruido con impunidad nuestro delta del Níger, mientras se llenan los bolsillos con nuestras riquezas. Desde que se encontró petróleo en el estado de Rivers en 1958, se han acumulado 30.000 millones de libras en ganancias. Pero ¿qué hemos recibido? Dolor, muerte y pobreza. Nuestros campos están atravesados por kilómetros de tuberías, nuestras casas arrasadas. ¿Y qué tenemos a cambio? Carecemos de agua corriente y electricidad. Nuestros recursos naturales han enriquecido a empresas extranjeras a expensas de nuestro sufrimiento.»

Continuó tras unos breves aplausos.

—Hemos llegado hasta aquí por aquellos que no pueden estar con nosotros hoy. Por el futuro de nuestra nación y de nuestros hijos. Aquí estamos para demostrar a CRAB y al gobierno que no tenemos miedo. Que lucharemos por nuestros derechos. Que el pueblo Ogoni no se doblegará. Se ha expulsado de nuestras tierras a quienes nos oprimían, pero queda aún mucho por hacer. Debemos confiar en la inminente democracia y la ayuda internacional, pero no podemos delegar toda la responsabilidad en agentes externos. Debemos continuar la lucha para recuperar nuestra identidad, para que paguen por sus crímenes, para sanar nuestro ecosistema.

«No es momento de temer. Es momento de unidad y valentía. Nuestra causa prevalecerá, y llegará el día en que veamos a nuestra gente prosperar de nuevo.»

«Os lo digo a todos, hermanos Ogonis, vuestro coraje es admirable y juntos alcanzaremos la victoria. Sigamos adelante, sin vacilar»

«Gracias a todos por estar aquí hoy.»

Emmanuel observó a Ken mientras se perdía entre la multitud, una figura imponente en medio de la ferviente energía de la manifestación. Su presencia era magnética y la gente se acercaba a él con respeto y admiración. Para muchos, Ken era más que un líder; era una fuente de inspiración y esperanza en tiempos difíciles.

Mientras la música llenaba de nuevo el aire, Emmanuel reflexionó sobre la complejidad de Ken. Detrás de la fachada pública había facetas desconocidas, secretos guardados con celo. La lucha por la justicia y la libertad exigía sacrificios personales y Ken estaba dispuesto a pagar ese precio, incluso si eso significaba mantener una doble vida, dividida entre dos mundos.

La vida de Ken estaba marcada por la separación de su familia, una realidad que Emmanuel solo conocía de oídas. Londres, una ciudad lejana, se había convertido en el refugio de su esposa e hijos, una decisión tomada en busca de seguridad y estabilidad. Sin embargo, se rumoreaba que Ken había formado una nueva familia en Nigeria, en la ciudad de Lagos, a donde viajaba con frecuencia. Una verdad oculta tras las bambalinas de su vida pública.

Emmanuel contempló el escenario con mezcla de admiración y respeto. Ken representaba una esperanza tangible para los Ogoni, un mentor en mitad de la opresión y la explotación. Era un líder carismático, capaz de guiar a su gente hacia un futuro mejor, a pesar de los desafíos que se avecinaban en el horizonte.

La tarde caía sobre el grupo y los envolvió en una suave penumbra. A medida que el sol se retiraba, la congregación se fue dispersando de forma gradual, y muchos de ellos emprendieron el camino de regreso a sus hogares. La carretera que conducía a Bori se convirtió en una especie de peregrinaje para estos cansados, pero decididos Ogonis, que retornaban a sus aldeas con la convicción de que podían forjar un futuro mejor, a pesar de la pobreza y la explotación petrolera que enfrentaban día a día.

A medida que la multitud se disipaba, el sonido de los pasos y las conversaciones se volvía más apagado, como si la energía de la tarde se hubiera transferido al suelo bajo sus pies. Ken y los líderes permanecían allí como figuras inquebrantables, conscientes del poder de su presencia en aquel momento. Emmanuel, inquieto, observaba cómo los jóvenes del NYCOP organizaban el equipo de sonido en el maletero del coche, como si cada cable y altavoz tuviera un propósito sagrado. El paquete de tabaco en su mano, al que solo le quedaban dos cigarros, era testigo de su intranquilidad, un pequeño placer en medio de la agitación que lo rodeaba.

En ese momento, la voz de Nordu Eawo resonó fuerte en el aire para atraer la atención de todos.

—La policía. Se van —dijo con aire contrariado.

La escena se tornó frenética cuando los agentes se apresuraron a subir a sus vehículos y abandonaron la zona a toda velocidad. La guardia de CRAB también se resguardó tras las puertas del edificio y no quedaba nadie asomado a las ventanas que ahora yacían cerradas y con la mayoría de las luces apagadas. Ken y los líderes restantes se aproximaron a la carretera; Emmanuel, con esfuerzo, siguió tras ellos hasta posicionarse al final de la calzada. Observaron con atención cómo los policías se detenían junto a un punto de control preparado por sus compañeros a unos quinientos metros de distancia que bloqueaba el acceso a la calle. Por el otro lado, una columna de todoterrenos blancos, cargados hasta el tope con soldados, avanzaba decidida por la avenida, acercándose como un enjambre de avispas enfurecidas. La trampa se había cerrado; quedaron acorralados como presas indefensas.

Los vehículos apenas se detuvieron antes de que los soldados se desplegaran con la precisión de una coreografía militar y formasen un anillo alrededor de los manifestantes. Desde el asiento del copiloto del primer vehículo emergió un gigante, una figura que parecía desafiar la propia naturaleza con sus casi dos metros de estatura. El sargento Adisa Tansi, con una masa muscular que rivalizaba con la de un oso, impartía órdenes con la autoridad de un comandante en guerra. Sus hombres ejecutaban sus instrucciones sin la menor vacilación, conscientes de la inminente amenaza que representaba el machete que el sargento usaba para dirigir sus movimientos. Rodearon a los Ogoni con rapidez, presionándolos con las armas de fuego para bloquear cualquier posible ruta de escape. Una vez asegurada la situación, Tansi emitió una

comunicación por radio y se irguió con una mirada de orgullo fijada en sus presas. Sus ojos sádicos se posaron en una joven manifestante mientras recorría con la lengua la zona no afilada de su arma.

El asombro dejó a los Ogoni en un silencio incómodo. Permanecieron dóciles y atónitos, a la búsqueda de respuestas en su líder, esperando una señal o una explicación. Ken dio un paso audaz hacia el sargento, pero dos soldados lo devolvieron al grupo con premura. Después de unos minutos, un minibús verde apareció por la avenida y se unió al resto de vehículos. Tansi se giró hacia él, guardó su machete en la funda y abrió la puerta lateral. Adoptó una postura de saludo militar. Del vehículo descendió un hombre de estatura media, fornido, aunque con una incipiente barriga, luciendo sus medallas militares limpias y brillantes en el pecho, y con una gorra roja ajustada a la perfección. Caminó hacia los soldados que formaban el cerco y se dirigió a los retenidos con una voz suave, casi femenina.

—Buenas noches, caballeros. Soy el teniente Paul Okuntimo. Estamos aquí porque necesitamos hablar con unos cuantos de ustedes. Veo que están alterados, no hay razón para ello. Compórtense civilizadamente, reduzcan esa ira que les consume y no hagan nada raro.

Los rostros de los Ogoni reflejaban una mezcla de confusión y temor mientras observaban al teniente Okuntimo con cautela. Se miraron extrañados; ninguno había abierto la boca y casi todos rezumaban terror en vez de ira.

—Señor Kenule Beeson Saro Wiwa, sabemos que todavía está aquí, haga el favor de acompañarnos. Dé un paso adelante e identifíquese.

Un murmullo comenzó a resonar en el lugar. Ken avanzó, consciente de que había caído en la trampa. Paul Levera intentó detenerlo, pero Ken, con calma y serenidad, apartó su mano y se acercó a Okuntimo.

—Buenas noches, teniente. ¿Qué acusación pesa sobre mí? —inquirió Ken con calma.

—Está detenido como uno de los instigadores y responsables de los ataques contra parte de las instalaciones petroleras del delta del Níger, por actos de asociación sediciosa contra el gobierno y por promover revueltas en perjuicio de las próximas elecciones. Si hace el favor de acompañarnos… —Okuntimo señaló la puerta abierta del minibús con un gesto firme.

—Eso es una falacia —replicó Ken sin perder la compostura—. No estoy de acuerdo con esos cargos.

—Señor —Okuntimo se acercó a Ken hasta quedar casi cara a cara—, con lo que usted esté de acuerdo o no, no me importa. No tienen permiso para reunirse, no complique esto todavía más. —Su voz era fría y explícita.

Ken se giró hacia sus congéneres y les habló para tranquilizarles.

—Regresad a casa, no temáis, esto es solo otra piedra en el camino. Continuaremos la lucha. Pronto estaremos juntos de nuevo —dijo para después empezar a caminar hacia el minibús.

Okuntimo se dirigió a Tansi antes de subir al vehículo tras Ken.

—Identifica a los que faltan, tráelos al campamento si todavía no se han marchado. Tenemos al importante, así que no armes mucho ruido, o al menos inténtalo.

El minibús abandonó la zona y los militares se quedaron a cargo del resto de los Ogonis. El sargento Tansi desenvainó su machete, lo apoyó en su hombro y sacó un papel del bolsillo de su camisa. Con gran esfuerzo, comenzó a leer los dos nombres escritos.

—Nordu Eawo, opositor y rebelde, y Emmanuel Orode, representante de la sección juvenil de la banda terrorista. ¿Dónde están? Que den un paso adelante.

El corazón de Emmanuel se detuvo por un instante, y en su rostro, que antes solía reflejar alegría, ahora solo se leía terror. Había sido un observador distante de la escena, como un espectador en un teatro, ajeno al drama que se desarrollaba ante sus ojos. Mantuvo la cabeza gacha en silencio, como el resto, pero jamás imaginó que se vería arrastrado al aterrador circo. Sus ojos buscaron a Paul Levera, a Nordu, en busca de orientación sobre cómo proceder. A su lado, alguien más, comenzó a gritar.

—¡Él! ¡Él es Emmanuel! —dijo señalándolo.

Un círculo de gente se abrió alrededor de Emmanuel, dejándolo visible para los dos soldados más cercanos que fueron hacia él con rapidez.

—¡Traidor! —gritó uno de los jóvenes del NYCOP que avanzó hacia el delator con intención de golpearlo.

Una revuelta estalló entre los Ogoni. Unos intentaron proteger a Emmanuel, otros se golpearon entre ellos. Los dos soldados se vieron separados del resto de su pelotón, aislados de su mando. Antes de que Tansi tuviera tiempo de reaccionar, un disparo sordo resonó a travésde aquella vorágine. Primero fue la sorpresa, luego los gritos, después el caos. Uno de los soldados, desprovisto de su fusil por haberlo perdido en la refriega, sacó el arma corta del cinto y disparó por instinto al bulto, sin un blanco concreto.

Los Ogoni comenzaron a correr en direcciones opuestas, erráticas, para salvar sus vidas, en un intento de atravesar la red tejida por los soldados. Los pocos que consiguieron atravesar la línea militar acabaron indefensos entre las armas y las vallas que delimitaban la explanada. Un hombre que cargaba con su hijo a cuestas por delante corrió directo hacia el sargento. No pudo esquivarle y casi hizo que el gigante perdiera el equilibrio. Tras el choque, ambos se miraron. Los llantos del niño apenas eran audibles sobre el clamor de la desigual batalla que se estaba librando. Adisa Tansi irradiaba odio en su mirada. Antes de que el hombre pudiera intentar siquiera proseguir su camino, el sargento levantó su machete y lo descargó con toda su furia desmedida sobre el hombre y el niño, penetrando en el interior de los dos cuerpos más de un palmo. Cayeron inertes el uno sobre el otro en un abrazo eterno con el machete todavía hundido en sus torsos. Les había alcanzado a ambos entre en cuello y el hombro, primero al padre, después al hijo. Miró a los ojos sin vida del hombre, que lo observaban todavía sorprendidos desde el suelo. Se descolgó el fusil de asalto de la espalda, y tras amartillarlo, disparó varias veces al aire, como un rugido de supremacía en medio del aquel caos.

—¡Traedme a los objetivos, dispersad a los demás! —ordenó a sus hombres, iniciando la cacería.

Tansi apoyó el pie en la espalda del niño muerto sobre su padre, agarró el mango del machete y tiró de él para desclavarlo, salpicándose de sangre el uniforme y la cara.

Emmanuel yacía tumbado bocabajo con las manos sobre la nuca, desorientado. Había caído en algún momento entre la reyerta y el disparo. Estaba dolorido. Sufrió el pisoteo involuntario de sus paisanos que intentaron huir tras salirse todo de control. Se palpó como pudo desde el suelo y se dio cuenta de que, en apariencia, solo tenía magulladuras. Nada roto, pensó. Levantó

despacio la vista para contemplar con horror lo que ocurría a su alrededor. No pudo evitar llorar, aunque no sabía si de dolor, de miedo, de impotencia o de una mezcla de todo. A unos tres metros a su derecha, una mujer ensangrentada y ahogada en llantos intentaba taponar con las manos la herida en el abdomen de un hombre tirado en el suelo tras haber sido el destinatario de la bala perdida. Cerca de él, apenas alejados a su izquierda, los cuerpos de una pareja regaban el suelo de arena con sangre proveniente de sus cabezas enfrentadas a apenas unos centímetros de distancia. Frente a él, los soldados interrogaban a unos padres a los que mantenían de rodillas mientras golpeaban con las culatas de los fusiles a su hijo adolescente al que habían arrojado al suelo y se revolvía de dolor en un fallido intento por cubrirse el rostro. La madre, a la que Emmanuel conocía de alguna otra manifestación, lo buscó con una asustada mirada hasta encontrarle a los pocos segundos y señaló hacia él con un gesto tembloroso. Esa fue la segunda traición que recibió en apenas unos minutos, pero entendía que el miedo a la posible muerte o al dolor hace a las personas recorrer caminos hacia la supervivencia que no siempre son justos para los demás.

Los soldados perdieron su sádico interés en aquellos desgraciados y se dirigieron hasta donde él estaba. Uno de ellos le obligó a ponerse de pie, agarrándolo por el cuello. Intentaron que caminase hasta los todoterrenos, pero la cojera y los golpes apenas se lo permitían.

—¡Joder, mira que piernas más asquerosas! —dijo el soldado que iba detrás de él.

—Es un tullido, deberíamos matarlo aquí mismo —se carcajeó el otro.

La risa cruel de los soldados resonó en medio del desolador escenario. Emmanuel, forzado a continuar, cerró los ojos por un instante, en un intento de bloquear el dolor y la humillación que le infligían con sus palabras hirientes. Cada paso se convirtió en una tortura.

Lo llevaron a empujones hasta los vehículos, cayéndose un par de veces durante el trayecto. Cada caída era un recordatorio de su debilidad. El soldado volvía a levantarlo con la mano alrededor de su cuello como una garra animal. Al lado de un todoterreno esperaba Tansi, ensangrentado, que insultaba a unos soldados por haber perdido a Nordu Eawo, que de alguna manera había conseguido escapar junto con otros. Emmanuel se preguntó qué habría sido de Paul Levera, al que también había perdido de vista.

El sargento preguntó al verlos llegar:

—¿Este es Emmanuel?

—Sí, señor.

—¿Por qué os ha costado tanto? Sois inútiles hasta para perseguir terroristas enclenques. Al menos no nos vamos con las manos vacías —dijo en alto, pero para sí mismo—. ¡Nos vamos! —ordenó—. ¿Podéis cargar al cojo o tengo que hacerlo yo? —preguntó a sus hombres.

Todos los soldados retrocedieron sumisos hasta los coches y se montaron. Emmanuel no pudo evitar el llanto, pero tras un sorpresivo golpe con la culata del fusil en el lado derecho de la cabeza, cayó en un profundo sueño forzado. Las últimas luces de la tarde dieron fin a un día aciago y la oscuridad, que fue recibida por varios cadáveres diseminados por la explanada, lo cubrió todo de negro, como el petróleo contra el que habían ido a luchar.

3

Doris

Korokoro, Ogoniland

Estado de Rivers, Nigeria

Domingo 6 de junio de 1993

Doris James se erguía al borde del camino que serpenteaba tras su hogar, enfundada con orgullo en su único vestido digno, adornado con estampados vivos y volantes. Había perdido la cuenta de las veces que había remendado el pequeño agujero en el lado derecho, un testigo de los años que habían pasado juntos. Sus manos acariciaban su menudo cuerpo con suavidad, como si alisara las arrugas de una página importante. El vestido era más que una prenda; era un tesoro que llevaba consigo los recuerdos de tiempos mejores y desafíos superados. Un antiguo anillo, corroído por el tiempo, se aferraba a su dedo corazón como un vínculo indestructible con su madre y los recuerdos que ya se desvanecían. Aunque su hijo no pudiera verla, para Doris era esencial estar impecable; sentía que este era un momento especial, una celebración en su propia intimidad.

Doris disfrutaba de esos días, los que marcaban los primeros domingos de cada mes, cuando hablaba con Emmanuel. Eran oasis de esperanza en el desierto de la rutina. Cada encuentro telefónico era un festín para su corazón.

Observaba embelesada el espectáculo que ofrecía la llama de gas que ardía sin parar a unos cien metros. Las frecuentes corrientes de viento hacían que el fuego se moviera en un baile monstruoso pero atrayente, reflejándose en los negros ríos de petróleo fugado que envenenaban la tierra. Durante las noches, su luminosidad se amplificaba y se dejaba ver desde todos los lugares del pueblo, regalándoles una luz mortal inextinguible.

Varios jóvenes cargados con pancartas la saludaron con poco interés mientras se dirigían a su punto de encuentro. Recordó que el MOSOP había convocado aquel domingo varias concentraciones pacíficas en distintas instalaciones de CRAB.

El traqueteo del destartalado motor de la vieja camioneta del señor Samuel Ekotte no tardó en hacerse oír, incluso antes de que pudiera divisarse la polvareda que levantaba en la carretera. Con la parte de carga trasera repleta hasta el tope de fardos de distintas lanas, el vehículo avanzaba con parsimonia, casi vencido por los años de incansable trabajo sobre sus ruedas gastadas. Vio cómo Samuel la saludaba con la mano asomada por la ventanilla desde varios metros atrás. Se detuvo a su lado, le extendió una invitación para subir y juntos reanudaron la marcha, pausada y constante.

Samuel Ekotte era un viejo amigo de Doris, al cual conoció cuando ambos malvivían en el campo de refugiados. Nacido en el norte y miembro de los fulani, el estallido de la guerra de Biafra le atrapó en Umuahia, donde había ido con su padre y parte de sus hermanos para vender cabezas de ganado. Tras perder a gran parte de su familia, abandonó su anterior vida nómada para dedicarse al comercio en el sur cristiano, animado por la creciente industria petrolera, pero sin abandonar el islam ni parte de sus creencias y tradiciones. Samuel, casi siempre sin pedir nada a cambio salvo algún favor sexual, llevaba a Doris hasta Bori los

domingos de mercado, y se encargaba de buscarle entre sus muchos contactos un teléfono con el que pudiera llamar a su hijo, normalmente a cambio de trabajo en casas particulares, pequeños comercios o incluso abriéndose de piernas. Doris guardaba con mucho celo el viejo papel en el que Emmanuel le había apuntado el número de teléfono de la sede del MOSOP en Port Harcourt, y aunque apenas sabía leer y distinguir cifras y letras, marcaba los números comparando los que ella tenía con los del aparato.

—Qué arreglada va usted siempre, Doris —dijo Samuel tras escudriñarla de arriba abajo—. Aunque no sé si hoy es el mejor día para llevar ese vestido. Se va a ensuciar mucho.

—No importa, quiero ir guapa —sonrió Doris, dejando entrever uno de sus pocos dientes, consciente de que no era demasiado agraciada—. ¿Cuánto acordaron ustedes?

—Le permitirán usar el aparato diez minutos si limpia el bar antes y después de las comidas. Si además lava los cacharros, le darán alguna sobra para que coma y algo de agua. Si quiere más tiempo de teléfono, hable con ellos. Aunque, aviso, son un poco ruidosos y no siempre piensan con claridad, pero son personas medio decentes. Además, todavía me deben dinero, así que la aceptarán. Eso sí, cuando hable con su hijo, no mencione el MOSOP ni nada parecido. No lo ven con buenos ojos, y mucho menos que una mujer hable de política. —Samuel apretó el acelerador para subir la cuesta antes de abandonar el pueblo.

—Nunca sé de qué hablarle, solo me dedico a escuchar lo que me cuenta, aunque muchas veces no lo entiendo.

—Normal. Hable de lo que usted sepa, si es que sabe de algo. Quiero repetirle que no me parece bien que su hijo ande metido en esos temas. Se nota que no ha tenido usted un hombre a su lado para no malcriarlo. Aparte de tullido, le ha salido blandito. ¡Ay, Doris!, si me hubiera

hecho caso, ahora viviría usted conmigo como una de mis esposas y no estaría en esta situación. Emmanuel no se hubiera marchado y usted tendría una vida mejor.

—Se lo agradezco, Samuel, pero creo que mi hijo merecía la oportunidad que yo no tuve. Estoy orgullosa de él. Además, usted ya tiene cuatro esposas.

—¿Sabe? Heredé a mi segunda esposa cuando murió mi primo, poco tiempo después de venir al sur. Ella era igual que usted. Él le había permitido demasiado y ella lo manejaba a su antojo. Malcriaba a sus hijas con historias de la ciudad, la escuela o la universidad, alejándolas de la realidad para la que servían y, sobre todo, de la religión. Me costó tiempo y romperle varias varas en la espalda que lo entendiera, pero mírela ahora, es toda una mujer dedicada y responsable que se ocupa de su marido y ayuda al resto de sus esposas, y sus hijas ya están desposadas con buenos hombres del pueblo. —Samuel giró el volante para dejar atrás los caminos de tierra e incorporarse a la carretera hacia Bori.

—George nunca pensó en tener más esposas —dijo Doris con nostalgia.

—La abandonó, Doris. Han pasado más de veinte años, asúmalo. Ni siquiera llegaron a casarse. Fue un cobarde sin valores y se fue en cuanto pudo. Quién sabe cuántas esposas tendrá ahora, allá donde esté.

—Usted no lo conoció bien. Era un buen hombre. No hable así de él —le recriminó Doris con suavidad.

El rostro del señor Ekotte se crispó con la expresión de quien se siente ofendido. Con gesto hosco, se giró hacia ella. La furgoneta, que ya avanzaba a un ritmo tranquilo, fue desacelerando hasta detenerse en un costado de la carretera.

—No crea que por ser amigos no voy a corregirla, Doris —dijo Samuel amenazando con quitarse el raído cinturón—. No puede hablarle así a un hombre, es una deslenguada. Merezco respeto. Y nunca, repito, nunca vuelva a decirme lo que tengo que hacer. —La señaló con el dedo índice cerca de su cara—. Recuerde que me debe mucho. Ni usted ni el contrahecho de su hijo estarían vivos hoy si no fuera por mí. Debería darle una paliza para que aprendiera. Cállese y no vuelva a hablar hasta que lleguemos a Bori.

El trayecto restante transcurrió en un silencio apenas roto por los ocasionales exabruptosde Samuel dirigidos a la vieja furgoneta. Doris, por su parte, se sumergió en la contemplación del paisaje que se desplegaba más allá de la ventanilla. Dejaron atrás los pantanos de mangle, cada vez más escasos, adentrándose en la densidad de la selva tropical. Los árboles se alzaban hasta donde su visión maltrecha alcanzaba, como si estuvieran inmersos en un océano verde, aunque un océano condenado y cada vez más asediado.

La distancia hasta Bori City no era excesiva, pero las carreteras deterioradas y los desvíos sin señalizar que serpenteaban entre la vegetación convertían el trayecto en una travesía larga y tortuosa. En ocasiones, la humedad llegaba a ser sofocante, y el sudor empapaba a ambos ocupantes del vehículo. No obstante, en medio de todo esto, Doris encontró un momento de tranquilidad, un respiro para sus pensamientos mientras se dejaba invadir por los recuerdos de lo que fue, lo que podría haber sido y lo que creía que había sucedido.

4

Doris

Umuahia, última ciudad del estado de Biafra

Guerra civil de Nigeria

Miércoles 14 de enero de 1970

Como tantas otras veces, Doris reconoció al instante el terrible significado de aquel murmullo ascendente que provenía del cielo, y se escondió tan rápido como pudo en el borde de la carretera. A sus dieciocho años, ya no era consciente de cuántas veces se había visto obligada a refugiarse del peligro. El lapso desde que el sonido se hacía audible hasta que el plomo y las explosiones lo arrasaban todo era breve. Los cazas MIG soviéticos del ejército nigeriano delineaban los límites de la ciudad varias veces al día, manteniendo una disciplina de fuego casi constante. La capital separatista, sitiada por tierra y aire, era el epicentro de una lluvia de ataques contra almacenes de víveres y aviones de auxilio, en los preparativos para la que se intuía como la última gran ofensiva contra los menguados restos de la fuerza militar biafreña, empecinados en aniquilar a los cientos de miles de civiles atrapados entre las ruinas.

La noticia de la huida del líder rebelde Odumegwu Ojukwu a Costa de Marfil el día ocho de aquel mismo mes, y la caída y capitulación de la ciudad de Amichi el día anterior, terminaron de desmoralizar a una población ya destrozada y castigada hasta el exterminio por los

desplazamientos, el hambre y la crueldad. Ya solo les quedaba esperar que las amenazas de represalias y masacres prometidas por el ejército nigeriano no se convirtieran en realidad una vez que concluyera el conflicto.

Los embates eran tan breves como intensos. En pocos minutos, los cazas descargaban su contenido de muerte sobre los objetivos y, como desvaneciéndose, regresaban a sus bases de partida. Dejaban tras de sí un panorama desolador, un aviso evidente de que muy pronto volverían, recargados y sin la más mínima piedad.

Doris se incorporó con esfuerzo y abandonó el borde de la antigua carretera que, en un pasado no tan lejano, había servido como una improvisada pista de aterrizaje. Se encaminó hacia las débiles estructuras que sobrevivían a escasos metros, entre los árboles carbonizados al otro lado. Allí, aún podía percibir los vestigios de las llamas de queroseno que tiempo atrás habían guiado a los aviones extranjeros cargados de alimentos, permitiéndoles aterrizar. Eran ahora mudos testigos olvidados de la valentía de aquellos que habían intentado ayudar en las circunstancias más desesperadas.

A pesar de la desaprobación de George y los religiosos, quienes insistían en que no debía abandonar el campo de refugiados, Doris decidió aventurarse en una búsqueda de alimento casi suicida. Desde hacía días, corría un rumor incierto por el campamento. Samuel Ekotte, un hábil vendedor de ilusiones e hijo de un ganadero del norte, le había contado en reiteradas ocasiones que un grupo de soldados desertores del ejército de Biafra había hallado cajas de víveres entre los restos de los aviones de socorro, a pocos kilómetros de allí, y que se encontraban disfrutándolos ocultos entre las ruinas. Ellos, que habían experimentado penurias

alimentarias ínfimas en comparación con la población general. Después de días sin probar bocado ni ella ni su familia, Doris tomó la decisión de al menos intentarlo.

Avanzó con la elegancia de una sombra, deslizándose hasta los muros del primer edificio, aprovechando su escaso peso para no delatar su presencia. Siguió agachada, su mano apoyada en la pared, hasta llegar al primer hueco que en tiempos mejores había sido una ventana. Se detuvo bajo él, asegurándose de que ningún ojo indiscreto la observara desde el interior. Escuchó. El silencio era su único compañero. Aguardó, con la sensación de que el tiempo se estiraba como una goma elástica. Luego, continuó hasta la esquina que daba a la fachada principal. Sus pies descalzos se hundían en el barro, obligándola a remangarse el raído vestido azul, empapado por el agua y que ya dificultaba sus movimientos. Aunque aún era de día, el cielo cubierto y la lluvia constante la ayudaban a fundirse con el entorno en su novato intento de infiltración. Asomó la cabeza con cautela para examinar el lugar. Tres edificaciones semiderruidas, cuyo propósito original quedaba en el olvido, la rodeaban junto a lo que parecía ser una pequeña plaza. Otra pausa, a la espera de cualquier indicio de movimiento. De nuevo, nada. Se aventuró a avanzar, siempre al resguardo de los restos de muro. Pasó por una puerta y luego a través de otra ventana antes de llegar a la esquina opuesta. La dobló con rapidez para encontrarse con la amplia espalda de un soldado que orinaba a pocos pasos de distancia bajo los restos de una techumbre de tejas y cañas.

Permaneció inmóvil con la respiración contenida. Por fortuna, el hombre no se volvió, concluyó su tarea y se corrió bajo la lluvia hacia el edificio más cercano, siendo absorbido por sus sombras al atravesar una de las puertas. Doris posó una mano temblorosa sobre su pecho, sintiendo las protuberantes costillas bajo su piel. Casi creía que su corazón iba a salir despedido

en cualquier momento. Latía con una fuerza inusitada. Sin embargo, no se dejó vencer por el miedo y se obligó a avanzar. Con un acto de aplomo, decidió seguir al soldado, convencida de que él la guiaría hacia el alimento. Avanzó hasta el lugar donde el hombre se había detenido y lo identificó como la letrina, repleta de excrementos y que desprendían un hedor nauseabundo. Examinó el umbral de la puerta desde una distancia prudente, tratando de discernir lo que se ocultaba en el interior. Con movimientos calculados para conseguir el mejor ángulo, logró vislumbrar sombras danzantes, recortadas por alguna forma de iluminación. Pensó en el fuego. No se había dado cuenta hasta ese momento de que estaba temblando. El frío la envolvía, pero también estaba paralizada por el terror. Cualquiera de los dos podría ser el motivo de sus temblores.

Recordó a Emmanuel, apenas con cuatro años, consumido por el Kwashiorkor, esperándola en agonía en el campamento. Recordó a George, que en ese instante debía estar lleno de temor y maldiciones por haber hecho lo que le había prohibido de forma rotunda. También recordó a Maathai, su pequeña hija que, de manera desgarradora, falleció en sus brazos a causa del hambre en marzo del año anterior, en el campo de refugiados cerca de Aba, antes de tener que huir al interior de Biafra debido al asedio nigeriano. El recuerdo de Maathai y su firme resolución de no perder a otro hijo por el hambre le brindaron el empuje necesario. Se armó de valor y se encaminó hacia la puerta.

Doris atravesó el umbral con una cautela que rayaba en la maestría, evitando cualquier contacto con los restos tambaleantes de la puerta de madera que se mecían como fantasmas anclados en sus goznes. Agradeció el refugio de aquel espacio, aunque partes del tejado permitían que el agua se filtrara en cascadas. El interior no ofrecía una vista mucho mejor que

el exterior. El pasillo que se extendía ante ella mostraba tabiques en ruinas, con grandes orificios que dejaban al descubierto el contenido de las distintas salas. Avanzó erguida, otorgando un descanso a sus piernas demacradas y un alivio a sus maltrechas rodillas.

La luz anaranjada cobraba cada vez más prominencia. Miró a través de uno de los agujeros en la pared y pudo distinguir lo que parecía ser un pequeño campamento, e identificó no menos de cuatro catres. Continuó explorando el lugar, evitando los charcos y sin apoyarse en las frágiles paredes. El pasillo giró en una curva que le impedía ver lo que había más allá, pero las sombras en la pared del fondo se movían, lentas y espectrales. Pudo diferenciar al menos dos figuras. El sonido crepitante de la hoguera comenzó a llenar el espacio. Dudó si debía atreverse a mirar. El miedo la abrazaba, paralizándola en momentos interminables.

«Emmanuel, Emmanuel», se susurró a sí misma, infundiéndose la valentía necesaria. Se atrevió a observar, lo hizo con el máximo sigilo posible, manteniéndose oculta tras el muro. En una sala más amplia, dos hombres se sentaban frente a frente en cajas de madera marcadas con una cruz roja. Hablaban y comían con las manos directamente de latas de conserva. Ninguno de los dos se alejaba de la compañía de sus armas, apoyadas en el suelo junto a sus pies. Confirmó que la luz que había avistado provenía del fuego que ardía en un bidón cortado por la mitad, situado en el centro de la habitación.

La lluvia caía con fuerza, y el ritmo constante del agua contra los fragmentos de techos metálicos ahogaba los sonidos de los soldados. Doris se asomó un poco más y vio cómo un tercer hombre, más joven, deambulaba sin rumbo a poca distancia de los otros mientras devoraba algo que no pudo distinguir. Latas y desechos de comida se esparcían por el suelo

sucio y empapado. En un par de ocasiones, retiró la cabeza cuando alguno de los soldados desvió la mirada en su dirección.

Prestó atención al lugar, intentando descubrir algún tipo de almacén improvisado donde pudieran haber acumulado provisiones. Sin embargo, no encontró señales de ello. Retiró de nuevo la cabeza al refugio del pasillo y fijó la mirada al frente para trazar los próximos pasos que iba a seguir. El rumor resultó ser cierto, había comida, pero no tenía garantías de si aquellos soldados habían agotado toda. Y en caso de que quedara algo, tampoco sabía cómo podría sacarla de allí sin ser vista.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se percató de los dos hombres que habían entrado en el edificio y que ahora se aproximaban cautelosos por el pasillo. Cuando se giró hacia ellos, un puño veloz impactó en la parte izquierda de su mandíbula, arrancándole varios dientes y sumiéndola en la oscuridad.

No llegó a perder el conocimiento del todo, aunque en ese momento casi lo habría preferido. Una mano poderosa la agarró con firmeza de su minúsculo bíceps derecho, los dedos se hundieron hasta el hueso, arrastrándola por el suelo con una brutalidad que recordaba al felino más feroz abatiendo a su presa. Su cuerpo chocó con los fragmentos de muros y la suciedad esparcida. La soltaron después de arrastrarla unos metros junto al bidón en llamas, forzándola a permanecer agachada sobre sus rodillas, con la cabeza aún aturdida por el brutal golpe. El dolor de las heridas provocadas por el arrastre pronto fue eclipsado por el de la mandíbula. Un sabor metálico llenó su boca mientras la sangre fluía en abundancia. Se palpó desde la barbilla y notó una inflamación preocupante, pero ya empezaba a formarse una costra en su rostro. Repitió el

gesto tres veces antes de confirmar que le faltaban varios dientes. Con un sufrimiento indescriptible, se introdujo el índice y el pulgar de la mano derecha en la boca y extrajo los últimos vestigios de una muela apenas sostenida por sus raíces. Le faltaba un incisivo delantero,y otros estaban partidos. Sabía que nunca los recuperaría.

Los cinco hombres se congregaron a su alrededor, mostrando evidentes signos de nerviosismo. Los dos que antes descansaban en cajas ahora la apuntaban con sus fusiles mientras intercambiaban gritos con sus compañeros. La conversación alternaba entre el igbo y el inglés, en frases cortas pero intensas.

—*¿Onye ka ọ bụ?* —inquirió el hombre con el ojo izquierdo ausente, manteniendo su fusil frente a ella.

—No es más que una zorra mugrienta —espetó el que estaba más cerca de Doris con desprecio.

—¡Han descubierto dónde estamos, nos van a matar! —exclamó el más joven, con su voz temblorosa por el miedo—. Vendrán y nos ejecutarán. No debimos habernos ido.

—¡Cállate! —rugió el que parecía ostentar el mando, aquel que minutos atrás había golpeado a Doris—. Sal fuera y verifica si ha venido sola.

El chaval salió temblando por el pasillo de acceso. Mientras tanto, un soldado con el aspecto de un veterano curtido se acercó al líder, mientras los demás mantenían sus armas apuntando a Doris.

—El chico tiene razón. Si ella nos ha encontrado, cualquiera podría hacerlo. *Anyị enweghị ike itinye ihe egwu* —afirmó el veterano.

—Lo sé —respondió el líder—. Déjame pensar.

—*Ka anyị soro ya kporie ndu* —murmuró el tuerto con una mirada lasciva mientras se acariciaba la entrepierna.

—¡Jajajaja! Eres tan asqueroso como ella. —El que estaba más cerca de Doris dio un paso más.

Doris lloraba, su miedo y dolor eran palpables. Mantenía la mirada fija en el suelo, con las manos alrededor de su boca. Aunque no entendía el igbo, el contexto estaba claro para ella. Conocía las atrocidades que sufrían las mujeres en esas situaciones y no estaba dispuesta a pasar por ello de nuevo. Se sentía indefensa, pero se negaba a renunciar a ver a su hijo. Aguantaría hasta que sus fuerzas se lo permitieran.

Tras unos momentos de reflexión, el jefe se acercó a su lado.

—*ị na-asụ igbo?* —le preguntó.

Doris asintió con comprensión y negó con la cabeza.

—¿Inglés? —dijo con un marcado acento norteño.

Doris asintió entre sollozos.

—Entendido. ¿Qué te trae por aquí? ¿Has venido sola? —la agarró del cuello y le echó la cabeza hacia atrás.

—Sí, sí —contestó con voz estremecida.

—¿Sí a qué, zorra?

—Vine sola. Busco comida. Hay un campamento, mi hijo… —la voz se quebró.

—¿Refugiados? ¿De qué campamento hablas? ¿Dónde está? ¡Habla, maldita puta! —apretó con violencia.

—No está lejos —dijo Doris con dificultad—. En las afueras, en una vieja escuela cerca de la estación.

—¿Cómo averiguaste dónde tenías que ir? ¿Cómo llegaste hasta nosotros?

—Fue un refugiado, Samuel. Días atrás. Habló de comida. Habló de desertores.

El jefe se retiró junto a su compañero, sorprendido. Los otros dos mantenían sus armas apuntando hacia Doris.

—Dice que un tal Samuel lleva días diciéndole que estamos aquí. El vendedor de vacas norteño que intentó timarnos con esa cabra moribunda se llamaba Samuel. Si es él, le arrancaré las tripas con mis propias manos.

—¿Crees que dice la verdad? —le preguntó el veterano.

—No lo sé. He oído hablar de ese campamento. Son poco más que cadáveres. —Sacó dos cigarrillos y le pasó uno a su compañero—. Si ha venido sola hasta este lugar, tiene más huevos de lo que pensamos. Conocen nuestra ubicación, es posible que vengan a buscarnos. Ya no estamos seguros.

—Dice que está cerca de la estación. Todavía hay trenes que abandonan la zona sitiada. Si nos hiciésemos pasar por refugiados… —el veterano dejó caer la opción—. Podríamos intentar salir de aquí. Esta guerra se acaba, Biafra está condenada, pero no sabemos qué vendrá después. Sé de otros compañeros que lo hicieron y lograron escapar —mintió—. Además, nos estamos quedando sin provisiones. Los religiosos tendrán algo.

—Ummm. Mira cómo está esta mujer. Si ha venido hasta aquí buscando comida, las cosas no pintan bien en su campamento. Pero podemos intentarlo.

Los dos hombres intercambiaron algunas palabras más antes de decidir qué acciones tomarían a partir de ese momento. Después de unos minutos, el jefe regresó a su lado, agarró su brazo y la puso de pie con violencia frente a él.

—Llévanos hasta allí —le dijo.

Los soldados fugitivos embalaron sus escasas pertenencias en un lapso de apenas cinco minutos y se congregaron bajo el vasto cielo. El jefe les impartió breves directrices que deberían seguir durante el trayecto y, a continuación, emprendieron su camino. Seguían a Doris, quien encabezaba la extraña comitiva a unos metros de distancia. Avanzaban con pasos medidos, atentos a cualquier señal de movimiento o sonido inusual, preparadas las armas para defenderse si era necesario. La noche cayó sobre ellos con premura, pero les otorgó el regalo del cese de la lluvia.

Recorrieron avenidas desoladas, sorteando los escombros de algún edificio desgarrado. Evitaron merodear por los lugares donde aún podían congregarse soldados biafreños. Pasaron frente a antiguos comercios, ahora solo reconocibles por los restos de sus adornos exteriores. Un automóvil yacía estampado contra una pared, sus puertas abiertas, con su propia historia de abandono. El silencio de la noche se vio interrumpido por un zumbido que crecía en intensidad. Doris, quien no había dejado de escudriñar a su alrededor, reaccionó con rapidez y se precipitó hacia el interior de un edificio de cuatro plantas a su izquierda. Los soldados la imitaron, ocultándose de manera torpe y dispersa. Esta vez, los cazas MIG descargaron su mortífero arsenal lejos de allí, pero el suelo tembló bajo sus pies como si las bombas hubieran caído a su

lado. Una vez que el estruendo se desvaneció en la distancia, todos salieron de sus escondites, temerosos y agitados.

Después de más de una hora de marcha, Doris, quien no había dejado de experimentar dolor ni de sostenerse la mandíbula, se detuvo frente a un dibujo de un cangrejo con ojos saltones que sostenía dos tenedores entre sus pinzas. Hizo una señal a los soldados sin siquiera mirarlos y estos se aproximaron a su posición.

—Ahí, al doblar la esquina —dijo Doris.

El jefe se asomó para observar. La escasa luz artificial apenas permitía distinguir nada. Escasos murmullos, algunas figuras esqueléticas que se movían con lentitud. Ordenó a sus hombres que ocultaran las armas largas y el resto de sus pertenencias entre los despojos de la tienda en la que se habían detenido, aunque lo hicieron con renuencia, temerosos de quedar desprotegidos ante cualquier eventualidad. Tan solo poseían dos armas cortas, unas antiguas pistolas llegadas desde España junto con las cajas de provisiones. Tras examinar una de ellas, el jefe ocultó la que estaba en mejor estado entre sus ropas y entregó la otra a su hombre de confianza, el veterano soldado, quien la aceptó con una inclinación de cabeza agradecida. Antes de esconder su raída mochila bajo unos escombros, extrajo una pequeña caja de cartón marcada con una cruz roja y se acercó a Doris.

El jefe habló en un tono bajo pero cargado de amenaza.

—No nos has visto. Nunca. Si dices algo, te buscaré. Destriparé a tu hijo delante de ti. Te obligaré a verlo. Alargaré su agonía hasta que sientas en tus podridas carnes su dolor —advirtió mientras le extendía la caja. No lo olvides. Vete.

Doris aceptó el presente y se volvió en silencio, caminando despacio hacia el campamento.

La luz intermitente de varias farolas situadas junto a los muros de la escuela mostraba con cada *flash* la sobrepoblación de cabezas que se repartían tiradas por el suelo, apoyadas contra las grises paredes o recostadas contra los pilares rectangulares que sostenían el techo del andador anexo al edificio. El silencio era terrorífico, solo interrumpido por los lamentos de los adultos y los sollozos sin vigor de los niños. Doris zigzagueó entre piernas y cuerpos para llegar al lugar donde ella, su hijo y su marido, al que llamaba así por lo que pudieran decir los demás, ya que nunca se casaron, pasaban los eternos días de guerra. Apretó contra su pecho la cajita que le había dado el militar, guardándola con celo, ocultándola de los ojos indiscretos. Rodeó a un religioso irlandés que rezaba un responso sobre el cadáver diminuto y con la barriga abombada de un niño fallecido por el hambre al que sus padres lloraban sin consuelo. Otros religiosos aplicaban con equidad paños mojados en agua sobre las bocas de los más pequeños. El hambre extrema había provocado que muchos niños, en actos desesperados, optaran por comer tierra, por lo que sus progenitores debían estar atentos para interrumpirles, ya que nadie tenía fuerzas suficientes para ayudar a quien no fuese de su familia sin obtener nada a cambio. Por otro lado, estaban los huérfanos y los que no tenían padres o familia por haber sido abandonados, que solían morir con rapidez si los religiosos no podían prestarles toda la atención necesaria. Aun en la igualdad que a todos les otorgaba la muerte, fallecer allí sin sufrimientos ni agonías era un lujo que muy pocos podían permitirse.

El precario hogar se alzaba ante Doris, compuesto por una manta ajada y unas cajas que apenas servían de resguardo para sus escasas pertenencias. George no estaba presente, cosa que agradeció. No tenía el ánimo para más discusiones o gritos. Emmanuel yacía recostado sobre la manta. Doris se sentó a su lado. Con delicadeza, movió a su hijo, cuidadosa de no

asustarlo, y lo acomodó sobre sus piernas, con la cabeza apoyada en su pecho. Abrió la cajita que le había entregado el soldado, que reveló trozos de fruta seca que se aglutinaban cubiertos de moho. Tomó unos segundos para descartar algunos hasta dar con unos pocos aún comestibles. Con un dolor que solo una madre puede resistir, abrió su mandíbula y llevó uno de los pedazos a su boca. Estaba duro, pero logró extraer un poco de sabor. Facilitó la tarea para Emmanuel, humedeciendo un poco más el trozo antes de acercárselo a los labios agrietados. El niño intentó sujetarlo, pero su debilidad era evidente. La piel se le adhería a los huesos, lo que limitaba aún más sus movimientos. Hacía más de una semana que no se ponía de pie, y los últimos intentos habían resultado en una cojera pronunciada, acompañada de punzadas de dolor en las articulaciones. Su piel y su pelo habían adquirido un tono rojizo, y su desarrollo intelectual distaba mucho del que correspondería a un niño de su edad.

Madre e hijo intercambiaron una mirada prolongada, llena de amor. Doris dejó escapar algunas lágrimas, pero esta vez no estaban teñidas de dolor, sino de esperanza. Observar a su hijo alimentarse era como un alivio para ella. Dadas las escasas veces que ocurría, un acto que debería ser cotidiano en cualquier niño se había convertido en un momento especial, digno de alegría. Los días en los que pudo amamantar a sus hijos con sus propios pechos quedaban atrás, sobre todo desde el nacimiento de Maathai, quien requirió su atención exclusiva. Tuvo que dejarlo, no solo por el agotamiento físico, sino también por la imposibilidad de mantener el ritmo calórico que ello le exigía. La propia Doris luchaba contra la desnutrición, lo que llevó a su cuerpo a rendirse ante la falta de recursos para producir suficiente leche.

Emmanuel devoró el trocito de fruta con ansias y enseguida exigió otro. Su rostro iluminado por una sonrisa, marcado por la desnutrición, reflejaba la inocencia de un niño en medio de

una guerra como todas injusta, víctima de los desaires guerreros de gente a la que no les importaban. Doris tomó otro trozo de un color anaranjado y de buen tamaño, y repitió el proceso. Ambos se encontraban en calma; disfrutaban de la presencia mutua. Doris se permitió un breve respiro y se dejó llevar por un ligero sopor y cabeceó con suavidad, liberando así parte de la tensión acumulada y relajó sus músculos torturados tanto como su posición lo admitía. Incluso se permitió el lujo de adentrarse en el mundo de los sueños, esos de los que luego apenas quedaba rastro, pero que al despertar le dejaban un regusto agradable.

Fue el escuchar su nombre desde atrás lo que la sacó de ese estado. Giró la cabeza y allí vio a George, quien parecía aún más demacrado que aquella misma mañana antes de que ella se marchara. Lo acompañaba Samuel Ekotte, en apariencia mucho mejor nutrido que la mayoría en el campo, y la joven y hambrienta esposa de este, apenas una adolescente de catorce años y no más de treinta kilos, que lo seguía en un silencio sepulcral sometida a los designios de su marido. Con sumo cuidado, dejó a Emmanuel de nuevo sobre la manta, quien luchó por no separarse de su madre, y se puso de pie para recibirlos.

—¿Tenían comida? —dijo Samuel sin ningún interés por ella.

5

Doris

Bori City, Ogoniland

Estado de Rivers, Nigeria

Domingo 6 de junio de 1993

La furgoneta se detuvo de manera poco elegante, orillada a la derecha después de pasar una concurrida intersección cerca del centro de la ciudad. Automóviles y pequeñas motocicletas, carros cargados hasta el tope y tirados por una o más personas, hombres en bicicletas apenas visibles bajo la apretada mercancía, e incluso algunos burros guiados con varas, se entrecruzaban sin prestar atención a la escasa y casi inexistente señalización vial. Los días de mercado exacerbaban aún más el caos en el corazón de una ciudad como Bori.

Fue el señor Ekotte quien rompió el silencio que él mismo había instaurado.

—Ahí delante, después de la tienda de telas. El bar tiene la fachada blanca y ventanas rojas —apuntó Samuel sin siquiera dirigirle la mirada a Doris—. Aunque no sepa leer, estoy seguro de que podrá distinguir un bar, ¿verdad?

—Gracias, Samuel. No sé qué haría sin usted.

—Es probable que estuviera muerta —respondió él sin mirarla aún—. Pasaré a buscarla cuando termine el mercado. Esté lista o se quedará atrás —advirtió antes de bajar de la furgoneta—. Espere aquí, iré a hablar con ellos.

Samuel regresó en pocos minutos con el rostro aún más sombrío que cuando se había ido. Subió de nuevo a la furgoneta y se dirigió a ella sin prestarle atención. El grito de frustración de Samuel resonó en el interior del vehículo mientras golpeaba el volante con furia.

—Estos desgraciados no me pagan —su mirada se posó en Doris—. Ya está, puede ir. Hable con Sunday, el dueño. Estará en la barra esperándola. Me debe una, bueno…, otra más —le indicó con un gesto de la cabeza—. Váyase.

Doris suspiró con pesar al descender de la furgoneta, que reemprendió su rumbo en cuanto la puerta se cerró. De nuevo se encontraba sola. Había aprendido a cargar con el peso del abandono, una losa que la acompañaba desde toda su vida. Sin embargo, la añoranza y la carencia de afecto la invadían de vez en cuando, recordándole que no tenía a nadie, ni siquiera a alguien que se preocupara por su bienestar, aunque fuese solo para mantener una conversación sin más. Desde que Emmanuel se marchó, no había experimentado ningún tipo de contacto afectuoso aparte de los encuentros esporádicos con él. Su hijo siempre había sido un niño cariñoso y durante su infancia se fundían en abrazos y besos de manera constante.

Doris reflexionó sobre las palabras del señor Ekotte. Su vida quizás habría sido diferente si hubiera aceptado alguna de las numerosas propuestas de matrimonio que él le había hecho. Tal vez su hijo no se habría marchado, y ella tendría algo más que las cuatro paredes de su hogar. Emmanuel… Todo lo que había hecho y seguía haciendo lo hacía por él, y nunca se habría perdonado el haberlo retenido a su lado, negándole su derecho a elegir y vivir su propia vida.

Aquella experiencia, que estuvo a punto de arrebatárselo y que lo marcó para siempre la había llevado a la conclusión de que había tomado la decisión correcta. Estaba convencida de que un hijo merecía tener una vida mejor que la de sus padres. Era su responsabilidad mejorarla para que las futuras generaciones pudieran hacerlo aún más.

Resopló, reprimió con heroicidad unas lágrimas traidoras que llamaron a sus ojos y se encaminó hacia el bar.

La fachada del edificio, una vez blanca y ahora manchada y deslucida, se destacaba entre sus vecinas más antiguas y tristes. Las ventanas, con sus contraventanas de madera de un rojo desvaído, estaban abiertas de par en par para permitir que el aire fresco penetrara en el interior. Tres mesas metálicas servían como terraza, ocupadas por una pareja, un anciano que dormitaba y cuatro jóvenes que, para sorpresa de Doris, resultaron ser ladrones preparándose antes de dirigirse a sus actividades ilícitas entre los visitantes del mercado. Los cuatro se divertían a costa de la camarera, una joven huérfana, de formas generosas y estatura modesta, a la que los dueños explotaban a cambio de un techo y algo de comida.

El local era una especie de refugio para la escoria de la ciudad. Ofrecían comidas pasables, carnes saladas en su mayoría, y bebidas frías a precios asequibles. El dueño, Sunday Okoronkwo, un hombre rechoncho de rostro redondeado y perpetua sonrisa falsa, rara vez abandonaba la seguridad de la barra. Se negaba a limpiarse el mandil, oscurecido por años de uso, y mantenía a mano una vieja tubería doblada, supuesto testimonio de la ocasión en que la usó para persuadir a un cliente para pagar la cuenta. Rita, su esposa, estaba al mando de la cocina. Si bien igual de corpulenta que su marido, poseía un temperamento mucho más agrio. Sometía a Orochi, la camarera, a una presión inhumana, con jornadas de trabajo interminables

y descansos mínimos. Desoía las quejas de la joven, acusándola de ser poco trabajadora y exigiéndole que complaciera a los clientes, incluso si eso significaba tener que desnudarse. «Sonreír y atender» era el mantra que le repetía a diario.

Doris atravesó la doble puerta y se apoyó en el quicio del marco para subir el pequeño escalón, atrayendo las miradas curiosas de los presentes. El interior estaba vagamente decorado con polvorientas fotografías en blanco y negro de soldados que cubrían las paredes. Un ventilador giraba incansable en el techo, sus aspas amarillentas revelaban años de batalla contra el humo de los cigarros y el paso del tiempo. Desde el fondo del local llegaban ecos distorsionados de la música que emitía una vieja radio sobre una pequeña estantería, como una banda sonora melancólica del lugar. A la misma altura, un teléfono verde de rueda estaba anclado a la pared, y bajo él, los dueños habían colocado una silla para que las conversaciones no tuvieran que ser mantenidas en pie. En la barra, dos hombres sudorosos por el calor y la humedad charlaban con el camarero frente a unos botellines de cerveza, como si ese mundo fuera ajeno a las penurias del exterior. Doris reconoció enseguida a Sunday, que la observaba desde detrás de la barra con una mirada inquisitiva, aunque sin dejar de sonreír.

—Buenos días, soy Doris James, vengo de parte del señor Ekotte.

—Adelante —dijo Sunday. Ya nos ha hablado de usted. Pase— señaló con la mano la parte abierta de la encimera al final del local.

Doris llegó a la apertura de la barra justo cuando Rita emergió de la cocina con cuatro platos humeantes de carne en sus manos que desprendían un aroma tentador que llenó el aire del local.

—¿Dónde está la zorra de Orochi? Vagueando en alguna esquina. ¡Orochi! —gritó con una estridente y aguda voz—. ¡Tú! ¿Quién coño eres? —dijo dirigiéndose a Doris mientras dejaba los platos en la barra.

—Es la que viene a fregar de parte del sacacuartos de Ekotte, te lo conté el otro día. Tiene que usar el teléfono —le recordó Sunday a su esposa.

—Ah, genial. Pero es muy fea —contestó a su marido sin dejar de repasar a Doris de arriba abajo—. No podemos tenerla aquí a la vista, los clientes se marcharán.

—Como esté mucho más tiempo aquí afuera, me iré sin pagar —dijo uno de los hombres sentados a la barra, provocando las carcajadas de su acompañante.

—¡Cállate, borracho! —le chilló—. Tienes cinco minutos de teléfono por ayudarme a preparar las comidas y fregar toda la cocina después —afirmó Rita mirándola a los ojos con cara de asco.

—¿Cinco? —sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos—. El señor Ekotte me dijo diez minutos si les fregaba el bar y algo de comer si fregaba la cocina.

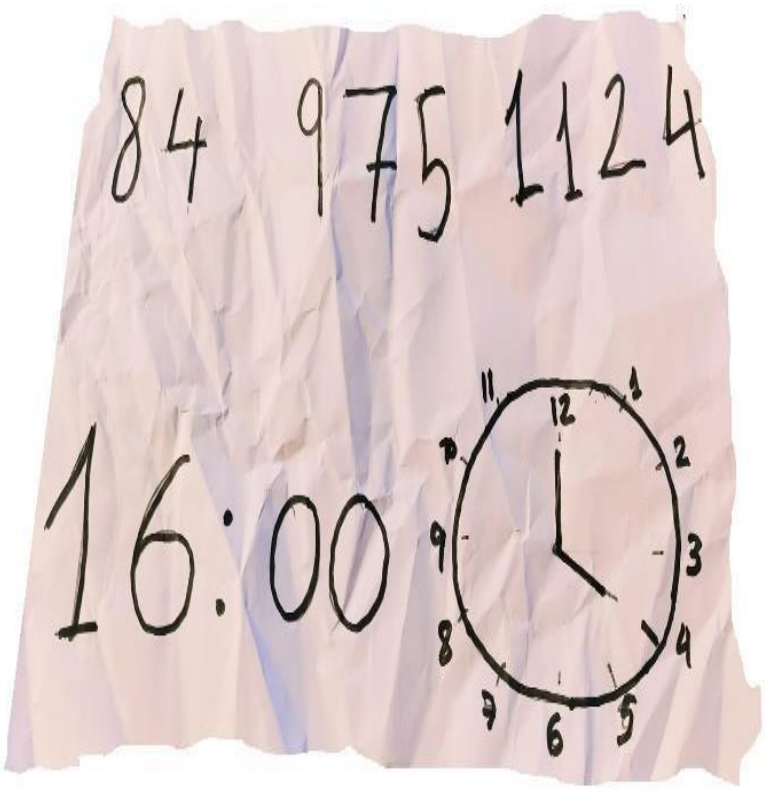
—Eso fue antes de saber lo horrible que eres. No vas a estar de cara a la gente, nosoportarían verte. Cinco minutos por ayudar en cocina y fregarla después. Sin nada de comer. Cuando no tengas trabajo esperarás fuera en el corral, y no entrarás hasta que te llame. Es lo que hay. ¡Orochi! —Rita dio un vistazo rápido al local en busca de la chica—. Coge los platos y deja de zorrear con todo el mundo —gritó.

La joven camarera apareció con la cabeza gacha y cargó los platos en la bandeja metálica.

—¿Qué haces? ¿Aceptas? —preguntó Rita.

Pensó en Emmanuel. No tuvo más opción. Contestó de manera afirmativa y siguió a Rita al interior de la pequeña cocina. La angosta sala donde se preparaban las comidas apenas tenía cabida para dos personas, y menos con Rita, que ocupaba con su cuerpo todo el espacio entrela pared y los cochambrosos fuegos de gas. Observó con una mezcla de hambre y asco los trozos de carne que iban a ser cocinados apilados en unas bandejas sobre la sucia encimera de madera. La sala estaba llena de humo al no disponer de ningún medio de extracción salvo la pequeña puerta que daba a un corral exterior donde se amontonaban las bombonas de gas y un sarnoso perro que esperaba con ansia cualquier resto que le pudiera caer.

Un reloj de agujas, tan antiguo como el propio bar, marcaba la hora sobre la puerta de salida hacia la sala. Doris extrajo el papel con las instrucciones de Emmanuel y verificó con meticulosidad la posición exacta que debían tener las agujas para que ella pudiera realizar la llamada.



El número al que debía llamar, trazado con tinta sobre el papel por su propio hijo, descansaba ante sus ojos. Justo debajo, dos representaciones de relojes: uno electrónico y el otro, el convencional. Examinó con atención la posición de las manecillas en el reloj de la cocina, comparándolo con el dibujo. La saeta corta, que todavía no alcanzaba el 11, indicaba que el tiempo aún estaba de su parte. Un empujón en la espalda la hizo girarse.

—¿Todavía no hemos empezado y ya estás vagueando? —le espetó Rita—. ¿Nunca has visto un reloj? Empieza a fregar las sartenes para preparar la carne de las comidas mientras yo termino con los almuerzos.

Durante las dos horas siguientes inmersa en la cocina, Doris se entregó a la tarea de devolverle a ese espacio un atisbo de dignidad. Desgastó hasta el extremo los estropajos

maltrechos que yacían a su disposición y a pesar de sus esfuerzos casi hercúleos, las sartenes se resistían a quedar limpias. La grasa reseca y podrida se aferraba a ellas como un recuerdo persistente de las veces que habían sido usadas. Con resignación, recurrió a sus propios dedos para arrancar los últimos vestigios de esa película aceitosa que se negaba a ceder. El hedor, omnipresente, se infiltraba en su organismo. Su vestido, que alguna vez fue impecable, se veía ahora salpicado y manchado, víctima del combate desigual contra la suciedad incrustada.

Alrededor de la una de la tarde, el bullicio en el salón alcanzó su punto álgido. Orochi se movía incansable mientras le pasaba las comandas a Rita y solicitaba bebidas a Sunday. Con regularidad, el establecimiento recibía a trabajadores del mercado para la comida, sobre todo a aquellos de una clase más acomodada, ya que aquellos que no podían costear empleados o cuyas ventas no eran lo suficientemente abultadas se conformaban con comer en sus propios puestos, si es que podían permitírselo. Los estridentes reclamos de Rita se multiplicaron, aunque el estrés que se gestaba en la cocina pasaba desapercibido para los comensales, quienes ya se habían acostumbrado al espectáculo diario ofrecido por la dueña y su incansable camarera. Empujones, insultos y humillaciones constituían el trato habitual de aquel rincón.

Rita señaló hacia un grupo de cinco platos que esperaban que los llevasen al salón y soltó con desdén:

—¡Fea! Sácale la comanda tres a la zorra.

Doris, sin mucho entusiasmo, replicó:

—Me llamo Doris, señora.

Rita, escondida entre los torbellinos de humo de la parrilla, soltó con brusquedad:

—Me da igual cómo te llames, para mí eres la fea y la otra la zorra. ¡Saca los malditos platos ya!

—¿Cuál de todos?

La mujer arrojó las pinzas en la encimera de madera con un estrépito y apartó a Doris de un empujón.

—¡Estos, maldita sea, estos! —chilló, agarrando dos platos específicos que solo ella conocía. ¡Zorraaaaaa! —llamó a la camarera. —¡Los platos!

Los comensales abandonaron el lugar tan rápido como habían llegado, urgidos por el regreso al trabajo. Antes de las dos y media, el bar volvió a transformarse en el refugio de parias y borrachos que era en su estado normal. Orochi apilaba los platos, cubiertos y vasos sucios en la encimera de la cocina, mientras Doris se encargaba de limpiarlos. Rita, por su parte, se deshacía de los restos y guardaba la comida en el viejo congelador. Con pesar, observó cómo el perro se alimentaba con las sobras, algunos trozos tan grandes como para haber saciado su propia hambre.

Cuando terminaron, Rita señaló la puerta de salida al corral con silenciosa desaprobación. Doris obedeció y se sentó frente al perro sobre un antiguo bidón de combustible blanco adornado con un cangrejo rojo y amarillo. Apenas los separaban dos metros, y en cuanto el animal la vio, se lanzó hacia ella entre ladridos, solo detenido por la cadena que lo mantenía atado. Tras unos minutos, el perro se acostumbró a la presencia de Doris y continuó mordisqueando trozos de carne mezclados con tierra del suelo.

No pudo apartar la mirada del animal, corrompida por el deseo casi primitivo de disfrutar ella misma de esa comida, maldiciendo la constante falta de alimento que la había acosado

durante gran parte de su vida. Sin embargo, reprimió el impulso de atreverse a disputarle los restos de carne sucia. Un perro desamparado y casi abandonado como aquel parecía tener más derecho a alimentarse que ella. Doris sabía soportar los golpes, su entereza se había moldeado por los años de una vida marcada por la danza constante al borde de la tragedia, pero seguía sin poder aceptar la injusticia, ya fuera la suya propia o la que golpeaba a otros más débiles. Era un ciclo constante, tan inmutable como las olas del mar rompiendo contra las rocas.

Después de un intervalo prudente, Doris se asomó a la cocina para consultar el reloj. La manecilla grande se acercaba al 12, mientras que la pequeña ya acariciaba el 4. Era la hora. Ingresó al salón, despedida por un par de ladridos del perro, único testigo de su entrada. En ese momento, el interior del local se encontraba desprovisto de parroquianos. Orochi, en la terraza, soportaba los toqueteos de los clientes, mientras Sunday, adormilado en un taburete detrás de la barra, apenas levantaba la cabeza. No divisó a Rita, detalle que agradeció. No quería tenerla cerca.

Con pasos sigilosos sobre el desgastado suelo de madera, Doris se acercó al teléfono. El tono verde azulado aún resaltaba en algunas partes del aparato. Era un modelo de rueda, con los números dispuestos en pequeños agujeros, que exigía girarlos hacia la derecha hasta que tocaran el tope para marcar. No era la primera vez que utilizaba un teléfono así, por lo que el proceso le resultó familiar. Contempló la idea de reducir el volumen de la radio, que lanzaba melodías entrecortadas al lado del teléfono. Sin embargo, decidió abstenerse por desconocimiento, temerosa de atraer la atención de Sunday o Rita.

Marcó los números con cuidado, confirmándolos con los anotados en su papel. Sabía que Emmanuel estaría al otro lado, como siempre, sin dejar pasar mucho tiempo desde que

empezaba a sonar hasta que respondía. Giró la rueda con el número 4 hasta el final, la dejó volver a su posición y aguardó. Tras unos breves segundos y con el primer tono, los nervios la envolvieron. Ese breve lapso hasta que Emmanuel contestaba la hacía temblar. Llegó el segundo tono e imaginó que él se encontraba alejado del teléfono y se acercaba para contestar al tercer tono. Nada. El cuarto tono la desconcertó, y el quinto la dejó descolocada. Luego, un corte y el silencio. Depositó el auricular en su sitio y revisó el papel. Había marcado mal; era evidente. Repitió el proceso todavía más atenta. Un tono, dos, tres. La impaciencia la invadía, consumida por nervios distintos a los que había sentido hasta ese momento. Cuarto y quinto tono. De nuevo, ninguna respuesta. Un corte y el silencio. Dejó el auricular en su lugar y resopló. Miró alrededor. Estaba sola en el interior del local, a excepción de la inútil compañía de Sunday, que murmuraba en sueños tras la barra sin perder la sonrisa. La camarera se encontraba en la calle, apenas visible desde su posición, y Rita seguía ausente. Decidió intentarlo una vez más. Quizás el teléfono estaba roto y era posible que no le hubieran informado. No, concluyó que se había vuelto a equivocar; reforzó una vez más su compromiso mental de aprender a leer y escribir lo antes posible. Volvió a marcar. Uno, dos, tres. Un breve crujido resonó en la línea y, después de unos eternos segundos, una voz cargada de melancolíay nervios respondió.

—¿Dígame? ¿Quién es? —dijo la voz temblorosa del otro lado de la línea. Doris, sin reconocer a su hijo, inquirió con precaución.

—¿Emmanuel?

—¿Quién eres? —preguntó el desconocido.

—Doris James, la madre de Emmanuel. Siempre llamo a este número el primer domingo de cada mes a esta hora para hablar con él. ¿Quién es usted?

—Ah… ehh… sí, entiendo —una breve pausa antes de continuar—. Paul, Paul Levera, señora. Su hijo me ha hablado de usted.

—¿Se puede poner al aparato? Tengo poco tiempo —la impaciencia tintó la voz de Doris.

—Vaya, no, ahora mismo no puede ponerse. Le dejaré el recado si usted quiere.

—No, tiene que ser ahora. No puedo volver a llamar. Dígale que se ponga.

—Señora, no puede ser. Emmanuel… Emmanuel no está aquí —balbuceó.

—¿Por qué no está? ¿Qué le ha ocurrido?

—Anoche los soldados nos atacaron en la concentración frente a CRAB —suspiró Paul con resignación—. Vinieron primero por Ken, después cogieron a Emmanuel. Se lo llevaron en un furgón. Algunos pudimos escapar, otros no tuvieron tanta suerte. Nos dispersamos, muchos siguen aún por ahí. Volví a la sede para quemar papeles antes de que la investiguen, algo que no tardará mucho en suceder. No sé dónde se han llevado a su hijo, señora.

Doris quedó en un silencio profundo, absorbida por las palabras crudas y directas que el desconocido acababa de dispararle. El auricular, todavía apoyado contra su oreja, comenzó a temblar en su mano, como si las vibraciones internas reflejaran la conmoción que la había invadido.

—Señora, ¿está usted bien? —preguntó Paul después de unos segundos—. Siento que se haya enterado así.

—¿Qué puedo hacer ahora? ¿Cómo puedo encontrarle?

—No lo sé, señora. No sabemos a dónde se los llevaron. Escuche, Emmanuel hablaba siempre del señor Williams, el padre de su novia, aunque él no sabía que se veían. Su hijo siempre tenía buenas palabras para él, le trató muy bien cuando llegó a Port Harcourt. Es un hombre respetable. Dejó su teléfono por aquí, ¿tiene para apuntar? Mire, aquí lo tiene…

Un pitido llenó la línea. Doris, absorta mientras escuchaba a Paul Levera, no había visto acercarse a Rita, que la había observado durante parte de la llamada. La mujer tocó con la mano sobre el pulsador para cortarle la llamada.

—Ya han pasado cinco minutos. Se acabó —dijo Rita mientras le quitaba de la mano el auricular para dejarlo en su sitio.

—¿Qué hace? ¡Han secuestrado a mi hijo! —Doris descolgó de nuevo el auricular y acercó su dedo al marcador rotatorio para repetir la llamada.

—Algo habrá hecho. No vas a volver a llamar, fea asquerosa —gritó Rita mientras agarraba de nuevo el auricular para quitárselo, esta vez sin éxito.

El instante de confrontación entre Doris y Rita se transformó en un frenético forcejeo por el control del auricular. Con un hábil movimiento, Doris logró arrebatarle el dispositivo a Rita, quien no anticipó la repentina resistencia de la mujer. Fue en ese preciso momento cuando Doris dejó caer las cadenas que la habían atado durante años y liberó una rabia reprimida que se había extendido como una corriente eléctrica desde su nuca hasta los tobillos. En un acto de pura autodefensa, su brazo se alzó en un arco feroz, y el auricular se estrelló con toda su fuerza contra la ceja izquierda de la imponente mujer.

Ambas quedaron inmóviles, a centímetros una de la otra, envueltas en un silencio pesado. La sorpresa se desvaneció en el rostro de Rita, reemplazada por una mueca de dolor mientras

se palpaba la zona afectada para encontrar sus dedos manchados de sangre. Un instante de desconcierto llenó la sala antes de que Rita soltara un grito estridente y se abalanzara sobre Doris, aferrándola por el cuello.

Doris, ya desprovista de su iniciativa violenta, apenas pudo reaccionar antes de que Rita la arrastrara al centro de la sala, ahora desierta de comensales. Con una facilidad desconcertante, Rita derribó a Doris al suelo. La cabeza de Doris chocó con el firme de madera, y la mano libre de Rita comenzó a golpear su rostro con un puño despiadado, cada impacto era como un martillo. En medio de gritos ahogados, Doris se vio impotente ante la furia desatada de la bestia que la atacaba.

Los alaridos despertaron a Sunday, quien por inercia buscó la compañía de su vieja tubería y salió de la barra en busca del tumulto. Tardó un par de segundos en comprender lo que ocurría y se lanzó a por su mujer. La agarró primero de los brazos, obligándola a soltar a Doris, para después echarla hacia atrás y retenerla no sin esfuerzo. En ese momento, su esposa era un animal desbocado que solo buscaba destrozar a su presa.

—¡Me ha pegado con el teléfono! —le dijo Rita a su marido señalándose la ceja.

Los estruendosos alaridos y la violenta conmoción dentro del bar actuaron como un imán para quienes se hallaban fuera. Orochi, que había ingresado al interior en silencio al presenciar a Rita, observaba la escena sin emitir palabra. A una distancia segura, los dos hombres que disfrutaban de la terraza no pudieron resistirse a la tentación de espiar lo que sucedía dentro. Sin titubear, la joven camarera optó por liberarse de las esposas de sus opresores y se acercó decidida hacia Doris. Con rapidez, llegó a su lado y la asistió para que pudiera sentarse,

desafiando con su acción la sorpresa que se reflejaba en los rostros de Rita y Sunday, que seguían abrazándose en una muestra de unión aparente, pero carente de cualquier afecto.

—¡¿Qué coño haces?! —gritó Rita en un intento por abalanzarse de nuevo sobre las mujeres, impedida solo por el agarre de su marido—. ¿Ayudas a esta zorra? —miró a Orochi—. ¡Me ha pegado! ¡Yo te lo di todo! ¡Vuelve a la calle a vender tu coño, puta mal agradecida! ¡Fuera de aquí, las dos!

Orochi ayudó a Doris, todavía atontada por los tremendos golpes, a incorporarse. Ambas mujeres abandonaron despacio el local. Sunday soltó a su esposa y las siguió bajo el dintel de la puerta.

—Si a alguna de las dos se os ocurre volver por aquí, os abriré la cabeza —dijo señalándolas con la vieja tubería—. Y dile al follavacas de Ekotte que ni se le ocurra volver a pedir dinero —sentenció antes de regresar al interior.

Cruzaron la calzada con parsimonia. Al llegar al otro lado, se dejaron caer, apoyándose contra la pared, resguardadas a la sombra que proyectaba el edificio. El pómulo derecho de Doris, marcado por los feroces golpes, mostraba una inflamación inquietante. Sus pocos cabellos, liberados del pequeño recogido que se había hecho aquella mañana, dejaban al descubierto las grandes calvas en su cabeza.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber Doris, sonando su voz como un murmullo apagado.

—Estoy harta de esto, usted ha tenido el valor que yo no tengo para enfrentarme a ella. Por eso la ayudo.

—Yo no tengo nada. Entra cuando estén más tranquilos, o perderás tu trabajo.

—No era un trabajo, y mejor perder eso que la vida y la dignidad que me robaban. No se preocupe por mí, ahora descanse.

Las dos mujeres compartieron una hora y media en aquel rincón sombrío. Orochi permaneció al lado de Doris, que navegaba por momentos de transición entre la realidad y los sueños. En medio de ese lapso, el ambiente en la calle comenzó a enrarecerse. Observaron cómo numerosos mercaderes huían de las calles del centro en una desbandada sin control, ansiosos por escapar.

La intriga se apoderó de ellas y decidieron ponerse de pie para obtener una visión más clara de la situación. En ese momento, la furgoneta de Samuel Ekotte giró la esquina, deteniéndose frente al bar. El hombre bajó y se dirigió al interior sin percatarse de la presencia de las dos mujeres.

—¡Samuel! —gritó Doris con gran esfuerzo—. ¡Samueeeeeeel! —acompañó Orochi cuya vozresonaba más alta.

Samuel Ekotte, desconcertado, giró la cabeza en todas direcciones en un intento por localizar la fuente de la llamada. Las dos mujeres avanzaron con cautela, sorteando coches y personas que se apresuraban cargadas con fardos en medio de la confusión. Después de unos gritos más, Samuel las identificó y los tres se encontraron en la puerta del copiloto de la furgoneta.

—Oh, Doris. ¿Qué le ha pasado? Está hecha un asco. ¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —dejó pasar unos segundos—. Los soldados han cerrado el mercado —dijo sin dejarla contestar—. Buscaban Ogonis. Ha habido disparos, Doris —no intentó ocultar su miedo—. He podido salir por los pelos, lo he perdido todo.

—Anoche detuvieron a Emmanuel en la manifestación, no he podido hablar con él, no saben dónde está. Hubo muertos, Samuel.

—Joder, tenemos que volver a casa, Doris. ¿Esta quién es? —preguntó sin dejar de mirar el generoso busto de Orochi.

—Una amiga —dijo Doris mirándola—. Me ha ayudado cuando… Es igual. Necesito ir a Port Harcourt, Samuel. Tengo que saber dónde está mi hijo.

—¿Cómo piensa ir hasta allí? No diga estupideces. Vámonos a casa. Estaremos más seguros. Esperemos que no hayan cortado las salidas de la ciudad —dijo mientras iba hasta la puerta del piloto—. Vamos, monte.

—Samuel, yo…

—¡Cállese y suba, joder! No puede ir hasta Port Harcourt, y no puede quedarse aquí —el ruido del viejo motor invadió la conversación—. O se monta ya o me voy, no tengo por qué esperarla.

Doris buscó consuelo en Orochi, quien le respondió con un gesto de aprobación y una invitación silente a subir a la furgoneta. Las lágrimas de impotencia brotaron de los ojos de Doris mientras se imaginaba a Emmanuel atado, esposado, solo y asustado. Por un momento dejó de lado su propio dolor para enfocarse en la urgencia de encontrar a su hijo. Aunque el señor Ekotte tenía razón en sus argumentos pragmáticos: carecía de dinero, desconocía el modo de llegar a Port Harcourt, se encontraba magullada y llevaba todo el día sin comer ni beber. Con una gran resignación, abrió la puerta de la furgoneta y agradeció una vez más a Orochi por la ayuda brindada.

El viaje de vuelta a Korokoro fue un monólogo del señor Ekotte sobre lo ocurrido en el mercado. Los militares aparecieron buscando a cualquiera que fuese o tuviese algo que ver con los Ogonis, llevándose personas de manera indiscriminada. Primero con palabras, después con golpes, por último, con disparos hasta que todo quedó disperso. Doris le contó con brevedad lo ocurrido en el bar y la detención de Emmanuel, de la cual Samuel culpó al activismo radical del MOSOP.

La noche cayó sobre ellos. Divisaron la llama de gas mucho antes de lo normal, más grande y luminosa, como si hubiera avanzado desde su posición original, destacada entre la negrura que los rodeaba. Según se fueron acercando, se dieron cuenta de que no era la llama lo que veían, sino las casas del pueblo en llamas. Gritos y disparos se empezaron a escuchar, primero en la lejanía, después en sus narices. Los militares, en un acto combinado en toda la región, habían atacado múltiples localidades Ogoni, perpetrando secuestros, violaciones y torturas sin piedad.

Un nutrido control militar antes de la cuesta que daba entrada y salida a Korokoro les obligó a detenerse. Varios soldados rodearon el coche apuntándoles con sus armas.

El hombre que parecía liderar la operación militar presionó la ventanilla con la punta del fusil.

—¿A dónde coño van? —inquirió, con voz ruda y desafiante.

—Al pueblo. Mis mujeres están ahí —respondió Samuel.

—No pasa nadie. ¡Bajen del coche, ya!

—No soy Ogoni, soy Fulani, comerciante del norte, estoy aquí de paso —mintió con rapidez—. No tengo nada que ver con esta gente. ¡Ella! —señaló a Doris—. ¡Ella es Ogoni! ¡Su hijo es del MOSOP, lo detuvieron anoche!

Los soldados, con expresiones serias, observaron a Doris. No pudo articular palabra, solo emitió unos balbuceos de decepción, sintiéndose traicionada en lo más profundo. Aquella mirada de desconfianza y desdén le dolía más que cualquier golpe que le hubieran dado en su maltratada vida.

—¡Bajadla del coche! ¡Ogbeide! Se viene con nosotros —ordenó el mando a un soldado.

Ogbeide abrió la puerta del copiloto y la ayudó a descender con cuidado, de manera sutil, sin causarle daño. La tomó del brazo sin aplicar presión, y juntos se dirigieron hacia uno de los camiones repletos de personas detenidas con las cabezas cubiertas. Doris giró la vista, encontrándose con la mirada de Samuel, quien la observaba con expresión de alivio. George Ogbeide, el joven soldado que a Doris le evocó tiempos pasados, le habló con calma.

—Acompáñeme, no tenga miedo —dijo mientras tiraba de su brazo con suavidad—. No debería mirar atrás, no le permitirán irse —agregó, refiriéndose a Ekotte.

La última vez que Doris vio a Samuel Ekotte fue instantes antes de que la bolsa negra con la que iban a cubrir su cabeza la dejase ciega. Le dio el tiempo justo para observar cómo sacaban al hombre de la furgoneta para después entre cuatro soldados patearlo sin piedad alguna.

6

Emmanuel

Campamento militar de Bori, cerca de Port Harcourt

Estado de Rivers, Nigeria

Martes 8 de junio de 1993

El óxido de la puerta se quejó con un chillido agudo al ceder ante la presión del sargento Adisa Tansi, un coloso de aspecto temible, que lideraba la entrada a la sala de comunicaciones. Su mano acariciaba el mango del machete que siempre lo acompañaba. A sus espaldas, dos soldados rasos cargaban cubos rebosantes de agua.

—Bajadle de ahí, ya estará más maleable —ordenó Tansi mientras se acercaba a una mesa llena de herramientas y otros enseres.

El centro de la sala estaba dominado por una anticuada silla de madera, provista de arneses y fijaciones para las extremidades. A su lado, un cuerpo masculino delgado, desnudo y con las manos y los pies atados entre sí, colgaba boca abajo de una barra metálica suspendida entre dos caballetes. La cabeza de la víctima estaba oculta bajo un saco de arpillera negro. Los soldados bajaron la barra, dejando caer el peso del hombre al suelo entre gemidos. Con la destreza de quien maneja cargas pesadas, lo desataron, lo sentaron en la silla y lo aseguraron a ella con todas las sujeciones excepto la del cuello. Emmanuel, que sangraba por la nariz debido al

tiempo que pasó suspendido, con los ojos al borde de explotar por la presión, tuvo su cabeza descubierta. Uno de los soldados le arrojó un cubo de agua directo en la cara para obligarlo a despertar. Mientras tanto, Tansi desenrolló un cable eléctrico blanco con las puntas de cobre al aire por un extremo, acercándose a Emmanuel mientras tensaba el cable sobre su cabeza con ambas manos, exhibiendo sus enormes y marcados bíceps.

—Imagino que ya querrás charlar. Nuestras comodidades hacen las delicias de cualquiera, pero creo que deberíamos tratarte aún mejor para que hables tranquilo —dijo el sargento con una sonrisa—. ¿Cuántos años tienes?

Emmanuel no contestó a la primera, lejana todavía su mente, obligado a sobreponerse al dolor de cabeza mientras la sangre le volvía a fluir de forma natural.

—¡Contesta! —chilló el sargento antes de soltarle un sonoro bofetón en la cara con la mano que había dejado libre al soltar el cable.

—Vein… venti… veintiséis —respondió Emmanuel como pudo.

—Veintiséis, muy bien. Es justo que sean las mismas veces que años tienes, ¿no?

Tansi retrasó el brazo todo lo que pudo y lo giró contra el cautivo. El cable eléctrico, ahora convertido en un látigo castigador, silbó por el aire hasta estamparse en el torso de Emmanuel, lacerándole la carne y horadando una fina línea sangrante que cruzaba su abdomen. Los gritos comenzaron. Tansi repitió el proceso hasta diez veces, imbuido por su insaciable sed de sangre. Las finas hebras de cobre que sobresalían del recubrimiento plástico del cable se agarraban como uñas felinas sobre el lampiño cuerpo de Emmanuel, que quedó sumergido en su propia sangre, surcado de ríos que nunca más le abandonarían y que le dibujaron un mapa terrorífico. Tras los primeros golpes, descendió su punto de mira para centrarse en otro objetivo. Los diez

siguientes latigazos impactaron en la entrepierna, golpeándole el pene, los testículos y las caderas, arrancándole trozos de piel y carne por igual. Los gritos de desesperación por el dolor insufrible solo cesaron los breves instantes que utilizaba Emmanuel en coger aire para invertirlo en seguir gritando. Los seis últimos golpes Tansi los dio en las espinillas, pero aplicó en ellos más fuerza, más velocidad. Alcanzó con facilidad el hueso en algunos puntos, convirtiendo los llantos de Emmanuel en gorgoteos que se entremezclaban con su respiración torpe y acelerada por el creciente dolor. Cuando hubo terminado, hizo un gesto al soldado más joven que todavía tenía el cubo de agua en las manos y este se apresuró a vaciarlo sobre Emmanuel para limpiar momentáneamente la sangre que le recorría pero que enseguida rebrotó.

—Ogbeide, maricón, aprende, que así conseguiremos hacerte un hombre —le dijo a George Ogbeide, que estaba aterrado a punto de romper en lágrimas todavía con el cubo vacío en la mano. Después, Tansi agarró del cuello a Emmanuel y se puso frente a él con las caras a escasos centímetros—. ¡Ordenaste el ataque a las instalaciones de CRAB! ¿Cuántos erais? Quiero sus nombres. ¿Wiwa os lo exigió? ¿Dónde escondéis las armas? ¡Habla, o tendré que aplicarme a fondo contigo!

—No, no. Nuestra lucha es pacífica, no usamos la violencia.

—¡Y una mierda! —Tansi abofeteó de nuevo el rostro de Emmanuel sin dejarle acabar—. Sois terroristas. Wiwa está aquí al lado cargándote toda la mierda sobre tus hombros, y tú sigues defendiéndole. Os usa a ti y al NYCOP para sus propios intereses y sois tan idiotas de seguirle. Dime, ¿ordenaste tú el ataque a las instalaciones o fue Wiwa? ¿Qué os ha prometido?

¿Dinero?

—No. No ordené ningún ataque, Ken tampoco. Nuestra lucha no concibe la violencia —consiguió decir Emmanuel entre llantos y dolores.

La mano del sargento Adisa Tansi se movió con brutal precisión e impactó contra la mejilla de Emmanuel con un estrépito sordo. El sonido de carne contra carne resonó en la habitación, ahogado por los quejidos del hombre atormentado. Dos bofetadas consecutivas marcaron el ritmo de la crueldad, una sin piedad en cada extremo facial. Aunque aquel era su primer interrogatorio oficial, Tansi no era ajeno a la brutalidad; su experiencia previa en la tortura le otorgaba una habilidad despiadada. A pesar de su aparente confort, una sombra de insatisfacción cruzó su rostro mientras se retiraba hacia la mesa donde reposaban los instrumentos de su atroz oficio.

—No me estás diciendo la verdad, y me enfada mucho que me mientan, pero yo no lo haré contigo, no te mentiré. No vas a salir de aquí, al menos vivo. En tus manos está que tu estancia sea más o menos cómoda —dijo mientras llenaba una bolsa transparente de plástico con virutas de madera y serrín—. Tienes que ganarte mi confianza, y de momento, no me fio nada de ti. Ogbeide, sujétale la cabeza, todavía no está preparado.

El joven soldado se acercó tembloroso hasta Emmanuel y evitó cruzar con él su mirada invadida de miedo, terror y asco. Sostuvo la cabeza manteniéndola recta, obligado a aplicar más fuerza sobre el detenido por sus constantes movimientos y negativas. El sargento hizo de la bolsa un globo y le introdujo algo de aire de sus pulmones para hincharla. Después se la puso a Emmanuel en la cabeza y con sus manos rodeando el cuello impidió la entrada de más oxígeno. En menos de un minuto, el aire del interior se consumió, adhiriéndose las paredes de la bolsa en el rostro, aumentando la desesperación de Emmanuel por respirar. Empezó a tragar serrín

por la boca y por la nariz, penetró en sus pulmones y su cuerpo le provocó espasmos para expulsarlo. En el momento en que su organismo no pudo más, regurgitó lo poco que había en su estómago dentro de la bolsa, para después volverse a tragar su vómito mezclado con el serrín y las virutas, provocándole más arcadas y laceraciones profundas en su garganta. Cuando los síntomas de asfixia casi alcanzaron el punto sin retorno, Tansi alivió la presión y retiró la bolsa de la cabeza de Emmanuel, que siguió expulsando el contenido de todo su interior mientras intentaba llenarse los pulmones con aire limpio.

—Ogbeide, ¿prefieres arrancarle las uñas o darle por el culo? —dijo Tansi—. Venga, maricón, que lo estás deseando. Puedo apoyártelo aquí en la mesa, no se moverá. Seguro que a él también le gusta, no le diremos nada a nadie.

George Ogbeide, quien observaba al sargento Tansi con más temor que respeto, negaba con la cabeza mientras temblaba a medio metro de distancia de Emmanuel.

—Vaya, pensé que te recordaría a tu amigo, con ese no decías que no. ¿O es que te daba él a ti? ¿Era tu culo el que se follaba? —rio el sargento mientras se volvía hacia Emmanuel—. ¿Cuándo ordenaste el ataque a CRAB? Dilo ya si no quieres repetir.

—Nosotros no ordenamos nada, de verdad. —Las difíciles respiraciones de Emmanuel se entremezclaban con gritos de dolor—. Somos pacíficos, no usamos la violencia.

—¿Entonces cuál es tu función? No me creo que no sepas nada. Creo que tú y tus chicos lleváis a cabo todas las acciones que Ken os ordena, sois su guardia personal. Lo que no sé es por qué aguantas tanto, él ya te habrá delatado, igual que te traicionaron el sábado. Tienes huevos, eso te lo reconozco —dijo Tansi mientras cogía unos alicates de la mesa—. Pero aquí ser valiente no te servirá de nada. Voy a hacer que grites, que sientas tal dolor que los

recuerdos y confesiones se agolparán en tus labios y querrás decirlo todo a la vez —se acercó hasta Emmanuel, y con violencia le introdujo los alicates en la boca para pinzarle una de sus muelas inferiores—. Nadie ha aguantado más de dos extracciones sin confesar, no creo que seas el primero.

El sargento Tansi comenzó a estirar hacia arriba y a los lados el alicate, exigiéndole a la pieza dental separarse de la encía, provocando unos crujidos dolorosísimos para Emmanuel, que, sometido, derrotado y abatido, no podía sino intentar moverse y gritar aun con la herramienta en la boca. En mitad del proceso y con la muela separándose dispuesta a salir, la puerta de la sala de torturas se abrió de golpe. Ogbeide y el otro soldado se cuadraron al instante. Tansi volvió la cabeza con rapidez hacia la puerta para averiguar quién le había interrumpido. En cuanto vio de quien se trataba, soltó los alicates y se cuadró firme con el saludo militar.

—Descansen —dijo el recién llegado con una voz pausada, suave, casi femenina.

—Buenas tardes, señor Orode. Soy el teniente Paul Okuntimo —le acarició la cabeza y continuó—. Dígame la verdad, estoy aquí para ayudarle. ¿Le han golpeado mucho? ¿Ha sufrido algún tipo de maltrato?

Emmanuel vio una ligera esperanza en las palabras de aquel hombre. Quiso confiar en él como una válvula de escape al dolor que le estaban provocando, pero recordó que fue él quien ordenó su detención y la de Ken, así que evitó ilusionarse demasiado.

—Sí… Sí —Emmanuel acertó a decir entre el dolor y la sangre que le brotaba de la boca y las heridas.

—Bien, señor Orode. Recuerde todo lo que sabe. Cualquier cosa que le venga a la cabeza. Díganos todo lo que necesitamos oír y podrá ser libre.

Emmanuel afirmó con la cabeza.

—Bien, bien. Háble me de su familia, Emmanuel. Preséntame a sus padres, amigos, tíos, compañeros del MOSOP. Conozcámonos. Descuide, seguro que nos hacemos buenos colegas. Empiece por sus padres. ¿Vive con ellos? Vamos, tómese su tiempo. Piense bien lo que va a decir.

—Vivo… vivo en Port Harcourt con dos compañeros, en una habitación —resopló entre lágrimas—. ¿Por qué estoy aquí? No he hecho nada malo, de verdad, nada. —El dolor le impedía decir muchas palabras seguidas—. No quiero estar aquí, quiero irme. No he hecho nada malo —repitió.

Okuntimo fingió sorprenderse.

—¿No sabe por qué está aquí? Es usted un terrorista, Emmanuel. Está aquí por odiar a su patria, por estar en contra del progreso. Puede que usted no lo sepa, que de verdad haya sido engañado por Saro Wiwa y solo sea otro joven estúpido más que se ha dejado embaucar por mentirosos, pero es un terrorista. Tiene que decidir de qué lado está. Debería decirnos la verdad y pagar por sus crímenes, intentar volver a la senda del bien y vivir el resto de su vida

con la mayor dignidad posible, o puede seguir mintiéndose a sí mismo con su lucha innecesaria y sus ídolos caídos. Usted decide.

—Solo quiero ayudar a mi pueblo, a mi madre. Mi gente sufre, sufrimos —gimió Emmanuel—. No he ordenado nada, Ken tampoco. No soy un terrorista, señor. Mi madre vive a pocos metros de una llama de gas, pronto se quedará ciega si no deja de arder.

—¿Sufrir? Los Ogoni son una lacra, otra de tantas que pueblan nuestra tierra. Vagos y delincuentes que quieren todo para ellos —sentenció Okuntimo—. ¿Dónde vive su madre? ¿Y su padre? —quiso saber Okuntimo.

—En Korokoro, cerca de Bori. Mi padre murió hace años, durante la guerra.

—Korokoro… ¿No es uno de los pueblos que pacificaron anoche? —preguntó el teniente volviéndose hacia el sargento Tansi—. Creo que se produjeron ataques terroristas y hubo que eliminarlos.

—Sí —contestó el gigante, que estaba parado a poca distancia—. Unos manifestantes atacaron una de las instalaciones de CRAB cercanas. No quedó nada ni nadie —mintió.

—Ve, Emmanuel, ya no tiene que preocuparse por su madre —dijo Okuntimo con una sonrisa.

Emmanuel se sintió sorprendido por la noticia. No sabía si debía creerla. Su madre tendría que haber pasado parte del día en Bori para hacer la llamada.

—¿Mi madre? Ella no estaba allí, viajó a Bori con un vecino para usar el teléfono conmigo. No acudí a la llamada, se habrá preocupado. —Emmanuel lloraba ahora de rabia—. Ella no tiene nada que ver con el MOSOP.

—Es la madre de un terrorista, y si le ayuda y le da cobijo, por muy hijo suyo que sea, es una cómplice de terrorismo. Tiene que ser consciente, Emmanuel, de que los actos que cometemos no solo nos afectan a nosotros, sino que se extienden y perjudican a nuestras personas más cercanas. Piense en ella, y si sigue viva, lo cual dudo, intente abandonar la vida que lleva, dejar el terrorismo, y ayudar a su madre. Es lo que un buen hijo haría. Pero para eso debe ayudarmea mí primero. Es tarde, y estará usted cansado. Pronto volveremos a vernos, vamos a tener muchas de estas charlas tan edificantes para ambos. Piense, recapacite y dígame lo que necesito oír.

El teniente empezó a retirarse hacia la puerta de la sala de torturas. Se despidió de los soldados, en especial de Ogbeide, a quien debía curar su homosexualidad costase lo que costase, bajo las técnicas que fueran necesarias.

George Ogbeide tenía diecisiete años y era el hijo menor de un político musulmán devoto y tradicional de cierto renombre del área de gobierno local de Gwale, en Kano, al norte del país. George disfrutó en su niñez de las comodidades de la posición de sus padres, con escaso contacto con los estratos más bajos, y mantuvo una vida desahogada. Cuando cumplió quince, conoció en la ciudad a Lawan Kabu, un huérfano vendedor ambulante un par de años mayorque él, con el que forjó una sólida amistad. George hacía el camino de vuelta a casa de la escuela un poco más largo para visitar a Lawan, el cual le esperaba para charlar y pasar un rato juntos.

El tiempo pasó rápido y ambos jóvenes comenzaron a experimentar en secreto variaciones en el concepto que ambos tenían de la amistad que los unía. George, que siempre tuvo una sensibilidad especial, moldeada por la ingente cantidad de literatura que devoraba, sonreía de

forma estúpida al ver a su amigo, admirando su fino y sonriente rostro, embobándose con su tersa y oscura piel. Lawan, algo más maduro, fue el primero que cambió los abrazos amistosos por caricias más íntimas, deslizando poco a poco sus manos desde los hombros hasta la cintura de George, acercándose ambos más y más. Una tarde lluviosa los dos jóvenes se refugiaron en las entrañas de un viejo edificio medio derruido para protegerse de las inclemencias del tiempo. Empapados, ambos se quedaron cara a cara, atravesándose con la mirada, en silencio. Lawan hizo gala de atrevimiento, le agarró del cuello y se lanzó hacia los labios de George. Se besaron con torpeza, ignorantes que no sabían muy bien qué hacer, pero soltándose poco a poco. Sus entrepiernas se apretaron y sus erecciones se rozaron bajo el pantalón. Al volver a casa aquella tarde, George se debatió entre diferentes sensaciones, unas que le decían que disfrutase, quese dejase llevar; otras le atacaron como dardos envenenados que le recordaban lo prohibido y deleznable de sus actos.

Un año transcurrió y la pareja logró mantenerse oculta a los ojos ajenos bajo la apariencia de simples amigos durante ese tiempo. Sin embargo, la gente empezó a hablar, a especular sobre la relación de esos jóvenes que pasaban tantas tardes juntos, solos y en aparente complicidad.

En una de esas veladas, entre besos y caricias, sumidos en una espiral de pasión desenfrenada e imposible de contener por más tiempo, Lawan giró a George y se colocó detrás de él, besándole el cuello. Desabrochó sus pantalones y los de su amante. En apenas unos segundos, ambos tenían su ropa interior a la altura de los tobillos. Lawan masajeaba con cariño el miembro de George mientras sus labios recorrían la nuca. Con su mano libre, dirigió su pene entre las nalgas de George, excitado por la posibilidad de penetrarle y fundirse en uno solo. La

falta de experiencia provocó un quejido de George al recibir la embestida, pero pronto ambos se acomodaron. Con una cadencia lenta y delicada, Lawan entraba y salía, acompasados los ritmos y movimientos para que ambos disfrutasen. En ese momento, el mundo se detuvo para ellos; no existía nadie más, eran libres, enamorados y decididos. El ritual llevado a cabo durante ese inolvidable momento comenzó a repetirse cada día, lo que fortaleció una confianza mutua que centraba sus pensamientos solo en disfrutar el uno del otro, pero que los llevo a descuidar cada vez más la necesidad de ocultar su relación.

En una de esas tardes cargadas de pasión y amor, dos hombres irrumpieron en la íntima conexión de la pareja. Identificándose como agentes de la ley, su presencia estaba investida porla sombra de la sospecha, y fueron enviados por el propio padre de George, que había recibido rumores sobre los actos de su hijo.

Sin mediar palabra, aquellos hombres despojaron a la pareja de su privacidad, separándolos de manera brusca, como si fueran perros callejeros. La violencia se manifestó de forma desigual, azotando a Lawan con saña, arrancándolo de aquel escenario de amor clandestino. A George, por su parte, lo destinaron de nuevo a su hogar, bajo la autoritaria orden de su progenitor.

Al adentrarse en su residencia con el temor palpable en cada paso, George encontró a su padre aguardándolo en la penumbra del salón principal. Este se levantó, se acercó a su hijo y, sin mediar palabra, la hebilla del cinturón se convirtió en el instrumento de castigo, mientras lo vituperaba con términos hirientes, tildándolo de «maricón» y maldiciendo el deshonor al que, como político, lo había condenado entre su círculo profesional.

Todo este desgarrador episodio fue presenciado en la distancia por la tercera esposa de aquel hombre, y madre de George, quien, entre lágrimas que simbolizaban más bien la impotencia, fue forzada a ser testigo de la injusticia que se desplegaba ante sus ojos.

A alba siguiente, más dolorido que nunca, George fue destinado al sur, incorporándose al ejército por la influencia de su padre. Este, utilizando sus conexiones y solicitando favores, le había asegurado un lugar que le evitara la cárcel u otros destinos más sombríos. Convencido de que su hijo necesitaba disciplina para superar lo que él consideraba una «enfermedad», George partió hacia el sur, bajo el mando del teniente Okuntimo.

Poco después de su partida, y tras insistir durante mucho tiempo, recibió una carta de una de sus medio hermanas, la cual le relataba la trágica suerte de Lawan. Al parecer, lo llevaron a las afueras de la ciudad, a un lugar apartado junto al río. Durante toda la noche, varios policías se entregaron a una brutalidad inhumana, embriagándose y sometiéndolo a torturas atroces. Lawan colgaba de un árbol por los brazos mientras los agentes le introducían botellas de cristal por el ano, para después romperlas en su interior golpeándolo con las culatas de sus armas. Al borde del amanecer, exhaustos de una noche de depravación, lo bajaron y lo ejecutaron con un tiro en la nuca, arrojándolo a la orilla del río para que la corriente lo llevara, siendo descubierto al día siguiente por unos pescadores. La impotencia se apoderó de George, que asumió la culpa por sus acciones, y se dejó llevar por las terapias de reconversión impuestas por el ejército. Entre el dolor físico y emocional, su existencia se veía ahora marcada por el peso de un pasado vergonzoso y la búsqueda de redención en un entorno militar que prometía disciplina, pero que también escondía sus propios demonios.

Mientras Okuntimo se retiraba de la estancia, volteó en un gesto pausado y destinó unas últimas palabras a Emmanuel:

—Por cierto, señor Orode —dijo Okuntimo, sin perder su tono—, seguimos sin tener información sobre el paradero de Nordu Eawo. El sábado aprovechó el caos generado por sus semejantes para escabullirse. Si tiene conocimiento de algún lugar donde podríamos dar con él, su cooperación sería de gran ayuda. Dele vueltas a la cabeza, recuerde todo y manténgalo listo.

—Tras estas palabras, Okuntimo miró a Tansi—. Llévalo a la celda, pero antes permítele hacer uso del «teléfono».

—Sí, señor —respondió el gigante con una sonrisa, mientras se preparaba para llevar a cabo las instrucciones dadas.

Después de que el teniente se retirara, Tansi se posicionó detrás de Emmanuel, colocando las palmas de las manos sobre sus orejas con los dedos casi en su boca.

—El teniente ha sido bastante considerado al permitirte usar el teléfono, pero no te acostumbres demasiado; después de esto, es posible que no escuches del todo bien —rio a carcajadas.

Emmanuel se hallaba aterrado, atrapado en lo que creía una pesadilla terrorífica que se manifestaba como una cruel realidad. Sus lágrimas fluían en un torrente de dolor, indignación e impotencia. El sargento, con manos compasivas en apariencia, masajeó sus orejas con suavidad durante unos eternos segundos. Sin previo aviso, retiró las manos para asestarle un golpe contundente en los oídos, simulando con las palmas la forma de un auricular telefónico, provocándole un dolor inmenso. Repitió este cruel proceso varias veces hasta que Emmanuel

quedó casi inconsciente y desorientado.

Adisa Tansi trazó su camino hacia las celdas, aferrando con firmeza el mango del machete que llevaba consigo. Las paredes, de un ocre desgastado, y las tenues bombillas que titilaban desde el techo conferían al lugar un aura tétrica. Detrás de él, George Ogbeide y el otro soldado arrastraban el cuerpo desnudo e inerte de Emmanuel, que dejaba tras de sí un siniestro rastro de sangre fresca que se amalgamaba con las manchas más antiguas de aquellos desdichados que compartieron el mismo destino.

Las celdas se alineaban a lo largo del pasillo, apenas separadas por dos metros una de otra. Tansi se detuvo frente a una en particular, golpeó con fuerza la superficie y descorrió el pesado cerrojo que la mantenía sellada desde el exterior. Aunque tenían suficientes celdas disponibles, en ese momento todos los presos se encontraban apiñados en apenas tres; en cada una más de una decena de hombres, la mayoría sin identificación y sin razón clara para su encierro, compartían un espacio exiguo, lleno de orín, heces, hambre y sed. Un entorno desprovisto de ventilación adecuada, sin servicios sanitarios ni atención médica, con apenas unos pocos metros cuadrados en los que era imposible hallar una posición cómoda para descansar hasta su siguiente encuentro con los soldados.

El hedor que permeaba el ambiente solo resultaba soportable para aquellos cuyos sentidos se habían endurecido en extremo. Incluso a los más veteranos les costaba contener el impulso de vomitar en medio de aquel escenario.

—Queridos invitados —dijo Tansi, haciendo una absurda reverencia hacia las personas hacinadas—. Les presento a Emmanuel Orode, nuestra última incorporación. Gracias a él, todos

se quedarán sin cenar hoy. Agradézcanle sus mentiras. —Tansi hizo un gesto a Ogbeide y al soldado para que introdujeran a Emmanuel en el interior. Intentaron acomodarlo, pero Tansi agarró su brazo con fuerza y lo lanzó sobre el resto de las personas, tropezando con sus cuerpos aglomerados, lo que provocó quejas y gritos—. Si quieren salir vivos de aquí, no sean como él, no sean tontos y respondan con verdades a lo que se les pregunte. Pronto nos veremos de nuevo, espero que hayan recapacitado. —Cerró la puerta y corrió el pesado cerrojo.

Emmanuel luchaba por mantenerse consciente. Sus compañeros de celda lo ayudaron a sentarse contra una de las paredes, no tanto por solidaridad como por un pragmatismo egoísta, ajustándose al milímetro en un intento desesperado por encontrar cualquier resquicio de espacio que les brindara un mínimo de comodidad. El coro de quejidos saturaba la sala, mezclado con el inconfundible aroma a orines y heces que los cautivos se veían obligados a hacerse encima y compartir con los demás.

—¡Dejadme pasar! ¡Rápido! —exclamó una voz desde el fondo de la celda que avanzaba hasta Emmanuel.

La silueta del extraño sorteó los apretados cuerpos con habilidad hasta alcanzar a Emmanuel. No sin dificultades, apartó con cierta violencia a un hombre mayor que reposaba contra la pared, obligándolo a mantenerse de pie para ocuparle el sitio. Con meticulosidad, agarró la cabeza semiinconsciente de Emmanuel y la apoyó con cuidado contra su hombro.

—Emmanuel, ¿eres el hijo de Doris? Doris James, de Korokoro.

Aquellas palabras lograron despertar a Emmanuel, quien miró al hombre sin verlo, afectado por su estado debilitado y la oscuridad casi total de la celda.

—¿Quién es usted? —preguntó Emmanuel con una voz casi inexistente, apenas un hilillo—. ¿Qué… qué sabe de mi madre?

—Soy Samuel Ekotte, su vecino —se presentó con heridas en la cara, huellas de los golpes recibidos—. Hace mucho que no nos vemos, pero tienes que acordarte de mí. Soy amigo de Doris, vivía cerca de ti. Todavía te recuerdo cuando eras solo un niño —forzó una sonrisa—. El domingo la llevé hasta Bori para hablar contigo. Se enteró de que te habían detenido, llamó a la sede del MOSOP y habló con alguien que te conocía.

—¿Está ella bien? —Emmanuel intentó moverse, preso del nerviosismo—. ¿Dónde está? ¿Qué hace usted aquí?

Tras unos segundos de silencio, Samuel contestó:

—Ella quería ir hasta Port Harcourt hasta que la convencí de lo contrario. Regresamos a casa, pero antes de llegar nos detuvieron. Asaltaron el pueblo, quemaron casas, hubo muertos. Se la llevaron presa por ser Ogoni. Hice todo lo posible por evitarlo, créeme, pero me dieron una paliza y me trajeron hasta aquí con la cabeza tapada. Lo siento, no pude hacer más por ayudarla.

—Joder… Gracias —sollozó Emmanuel, sobrepasado por la sorpresa y el cúmulo de acontecimientos—. ¿Cree que estará a salvo?

—Seguro que lo está, es una mujer fuerte. Ahora dime: ¿qué te han preguntado?, ¿qué quieren saber?

7

Emmanuel

Campamento militar de Bori, cerca de Port Harcourt

Estado de Rivers, Nigeria

Jueves 22 de junio de 1993

La humedad se apoderaba del aire, una presencia pegajosa saturada con el inconfundible aroma de sangre, sudor y orina. En el centro de la sala habitual, el teniente Okuntimo se agachaba con frialdad clínica, inmerso en una tarea macabra sobre las uñas del pie derecho de Emmanuel. Con unas pinzas, arrancaba cada uña con una precisión cruel, desprendiéndolas del dedo con una meticulosidad que denotaba una experiencia siniestra. El proceso, aunque simple en apariencia, requería una destreza perfeccionada a través de la práctica.

Okuntimo insertaba repetidas veces una de las hojas puntiagudas entre la uña y la carne, avanzando como un verdugo diestro. Luego, cerraba la pinza y comenzaba a tirar hacia arriba con una paciencia que solo amplificaba el dolor extremo y la desesperación. En ese preciso momento, las preguntas serias brotaban; hasta entonces, la charla banal que proponía a sus cautivos era solo un preámbulo, una distracción hábil que flotaba en la superficie de un interrogatorio más profundo y brutal.

—¿Sabe, Emmanuel? Cuanto más intento entender a los jóvenes, menos lo consigo. —Okuntimo hablaba mientras introducía la punta de la pinza por segunda vez bajo la uña del pulgar del pie derecho de Emmanuel—. Mi hijo quiere ser médico, ¿se lo puede creer? Pero no militar, no, civil. Quiere ayudar a los demás, dice que necesita sentirse realizado. Me recuerda a usted, con eso de ayudar a su pueblo. Creo que adulteran la palabra ayudar. Sin duda van a perjudicar a otros. Son egoístas, Emmanuel. Tiene que existir ese desequilibrio, si no no podríamos disfrutar de las existencias que nos merecemos algunos, y ustedes solo quieren destrozar nuestro modo de vida. Solo pienso en lo que me hubiera dicho mi padre si le hubiera ido con esa canción cuando yo era joven —sacó la punta, respiró, y volvió a introducirla, esta vez más profunda—. Creí haberle guiado bien, pero algo se me ha escapado. Igual ha sido el trabajo, no lo sé. Debería haber pasado más tiempo educándole. Usted, ¿qué opina?

—No lo sé. ¡No lo sé! Pare, por favor. Ya basta —sollozó Emmanuel.

—Hablaré con él cuando vuelva a casa, paso demasiado tiempo de viaje y eso me ha separado de mi familia. En fin —suspiró el teniente—. Hablemos de cosas importantes, Emmanuel, que estamos aquí para trabajar. Cuénteme, ¿cómo planearon boicotear las elecciones del 12 de junio? Wiwa nunca negó que no estaba de acuerdo con ellas. Al final ganó Abiola, pero el presidente y el ministro Abacha no lo ven con buenos ojos. Las elecciones han estado corrompidas y gran parte es culpa de los Ogoni y el MOSOP. Quiero respuestas, señor Orode —levantó las pinzas comenzando a separar la uña.

—No, no lo haga. No sé nada, señor, nunca me hablaron de nada de eso. Ken creía que las elecciones estaban amañadas, que ganase quien ganase se perpetuaría el régimen.

—Déjeme decirle que en eso no le faltaba razón, hijo. Pero nosotros sabemos qué es lo que le conviene al país, no ustedes, cuatro desarrapados vagos y muertos de hambre. Abiola no va a gobernar, eso está claro, Shonekan no lo permitirá. Le seré sincero, Emmanuel. Lleva con nosotros más de un mes, con la ley en la mano puedo retenerle aquí el tiempo que yo desee y pronto no le quedarán uñas ni dientes. Créame cuando le digo que no le gustará lo que viene después de eso —el tono de voz paternalista del teniente contrastaba con el sadismo que practicaba—. Quiero respuestas, quiero nombres, quiero actos, quiero zulos de armas. Deme una buena confesión y me encargaré de que no le falte de nada.

—No sé nada, por Dios, ¿cómo quiere que se lo diga? Por favor, no puedo más —contestó Emmanuel entre llantos.

Okuntimo suspiró de nuevo y arrancó la uña de un solo tirón, salpicándose la camisa ya manchada con anterioridad por distintos fluidos de diferentes presos. Los gritos ahogados volvieron a inundar la sala de torturas.

—¿Por qué no me ayuda, Emmanuel? ¿Qué más puedo hacer por usted? —Okuntimo elevó la voz—. Reconozco que soy duro, pero ¿acaso me he portado mal? ¿Y Dios? ¿Cree que Dios tiene algo que ver aquí? No entiendo ese afán por sufrir de manera gratuita. Deme información y su situación se aliviará. Le aseguro que mis métodos son más civilizados que los del sargento Tansi, como seguro que recuerda. Además, usted le cae especialmente mal, así que no dudaré en que me sustituya si con eso se decide a hablar. En fin. —Okuntimo se estiró la espalda como si se preparase para dormir—. Discúlpeme, a veces también me excito demasiado. ¿Por dónde íbamos?

—No sé nada. ¿Cómo quiere que se lo diga? Por favor, no puedo más —contestó Emmanuel entre llantos.

El teniente Okuntimo se inclinó de nuevo, sus ojos escrutaban con minuciosidad los dedos de los pies de Emmanuel en busca de alguna uña sobre la que pudiera seguir el trabajo. Emmanuel era como un cadáver viviente. La falta constante de comida y agua en la prisión agravaba aún más su situación en comparación con su vida diaria fuera de esas paredes. Su ya de por sí exiguo cuerpo se había convertido en un esqueleto, hambriento de no pasar hambre.

Las raciones diarias eran entregadas por los guardias para cinco personas en una celda que albergaba a más de veinte, así que solo los más cercanos a la puerta o los más fuertes lograban obtener algo. Samuel Ekotte solía ser uno de los que siempre conseguían rapiñar restos, pero por más que juraba intentarlo, casi nunca podía conseguir nada para Emmanuel. Este se encontraba en el peor estado de todos los cautivos, demacrado por heridas mal curadas con trozos de tela sucia que se le pegaban a la piel, convirtiéndose en presa constante de infecciones.

Okuntimo se agachó de nuevo, introduciendo la pala afilada de la pinza bajo el meñique del pie izquierdo. La habitación resonaba con los gritos y espasmos de Emmanuel, quien apenas podía expresar algo coherente. El teniente Okuntimo dejó de introducir la hoja, ofreciéndole un breve respiro antes de continuar con su interrogatorio.

—Venga, volvamos a empezar —Okuntimo presionó—. ¿Cuál es su labor dentro del MOSOP? ¿Dirige usted las operaciones de ataque del ala juvenil?

—Sí, sí. Pero no atacamos nada. Es para integrar a los jóvenes de nuestro pueblo, para darnos un futuro.

—Entonces, ¿quién ordena los ataques? ¿Cuál es tu función en todo esto? ¿Eres un simple maniquí? ¿Quién era tu enlace con Wiwa? ¿Te daba las órdenes él mismo o a través de intermediarios? —Empujó la hoja un poco más en el interior de la uña.

—No, no, ¡no! Apenas hablo con él, solo de vez en cuando. Es a Paul, Paul Levera a quien he de darle explicaciones. Es él el responsable final del NYCOP ante la cúpula de la organización. Pare, por favor.

—¿Paul Levera? —Extrajo la hoja, sorprendido—. No lo tenía relacionado con esto, creíamos que estaba más al margen aun siendo miembro de la cúpula. ¿Por qué ha tardado tanto en darme algo útil? Ve, Emmanuel, vamos progresando. Poco a poco si así lo quiere usted. Cuénteme más cosas sobre él —agarró de nuevo el pie para continuar con su trabajo y volvió a meter la punta bajo una de las pocas uñas sanas—. ¿Cada cuánto ve a Levera? ¿Es él quien sabe dónde están las armas? ¿Él ejecuta los ataques a las instalaciones de CRAB por orden de Wiwa? —La punta de la pinza alcanzó la máxima profundidad en la carne penetrada.

—Sí, sí, pare, por favor, no puedo más. No sé nada de armas, se lo juro. —Lloraba sin consuelo—. No he visto armas en el MOSOP en mi vida. Sé que es el líder del reino de Babe, en Khana. Paul controla que todo esté bien en el NYCOP. No sé nada aparte de eso, no siga, por favor.

—Oh, por favor, dígame algo que sea útil, Emmanuel. No nos ayudó con Nordu Eawo, y tampoco con esto.

—¿Qué más quiere que le diga? —La voz de Emmanuel no era más que una breve letra opacada por un ritmo agónico de fondo—. No sé nada más, y me hace las mismas preguntas siempre.

—¡Dígame lo que quiero oír! —Okuntimo gritó, tirando la pinza a un lado de la sala—. Hable, confiese, no me importa que sea verdad. Inculpe a Wiwa, a Levera, a todo el que se le ocurra, y yo me encargaré del resto. Firme una declaración y dejará de sufrir.

Dos golpes resonaron con fuerza en la puerta de chapa e interrumpieron la conversación. El teniente se giró hacia el origen del ruido sin decir una palabra, esperando la entrada de quien fuera. En apenas dos segundos, el soldado George Ogbeide ingresó en la habitación. Su mirada recorrió la escena: Emmanuel atado a la silla, derrotado y exprimido. Después, desvió su temblorosa mirada hasta cruzarla con la del teniente, que se había puesto de pie y aguardaba con la ropa ensangrentada. George hizo el saludo militar.

—Con permiso, señor.

—Ya estás dentro, ¿qué coño pasa?

—Ha llegado la visita, señor.

—Ah, la visita, se me había olvidado —se volvió hacia Emmanuel de nuevo—. Tiene usted algún amigo importante, señor Orode. Amigo que ha pagado una nada despreciable suma para verle. Tómese esto como una muestra de buena intención por mi parte, para que vea que puedo aliviar su estancia aquí y su sufrimiento. Sabe tener la boca cerrada, no la abra ahora. Si dice o hace algo que no deba, házmelo saber —ordenó dirigiéndose a Ogbeide—. Adecéntalo un poco, tápale las heridas con algo, que se note lo menos posible. Que camine solo hasta allí, no le ayudes, da igual lo que le cueste. Tiene media hora, después lo llevas a su *suite*. Voy a darme una ducha y a comer algo a su salud, Emmanuel. Disfrute de su visita —dijo antes de abandonar la sala de comunicaciones.

George Ogbeide comenzó a desatar con delicadeza a Emmanuel, quien, asustado y dolorido, intentaba resistirse. Aflojó cada sujeción con cuidado, prestando especial atención a las de los tobillos, donde se hallaban unos pies convertidos en una masa sanguinolenta de carne, sangre y restos de uñas. La inflamación era tal que destacaban sobre el resto del cuerpo por su tamaño desmedido. Una vez liberado, George pasó el brazo izquierdo bajo la axila de Emmanuel y, a su vez, colocó el brazo del prisionero sobre su cuello para ayudarle a hacer fuerza para levantarse.

Tan pronto como los pies de Emmanuel recibieron el peso de su escuálido cuerpo desnudo, un relámpago de dolor recorrió todo su cuerpo, provocándole caer al suelo tras dar un grito atroz.

—Vamos, inténtalo. No les des la satisfacción de verte derrotado. Eres más fuerte de lo que crees —dijo Ogbeide con su característica voz temblorosa mientras ayudaba a Emmanuel a ponerse de pie.

—Me van a matar, ¿verdad? —sollozó Emmanuel.

—No lo sé… —murmuró Ogbeide tras suspirar.

—¿Por qué me hacen esto? Yo no sé nada.

—Creen que sabes algo. Dales lo que quieren, aunque sea una mentira, pero hazlo pronto. He visto los métodos del teniente, pero peor aún es el sargento Tansi. Es despiadado y lo que te hizo te parecerá poco comparado con lo que es capaz de hacer, créeme. Vamos, no debemos hablar demasiado.

Con un esfuerzo titánico, Emmanuel logró mantenerse erguido sobre los maltrechos talones. Ambos hombres abandonaron la lúgubre sala de torturas con pasos lentos, envueltos en un abrazo solidario, encaminándose hacia la improvisada enfermería que, en ocasiones

como estas, ofrecía un oasis de paz temporal tras las atroces sesiones de tortura. Ogbeide vertió con cuidado un goteo de agua sobre los ensangrentados pies de Emmanuel, para luego envolverlos con destreza en una anticuada venda que pretendía poner freno a la hemorragia. Con manos hábiles, le ayudó a vestirse con unos pantalones grises, desgastados hasta la decadencia, y sustituyó las vendas negruzcas adheridas a su piel en el torso y caderas. Con un rápido tirón que provocó un quejido sonoro en Emmanuel, las reemplazó por otras igualmente antiguas, pero menos impregnadas de suciedad. Una camisa de tirantes, con más agujeros que tela, coronó el desaliñado estilismo de Emmanuel. Ogbeide tuvo la consideración de dejarle terminar el último sorbo de agua de su cantimplora. En esa desolada enfermería, donde los vendajes intentaban ocultar las huellas físicas de la brutalidad, el acto de compasión del joven soldado resonó como un cuchicheo de humanidad en medio de un teatro lamentable.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Emmanuel antes de retomar la marcha—. Si te pillan, será peor para ti.

—No soy como ellos, y yo también estoy aquí por obligación —respondió Ogbeide.

—Eso está claro, no eres como ellos —murmuró Emmanuel con apenas lágrimas para llorar—. ¿Quién ha venido a verme?

—No lo sé, pero ha insistido mucho, y te aseguro que solo tienen visitas quienes pueden pagarlas, así que será alguien importante. Vamos, continúa —instó Ogbeide, animando a Emmanuel a seguir adelante.

El dolor persistente en el cuerpo de Emmanuel le impedía pensar con claridad, sumiéndolo en un vano intento de divagar sobre la identidad de su misteriosa visita. Juntos, recorrieron los laberínticos pasillos de la base, iluminados por escasas bombillas suspendidas de viejos cables

cada varios metros. El parpadeo intermitente de la luz desnuda arrojaba sombras funestas que danzaban en las paredes. Al doblar varias esquinas, Ogbeide se vio obligado a soltar a Emmanuel al escuchar pasos que se acercaban hacia ellos. Se toparon con otro soldado que custodiaba a alguien; para sorpresa de Emmanuel, era una mujer. En su celda, solo había visto hombres, y la presencia femenina en ese laberinto le resultaba extraordinaria. Aunque aparentaba más edad debido a las torturas que había sufrido, sus ojos reflejaban una juventud arrebatada por la brutalidad. La mujer caminaba con lentitud, con la parte superior de su cuerpo al descubierto, revelando un espléndido busto marcado por moratones que recorrían sus aureolas y mamas. Sobre ellos, una sustancia blanca se deslizaba con lentitud. La parte inferior de su cuerpo estaba en gran parte oculta por los restos de un vestido que apenas cubría su intimidad, y bajo él, un hilillo de sangre descendía hasta sus rodillas desde el lugar donde sus piernas se fundían con su torso.

En ese encuentro, ambos cautivos intercambiaron miradas profundas, fraternales, revelando una camaradería silenciosa. En sus ojos se reflejaba la resignación compartida, una comprensión mutua de las cicatrices visibles e invisibles que la opresión les había impuesto.

—¿Hay mujeres aquí? —preguntó Emmanuel, sorprendido.

—Las trajeron hace unos días; quieren que estéis todos juntos. Sigue —respondió Ogbeide.

—A mi madre la detuvieron en Korokoro, ¿sabes si está aquí? Se llama Doris —Emmanuel inquirió con esperanza en sus ojos cansados.

Ogbeide se quedó pensando por unos segundos.

—Cállate, si nos pillan será peor para los dos —respondió con un tono de urgencia.

Una inmensa puerta metálica, doble y custodiada por un soldado, ejercía las funciones de frontera armada entre el país de la detención y las comunicaciones del resto de la base, un territorio desconocido para los cautivos.

—Vamos a la sala de visitas, estamos autorizados por el teniente Okuntimo —anunció Ogbeide, con temblor en su voz mientras se dirigía a su compañero.

El soldado los examinó a ambos durante unos breves segundos y luego deslizó el enorme cerrojo que mantenía la puerta cerrada.

—Tápate los ojos —susurró Ogbeide a Emmanuel.

En el preciso momento en que las imponentes hojas metálicas se deslizaron, los rayos de luz se precipitaron como corceles indomables. Emmanuel, anticipándose, resguardó sus ojos antes de que él y Ogbeide emergieran a la calle, donde el sol los recibió con su fulgor implacable. El resplandor del día los envolvió, y Emmanuel, en un gesto de gratitud, se entregó a la bienvenida caricia del astro. Solo entonces se percató de cuánto había anhelado aquel destello y la frescura del aire exterior hasta que se vio envuelto por ellos, como si hubiera olvidado la libertad que yacía más allá de las frías murallas de su encierro. Una vez que sus ojos se aclimataron a la luz natural, Emmanuel intentó situarse en el entorno que los rodeaba. El edificio del cual acababan de salir era amplio, de dos plantas, aunque él no había detectado ninguna escalera. Carecía de ventanas y de cualquier acceso aparte de la puerta, pero sí vio pequeños respiraderos distribuidos cada pocos metros en la superficie del muro. Contó quince respiraderos, por lo que dedujo que, en ese costado, habría un número igual de celdas.

Se alejaron por un camino de tierra a la izquierda del edificio, a través de una explanada salpicada de casetas modulares que servían como alojamiento para los soldados. En ese

momento, la mayoría de ellas estaban vacías, ya que los pocos soldados presentes descansaban en su interior y los demás estarían ocupados con sus quehaceres diarios. Ropas de camuflaje colgaban de cuerdas secándose al sol matutino, dispuestas con esmero y separadas con la suficiente distancia para evitar confusiones entre las pertenencias de los compañeros.

—¿Aquí vives tú? —preguntó Emmanuel.

—No, no me dejan estar con los demás hombres, de momento —respondió Ogbeide.

Emmanuel sintió la tentación de indagar sobre el motivo, pero la descartó; no quería incomodar al único individuo que parecía ofrecerle ayuda en ese momento. Permanecieron abrazados mientras observaban, tras los barracones, el imponente edificio central de la base. Una moderna estructura acristalada se alzaba con elegancia sobre el entorno que destacaba por su diseño cuidadoso y contemporáneo. Camiones militares se alineaban en la entrada, rodeados de soldados que descansaban apoyados en ellos. El teniente les había ordenado caminar separados hasta allí, y así lo hicieron durante el último tramo. Entraron en silencio al espacioso recibidor del edificio. El rastro de sangre que Emmanuel había dejado tras de sí se volvió más evidente en el suelo de baldosas blancas mientras avanzaba con lentitud. Un soldado, provisto de cubo, escoba y fregona, se encargaba de mantener el lugar limpio. Emmanuel, siguiendo las indicaciones de Ogbeide, se dirigió con gran esfuerzo hacia una puerta de madera en la pared opuesta a la entrada. El joven soldado se adelantó para abrirla puerta y permitir el paso al reo.

Al entrar en la sala de visitas, no pudo contener las lágrimas, pero esta vez, eran lágrimas cargadas de emoción, despojadas de la intensidad del dolor.

Sentado en la mesa, aguardaba con paciencia el señor Augustine Williams, padre de Niara y mentor de Emmanuel. Vestía un traje beis a cuadros, con una camisa clara que amenazaba con estallar ante la prominencia de su barriga. Sus clásicas gafas redondas seposaban con delicadeza en la punta de su nariz, mientras sus rizos canosos parecían dar paso a una incipiente calvicie perlada de sudor que resplandecía bajo la luz de los fluorescentes.

Se levantó con la mayor celeridad posible para asistir a Emmanuel a sentarse en la silla frente a la que él ocupaba. Una vez divididos por la mesa, George Ogbeide les brindó algunas breves indicaciones.

—Tienen media hora, debo monitorear todo lo que digan y hablen, así que, por favor, no hagan nada de lo que puedan arrepentirse; no me pongan en ese compromiso. Aprovechen este tiempo —advirtió George Ogbeide.

El señor Williams asintió con la cabeza antes de dirigir su mirada preocupada hacia Emmanuel, quien observaba con la cabeza gacha la superficie de la mesa mientras las lágrimas caían. Dejó transcurrir un minuto antes de comenzar a hablar.

—Te lo dije —resopló—. Te dije que podía pasar y aquí estás. ¿En qué andas metido para que te hayan hecho esto?

—Eso no me ayuda, señor Williams.

—¿Qué te han preguntado? ¿Les has dicho la verdad?

—Me preguntan sobre armas, ataques terroristas, implicaciones de compañeros, pero yo no sé nada de eso. Es lo mismo siempre, cada poco tiempo me llevan a esa sala, y ya no puedo más. Es sadismo, lo hacen por diversión.

—Te avisé sobre él, te lo dejé muy claro. No eres ningún héroe, Emmanuel, y ahora estás pagando por tu inconsciencia. ¿Sabes que Wiwa ya está en la calle? Tiene dinero y contactos, en cuanto pasaron las elecciones lo soltaron. Y tú sigues aquí sufriendo las consecuencias de sus actos.

Emmanuel alzó la vista, sorprendido.

—No he sabido nada de nadie hasta hoy que ha venido usted. Creía que Ken seguía preso en algún lugar. Ni siquiera sé dónde estoy.

—Estamos en el campamento militar de Bori, a medio camino entre Port Harcourt y Bori City. He tenido que untar a medio cuerpo de la policía y del ejército para que me dejasen verte. Ken te ha abandonado, a ti y al resto de idiotas que le seguís.

—No, Ken nunca lo haría. Confío en él. No habrán podido hacer nada —suspiró—. ¿Cómo ha sabido dónde estaba?

—Un tal Paul Levera me llamó y me contó lo ocurrido ante la explanada de CRAB. Habló con tu madre, pero la llamada se cortó. Encontró el número de mi casa entre tus papeles. Es el único que parece haberse preocupado algo por ti.

—Paul es un buen hombre. En mi celda está detenido el vecino que llevaba a mi madre a Bori para usar el teléfono, dice que los detuvieron a la entrada de Korokoro cuando regresaban. Los soldados lo arrasaron todo, mataron gente y se apresaron a otros tantos. Se la llevaron… no sé dónde está —se le cortó la voz.

George Ogbeide, que atendía a todo alejado un par de metros, se acercó con curiosidad para escuchar mejor.

—No sé nada de ella, apenas llevan registros de gente detenida, pero intentaré buscarla. Doris James, ¿verdad? No prometo nada, pero primero hay que sacarte de aquí.

—Gracias. ¿Qué tal está Niara? —preguntó Emmanuel con algo de miedo, pero ya sin llorar y mucho más relajado.

—Lo sé. Lo sé todo, Emmanuel. Sé que lleváis tiempo viéndoos. Escuchó mi conversación con Levera y no paró hasta que se lo conté. No entendía por qué ese interés en ti, hasta que sus ojos la delataron. No podía creerlo, menos mal que no estabas delante en ese momento, porque si no te hubiera hecho algo peor. Has traicionado toda la confianza que puse en ti. ¿Cómo se te ocurre? Te di todo lo que pude, cuidé de ti —dejó pasar unos segundos—. Me juró que era virgen, a punto estuve de comprobarlo con mis propias manos. Si no fuese así, ya estaría lapidada y tú colgarías de un árbol hasta pudrirte. Esta vez se casará, así que olvídate de ella. Hasta mi mujer está consternada por ello.

—Señor Williams, yo… —Emmanuel no se atrevió a enfrentar la mirada—. Nosotros nos queremos, queremos estar juntos.

Augustine Williams golpeó la mesa con las dos manos, provocando un sonoro estruendo que sorprendió a Emmanuel tanto como a Ogbeide.

—¿Quién te crees que eres? No te equivoques, Emmanuel. No confundas mi solidaridad con que te regale a mi única hija. ¿Qué puedes ofrecerme tú por ella? Pobreza, inmundicia y terrorismo. No, Emmanuel, no os queréis. Se va a casar, se marchará a una casa grande donde tendrá muchos hijos y será una esposa excepcional y devota a su marido.

Emmanuel hizo un débil amago de responder, pero el señor Williams se lo negó con un gesto tajante de su mano.

—No digas nada, ya has hecho suficiente.

—Se acaba el tiempo… —dejó caer Ogbeide.

—Un momento —replicó el señor Williams—. Intentaré sacarte de aquí, pero nunca volverás a verla. Será lo último que haga por ti, después, no habrá nada más entre nosotros. No nos vamos a ver más. Adiós, Emmanuel.

El señor Williams se puso de pie y abandonó la sala con lentitud, sin voltear la mirada hacia atrás, reafirmada su postura inquebrantable. Emmanuel quedó en silencio, su mirada fija en la pared del fondo. Ogbeide le concedió unos momentos para asimilar la situación antes de acercarse despacio y sujetarlo de nuevo.

—Vamos, hemos de irnos ya.

Recorrieron el camino de vuelta hasta el edificio de las celdas en silencio, repitiendo los patrones de la ida. Emmanuel caminaba solo, apoyado sobre los talones cada vez que se cruzaban con soldados. Alcanzaron la puerta doble metálica que daba acceso al interior y la cruzaron bajo el mismo procedimiento de apenas una hora antes. Una vez solos, Ogbeide volvió a ayudar a Emmanuel, sirviéndole de muleta viviente para apaciguar su sufrimiento. Recorrieron los pasillos laberínticos hacia la celda, pero tras unas cuantas esquinas, Emmanuel no reconoció la zona por la que caminaban, algo mejor iluminada y menos sucia.

—¿A dónde vamos? —preguntó asustado.

—Cállate, no digas nada.

Después de un par de minutos más de marcha, en un pasillo estrecho, Ogbeide abrió la puerta de lo que parecía un pequeño armario de apenas dos por dos metros donde guardaban algunos útiles de limpieza que se pudrían por la falta de uso.

—Quédate aquí, no abras la boca —dijo invitándole a entrar—. Ni un puto ruido, ¿queda claro? —ordenó Ogbeide en un intento por engrandecer su voz casi infantil antes de cerrar la puerta y dejarle dentro a oscuras.

Emmanuel se quedó solo, en silencio. Ya no tenía tanto miedo, o al menos, no tanto como antes. Buscó apoyo para su espalda en una de las paredes y se ayudó con ella para sentarse en el suelo y descansar su maltratado cuerpo. Apenas podía distinguir la tortura más reciente de sus uñas de la más antigua en su torso. Intentó pensar. A medida que se sumía en sus reflexiones, las heridas de sus pies, las encías huérfanas de dientes y los surcos de su torso competían por reclamar el título del dolor más insoportable. Pensó en las palabras del señor Williams, en que nunca volvería a ver a Niara ni a acariciar sus suaves y largas piernas. También pensó en su madre y en lo que le podría haber ocurrido. Divagó sobre cómo podría haber sido su vida si las cosas se hubieran encadenado de otra manera. Imaginó ciudades como Londres, París o Madrid y fantaseó con ellas. Recordó una canción de Bob Marley que había escuchado en la sede del MOSOP; le hubiera gustado conocer a ese tipo. «Iron, Lion, Zion» decía, o algo así.

Ken Saro Wiwa entró en sus pensamientos como una bomba. Ken no era así, si no sabía nada de él era porque no habían podido ayudarle, estaba seguro. Pero no. La vida continuaba para los demás, pero era probable que la suya se viera cortada dentro de poco.

Una voz, la del sargento Tansi, resonó al otro lado de la puerta, traspasando la inmersión de Emmanuel en su revolución mental. La tensión se apoderó de él al reconocerla.

—¡Claro que sí! Sabía que podíamos curarte. Disciplina es lo que necesitabas —exclamó la voz del sargento Tansi con tono triunfante al otro lado de la puerta.

—Gracias, sargento —respondió George Ogbeide, cuya voz sonaba como siempre: rota y temerosa.

—Pero ¿no podrías haber buscado otra más joven? Hay mucho para elegir entre todas las que han llegado. Déjame que vaya yo y te seleccione una especial para ti —sugirió el sargento.

—No, sargento. Con todo respeto, me gustaría probar con esta —contestó Ogbeide.

—Ah, entiendo. Tú decides, pero cuando quieras algo mejor, no dudes en preguntarme. Tengo buen ojo para seleccionar una golfa para los ratos libres.

Un incómodo silencio llenó el espacio.

—Emm… Gracias, sargento. Si no le importa… —comenzó Ogbeide.

—Oh, sí, disculpa, Ogbeide. Disfruta de ella. El teniente estará muy contento y orgulloso de ti —concluyó el sargento Tansi antes de desaparecer con sus sonoros pasos por el pasillo.

La puerta se abrió, delineando la luz sobre la oscuridad, y dos figuras entraron al armario, cerrándolo tras de sí para sumirlos de nuevo en la ceguera total. Emmanuel se incorporó como pudo, mientras la voz de Ogbeide resonaba clara en la penumbra.

—Tienen poco tiempo, aprovéchenlo —advirtió Ogbeide.

—¿Qué pasa? —quiso saber Emmanuel con curiosidad.

—¿Emmanuel? ¿Eres tú? —dijo la voz cortada en llanto de Doris.

8

Doris

Campamento militar de Bori, cerca de Port Harcourt

Estado de Rivers, Nigeria

Jueves 22 de junio de 1993

Nunca una única palabra había resonado con tanta profundidad para ella. Rápida, sencilla, abarcaba innumerables significados, cargada de simbolismo, rebosante de cariño, anunciaba un reencuentro y la colmó de una sensación reconfortante de seguridad. La palabra pronunciada por Emmanuel trascendió más allá de su mera fonética, encapsulada en ella la esencia de su vínculo.

—¿Madre? —dijo Emmanuel.

En las profundidades de la oscuridad, madre e hijo se enlazaron en un torpe abrazo, entregándose al llanto más profundo. Las lágrimas, como una fuente inagotable, fluían de un rincón de sus almas que creían ya vacío. Unidos en ese abrazo, se permitieron sentirse el uno al otro. Doris exploró con sus manos el cuerpo de Emmanuel, que, con una entereza estoica, se mantuvo de pie para evitar asustar a su madre con el deterioro que la crueldad había grabado en su piel.

—¿Está bien, madre? ¿Le han hecho algo? —preguntó Emmanuel con preocupación.

—No, hijo, estoy bien —respondió Doris mientras le acariciaba la cara—. ¿Cómo estás?

—Bien, madre. Estoy bien, no es para tanto —afirmó Emmanuel.

Doris se percató del mal estado de su hijo. No hacía falta notar las heridas; la conexión madre-hijo trascendía las apariencias. También sabía que él escondería su calvario para no preocuparla, por lo que fingió creerle.

—¿Al menos has dejado de fumar? —provocó una risilla forzada en Emmanuel.

—Sí, no he tenido oportunidad ni ganas para preocuparme por eso —respondió Emmanuel con una mezcla de sarcasmo y resignación—. ¿Y usted? ¿Le han tratado bien aquí?

—No te preocupes por mí, hijo. Estoy bien. Pero cuéntame, ¿en qué andas metido? No puedo creer que te hayan traído aquí sin motivo.

—No lo sé, madre, ya no lo sé —susurró Emmanuel, en un intento por contener las lágrimas—. He coincidido con Samuel Ekotte en la celda. Me contó cómo los detuvieron.

—¡Ay, hijo! El señor Ekotte les dijo que yo era Ogoni cuando detuvieron su furgoneta en el momento que llegábamos al pueblo. Solo por eso se me llevaron. Él creyó que así podría volver a casa, pero lo sacaron del coche y no supe más de él.

—¡Oh, madre, ese mal nacido me juró que intentó protegerla! —exclamó Emmanuel, traicionado de nuevo.

—Silencio —ordenó Ogbeide—. Si nos pillan, estaremos todos jodidos.

—Tranquilo, cariño, solo se asustó —lo consoló Doris, tras ignorar el comentario del soldado—. Ha hecho mucho por nosotros desde hace años.

Ambos se pusieron al día. Emmanuel edulcoró su relato; dejó a un lado la mayoría de los sucesos escabrosos. Doris le contó todo: cuando la detuvieron, la llevaron a un campamento de

tiendas de campaña donde mantenían retenidas a más mujeres. Escuchó lo que pudo de algunos de los guardias mientras especulaban con futuras órdenes para su traslado. Su hijo quiso saber si la habían tratado bien, insistiendo en la pregunta, decorada para no asustarla. Sí, la habían tratado bien, al menos en ese sentido, no como a algunas compañeras jóvenes también presas a las que un grupo de soldados utilizaban como desahogo carnal cada noche.

Ogbeide asistía al reencuentro con la atención dividida entre la conversación y el control del pasillo de fuera, atento a cualquier voz o pasos que lo recorrieran, avisándoles de forma permanente en que bajasen el tono.

Tras un tiempo indeterminado y que a madre e hijo se les hizo corto, Ogbeide dio por finalizada la reunión familiar secreta. Con un susurro apresurado, indicó que era hora deregresar a sus respectivas celdas antes de que alguien descubriera su escondite temporal.

Doris, que en ningún momento se había separado demasiado de su hijo, se volvió a apretar contra él. Las venas de sus manos se marcaron al rodear con sus huesudos dedos los insanos brazos de Emmanuel, que hizo lo propio y rodeó a su madre por la cintura. Sus cuerpos esqueléticos asidos en uno, supurando el amor más puro y eterno del mundo, juntas sus cabezas, conscientes de lo excepcional de la situación. No querían soltarse, no de esa manera. Querían salir de allí juntos, volver a casa; en definitiva, sobrevivir sin la lucha constante a la que se veían sometidos.

—Hemos de irnos ya —interrumpió Ogbeide, emocionado por el recuerdo de su madre, a la que quería abrazar aun con todo lo ocurrido.

La separación no fue rápida, todavía arañaron unos segundos valiosísimos. Ogbeide palpó los cuerpos en la oscuridad hasta dar con el brazo de Doris, el cual agarró con cariño como

hiciera el día que la detuvo y tiró de ella hacia la puerta. Cuando el soldado la abrió, la luz del exterior entró en el armario e iluminó el estado infame de su hijo, devorado por las heridas y de una delgadez extrema. Mantuvieron el contacto visual hasta que Ogbeide cerró la puerta con cuidado. Comenzaron a caminar de vuelta a la celda, yendo ella un par de pasos por delante, escoltada por el soldado.

—Gracias —dijo Doris sin volverse, pero emocionada.

—Si nos encontramos con alguien, actúe como si acabara de desahogarme con usted. Eso debería mantenernos a salvo —contestó.

El pasillo oscuro y estrecho resonaba con los murmullos apagados de las mujeres que compartían aquel inhóspito rincón de la desesperación. Las celdas para las mujeres se encontraban en el lado opuesto del edificio, con menos prisioneras, pero igual de abarrotadas. Ogbeide escoltó a Doris a través de las entrañas de la prisión, con cuidado para ocultar el reencuentro a ojos curiosos o inquisitivos.

Una vez dentro de su celda y habiéndose despedido de Ogbeide con una mirada cómplice, Doris se acomodó entre las piernas de sus compañeras en un espacio que le brindara un mínimo de comodidad en su situación física deteriorada. Entre toses y susurros, una joven embarazada reposaba contra la pared, acariciándose con ternura su vientre abultado. El interés de las demás mujeres por ella iba en aumento, y aunque parecía ajena al peligro que se cernía sobre ella, Doris intuía el acecho como las alimañas rondan a sus presas moribundas.

En días previos, algunas de sus compañeras habían interrogado a la chica sobre si le salía leche del pecho, insistiéndole con inquietante curiosidad. Ella, en su estado aterrado, respondió afirmativamente a todas sus preguntas, quizás por encontrar un consuelo efímero, una

conexión en medio del desamparo, una voz amiga. Doris, conocedora de las tragedias que solían suceder con las embarazadas lactantes en tiempos de hambre, temía por el destino que le aguardaba a la joven y por todas las mujeres que compartían su misma desgracia en aquel rincón olvidado del mundo.

Volvió a sumergirse en sus pensamientos, en un intento por alejar de su imaginación lo que estaba a punto de suceder allí. Samuel Ekotte, ese despreciable individuo. Siempre había dudado de sus intenciones, pero durante todos estos años había guardado silencio, aceptando la ayuda que, según él, le ofrecía de forma desinteresada o a cambio de algún favor puntual. Recordó tiempos pasados, evocó la figura de su «marido», aquel que se marchó sin decir nada, dejándolos solos a ella y a su hijo, según el testimonio de Samuel Ekotte, quien le relató cómo el cobarde huyó del campo de refugiados junto con los militares que ella misma condujo hasta allí. Se apartó de la joven embarazada justo antes de que una compañera la sujetara de los brazos y otra dejara libres sus senos para amamantar con violencia. Cerró los ojos ante los gritos de la joven y comenzó a retirarse, cediendo su lugar a otras mujeres que se acercaban en busca de algo de leche. Intentó insuflarse alegría. Emmanuel estaba bien y pronto saldrían de allí juntos. Se irían a casa y tratarían de encontrar la felicidad el uno con el otro. ¡Cuánto se equivocaba!

9

Emmanuel

Campamento militar de Bori, cerca de Port Harcourt

Estado de Rivers, Nigeria.

Sábado 28 de agosto de 1993

Derrotados, hundidos, acojonados. Los nuevos presos que llegaban en un goteo constante gritaban y maldecían, pero en cuanto las presiones del hambre y la tortura hacían su trabajo, todos se fusionaban con el sentimiento general de la celda. Ogonis y miembros de otros pueblos del delta, periodistas, profesores, homosexuales, sindicalistas; todos tenían cabida en aquel infierno. Silencio, quejidos. De vez en cuando, la sobrepoblación de la prisión se aliviaba durante un par de días, cuando de manera aleatoria los soldados sacaban a una o dos personas de cada celda, las que menos aportaban o menos echarían en falta fuera, y las fusilaban apoyadas contra la pared blanca del edificio, asegurándose de que gritaran para que el resto escuchara bien. En alguna ocasión, obligaron a salir a todos los presos al patio de madrugada, formar ante la tapia y ser elegidos por el sargento Adisa Tansi para probar en sus cuellos el filo de su machete ante los ojos de los demás, para mantener el miedo en alto. Los cadáveres resultantes se troceaban y se arrojaban a una enorme zanja para ser cubiertos con cal viva,

anónimos y olvidados, preservados por un velo opaco y con la complicidad institucional y del ejército.

Hubo una vez en la que los gritos resonaron de manera diferente. Eran voces femeninas. Esto alertó a los ocupantes masculinos de las celdas, la mayoría ignorantes de la presencia de mujeres allí, y que recibían cualquier novedad con entusiasmo. Jóvenes, algunas de las voces no parecían más que niñas. Lloraban, rezaban, pedían clemencia, maldecían y llamaban a familiares directos en un último intento por sobrevivir, por irse en paz. Voces, como tantas otras, cortadas, cercenadas por ser y por estar, incluso por pensar; culpables de nada salvo de vivir, pero condenadas con la peor de las penitencias. Varias detonaciones de armas automáticas, imposible contar cuántas, invadieron casi al unísono con un estruendo esa noche, silenciando a esas mujeres para siempre. Después, los soldados rieron. Un par de tiros sueltos acabaron con aquellas que decidieron no morir con la primera ráfaga de disparos. El sonido de los cadáveres siendo arrastrados por el suelo es algo que jamás olvidarían los supervivientes de esas celdas.

Emmanuel se sumía en una suerte relativa que, en la oscuridad, brillaba como un débil rayo de esperanza. Noches atrás, había estampado su firma en una declaración falsa y coaccionada, donde, en calidad de cargo del NYCOP, señalaba con dedo acusador a varios miembros del MOSOP. Entre ellos, nombres conocidos como Ken Saro Wiwa, Paul Levera y Nordu Eawo, así como otros desconocidos, cargando sobre sus espaldas acusaciones de estafa, terrorismo y ataques a la patria y a la frágil democracia en ciernes. A partir de aquel momento, la crudeza de su encierro encontró un respiro. Las torturas, antes moneda corriente, se desvanecieron casi por completo. Tan solo un par de golpes, como recordatorio de su vulnerabilidad, y la

intervención de un médico militar que, con mano hábil, alivió parte de sus heridas. Aunque continuaba tras las rejas, ahora su temor se alimentaba de la incertidumbre: ¿sería preservado por su utilidad o, en cualquier momento, lo extraerían de su celda para poner fin a su existencia con un disparo?

No tenía noticias del señor Williams y no había vuelto a recibir visitas ni a ver a su madre. Aunque en cierta ocasión, con la mayor discreción posible, preguntó por ella a Ogbeide sin utilizar palabras, solo con la mirada, y juraría que el joven soldado le respondió con un gesto sutil pero contundente levantando el pulgar de su mano derecha hacia arriba. La alimentación era un tema aparte. En la celda se había establecido un sistema de «castas», en el cual los más veteranos se ubicaban estratégicamente en la puerta de entrada para ser los primeros en recibir comida. Lo mismo ocurría en el fondo, donde una pequeña abertura proporcionaba algo de aire fresco en un intento de aliviar el penetrante hedor a heces antiguas y nuevas, sudor, sangre, humedad y orina.

La relación con Samuel Ekotte era casi inexistente y el vendedor norteño lo había notado. No le rebatió nada acerca de lo que le dijo su madre, tampoco se lo contó; solo evitaba relacionarse con él. Aquella mañana el calor se cernía más pesado que en días anteriores. Voces de dos soldados resonaron al otro lado de la puerta, como los leones acechando a las gacelas. Cuando cazaban a una, el resto se quedaba tranquilo, agradecido por sobrevivir un día más. En el momento en que los soldados se llevaban a alguien, el resto de los presos respiraba tranquilo durante un rato, ya que siempre solía haber dos salidas por día, camino de la tapia o de la sala de torturas. Tras el chirrido del cerrojo corriéndose un soldado deslizó la puerta.

—Emmanuel Orode, fuera, rápido —dijo la voz de George Ogbeide.

Siempre resonaban las mismas palabras, siempre se repetía el mismo ritual. Emmanuel temblaba al ponerse de pie, al atravesar el espacio entre las piernas de los demás prisioneros, al aproximarse al umbral de la puerta donde lo aguardaban. Su miedo era palmario, imposible de ocultar. Otros, en cambio, lograban mantener sus temores a raya, en un vano intento de no mostrar debilidad frente a aquellos que los amenazaban y torturaban sin piedad.

—¡Tienes visita! —anunció el otro soldado mientras le agarraba del brazo.

—¿Quién ha venido?

—Cállate, asqueroso —zanjó.

La peregrinación se inició con Emmanuel en el epicentro, flanqueado por Ogbeide y el soldado. A este último le colgaba un fusil automático al que apenas prestaba atención, confiado en que nadie se atrevería a arrebatárselo. Se movían por los intrincados pasillos, acelerados por los empujones que recibía el reo en la espalda para instarle a caminar con más celeridad. Tras los giros habituales alrededor de las esquinas de la laberíntica prisión, Emmanuel percibió que la ruta no lo conducía al edificio donde había recibido la visita del señor Williams. Sin embargo, tampoco reconocía la zona; sus pasos no lo encaminaban hacia la sala de torturas habitual. Al final de un largo pasillo se detuvieron frente a dos puertas de madera, apenas separadas por un metro. El soldado, que marchaba a su lado, lo dejó junto a Ogbeide y golpeó dos veces con los nudillos en la puerta de la izquierda antes de abrirla.

—Estamos aquí, señor —dijo hacia el interior, expresando sus respetos con el saludo militar.

—Adelante, que pase —resonó la voz casi femenina y ya conocida del teniente Okuntimo.

Emmanuel quedó petrificado al cruzar el umbral de la sala y el eco de la puerta cerrándose tras él resonó en cuanto tuvo los dos pies dentro. Todas las miradas convergieron en su figura.

Dos soldados, armados con fusiles automáticos, se apoyaban en un espejo que abarcaba toda una pared. El sargento Tansi, con una sonrisa malévola en su rostro, acariciaba el pomo de su fiel machete. En el centro, una mesa gris y una silla de torturas, similar a la que ya conocía, pero menos usada y más limpia, aguardaban su presencia. En ese momento, Emmanuel sintió que su corazón estaba a punto de estallar, la presión se acumulaba en sus sienes, amenazando con escapar por cualquier orificio. Acomodados frente a la mesa como si estuvieran en una reunión informal, el teniente Okuntimo sujetaba con delicadeza las manos de Niara, sentada en una silla a su lado. Ella vestía el mismo fresco vestido verde que llevaba la última vez que se encontraron hacía tanto tiempo. Su rostro reflejaba un temor que se intensificó al ver el estado físico en el que se encontraba Emmanuel.

—¡Señor Orode! ¡Sea bienvenido! —exclamó el teniente con una falsa euforia—. Estábamos esperándole.

La inercia los impulsó a ambos a intentar acercarse. Emmanuel fue retenido con firmeza por el soldado que lo había escoltado junto a Ogbeide, mientras que Tansi se interpuso frente a Niara, aferrándola por los brazos justo en el instante en que la joven se levantó de la silla.

La tensión en la sala se palpaba mientras Emmanuel era retenido y Niara quedaba atrapada por Tansi, quien parecía deleitarse con la proximidad a ella, relamiéndose ante un apetitoso manjar.

—Oh, el amor. Es bonito, ¿verdad, sargento? —preguntó Okuntimo.

—Vaya si lo es, teniente —respondió Tansi, mientras se acercaba a Niara como un depredador frente a su presa.

—Ay, Emmanuel, y yo que pensaba que éramos amigos, y me tengo que enterar así de que su novia es la hija del profesor universitario que vino a visitarlo. ¿No cree que está usted apuntando muy alto? No le culpo, sabe a quién tiene que arrimarse, vaya chica se ha buscado, guapa y de buena familia —comentó Okuntimo mientras escudriñaba a Niara de arriba abajo—. Son de planetas diferentes, ¿cómo puede usted emparejarse con semejante esperpento? — preguntó dirigiéndose a ella.

—Nos queremos —sentenció Niara—. Señor, tiene que dejarle salir de aquí, queremos irnos juntos. Le prometo que Emmanuel no volverá a mezclarse con esa gente, yo misma me encargaré —añadió a la par que intentaba evitar la lengua de Tansi, que se acercaba a sus labios.

—Eso está claro, querida. Mucho tiene que querer a este terrorista para haber tenido los cojones de llegar hasta aquí y meterse en mi casa. Ha venido andando, Emmanuel, varias horas por la carretera. ¿Se lo puede creer? Se ha plantado en la puerta de la base, gritando que exigía verle y que le sacaran de aquí —continuó el teniente mientras se levantaba de la silla y se acercaba a Emmanuel—. Es usted afortunado, Emmanuel, mucho más de lo que se merece alguien así. No ha sabido aprovecharlo, y ahora entenderá por fin todo lo que ha perdido por sus actos.

Okuntimo hizo un gesto a los soldados, quienes agarraron con fuerza a Emmanuel. Entre gritos y pataleos, lo fijaron con firmeza a la silla de torturas, como tantas otras veces. Brazos, piernas, torso y cabeza, todo quedó sujeto de manera impecable, con su mirada clavada al frente, hacia Niara, que todavía en poder de Tansi, nada pudo hacer por evitarlo.

—He de marcharme, señor Orode, pero pronto volveremos a vernos. Me encantaría quedarme, pero soy un hombre ocupado. Responsabilidades, ya sabe de qué le hablo. Disfrute de la visita y de su amada, seguro que a partir de hoy ve la vida de otra manera.

Emmanuel miró a Ogbeide en busca de una explicación, una mirada amiga, pero este estaba igual de asustado y confundido, temblando al lado de la puerta.

—Una vez acabes con ella, déjasela a los demás, pero primero al chico, a ver si de verdad se ha curado. Si no, licéncialo con honores, los cambios políticos han destituido a su padre, ya no le debemos nada ni nada sacaremos de él —le dijo Okuntimo al sargento Tansi—. Caballeros, que pasen buen día —dijo antes de abandonar la sala.

—La mesa, ponedla en frente de él, que lo vea bien —ordenó el sargento.

Los soldados colocaron la mesa metálica de manera que quedó con la parte larga enfrente de Emmanuel a apenas un metro.

El gigante levantó sin esfuerzo a Niara del suelo y la tumbó con violencia bocarriba en la mesa con las piernas colgadas por el borde. Ordenó a uno de los soldados que la mantuviera quieta agarrándola de los brazos desde el otro lado de la mesa, estirándoselos para limitar sus movimientos. Le levantó el vestido hasta la cintura, dejando visible la ropa interior blanca. Con su inmenso cuerpo mantenía separadas las piernas de la joven abiertas en ángulo. El sargento, una vez la chica estuvo en posición, se bajó como pudo los pantalones hasta los tobillos, chocando el machete y la pistola contra el suelo, a la vista el enorme pene erecto. De un tirón arrancó las bragas de Niara, rompiéndolas, dejado al aire su sexo y su abundante vello púbico.

—No, no por favor. ¡Emmanuel! ¡Emmanuel, ayúdame! —la joven gritaba desconsolada—. ¡Soy virgen! ¡No lo haga, por favor!

—No, hijo de puta. Te mataré, Tansi, te mataré —gritó Emmanuel entre sollozos.

—Jajaja, claro que lo harás. Relájate, Orode, si lo vas a disfrutar. Imagínate que eres tú quien está en mi posición. Una virgen siempre es una gran captura.

Se agarró el pene y busco la entrada entre las piernas. La encontró no sin dificultad y con un fuerte empujón la penetró sin cuidado, sin piedad, exento de delicadeza, como un ariete contra una puerta vieja, provocando en Niara un grito ahogado, doloroso. Apoyó una mano en el muslo de la joven y con la otra se llevó uno de sus pequeños pies a la boca, le quitó la sandalia con los dientes y comenzó a chuparle los dedos. Entraba y salía de ella ante los atentos ojos de Emmanuel y del resto de soldados. Primero despacio, luego más rápido, después lento de nuevo. Cada acometida del gigante contra la joven seguía el mismo patrón. Empujón, sonido al chocar con la mesa, gemido de placer de Tansi y gemido de dolor que interrumpía los llantos de Niara. Cuando se cansó de su pie traslado la mano hacia los pechos, los cuales liberó tirando del vestido, dejando cubierto el derecho y fuera el izquierdo. Los manoseó, los agarró y los pellizcó sin piedad. Se tumbó encima de ella casi cubriéndola por completo y le mordió los pezones hasta hacerla sangrar. Los gemidos de Tansi se aceleraron cada vez más, al igual que sus acometidas. Le metió los dedos en la boca, le recorrió los dientes, la lengua, las encías, mojándolos bien. Casi en el clímax, en un último acto antes del éxtasis, Tansi sacó los dedos húmedos de la boca de Niara y con ellos buscó el ano de la joven, introduciéndole dos de ellos en su interior.

El grito de dolor de Niara sonó a la par que el último gemido de placer del sargento, que apoyó la mano en la mesa mientras recuperaba el aliento entre jadeos. Salió de ella y las piernas de la joven cayeron a peso, debilitadas, casi inertes. Tansi se puso de cara a Emmanuel

todavía con el pene semierecto recubierto de restos de semen y de sangre. Se pasó la mano porsu miembro, recorrió su superficie, llevando los restos de fluidos hasta la punta y recogiéndolos en su palma. Le restregó la mano manchada a Emmanuel por la cara, limpiándola en él,mezclada la sangre y el esperma con las lágrimas que caían.

—Buff —suspiró el sargento mientras se subía los calzoncillos y los pantalones—. Tienesque catarla, Orode. Menuda joya, de las mejores que he probado. Ha costado, estaba seca,pero enseguida se ha ablandado. Que suerte tener esta novia. ¡Ogbeide! —gritó mientras se volvía buscando al joven soldado—. Te toca. Vamos, campeón. Demuéstranos que eres normal.

—Tansi mostraba una sonrisa real, convencido de la «curación» del joven soldado.

Ogbeide lloraba y negaba con la cabeza a un par de metros del sargento. Niara, todavía conmocionada, silenciada, vejada, incrédula, se intentó incorporar para sentarse en la mesa. Con una mano se quiso tapar el pecho con el vestido destrozado en un acto de pudor, y se llevó la otra entre las doloridas piernas. Palpó su sexo durante unos segundos para descubrir la mano manchada de sangre. Se giró hacia Emmanuel, cruzaron las miradas, pero un tirón de los hombros que le dio el soldado que la había agarrado antes la devolvió a la posición horizontal golpeándola contra la mesa.

—¿Cómo qué no? —le gritaba el sargento—. Ven aquí y cumple como un hombre.

—No… no quiero, no puedo —balbuceaba Ogbeide con la espalda apoyada contra la pared.

—¡Es una orden! ¡Fóllatela, ya! —se acercó hasta él.

—No… —de su boca solo salió la débil negativa mientras temblaba.

Todos los presentes salvo Niara miraban ahora hacia Tansi y Ogbeide en silencio. El sargento comenzó a maldecir en alto, golpeándose con el puño contra la palma de la otra mano.

—Confié en ti, intenté ayudarte, ¿y así me lo pagas? —los ojos del gigante se inyectaron de sangre, olvidado ya cualquier resto de sonrisa de su cara.

Sin mediar más palabras, descargó su puño contra la mandíbula de Ogbeide, tumbándolo a la primera. Tal cual cayó a su lado, le dio a probar el empeine de su bota contra la frente, haciendo que la parte trasera del cráneo le golpease contra la pared. El sargento apoyó las manos para sostenerse y comenzó a patear el estómago del joven derrotado, que apenas podía taparse con los torpes brazos atrofiados por la conmoción. Una de las patadas le alcanzó en los dedos de la mano izquierda, rompiéndole varios con un sonoro crac.

Tras incontables patadas, el sargento se agachó e incorporó el cuerpo agarrándolo del cuello, dejándolo sentado con la espalda apoyada en la pared, aunque apenas se mantenía firme él solo. Con la consciencia colgándole de un hilo, a punto de abandonar su cuerpo, Ogbeide miró hacia Emmanuel, buscando él esta vez una mirada amiga, una explicación. El sargento se dio la vuelta y le quitó el fusil a uno de los soldados, lo amartilló y con él apuntó a la frente de Ogbeide. Parecía que iba a disparar, pero tras un par de segundos, Tansi, como buen profesional que era, puso el seguro al arma y le dio la vuelta, agarrándola del revés por el cañón y empezó a golpear con la base de la culata de madera directa en la frente de Ogbeide una y otra vez, atrapada la cabeza entre el arma y la pared, hundiéndole el frontal del cráneo, haciendo desaparecer la nariz y parte de la mandíbula, fundiéndolas en una sola masa de carne

y hueso. Una vez se hubo cansado, se secó el sudor de la frente, le devolvió el arma al soldado y le dio un par de órdenes.

—Llévatelo de aquí. Rematálo. Ocúpate de él como quieras y lo tiras al foso con los demás y rellenas un parte de baja por accidente. El teniente o yo lo aprobaremos después, vuelves aquí y te la follas las veces que quieras, pero hazlo. Yo iré a buscar a alguien más, no sería justo que la disfrutásemos solo nosotros.

El soldado agarró al moribundo por los tobillos y tiró de él, golpeándole de nuevo la cabeza contra el suelo. Comenzó a arrastrarlo hacia afuera. Antes de que la cabeza de Ogbeide desapareciera por el pasillo, Emmanuel pudo ver cómo su joven amigo aún intentaba respirar, salpicando sangre entre gorgoteos que brotaban de su rostro amorfo y deshecho, que dejó tras de sí una huella funesta.

—Vosotros —el sargento se dirigió a los dos soldados que quedaban en la sala—. Pasadlo bien, no tardaré en volver con refuerzos. Orode, es una lástima que no puedas disfrutarlo, pero tranquilo, lo experimentarás de primera mano.

—Preciosa —dijo ahora dirigiéndose a Niara— no me eches de menos; regreso enseguida y repetimos.

El sargento abandonó la sala. Los dos soldados tuvieron una breve disputa verbal por ver quién era el primero en violarla, pero el que había sujetado a Niara, mucho más enjuto y débil, aceptó ser segundo y continuar agarrándole los brazos bajo amenaza de paliza. El otro, bastante excitado, pasó a ocupar la posición que el sargento había tomado minutos atrás. Se bajó los pantalones y la ropa interior, colocó a Niara al borde de la mesa y se agachó para meter

la cabeza entre las piernas de la joven y hurgar con su lengua mientras con la otra mano se masturbaba para encontrar la erección adecuada.

—Te estas comiendo los restos del sargento —le dijo su compañero entre risas mientras mantenía a Niara fija a la mesa.

—Joder, qué asco —escupió varias veces al suelo—. Sabe raro.

Se incorporó y penetró a Niara, de nuevo vejada por otro malnacido, el segundo de muchos de los que quedaban por pasar entre sus piernas aquel día. Gritaba, lloraba, pedía ayuda. Esta vez el soldado rasgó el vestido tras tirar varias veces, dejándolo en un simple harapo que le rodeaba la cintura. Mantuvo un ritmo muy alto, difícil de aguantar durante mucho tiempo, jadeaba como un animal, y eyaculó dentro de Niara acompañado de un profundo suspiro.

—Me toca. Agárrala tú ahora.

—No hace falta, mira cómo está. Ida —dijo el otro, mientras se ponía de nuevo la ropa, señalando a la joven.

Niara, con los ojos muy abiertos y cargados de impotencia, tenía la cabeza girada hacia Emmanuel, mirándole sin apenas parpadear. Su cara era inexpresiva, ya no lloraba, pero todavía estaba ahí dentro, protegiéndose entre los recovecos de su cerebro. Se le había deshecho su perfecto moño, desparramado al aire parte de su pelo negro. Cerró los ojos cuando recibió el primer empentón de su tercer violador del día, todavía más torpe y descuidado que el anterior, pero no gritó, no tenía fuerzas ni ganas. Niara estiró la mano en un intento vacío de poder tocarse. Se quedó cerca de los dedos atrapados de la mano derecha de Emmanuel, pero recogió el brazo tras uno de los envites del soldado, rodeándose la cintura con ellos debido al dolor.

El soldado eyaculó en el interior de la joven, lo más profundo que pudo, salió, descansó unos segundos, y comenzó a vestirse. Niara ya ni intentaba incorporarse. Ahora miraba al techo, a una de las sucias bombillas amarillas que apenas iluminaría un pequeño escritorio por sí sola. Su mente estaba ausente, ayudándola a intentar sobrellevar la situación con el menor dolor posible.

Un murmullo de pasos ligeros, voces y risas se escuchó desde dentro de la sala de torturas. Al momento, el gigante Tansi abrió la puerta y entró acompañado de tres soldados más, los más cercanos y sumisos al sargento. Venían vestidos ligeros, solo con pantalones de camuflaje y camisetas blancas de interior. Uno de ellos llevaba una bolsa con latas de cerveza.

—¡Cabrones! ¿Nos habéis dejado algo? —gritó uno de ellos nada más entrar.

—Hay para todos, no os pongáis nerviosos —zanjó Tansi con autoridad.

—Yo primero —dijo uno acercándose a Niara—. Está

buenísima. El sargento lo detuvo cruzándole el brazo sobre el

pecho.

—No. Guarda respeto, somos soldados. Esta chica es la novia de nuestro invitado. Se quieren mucho y no vamos a ofenderles. Que elija él. —Tansi señaló con el dedo a Emmanuel—. Vamos, di tú el orden. ¿Quién quieres que sea el siguiente?

Emmanuel estaba dominado por la ira. Su carácter afable y cobarde había desaparecido. Se veía capaz de enfrentarse a todos esos salvajes.

—Venga, no tenemos toda la tarde, y tu querida tendrá que regresar a su casa al calor de su padre el profesor. Te ayudaré a hacerlo —dijo extrayendo el enorme machete de la funda colgada al cinto—. Poneos juntos, que os vea bien —les ordenó a los recién llegados, que se apretaron unos con otros pegados a la pared al lado de la puerta—. De este nos han llegado

historias sobre la gran capacidad sexual de su miembro, pero según dicen, le gusta más por el culo que por el coño —señaló con la punta al más alto de los tres provocando una risotada en todos ellos—. Este es más normal, parece tonto y todo, pero conozco de primera mano que le encanta azotar hasta hacer sangre; es el más sádico de todos —dirigió su machete al de en medio, un tipo gordo no muy alto con los ojos saltones y que no paraba de asentir con la cabeza en movimientos muy rápidos—. Oh, y, por último, mi preferido. Aparte de follársela, lo más seguro es que se quiera cagar y mear encima antes de acabar —dirigió la hoja del machete hacia un tipo fuerte, de estatura media y con la camiseta llena de manchas antiguas y nuevas—. Ahora dime, Emmanuel —puso el filo del arma bajo el cuello de Niara con amenaza de cortárselo sí él no decidía—. ¿Quién quieres que empiece? Todos pasarán por ella, eso tenlo claro.

Emmanuel lanzó una mirada furtiva a Niara. Volvieron a encontrarse con sus ojos. Esta vez, algo diferente se reflejaba en ellos. Había miedo, pero también amor. Los ojos de Niara lo eximían de cualquier mal que pudiera surgir debido a la decisión forzada que le imponían. Le otorgaron inmunidad, un perdón injusto, ya que sabían que no era culpable de nada.

Las risas y los comentarios obscenos llenaban la sala mientras Tansi dirigía la escena con su macabro sentido del humor.

—¿Y bien? ¿A quién escoges? —preguntó el sargento.

Emmanuel, con la mirada perdida en Niara, respondió con voz apenas audible:

—El alto.

El soldado seleccionado, arrogante, se burló de sus compañeros y se apresuró a despojarse del pantalón.

—¡Sí, joder! ¡Me toca a mí! —exclamó con entusiasmo, como si hubiera ganado un premio—. ¡Vais a ver cómo se hace!

Tansi, disfrutando del espectáculo, se dirigió a los otros soldados:

—¡Vosotros! Podéis entreteneros con ella como queráis, pero no os crucéis delante de nuestro distinguido invitado. No queremos que se pierda ni un detalle.

Los soldados se abalanzaron sobre Niara como una jauría, hambrientos de mujer, y empezaron a sobarle todo su cuerpo. El sargento sacó una cerveza de la bolsa tras retirar el machete del cuello de Niara, la abrió y le dio un largo trago. Se acuclilló al lado de Emmanuel y se dirigió a él.

—Vas a verlo todo. Vas a sentirlo como propio. Si cierras los ojos la haré pedazos, ¿entendido?

Afueras de Port Harcourt, aquella misma noche

Julieta aguardaba con impaciencia la vuelta de su hijo Alloysius bajo el protector porche de su hogar, como hacía cada noche. El aire nocturno estaba cargado con la humedad de la reciente lluvia, y la luna, tímida tras las nubes dispersas, ofrecía una tenue luz que apenas iluminaba la oscuridad. La espera se prolongaba, y Julieta se inquietaba al pensar en los peligros que la noche podía traer consigo para su hijo que caminaba de regreso desde el puerto donde desempeñaba su labor de limpiar pescado. Cada minuto de espera se volvía eterno para Julieta, cuya preocupación crecía con el paso del tiempo. A pesar de la inquietud, la madre aguantaba firme, y miraba con anhelo hacia el camino por el que vería aparecer a su hijo.

El aire se había enfriado y el viejo chal que Julieta llevaba sobre los hombros ofrecía una escasa protección. Con paso lento, avanzó por el sendero que conducía desde el porche hasta el borde del camino, abandonando la tenue luz de su hogar en un intento de vislumbrar la llegada de su hijo. Fue entonces cuando un zumbido distante llamó su atención. Dos luces brillantes se acercaban desde la carretera de Bori, emergiendo de la oscuridad de la selva como si buscasen entrada a la ciudad. El vehículo pasó frente a Julieta, sin percatarse desu presencia oculta en la sombra. Se detuvo a unos metros de distancia, orillado a un lado de la carretera. La furgoneta blanca carecía de distintivos.

El vehículo permaneció allí durante unos minutos que se hicieron eternos. El sonido de la puerta lateral de la furgoneta abriéndose llegó hasta Julieta, quien, aunque no pudo ver lo que descargaban en la cuneta, intuyó la actividad a través de los sonidos. La puerta se cerró con un golpe, y la furgoneta reanudó la marcha con rapidez, realizando un giro de 180 grados para desaparecer de su vista en cuestión de segundos por el mismo camino que había llegado.

Julieta avanzó hasta el borde de la carretera y observó cómo el polvo se asentaba en el aire tras la partida apresurada de la furgoneta. Entonces, una voz conocida resonó a su costado.

—¡Mamá! —gritó su hijo Alloysius mientras levantaba la mano en un gesto de saludo.

El niño se acercaba por la carretera, tranquilo y sonriente como siempre. A pesar del deseo de Julieta de correr hacia él, un temor inédito la paralizó por un instante. Su hijo caminaba justopor donde la furgoneta se había detenido para despojarse de la carga, ajeno al peligro mientras miraba a su madre. No notó la silueta fantasmal que se incorporó desde la cuneta y que se acercaba con lentitud hacia él.

Julieta echó a correr llena de miedo. Logró abrazar a su hijo y ponerlo a su espalda justo cuando la figura desconocida llegaba a su lado y opuso su propio cuerpo como escudo protector entre Alloysius y aquella persona.

La silueta caminaba sin prestarles atención, perdida, sin emitir sonido alguno. Era una mujer joven, poco más que una niña, pensó Julieta. La luna les regaló unos momentos de luz en los que pudo ver como la joven iba desnuda, con apenas unos jirones de tela verde que rodeaban su cintura, descalza y con los ojos abiertos como platos. Se quedaron bloqueados ante ella, observándola con miedo y curiosidad. La joven parecía que se marchaba sin rumbo fijo, tambaleándose. A la luz de la luna, Julieta se percató de que sangraba por varios lugares. Le manaba entre las piernas, un hilillo se escurría de entre sus nalgas y desprendía un olor fecal que les hizo gesticular con un gesto desagradable.

—¿Estás bien? —preguntó Julieta mientras la chica continuaba su camino a ninguna parte—. Oye, ¿puedo ayudarte?

Dio un paso hacia ella y la agarró del hombro con suavidad para detenerla. En ese momento, la joven se giró, le clavó la mirada de terror en los ojos y comenzó a gritar con la voz desgarrada mientras intentaba zafarse del brazo que la sostenía.

—No me toquéis. ¡No me toquéis! ¡No! ¡No por favor! ¡No me toquéis! —repetía sin parar mientras se tapaba la entrepierna con las manos—. ¡No me toquéis! ¡No me toquéis! ¡No más, por favor!

La madre y el hijo se asustaron mucho y retrocedieron un paso. La joven gritaba, con la mirada perdida. Temblaba de miedo y se deshacía con violentos aspavientos de unas zarpas invisibles que la agredían.

—Entra y llama a tu padre —le ordenó Julieta a su hijo.

El niño salió disparado hacia la casa en el mismo momento que su padre y su hermano mayor salían por la puerta, asustados por los gritos. Julieta se acercó de nuevo a la joven y la sujetó por los brazos.

—Tranquila, tranquila. Estas a salvo. Tranquila.

—¡No me toques! No, por favor. Quiero ir a mi casa.

—Tranquila, relájate. ¿Dónde vives?

La joven respiraba acelerada, pero poco a poco se calmó.

—Quiero ir a casa —repitió, esta vez sin gritar.

—Vale, te llevaré a casa, pero antes entra a la mía, ya no tienes de qué preocuparte —la rodeó por los hombros y ambas comenzaron a caminar de vuelta al interior—. ¿Cómo te llamas?

Tras unos segundos de silencio, la joven contestó.

—Ni… Niara.

10

Arthur

Complejo presidencial de Aso Rock, Abuya.

Territorio de la capital federal, Nigeria.

Jueves 2 de diciembre de 1993

El palacio del presidente rezumaba lujo por cada centímetro edificado. Situado bajo la sombra de la elegante roca de la victoria, la vivienda presidencial heredó su nombre de ella, Aso Rock. El edificio pertenecía al inmenso complejo que abarcaba la mayor parte de las estructuras políticas del país, como la corte suprema, varios ministerios o la asamblea nacional. Todo el lugar era un área restringida a la población, con una fuerte defensa por parte del ejército, accesible solo bajo invitación y tras pasar exigentes controles de seguridad.

Arthur aguardaba sentado en un cómodo sillón de cuero negro en una sala previa a uno de los aposentos privados del presidente, nervioso, observando cada pocos segundos las aspas casi inmóviles de su Rolex. Llevaba más de una hora de espera, y a eso había que sumarle la otra hora que había pasado entre controles y cacheos a la entrada. Su visita, aunque no era secreta, requería de una mínima discreción ante los ojos de cualquiera que no fuera del agrado del nuevo presidente del país, el exministro Sani Abacha, reciente instigador y cabeza visible del golpe de estado del día diecisiete de noviembre pasado, ejecutado contra el presidente interino,

Ernst Shonekan, por los recortes que intentó llevar a cabo contra el ejército dentro de su plan de renovación.

A pesar de que Abacha y sus seguidores cumplían parte de los compromisos pactados casi un año atrás, los recientes ataques contra sus instalaciones en el delta, perpetrados por grupos étnicos como los Ogonis, generaban tensiones. La construcción del nuevo oleoducto de CRAB, que cruzaría el estado de Rivers, también estaba siendo objetivo de sabotajes. La empresa, que buscaba recuperar el respaldo que había proporcionado al general para llegar al poder, presionaba a Arthur para obtener resultados favorables.

Después de varias solicitudes infructuosas, la persistencia de Arthur lo llevó a viajar durante horas desde Lagos hasta la nueva capital. La empresa le otorgó carta blanca en cuanto a recursos y medidas para respaldar al nuevo gobierno, con la esperanza de mejorar los resultados, garantizar protección y recuperar las operaciones perdidas. Arthur, con la carga de responsabilidad sobre sus hombros, quería concluir todo antes de regresar a Londres para las próximas navidades. Aunque la empresa insistía en que necesitaba descanso, Arthur no veía las vacaciones como un verdadero alejamiento. La verdad era que prefería quedarse en su lujoso hotel, rodeado de la compañía superficial de aquellos que solo buscaban su propio interés, con *whisky* en abundancia y la posibilidad de alguna distracción con las mujeres locales que deseaban fortuna. Sin embargo, la empresa insistía en que era crucial que se desconectara.

A pesar de que los planes estaban en marcha y su reputación aumentaba ante sus superiores, el peso de los medios utilizados para alcanzar esos objetivos le resultaba asfixiante. Los fantasmas de aquellos parias que sufrían las consecuencias de sus decisiones lo atormentaban cada noche, apareciéndose en sus sueños para recordarle que él era el culpable.

Arthur se refugiaba en el alcohol para olvidar durante un breve periodo de tiempo, apenas comía y, cada mañana, se enfrentaba al espejo recordándose a sí mismo que estaba haciendo lo correcto, aunque su conciencia le susurrara lo contrario.

La opulenta puerta de madera que conducía a la estancia presidencial se deslizó sin emitir sonido. A través de la apertura, asomó el torso de una joven secretaria, de apariencia poco agraciada, ataviada con un traje negro, y que dejó entrever un gesto de invitación con un ladeo de la cabeza.

Una vez dentro, examinó la disposición del lugar. La iluminación era tenue, proporcionada por una lámpara de araña veneciana que generaba una luz suave y acogedora. Cinco sillones y un sofá de cuero rojo, todos ellos decorados con el escudo de armas de Nigeria bordado con elegancia, rodeaban una mesa de centro de estilo victoriano. La superficie de esta última estaba ocupada en su mayor parte por vasos a medio beber, botellas de distintas marcas de licores de alta calidad, así como un sujetador negro de encaje y unas pequeñas bragas rojas que colgaban al borde de la mesa, a punto de caer.

El sofá estaba ocupado por una niña, apenas una adolescente, hindú, pensó Arthur, tumbada con las piernas abiertas, drogada y completamente desnuda. En uno de los sillones descansaba otra joven, algo más mayor que la anterior y también originaria del sudeste asiático, también desnuda y algo más entera pero encogida, asustada. Ambas estaban en silencio y apenas se percataron de su entrada en la sala. Al fondo, al lado de una ornamentada chimenea blanca, el presidente Abacha servía dos copas de *whisky* de una camarera. Descalzo, su parte inferior estaba cubierta por unos grandes calzoncillos blancos casi sin subir, enseñando

la línea que separaba sus nalgas, y llevaba la camisa verde del uniforme abierta, dejando ver una barriga más grande de la que Arthur recordaba.

—Me alegro de verle, señor Anderson —dijo con una visible embriaguez, atropellándose al hablar—. Siéntese, enseguida preparo unos tragos y estoy con usted. Disfrute de ellas si quiere, comprobará que son auténticos caramelitos. —Señaló a las jóvenes, que miraron a Arthur con renovado terror.

El inglés tomó asiento en un sillón intermedio entre ambas chicas y optó por no mirarlas. El presidente se acercó hasta él y le ofreció el vaso de licor con una mano temblorosa y una sonrisa sincera. Tras dárselo, se sentó en el sofá con la chica más joven, a la que apenas con un movimiento le ordenó que se sentara sobre sus piernas y empezó a magrearla con su mano libre, buscando sus pequeños pechos con la boca.

—Dígame, señor Anderson, ¿a qué se debe su inestimable visita? —preguntó mientras hundía la cabeza en el cuello de la chica.

—Quería felicitarle en persona por su ascenso, señor presidente. En la empresa estamos muy contentos por ello y por el horizonte que se abre ante nosotros —evitaba mirar cómo el general repasaba con la lengua a aquella niña.

—Venga, Anderson, no me venga con gilipolleces y deje todos esos formalismos. Sé por qué está aquí, no soy imbécil. Puede decirles a sus superiores que no me he olvidado de nuestro trato, que agradezco su mísero apoyo y que pronto verán resultados.

—De eso quería hablarle, general. Somos conscientes del momento de celebración en el que se encuentra, pero nuestros intereses en el país y en concreto en el delta no pueden verse afectados por el cambio de gobierno. Necesitamos continuar los trabajos. Esos desarrapados de

Amnistía Internacional están con las narices metidas hasta el fondo, y Wiwa no hace más que ganar el favor de las naciones occidentales, y aunque su trabajo en el estado de Rivers fue encomiable, necesitamos más, general. Debe ayudarnos a paliar los efectos del terrorismo en nuestras explotaciones, erradicarlo, destruir cualquier rastro, que sean olvidados, cueste lo que cueste. Ayudarnos tal y como nosotros le hemos ayudado a usted.

—¿Sabe que sufro del corazón, Arthur? —dejó pasar un par de segundos—. Sí, no sé con exactitud qué es, pero algo me pasa. Reposo, no gritar tanto, no fumar, no beber, rebajar mi carga de trabajo y evitar excitaciones innecesarias —le apretó uno de los pequeños pechos a la chica—. Eso me ha recomendado el médico si quiero llegar vivo a los sesenta, pero, entre nosotros, ¿quién puede resistirse a una buena celebración? —bebió un trago del vaso—. Las hindúes son las que más me gustan. Me las traen en exclusiva, debería probarlas, no lo olvidaría jamás. Tienen un tacto especial que no he encontrado en otras. —Introdujo la mano entre las piernas de la chica hasta palpar su sexo—. Sí, nada como esto. Apretado, mojado, sin los estragos de parir ni de la edad. Placeres que todos deberíamos probar una vez en la vida, y, sin embargo, tras años de trabajo para este país, un medicucho me las prohíbe y un cerdo inglés viene a mi casa a decirme lo que debo hacer.

—No, señor, nada más lejos, mi intención hoy aquí es…

—¡Cállese, señor Anderson! ¿Cree que les debo algo? ¿Acaso piensa que sin su miserable ayuda no hubiese sido capaz de llegar hasta aquí? ¿Duda de mi capacidad?

Otra vez esa sensación de terror. Arthur evitaba mirar al general a la cara, enfocando su mirada en el tembloroso vaso que sostenía con las dos manos.

—No, general. Nadie duda de usted, por eso estamos aquí, porque sabemos que era y es el único capaz de ayudarnos y de hacer que esto mejore para todos.

Abacha se quitó de encima a la joven con violencia, haciéndola caer al suelo golpeándose el trasero. Luego se levantó del sillón y les gritó:

—Marchaos fuera de aquí, pero no vayáis muy lejos, luego volveré con vosotras. —Les señaló a las jóvenes una puerta que daba a un dormitorio anexo a la sala—. Asegúrate de que se duchan y se ponen ropa nueva, quiero quitársela de nuevo —le dijo a la secretaria, que oculta en una esquina, había permanecido en silencio todo el tiempo.

Los dos hombres se quedaron solos en la habitación. El general se acercó dando tumbos hasta Arthur y se sentó a su lado con torpeza.

—Mire, señor Anderson —dijo en un tono paternalista que no gustó nada a Arthur—. Entiendo su posición, a ustedes les importa esto una mierda y no se molestan en ocultarlo. Solo quieren sus putas explotaciones y seguir sacándonos todo lo que puedan. Créame que lo entiendo, pero ha de saber que antes de lo suyo tengo otras prioridades. Tengo que purgar el ejército, aún no sé en quién puedo confiar. Todavía colean las protestas por las elecciones, y tanto Abiola como Shonekan están en la cárcel. Tenga claro que conozco la entrada de Amnistía Internacional en el país por el tema Ogoni, de hecho, hemos de ceder en alguna de sus peticiones. Además, algo ocurre en el norte, se está cociendo algo gordo y no sé todavía qué es. Quieren imponer la sharía en todo el país, y mire que estoy de acuerdo con ella, pero es rechazada por el sur cristiano. Ahí hay algo más y he de descubrir de qué se trata. Como verá, primero he de limpiar mi casa, luego la suya.

—Lo entendemos, general, pero el tiempo corre en nuestra contra, en la de ambos. Otras etnias están imitando a los Ogoni, y si no actuamos rápido y con discreción, pueden convertirse en un problema mayor.

—Creamos para ustedes la Fuerza Especial de Seguridad Nacional, señor Anderson, y sé que el teniente Okuntimo se ocupa de todo con gran dedicación y trabajo.

—No lo pongo en duda, general, pero necesitamos más, y estamos dispuestos a pagarlo. Vehículos, armas, logística. No debe más que pedir lo que necesiten sus hombres, pero no podemos avanzar sin discreción. El teniente se jactó hace poco en la televisión de haber recibido pagos nuestros, general, y no se nos puede relacionar con lo que ocurre en el delta de esa manera.

—El teniente pecó de exceso de entusiasmo, conozco las declaraciones. Mire, no puedo ofrecerle una colaboración total por mi parte, como comprenderá. Mis opositores creen que solo soy una élite militar que quiere perpetuarse en el poder, pero usted sabe que solo yo puedo enderezar esto. No obstante, le voy a dejar en manos de mi sustituto al frente del ministerio, el general Abdulsalami Abubakar, nuevo jefe del estado mayor de la defensa, hombre de mi total confianza.

—Gracias, general, pero nos gustaría seguir en contacto directo con usted. No dudo de la capacidad de Abubakar para esta campaña, pero creemos que es lo suficientemente importante como para que la dirija.

—Créame cuando le digo que el general está preparado para ello. Descuide, señor Anderson, están ustedes en muy buenas manos. Tiene mañana una cita con él, aquí en el palacio. Disfrute hasta entonces de las virtudes de nuestra hospitalidad. Él le explicará nuestros

planes en el delta para los próximos meses, pero esté seguro de que le van a gustar —rio el general—. Si quiere, sírvase un trago y brindemos por la caída inevitable de Wiwa y los suyos.

11

Emmanuel

Campamento militar de Bori, cerca de Port Harcourt

Estado de Rivers, Nigeria

Jueves 29 de abril de 1994

La fuerza de los golpes en las puertas metálicas resonó en el interior de las celdas como truenos en la madrugada y despertó a todos sus ocupantes.

—Arriba, hijos de puta. Despertad, vagos de mierda.

Las voces aceleradas de los soldados repicaban mientras recorrían los pasillos de la prisión. Emmanuel se descubrió con la cabeza apoyada en el hombro de un compañero cuando ambos se despertaron con el potente sobresalto. Se incorporaron a duras penas, a oscuras, formando en fila india como tantas otras veces, en una procesión de espíritus desgarrados. Ese era el momento en el que comenzaban los llantos, los jadeos, las negativas. Todos sabían lo que les esperaba. La tapia, el machete, correr hasta desfallecer o cualquier invención nueva para torturarles. Ya lo habían visto con anterioridad en demasiadas ocasiones.

Emmanuel era uno de los veteranos de la celda junto con el señor Samuel Ekotte, con el que no mantenía ninguna relación. Desde la desafortunada visita de Niara, hacía ya tanto tiempo, no había visto a nadie más que a sus compañeros de celda y a los soldados. Desconocía el

paradero de su madre, no volvió a ver a Ogbeide, ignoraba lo que había sucedido con Niara después de la fiesta de Tansi y sus amigos, y nadie del MOSOP intentó ponerse en contacto con él. Se sentía solo y abandonado. Nada le importaba ya. Incluso ansiaba ser el que probara el filo del machete. Rápido y sin dolor. No tenía nada, no perdería nada. No obstante, era cierto que en los últimos meses había vivido en relativo bienestar. Firmaba de vez en cuando alguna declaración solemne contra nombres que desconocía. Un médico le curó casi todas las heridas, aunque algunas secuelas le acompañarían para siempre, y comía con más frecuencia que muchos de los demás. Incluso en ocasiones echaba de menos la sala de torturas, ya que hasta para sus captores había dejado de tener interés y la soledad lo tenía consumido.

Los cerrojos de las puertas se corrieron casi todos al unísono. Los soldados les gritaban para que se movieran con rapidez. Unificaron las filas en el pasillo y comenzaron a caminar hacia el exterior. Fuera esperaba el sargento Tansi junto con otros cinco soldados armados bajo la iluminación de la farola que alumbraba la tapia. El sol, que empezaba a despuntar tras el edificio principal, titubeante, teñía de un breve rojo las nubes. Emmanuel enseguida reconoció a dos de ellos como participantes en la violación de Niara. Imágenes casi olvidadas de cómo uno de aquellos desalmados se meaba encima de ella regresaron con fuerza a su imaginario.

—Hoy tengo tres noticias. Una buena, otra mala y otra muy buena. La mala es que, muy a nuestro pesar, varios de ustedes abandonarán esta mañana por su propio pie nuestras queridas instalaciones para regresar al mundo exterior, ya que la ley dice que están aquí de forma injusta o han cumplido el tiempo máximo de retención sin condena —se detuvo unos momentos para que asimilaran lo que estaba diciendo—. La buena, para unos pocos, es que otros tantos de ustedes nos abandonarán ahora con los pies por delante. Nuestro hogar necesita lugares libres

para nuevas incorporaciones, y no cabemos todos —sacó el machete de la funda del cinto y se lo apoyó en el hombro—. Los que se marchen hoy por su propio pie, que sepan que tienen a alguien que se preocupa por ellos; a los que se marchen en espíritu, les quedará el recuerdo final de que no le importan a nadie allí afuera.

El murmullo generalizado de los presentes, invadidos por el miedo, hizo que varios de los soldados amartillaran sus armas como prevención ante un improbable intento de motín. Emmanuel vio a un par de metros a su izquierda cómo el señor Ekotte sonreía, seguro de que se marcharía de allí entero. Durante su estancia, había mantenido una relación cordial con casi todos los soldados, creyéndose uno más, convencido de estar más cerca de ellos que de los presos.

—Tranquilos, tranquilos —prosiguió Tansi—. Aún hay una noticia muy buena, y es que los que no nos abandonen hoy podrán continuar disfrutando de nuestra hospitalidad. Seguirán aquí con nosotros durante un tiempo más. Tómenlo como unas vacaciones. A continuación, mi compañero leerá en alto unos nombres. Quiero que en cuanto escuchen el suyo, den un paso adelante. No me hagan ir a buscarlos.

Uno de los soldados se cruzó el fusil a la espalda y sacó del bolsillo trasero un papel plegado con esmero. Comenzó a leer la lista, sin apenas dejar uno o dos segundos entre los nombres:

> —Michael Amokachi, Peter Yekini, Mutiu Iroha, Ben N'Wanu, Daniel Siasia, Emmanuel Orode, Rashidi Adepoju, Stephen Eguaoven y Uche Olishe, den un paso adelante y arrodíllense.

El miedo y la emoción se mezclaron dentro de Emmanuel al escuchar su nombre. Nadie de los mencionados se movió, solo hubo suspiros, murmullos y relajación en aquellos que seguirían con vida un día más.

—No hagan que vaya a buscarlos, será peor —gritó Tansi en voz muy alta.

Emmanuel giró de nuevo la cabeza hacia Samuel Ekotte para descubrir cómo le miraba con una sonrisa ganadora, de superioridad, como siempre, sabedor de que una vez más su capacidad de acercamiento por interés a ciertas personas lo había salvado. Poco a poco, los hombres dieron tímidos pasos adelante y abandonaron la relativa seguridad que les otorgaba el grupo y se quedaron de pie entre los demás presos y los soldados. El sargento Tansi, con una insolente mueca, dedicó a los nueve un movimiento negativo con la cabeza mientras se golpeaba con suavidad en la rodilla con el machete, dando a entender qué es lo que quería de ellos. Entre lágrimas, todos se arrodillaron despacio. Algunos rezaron, otros maldijeron, otros, como Emmanuel, se quedaron callados, demasiado cansadas sus torturadas mentes, casi agradecidos de avistar el final.

—Déjenme decirles que no estoy de acuerdo con esto —el sargento les pasó revista golpeándoles en la cabeza con la parte no afilada del machete—, pero he de cumplir con mi deber. Han sido los elegidos por unas u otras razones. Tanto a ustedes como a los que no han avanzado, les diré que no teman, que pronto estarán en un lugar mejor.

Mientras daba su discurso de muerte, Adisa Tansi se acercó hasta la masa de presos que observaban a sus compañeros que esperaban ser ajusticiados. Se paró delante de Samuel Ekotte y le sonrió. Ambos se dedicaron una mirada fija para después asentir casi al mismo tiempo, dando por buena su relación. Rápido y sin mediar palabra, el sargento agarró del cuello a Ekotte y lo arrastró con violencia hasta tirarlo delante de los arrodillados. El resto de los soldados hicieron lo mismo con otros que no habían sido nombrados. En total, a Ekotte se le unieron cuatro presos más, a los que también obligaron a arrodillarse enfrentados a los nueve

primeros. La situación estuvo a punto de descontrolarse debido a la sorpresa de todos ellos. Los soldados mantuvieron la situación controlada sin necesidad de disparar, pero estuvieron cerca de pegar un par de tiros al aire.

—Antes de que os marchéis —se dirigió a los nueve de la lista—, quiero que tengáis un bonito recuerdo.

Echó hacia atrás la cabeza de uno de aquellos que habían sacado en la segunda tanda y le pasó el machete por el cuello. Fino, rápido, sin apenas salpicar, fruto de la experiencia. Lo mantuvo así unos momentos hasta que el desgraciado dejó de temblar y pasó al siguiente. Repitió el proceso con el segundo, que esta vez intentó oponer algo más de resistencia, perofue en vano.

Samuel Ekotte se encontraba en tercer lugar, su rostro reflejaba desesperación mientras maldecía a Tansi. Recordaba en voz alta todas las veces que había hecho lo que le pidieron, las promesas de ayuda que ahora se veían desvanecidas ante el sádico gigante. Emmanuel enfrentó de nuevo la mirada con el hombre que una vez sonreía, pero ahora solo emanaba terror, el más profundo y definitivo. Pudo leer en sus labios un «por favor» desgarrador antes de que sus ojos se tornaran blancos, marcando el instante en que el sargento le pasó el machete a la altura de la nuez. La agonía de Ekotte se prolongó unos segundos en los que intentó taponarse la herida del cuello con las manos hasta caer muerto.

Los dos desafortunados restantes no corrieron mejor suerte. Experimentaron el filo entre llantos y gritos. En apenas unos minutos, todo había terminado, al menos por el momento. El sargento Tansi limpió la hoja del machete con un viejo pañuelo manchado de otras sangres, lo enfundó, y se dirigió hacia los demás.

—Bueno, caballeros —dijo extendiendo los brazos—, sigan jugando con nosotros, la próxima vez igual tienen más suerte. Vosotros, podéis marcharos —se dirigió a los que seguían arrodillados—, pero sabed que vuestro regreso pende de un hilo. Sois culpables, y tarde o temprano pagaréis por ello. Levantaos, fuera de aquí, asquerosos. El resto, queridos invitados, de vuelta a las *suites*.

Movidos por la rutina y la anticipación, dos soldados empezaron a retirar los cadáveres sin que nadie se lo ordenase. Emmanuel se incorporó poco a poco, incrédulo, al igual que el resto de sus compañeros que en teoría abrazarían su libertad en breves momentos. Cualquier vuelco que la imaginación del sargento hiciera en ese instante podría devolverlos a las celdas, y como bien sabían, a algo peor. Los nueve hombres empezaron a caminar tras otros dos soldados que abrían la comitiva hacia las puertas externas de la base, lentos, en silencio. Iban con lo puesto; ninguno tenía ninguna pertenencia, confiscadas el día de su llegada.

—¡Emmanuel! —la voz casi femenina del teniente Okuntimo se escuchó alta y clara—. No se marche aún.

Emmanuel se giró, aterrado, convencido de que había sido otra broma de Tansi, que ahora volvería a la celda, a la mesa o al machete. Descubrió al teniente Okuntimo acercándose por su izquierda. A su espalda, el sargento corría a grandes pasos hacia él, desplazándose con agilidad.

—¿No pensaba despedirse de mí? —preguntó Okuntimo con sorna—. Creía que a estas alturas seríamos amigos.

—A… adiós —dijo Emmanuel sin cruzar la mirada con él.

—¿Solo eso? Vamos, no me guarde rencor, sabe que solo es trabajo. Además, seguro que nos vemos pronto, confíe en mí, nos han quedado muchos temas pendientes de tratar.

—Gracias —acertó a decir.

—No, no me dé las gracias, todavía. Ha sido de mucha utilidad, pero todavía vamos a necesitar más, así que tranquilo, no le va a dar tiempo a olvidarme.

—Sí, muy pronto. La próxima vez tráete a tu novia, seguro que nos echa de menos —intervino Tansi sacándole la lengua.

Emmanuel prosiguió su camino y en un intento disimulado por volver la vista atrás, pudo ver cómo el teniente Okuntimo y el sargento Tansi lo miraban mientras se dirigía al edificio principal. Allí les obligaron a firmar una declaración oficial en la que negaban cualquier tipo de maltrato, físico o psicológico por parte de los soldados. Si no firmaban, no salían. Hubo poco debate; todos firmaron sin protestar.

El sol destellaba ya sobre la base, que se encontraba inmersa en el trabajo diario, con vehículos y soldados moviéndose de un sitio a otro. La puerta principal hacía las veces de entrada y salida, con una garita custodiada por varios soldados que se encargaban de las pesquisas y los permisos de acceso y salida. La barrera se levantó ante ellos. A pocos metros en la carretera de fuera, varios familiares de los presos les esperaban ansiosos. Mujeres, niños, algún anciano, todos se acercaron al ver salir a sus seres queridos, que una vez fuera de la base y tras los saludos, solo querían abandonar el lugar lo antes posible. Entre todas las personas que aguardaban allí había una que destacaba por encima de cualquier otra. Un tipo delgado, alto, blanco como la leche, enfundado en un traje de lino gris que le quedaba cómicamente grande, con barba de varios días y una larga melena negra lisa recogida en una coleta baja. Se acercó a Emmanuel con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos.

—¿Emmanuel Orode? Me alegro de conocerle —dijo con un marcado acento británico sin darle tiempo a contestar—. Soy Gareth Gardfield, abogado de Amnistía Internacional, estoy aquí de parte del MOSOP —le extendió la mano.

—¿MOSOP? —contestó sorprendido mientras aceptaba el saludo.

—Sí, he venido con Paul Levera, está esperándonos más adelante en un coche, no quería acercarse —extendió un brazo hacia un coche aparcado a unos doscientos metros al borde de la carretera.

—¿Paul? Nadie de ellos ha venido a verme, me han abandonado.

—Nadie le ha abandonado, Emmanuel, todo lo contrario. Su lucha está muy viva, y hemos hecho lo posible por sacarle de este infierno, créame, pero las cosas están mal, y se van a poner peor, aunque lo primero es alejarnos de aquí, y seguro que está hambriento. Vamos al coche.

Tuvo que ayudarse del inglés para poder caminar erguido, sin apoyar demasiado sus pies desnudos en el suelo caliente. Los estragos del cautiverio sumados a las deficiencias que arrastraba le habían casi consumido. Se giró varias veces entre lágrimas hacia la base, colmado de pensamientos sobre su madre, sobre Niara, sobre Ogbeide y sobre todos estos meses que había pasado allí encerrado.

Gareth insistió en que Emmanuel ocupase el asiento del copiloto. Casi sin haberse sentado, Paul Levera le abrazó, besándole las mejillas sin pausa. Tras unos segundos, rompió en llanto y le devolvió como pudo el abrazo.

—Hueles fatal, estás hecho un asco —dijo Paul para aligerar el ambiente.

—Gracias. —Emmanuel estaba perdido, cansado.

—Sí, me alegro mucho de tenerte aquí —se secó las lágrimas con el antebrazo y arrancó el motor para incorporarse a la carretera.

El coche avanzaba por las calles de Port Harcourt, y Emmanuel pasó parte del trayecto dormido con breves regresos de vez en cuando a la realidad. Estaba encantado con la comodidad del asiento del vehículo, mucho mejor que el frío suelo de la celda. Observaba las calles como si nunca las hubiera visto. La gente, el caos circulatorio; todo seguía tal y como lo había dejado tiempo atrás, con la ciudad ocupada en sus propios problemas. Sin embargo, se percibía cambiada, como si los meses fuera de ella se hubieran convertido en años.

Estaban en una zona que no conocía demasiado, pero tampoco había preguntado a dónde iban, ya que suponía que se dirigían a su casa o a la sede del MOSOP. El coche se detuvo a pocos metros de la entrada a un edificio blanco restaurado. Los tres se apearon, ayudado Emmanuel por el inglés, y cruzaron el portal que daba acceso al interior.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Emmanuel.

—Tranquilo, ahora te explicaremos todo, pero antes deberías comer algo y ducharte —respondió Paul.

El ascensor los dejó en el tercer piso. Cuatro puertas blancas por planta rodeaban el pequeño rellano. El inglés dio tres golpes en la puerta a la derecha. Después de esperar unos segundos y mirar por la mirilla, una chica rubia la abrió desde el interior. Emmanuel quedó encandilado con ella. De no más de veinticinco años, llevaba la frondosa melena rubia y rizada recogida en una cola de caballo, lo que acentuaba aún más su rostro, fino y liso, con unos ojos azules muy intensos. Vestía una discreta blusa blanca abotonada hasta el cuello que delimitaba

unas generosas curvas allí donde debían estar, y una falda negra de tubo que quedaba por encima de las rodillas.

—Me alegro de veros. Tú debes de ser Emmanuel. Soy Judith, encantada. Debes de estar hambriento. Vamos, come algo —dijo volviéndose hacia el pasillo.

Los tres hombres siguieron en silencio el ruido de los tacones de la chica, centrados en sus ligeros contoneos, acostumbrada a caminar sobre aquel calzado. Pasaron por lo que era el salón, donde sobre varios caballetes descansaban tableros de madera y sobre ellos, cuatro hombres hablaban por teléfonos enormes y tecleaban veloces en modernas computadoras portátiles IBM que Emmanuel intentó sin éxito detenerse a observar, empujado por Paul mientras señalaba la espalda de la chica.

—Es un poco borde, pero trabaja genial y está buenísima —le dijo Paul al oído.

La cocina se encontraba al final del pasillo, justo después de lo que parecía ser el baño. Una diminuta mesa estaba pegada a la pared, con un microondas sobre una pequeña estantería, una nevera y un fuego de butano. Aunque breve, el equipamiento culinario era eficaz y austero. La joven sacó del microondas un plato con algo de carne salada, unas pocas judías y un mendrugo de pan, y lo sirvió en uno de los extremos de la mesa, ya preparada con un vaso de agua, cuchillo y tenedor.

Emmanuel, agradecido, respondió:

—Gracias, de corazón, pero quiero hablar de todo esto, lo necesito. Ni siquiera sé dónde estamos. ¿Quiénes son estas personas?

Paul intentó calmarlo:

—Tranquilo, tenemos todo el día por delante y has de recuperar fuerzas antes de afrontar todo lo que se nos viene encima. No dejaremos nada sin responder, come tranquilo. Te hemos preparado ropa nueva y limpia para que te des una ducha. En la puerta de al lado encontrarásel baño. Tómate tu tiempo. Cuando acabes, ven a vernos al salón. —Posó la mano en el hombrode Emmanuel para transmitirle tranquilidad.

Una vez solo, Emmanuel comió despacio. La falta de piezas dentales arrancadas con violencia le hizo mella al masticar algo sólido, sufriendo pinchazos dolorosos por toda la mandíbula. El estómago, cerrado y encogido por meses de maltrato, tampoco ayudaba. Apuró varios vasos de agua, asaltado sin remedio por los recuerdos de la prisión que acababa de abandonar. Después, saciado como hacía días, dejó todo sin recoger y se dirigió al baño. Sobre el lavabo había una toalla rosa, un bote de gel sin estrenar y un conjunto de camisa y pantalón cortos de tonos beis, muy de su estilo, junto con unos zapatos negros sin cordones ideales para sus pies descalzos.

Disfrutó de la ducha caliente; solo Dios sabe cuánto tiempo pasó bajo ese bendito chorro. Pensó, meditó, se dejó llevar por la relajación del momento. No era consciente de cuánto había echado de menos los actos más comunes. Por su cabeza pasó su madre, ausente, desaparecida. ¿Seguiría en la prisión? No tardaron más de una hora en llegar a Port Harcourt con el coche desde allí, por lo que no estaban muy lejos. ¿Sería capaz de ir a buscarla? Desconocía si ella continuaba retenida allí o si seguía viva, pero debía hacer algo. Pensó también en Niara, en lo que habría sido de ella. Una vez alimentado, limpio y vestido, salió hasta el salón en busca de respuestas.

El salón era un hervidero de actividad, con la penumbra de la luz natural luchando contra las lámparas eléctricas que arrojaban destellos sobre las cabezas inclinadas de los ocupantes. Tres figuras se movían con agilidad entre teclados y teléfonos, absortas en sus tareas, mientras Gareth revisaba algunos papeles de pie en un rincón. En un pequeño balcón, Paul y Judith compartían cigarros, dejando escapar volutas de humo que se desvanecían en el aire.

Emmanuel, aún asombrado por la tecnología que tenía ante sí, carraspeó para llamar la atención. Las miradas se volvieron hacia él, interrumpiendo por un momento la vorágine de actividad.

—Emmanuel, bienvenido. ¿Cómo te sientes? —preguntó Paul acercándose con una sonrisa.

—No sé ni por dónde empezar. ¿Quiénes son ustedes y dónde estoy? —inquirió, buscando respuestas en los ojos de quienes lo rodeaban.

Los cuatro se sentaron alrededor del único tablero libre de ordenadores. Judith llenó la superficie de papeles, Paul dejó un cenicero lleno y humeante en medio, y Gareth sirvió cuatro tazas de café antes de empezar. Fue el inglés quien inició la conversación.

—Bueno, Emmanuel, te preguntarás por qué estamos aquí y quiénes somos. Tanto Judith como yo somos abogados de Amnistía Internacional, nos dedicamos a defender los derechos humanos, y tanto tú como Ken y los demás sois considerados presos de conciencia, pero no quiero aburrirte todavía. —Judith saludó sin interés—. Usamos este piso, discreto, para mantenernos ocultos lo máximo posible; el gobierno no quiere que metamos las narices. Estamos aquí para dar voz a lo que os ocurre en el delta, debes saber que no estáis solos. La voz de Ken ha calado en Europa, informando sobre la destrucción sistemática del delta del Níger y las masacres cometidas contra los Ogoni por CRAB y el gobierno. Para empezar, quiero que me

cuentes toda tu historia, qué te ha ocurrido. Si no te importa, quiero grabarlo para que quede constancia, incluso Judith tomará algunas fotos —sacó una grabadora de cinta.

Emmanuel asintió y comenzó a relatar los últimos meses de su vida. Acuciado por los recuerdos, detuvo el monólogo en varias ocasiones para beber café o mantener la compostura ante la barbarie. No ocultó ninguna información, salvo las ocasiones en las que se orinó y defecó encima, que fueron bastante frecuentes. Con sinceridad casi brutal, mostraba las evidencias de ello marcadas a fuego para siempre en su cuerpo bajo el objetivo fotográfico de la atractiva abogada, que gastó más de un carrete en él. Terminó con las ejecuciones del señor Ekotte y se hizo el silencio para que los demás fueran conscientes de los sucesos.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso —dijo Paul, tocándole de nuevo el hombro y rompiendo por fin el silencio—. No quiero imaginar cómo te sientes.

—Mi madre sigue allí, o eso creo. Tengo que encontrarla.

—He oído hablar de ese tal Okuntimo, es un auténtico carnicero. Se vanagloria en televisión de las muertes que ha provocado y no niega haber cobrado comisiones y generosas ofrendas de CRAB. Dirige una fuerza especial creada para trabajar en el delta, creemos que con fondos proporcionados por la empresa, la cual solo se hace la víctima, y de cara a la galería apoya a los nativos, pero sabemos que están detrás de la represión —dijo Gareth.

—Es difícil seguiros la pista. Muchos de vosotros no estáis en ningún censo, apenas sois números para la administración, por lo que no hay registros de ingresos. Pudimos encontrarte gracias a Paul y al señor Williams, que colaboró con el MOSOP durante un tiempo para sacarte, pero después no quiso saber nada —explicó Judith.

—Niara. ¿Sabéis algo de ella? ¿Está bien?

Los tres quedaron en silencio de nuevo ante la pregunta de Emmanuel. Se miraron, comunicándose con los ojos, conscientes de lo que ocurría.

—Emmanuel, Niara está aquí. Está embarazada, le falta poco para dar a luz —dijo Paul, midiendo las palabras.

—¿Aquí? ¡Quiero verla! —gritó Emmanuel, levantándose de la silla.

—Tranquilo, tranquilo. Está arriba, descansando. Tras el día que pasó en la prisión, fue abandonada a las afueras. Llegó a su casa y su padre intentó ayudarla, pero cuando se enteróde que estaba embarazada le dio una paliza. Casi la mata, y el bebé sobrevivió de milagro. Quiere llevarla al norte y aplicarle la sharía, lapidarla. Aquí no podrá hacerlo, pero tiene contactos, es un hombre importante y se siente humillado —hizo una pausa—. La mantuvo encerrada dos meses y consiguió escaparse cuando se enteró de lo que le iba a pasar. Después vagó por la ciudad hasta que acudió al MOSOP. Desde entonces está aquí, oculta, pero su padrela está buscando y piensa encontrarla —continuó Paul.

—Llévame con ella, por favor. Quiero verla.

Paul clavó su mirada en Gareth y Judith, quienes respondieron con un sutil asentimiento. Sin mediar palabra, atrapó el brazo de Emmanuel. Juntos se dirigieron con parsimonia hacia el rellano. El ascensor, lento como un suspiro, los elevó a un piso más arriba. La puerta entreabierta desvelaba un interior envuelto en silencio sepulcral. Un aura misteriosa se extendía por el lugar. Entraron. En medio de la quietud, una mujer mayor, ataviada de blanco, emergió de la oscuridad. En sus brazos, sostenía un juego de sábanas manchadas de rojo. Su figura se deslizaba con gracia por el pasillo en dirección a ellos.

—Venimos a ver a Niara, ¿cómo está? —preguntó Paul con un tono de preocupación.

—Está muy débil y tiene fiebre, así que no la molestéis mucho. Apenas come, no ha engordado demasiado, y creo que tiene alguna infección ahí —la partera señaló las manchas de sangre en las sábanas—, pero no soy médica, no puedo hacer más que tratarla con yerbas.

Hizo una pausa antes de continuar.

—El bebé ya está en posición, con la cabeza colocada, pero será un parto duro y doloroso. Le masajeo con frecuencia, y se tranquiliza cuando habla conmigo, eso es bueno. No creo que pueda parir de pie como sería la tradición, pero aún es pronto para saberlo.

Emmanuel, preocupado, preguntó:

—¿Por qué no la ha visto un médico?

—No deja que ningún hombre la toque, y no nos podemos arriesgar a que su padre la encuentre si la sacamos de aquí. Además, no tenemos dinero para costearlo, Emmanuel. Ella es una partera de confianza, y podemos pagarle una vez dé a luz y en cuotas. Pero tranquilo, todo saldrá bien —intentó consolarlo Paul—. Ve a verla, está al fondo a la derecha.

Emmanuel recorrió el pasillo con la mayor celeridad que le permitieron sus maltrechas piernas. Abrió la puerta con cautela, dejando que el rastro de luz revelara la penumbra que reinaba en la habitación. La oscuridad del interior era apenas rota por los exiguos rayos de sol que se filtraban a través de la pequeña rendija que quedaba entre el alféizar y la persiana bajada. En la escasa iluminación, distinguió los contornos de una cama pegada a la pared, una silla adyacente y una pequeña mesilla que sostenía una palangana, lo que constituía el modesto equipamiento de la estancia.

Niara descansaba sobre la cama, apoyada en varias almohadas que la mantenían recostada. Emmanuel se acercó a su lado con cautela, moviéndose despacio en un intento de no perturbar

su reposo, y buscó su mano. La habitación estaba impregnada de un calor asfixiante, obligándola a vestir solo ropa interior. Su inmensa barriga destacaba sobre el resto de su cuerpo, consumido y escuálido hasta el límite.

Con suavidad, Emmanuel fundió su mano con la de Niara, acariciándola con ternura, mientras luchaba por contener las lágrimas que amenazaban con escapar. Niara, entre el sueño y el cansancio, se volvió nerviosa hacia él e intentó soltarse, como si la realidad fuera demasiado abrumadora incluso para sus sueños.

—Tranquila, soy yo, Emmanuel —le susurró mientras acariciaba con suavidad los despeinados rizos negros con la otra mano—. Estoy aquí contigo.

Niara comenzó a llorar y apretó la mano de Emmanuel, quien también dejó caer sus lágrimas. La abrazó con delicadeza, sin ejercer demasiada presión, sintiéndola y deseando transmitirle apoyo. Pronto, Niara se quedó dormida, más relajada, sin pronunciar palabra y sin soltar la mano de Emmanuel. Él se sentó en la silla y apoyó la cabeza en el colchón, decidido a permanecer a su lado.

12

Emmanuel

Port Harcourt, Estado de Rivers, Nigeria

Martes 1 de junio de 1994

La noticia se esparció como la pólvora, imparable y orquestada, abriéndose paso con velocidad sobre toda la inútil verborrea periodística. El veintiuno de mayo de 1994, cuatro ancianoslíderes Ogoni, abiertamente opuestos a la gestión que Ken Saro Wiwa había llevado a cabo al frente del movimiento, fueron asesinados mientras se reunían en un concilio extraordinario en el reino de Gokana para discutir las inminentes elecciones a la dirección del MOSOP.

Aunque sin pruebas fehacientes, los asesinatos fueron atribuidos al NYCOP, la rama juvenil del MOSOP creada por Ken y acusada de ser su guardia personal. De manera automática, lo culparon y se lanzaron sin piedad en su búsqueda. Aunque el día de los hechos se encontraba en Port Harcourt, a una considerable distancia de allí, la unidad al mando del teniente Okuntimo lo detuvo como responsable e instigador de los asesinatos, enviándolo alcampamento militar de Bori.

Durante esa semana, con un despliegue sin precedentes en logística y armamento, la Fuerza Especial de Seguridad Nacional lanzó ataques indiscriminados y de extrema dureza en casi la

totalidad de la nación Ogoni. Lo hicieron con total impunidad, respaldados por el gobierno estatal y local.

Nordu Eawo fue detenido mientras regresaba a casa con su esposa Blessing, a quien golpearon y abandonaron en la calle. Decenas de Ogonis fueron detenidos, apaleados, desplazados, expulsados o humillados, solo por pertenecer a esa etnia. Incluso personas con cargos en el MOSOP fueron arrestadas, y el ataque del ejército alcanzó a figuras políticas. Barinem Kiobel, político activo en Port Harcourt, cayó en desgracia al rechazar la propuesta de Okuntimo para perjudicar a Ken. Al ser Ogoni y cristiano, Barinem se negó a participar en la farsa contra su pueblo, lo que resultó en su detención y encausamiento por el asesinato de los líderes. Su esposa, Esther, intentó visitarlo en prisión, pero Okuntimo le aplicó algo similar a lo que Tansi hizo con Niara.

A finales de mes, las detenciones comandadas por Okuntimo alcanzaron Port Harcourt con la fuerza de un gancho al mentón. Dos camiones interceptaron el coche de Paul Levera mientras se abría paso por las callejuelas de regreso al piso donde los ingleses tenían su sede.Lo arrancaron del vehículo, lo apalearon, le taparon la cabeza y se lo llevaron, todo ello bajo la mirada silenciosa de la ciudad.

Lejos de concluir, las actividades policiales contra los Ogoni apenas habían comenzado. Emmanuel vivía aterrado. Desde su detención, abandonó cualquier actividad en el NYCOP y toda forma de militancia activa, pero sabía que era probable que fueran tras él también. Solo quedaba esperar el día. Pasaba todo el tiempo posible junto a Niara, apartado de cualquier distracción, aguardando el momento del parto. Se preguntaba una y otra vez si todo había valido la pena. Tanto dolor, tantas muertes, y sin resultados positivos. El delta seguía

consumiéndose, regado por petróleo y sangre, con llamas que arrasaban todo a su paso. Y nada había cambiado; pequeñas victorias, mismo marcador final.

No quería más. Había decidido que se acabó el MOSOP. Encontraría a su madre y se marcharían los tres en cuanto Niara diera a luz, como tantas veces habían soñado. Ya verían qué hacer con el niño. No lo quería, y estaba convencido de que Niara tampoco. Sería un lastre, y ella no podría ni mirarlo a la cara, como si viera en él el recuerdo infinito del peor día de su vida.

El tiempo corría en su contra. Pronto lo encontrarían. La imagen de Okuntimo se le aparecía cada noche cuando intentaba dormir apoyado en la cama de Niara, y se repetían una y otra vez las proféticas palabras que el teniente le dijo antes de salir de la prisión.

Se vistió lo mejor que pudo esa mañana: una camisa clara y un pantalón corto marrón, manteniéndose fiel a su estilo característico. Aprovechando su estancia de unos días en Port Harcourt, Amnistía Internacional había logrado organizar una discreta y breve reunión con el presidente de CRAB Nigeria, un inglés afectado y soberbio llamado Arthur Anderson. Le pidieron que los acompañara para ser la prueba viviente de la brutalidad con la que el ejército nigeriano actuaba contra los Ogoni.

Gareth y Judith estaban convencidos de que Anderson estaba al tanto de las atrocidades que se cometían en el delta, pero carecían de pruebas legales para demostrarlo, al menos por el momento. No obstante, creían que un testimonio directo les proporcionaría una mayor fuerza persuasiva. Gareth conocía bien a Arthur: habían coincidido en su época estudiantil, donde los actos y logros de Anderson resonaban entre todas las universidades.

—No tiene corazón más allá del que le da ganar dinero. Si puede, nos pisará la cabeza a todos sin dudarlo, así que debemos medir muy bien nuestras palabras. Es muy inteligente, se desenvuelve mejor en conversaciones sórdidas, y usará cualquier cosa para chantajearnos. Lo he visto hacerlo antes con otras personas. Tuvimos nuestros desencuentros hace unos años; espero que no se acuerde de mí —contó Gareth mientras conducía el coche hacia la sede.

—Es un gilipollas —sentenció Judith mientras ojeaba por la ventana.

—Judith, ya lo hemos hablado. Modera esas reacciones, sobre todo con él. No le dejes ver eso de ti o lo explotará y no ganaremos nada. Además, no deberías haberte vestido así; has de ser más discreta.

—Gareth, ya lo hemos hablado. Me visto como me da la gana.

Aparcaron el coche junto a otros vehículos en la misma explanada donde Emmanuel fue detenido meses atrás. Se bajó del coche y se acercó a la zona donde ocurrió todo, quedándose en silencio. Había luchado con valentía contra sí mismo por olvidarlo todo. Aún quedaban restos de las bandas policiales con las que acordonaron la zona tras la masacre, desperdigadas por el suelo y semienterradas en la arena. Sin poder evitarlo, recordó aquel día casi como si lo estuviera viviendo en ese instante: la cita con Niara, el tacto de sus piernas, el camino hasta eselugar y sus zapatos nuevos. El discurso de Ken, emocionante y mordaz, los disparos y los gritos posteriores, los golpes. Judith le agarró del brazo y le extrajo del viaje mental.

—¿Fue aquí? —preguntó la joven inglesa.

—Sí —asintió Emmanuel, cargada su voz con el peso de los recuerdos—. Estábamos aquí parados cuando…

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —cortó tajante Judith, dándole la espalda, decidida a mantener la compostura y avanzar hacia la razón de su visita.

Los tres cruzaron la calle, esquivando coches con destreza hasta llegar a las escalerasblancas de la sede de CRAB, resguardada como siempre por la imponente guardia personal de la empresa. El día era caluroso y húmedo. Gareth, que ya había bebido varios tragos de una petaca guardada en su bolsillo, llevaba el mismo traje sucio y raído de siempre, pero Judith irradiaba solemnidad. Llevaba el pelo suelto, con rizos impregnados de laca, voluminosos como los de las cantantes de *rock*. La falda negra le sentaba cada día mejor y la blusa azul que llevaba hoy se le había soltado un botón, dejando ver un pronunciado escote desde donde asomaban dos pechos exuberantes, recorridos por el sudor que se deslizaba entre ellos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de los guardias de seguridad a Gareth, sin quitarla mano de la empuñadura del rifle automático que le colgaba cruzado.

—Tenemos una cita con Arthur Anderson, somos de Amnistía Internacional —se adelantó a decir Judith, encantada de ser la voz principal.

—Sí… eh… ok. Esperen un momento —dijo el guardia mientras ascendía las escaleras, sin dejar de observarlos.

Habían llegado puntuales a su cita, siguiendo la tradición británica, con tiempo de sobra para que Anderson los recibiera a la hora acordada. La puntualidad nigeriana, en cambio, era untema aparte. En Nigeria, el tiempo parecía expandirse y contraerse según su propio capricho. Las horas se perdían en vacuidades sin sentido, ya fuera para realizar trámites, recibir servicios estatales o atravesar controles de seguridad. Vivían la vida a otra velocidad, esmerándose en sus prioridades, pero a veces con una calma excesiva.

Esperaron unos minutos a la entrada y observaron el constante flujo de personas que entraban y salían del edificio. Una pequeña calle lateral parecía servir como acceso al aparcamiento privado de la empresa, también vigilado y lleno de coches de gama alta. Pronto, una veterana secretaria, con algo de peso y el cabello canoso, les hizo un gesto desde lo alto de las escaleras. Los guardias se apartaron, concediéndoles permiso para pasar, y los tres subieron hacia la puerta.

La secretaria los saludó con un escueto «hola» y les invitó a seguirla. El vestíbulo estaba diseñado en blanco, con mesas y sillas que servían como sala de espera para trabajadores y visitantes. Una enorme puerta doble daba acceso a la cafetería privada, y antes de llegar, varias cabinas de teléfono estaban ancladas a la pared, todas ocupadas. En el centro, un amplio mostrador rectangular cumplía funciones de punto de información, atendido por varias chicas ocupadas que no dejaban de hablar, telefonear y sonreír. Sobre ellas, el logo de la empresa: un enorme cartel brillante de un cangrejo rojo con el contorno amarillo se destacaba sobre el nombre «CRAB». Al fondo, varias hileras de ascensores esperaban para transportar a las personas hasta cada una de las veintidós plantas del edificio. Se dirigieron hacia ellos y tomaron el primero que se abrió, compartiéndolo con otras personas absortas en sus propios pensamientos. Emmanuel era el único negro. Solo la mujer que limpiaba las mesas del vestíbulo compartía su tono de piel; los demás empleados eran blancos, muy blancos, en perfecta sintonía con el color del edificio.

Se bajaron solos en la planta catorce y tomaron el pasillo de la izquierda. Varios despachos conformaban un ambiente tranquilo, con menos estrés que en el vestíbulo.

—El señor Anderson dispone de poco tiempo, así que hemos habilitado una sala de reuniones, pero la vamos a necesitar enseguida, por lo que deben ser concisos. Agradezcan este gesto por su parte, no tenía ninguna obligación de hacerlo —dijo la oronda mujer sin mirarlos.

—Sí, todavía habrá que chupársela… —susurró Judith.

—¿Cómo dice? —la secretaria se detuvo y se giró hacia ellos por primera vez.

—Nada, nada. Estamos muy agradecidos, de verdad —arregló Gareth lanzándole una mirada asesina a Judith.

Una de las puertas del pasillo estaba entreabierta. Entraron y se sentaron alrededor de una mesa preparada para doce personas, con puestos definidos para cada asistente, junto a tazas, papeles y bolígrafos que esperaban ser utilizados. Emmanuel se quedó asombrado por el enorme televisor japonés encajado en un mueble con ruedas, aparcado contra una pared. Una cristalera inmensa ofrecía vistas casi privilegiadas de la ciudad, desde el urbanismo hasta parte de los pantanos, todo bajo el manto azul del mar de fondo.

El aire se cargó de rigidez cuando Arthur Anderson hizo su entrada. Alto y esbelto, vestido con un impecable traje negro y corbata roja, avanzó hacia la silla que presidía la mesa. Los tres visitantes se levantaron para ofrecerle un gesto de saludo, pero sus manos fueron ignoradas con una indiferencia mal disimulada. El ejecutivo inglés examinó a cada uno de ellos durante unos instantes mientras tomaba sorbos de un vaso de café que, por su aroma, delataba la presencia de *whisky*.

Los ojos de Anderson se posaron en Emmanuel, apenas concediéndole atención. Luego, sus miradas se desplazaron hacia Judith, donde se detuvieron por unos segundos. El ejecutivo la escudriñó con intensidad de arriba abajo. Para terminar, su atención se centró en Gareth.

Anderson dedicó unos segundos, como si estuviera evaluando algo que escapaba a la comprensión de sus visitantes, pero que todos podían sentir.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó Arthur Anderson con un tono que denotaba más desinterés que curiosidad.

—Señor Anderson, como ya sabe, somos miembros de Amnistía Internacional. Mi nombre es Gareth Gardfield, ella es Judith Losnedahl. Él es Emmanuel Orode, exmiembro del MOSOP y de los Ogoni. Está aquí como afectado por la represión militar en el delta —comenzó Gareth.

—¿Represión militar dice? No tenía conocimiento de que se estuviera llevando a cabo ningún tipo de represión contra la población del delta o los Ogoni. Hace tiempo que hemos dejado atrás esas tierras. Los ataques terroristas de la banda de su amigo nos obligaron a salir de allí —dijo señalando a Emmanuel con el dedo—, y hasta donde yo sé, el estado solo intenta mantener el orden.

—Señor, los vertidos y la quema de gases provocan que la gente enferme y se muera de hambre —continuó Gareth—, y la intervención de las fuerzas del estado no hace más que mermar la población. Solo piden un trato justo y el fin de la violencia. Y el ejército ataca a la población civil, quieren silenciarlos. Como bien sabe, durante los últimos días han sido detenidos varios miembros del MOSOP sin pruebas.

—Sí, lo sé. Masacraron a los opositores, algo he oído. Y he de decirle que siempre fuimos cuidadosos con el medio ambiente, aunque, de todos modos, hemos prestado más atención al problema en años recientes.

—¿Cuidadosos? Es acojonante. ¿Nos toma por tontos? ¿Ha paseado usted por las zonas donde su empresa opera? —intervino Judith mientras abría una carpeta con informes—. Por

favor, sabe que su empresa ha provocado contaminación a gran escala en todas las operaciones que llevaron a cabo en el territorio del pueblo Ogoni. Donde quiera que vaya se puede ver que CRAB no maneja sus instalaciones de manera adecuada y no respeta ni siquiera sus propias normas —sacó fotos de llamas ardientes de gas al lado de casas y de la contaminación que asolaba los suministros de agua y se las lanzó por la mesa a Anderson.

—Judith… —dijo Gareth mirándola.

—Tranquilo, me gusta el ímpetu de las mujeres guapas y con carácter —dijo Arthur mientras examinaba las fotos—. Esto puede ser de cualquier sitio, no somos los únicos que operamos en Nigeria, pero ¿qué quieren? ¿Abandonamos el país? Nigeria tiene el 55 % de la filial de CRAB aquí, si nos vamos, ellos seguirían operándola, y no tienen la capacidad de hacerlo en solitario, por lo que los franceses asumirían de inmediato el vacío que dejásemos. Créanme cuando les digo que queremos una solución constructiva, y marcharnos del país no lo permitiría. Lo más constructivo, como ya hemos hecho saber, sería permanecer allí e intentar una reconciliación. Nos comprometimos con el estado para intentar limpiar los derrames, incluso los provocados por los ataques terroristas, si se garantizase la seguridad de nuestros trabajadores.

—¡Y una mierda! Usted quiere seguir sus operaciones como antes, sin control —gritó Judith ignorando la puya machista—. Durante los últimos años se han registrado de forma oficial ciento once derrames de petróleo de sus instalaciones, eso sin contar el gas que se quema durante las veinticuatro horas. Han destruido granjas, acuíferos y medios de vida, y han obligado a los campesinos a trabajar por precios minúsculos, ¿y ahora dice que están comprometidos?

—Señorita, no traspase la línea de la arrogancia. Valoro su actitud, pero no soy el enemigo. Ambos queremos lo mejor para el país. Y sí, ha habido derrames, pero nuestros informes indican que son causados por actos de sabotaje, y seamos sinceros, el agotamiento de la tierra se debe al aumento descontrolado de la población. Por dios, si parecen una granja de cerdos, todo el día pariendo. No hay espacio para todos.

—¿Cómo? Eres un sinvergüenza.

—¡Judith! —intervino Gareth—. Vete a fumar, ya sigo yo —ordenó.

—Nos está tomando el pelo, Gareth, y lo sabes. Es consciente de todo.

—¡Vete! ¡Ya!

Judith salió de la habitación dando un portazo. Recorrió con rapidez el pasillo hacia el ascensor, marcando su paso con un taconeo exagerado que resonaba como un desafío.

—Disculpe, señor Anderson. Es joven y tiene muchas ganas.

—Tranquilo, me ponen una barbaridad las mujeres decididas, pero no está preparada para esta conversación —bebió un sorbo de su vaso de café aliñado—. Tengo poco tiempo, señor Gardfield, así que deben precisar.

—Queremos que interceda con el gobierno para que interrumpa su represión contra el pueblo Ogoni, señor Anderson. Usted conoce a Ken, sabe lo que hace cuando viaja fuera de Nigeria. No pueden alejarse del problema. Ustedes trabajan aquí, se enriquecen aquí, no pueden dejarlo pasar así sin más. Deben asumir un reparto justo de los beneficios y reparar el daño causado al medio ambiente. Cada día que pasa es un día perdido, y la gente sufre.

—Mire, Gareth, ¿puedo llamarte Gareth? Bueno, lo haré igual. Te recuerdo, de Londres. Siempre con el activismo por bandera, en contra de las grandes empresas. Déjame decirte, ya

que parece que solo investigas lo que te interesa, que hasta 1982 los habitantes locales no recibían ninguna compensación, y nosotros les dimos el 1,5 %, y desde mi mandato, el porcentaje ha subido al 13 %. Hemos construido escuelas, hospitales, asfaltado carreteras, levantado torres de agua, y antes de que nos echaran de allí, teníamos proyectado un dique para contener parte de las inundaciones. ¿Qué más quieren? ¿Todo para ellos? No seas tan idiota de blanquear el terrorismo. Es lo que son. Quieren dinero. Ken quiere dinero y poder a costa de nuestro esfuerzo. Si hasta creó su guardia personal, y todos sabemos que los viejos asesinados eran contrarios a su gestión. Por favor, abre los ojos.

—Señor Anderson —habló Emmanuel por primera vez—, yo vivía en Korokoro, en el reino Ogoni. Permítame decirle que, en la práctica, sus proyectos nunca fueron terminados. Sus hospitales están cerrados porque no había camas ni médicos para llenarlos. La torre de agua que daba suministro a mi aldea y a las de alrededor nunca funcionó porque no instalaron una estación de bombeo. Y no dudo de su buena intención respecto a las comisiones, pero nada de ese dinero ha repercutido en la población. Estamos desamparados, olvidados. Desde el MOSOP solo queríamos que se nos tuviera en cuenta, que tanto empresas como estado sean justos con nosotros. Yo mismo he sido detenido, fue aquí mismo, delante del edificio. Pasé meses en prisión. Me destrozaron. Todo por ser Ogoni y miembro del MOSOP. Y ahora vivo aterrado por si vuelven a por mí.

—¿Has traído a un terrorista a mi casa, Gareth? Mientes, como siempre. Confío en la justicia, chaval, si entraste en la cárcel sería por lo que hiciste, no me culpes a mí de tu mala cabeza.

—No soy un terrorista, señor —respondió Emmanuel.

—Emmanuel solo es una víctima más de este sistema injusto del que tanto CRAB como el estado son responsables. Lo sabes. Y no haces nada por evitarlo. Eres el que manda aquí, el gobierno te hará caso. Te pedimos al menos que intercedas por nosotros con el estado y ayudes a la liberación de Ken y los ocho acusados del asesinato. Arthur, sabes igual que yo que no es justo lo que ocurre con estas personas. Todas las líneas apuntan a que CRAB está implicada. Hasta el salvaje de Okuntimo reconoció ante las cámaras que les apoyabais con logística y con suculentas compensaciones. Vamos, haz algo decente por una vez, algo que no sea pensar solo en ti mismo.

Tras unos segundos, Arthur Anderson prosiguió.

—No estoy aquí para que una mujer descontrolada y un *hippy* trasnochado me insulten. No conozco a ese Okuntimo y me da igual lo que haya dicho. Si tienes pruebas, denuncia por los canales habituales, no vengas aquí a llorar. Me dan igual estos desarrapados, no son mi responsabilidad. Y tú, chaval —se dirigió de nuevo a Emmanuel—, deberías buscarte un trabajo de verdad e intentar ser útil para algo. El terrorismo es algo que te queda lejos, y ya has sufrido lo que le ocurre a la gente como tú. Sé más listo, es un consejo. Me la suda que lo aceptes o no. Sois parias, y siempre lo seréis. Creo que hemos terminado —dijo Arthur incorporándose mientras señalaba la puerta.

—¿No piensas hacer nada? Eres peor de lo que recordaba. Emmanuel, vámonos.

Emmanuel se levantó tras Gareth y se dirigieron a la puerta.

—Aunque quizás sí… —dijo Arthur en alto antes de que salieran de la sala.

—¿Qué? —contestaron ambos a la vez.

—Podría interceder ante el estado. Intentar algo, no aseguro nada, pero no os saldría gratis.

—Dilo ya —ordenó Gareth.

—Que el MOSOP termine con su actividad tal y como la ejecuta hasta ahora. Que Ken Saro Wiwa y toda su corte de mentirosos deje de insultarnos en Europa. Y, sobre todo, queremos volver a operar en tierra Ogoni.

—Jamás, no accederemos a chantajes. Cree que por ahogar la verdad terminará con ella, pero no, al final saldrá a la luz. Siempre habrá alguien que la haga visible. Ojalá pague usted por esto algún día —replicó Emmanuel.

—Es una pena. Ateneos a las consecuencias; creo que tú las pagarás antes que yo, chaval —contestó Arthur riéndose—. Si hacéis el favor de salir, tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

Gareth y Emmanuel bajaron en el ascensor en silencio. Judith iba ya por su enésimo cigarro, de pie fuera del edificio, en las escaleras blancas.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame —quiso saber la joven.

—Cállate y vámonos de aquí —respondió Gareth.

Los tres se dirigieron al coche e hicieron el camino de vuelta a la oficina en el más estricto silencio.

Aparcaron en la puerta del edificio detrás de un viejo carro de tiro que hacía las veces de almacén de un vendedor ambulante que un poco más allá vendía baratijas. Las calles estaban exultantes, vivas, peligrosas con tanta gente. Entraron en el portal y cogieron el ascensor. Nada más arrancar, una cadena de gritos atronadores y continuos se hizo más fuerte a medida que subían, escuchada por encima del ruido del motor del ascensor. Era la voz de Niara. ¿Había llegado el momento?

Los tres subieron a toda prisa hasta el piso superior. La puerta estaba abierta. Los alaridos de dolor provenían del fondo del pasillo, de la habitación de Niara, ahogados, cargados de sufrimiento. Emmanuel se adelantó y fue el primero en avanzar decidido, seguido por Gareth y Judith. Oírla gritar de nuevo le rompía el corazón. El recuerdo de aquel día hacía solo nueve meses, lo que tuvo que pasar y pasaba ahora. Demasiado dolor, se repetía para sí mismo una y otra vez.

Abrió la puerta rápido y entró en la habitación al asalto. Niara estaba apoyada en el borde inferior de la cama, incorporada sobre un montón de almohadas y con las piernas abiertas sobre mantas apiladas. Gritaba y maldecía por igual. A veces llamaba a Emmanuel, pero no se percató de la llegada de nadie. La partera, inmersa entre las piernas de Niara, se giró hacia ellos.

—¡Tú! Ve al baño y trae toallas limpias y más agua.

—¿Quién? —dijo Gareth tartamudeando.

—¡Ella, imbécil! —La experimentada partera señaló a Judith, que estaba en silencio a su lado, sobrepasada por la situación—. Emmanuel, quédate y acércate a su lado, te está llamando.

Emmanuel dio un paso adelante mientras los ingleses se quedaron quietos.

—¿Aún estás ahí? Date prisa, no tenemos tiempo. Y tú, lárgate, no debes ver esto —la partera gritó de nuevo a Judith y Gareth, y los dos salieron de la habitación a toda prisa.

Emmanuel contempló con curiosidad lo que sucedía en ese lugar misterioso y vedado para él, algo que nunca había tenido la oportunidad de presenciar. En la entrepierna de Niara, se mezclaban sin pudor fluidos vaginales, heces y sangre, mientras su sexo se mostraba abultado y ensanchado. Las manos de la partera exploraban la zona con celeridad, retirando todo lo que

no debería estar ahí. Niara estaba debilitada, y la dilatación había avanzado de manera asombrosamente rápida. Apenas tres horas antes, esa misma mañana, Emmanuel se había despedido de ella, en aparente buen estado. Tomó la mano de Niara y le acarició la cabeza. Niara lo miró con alegría en lo más profundo de sus ojos. Sostuvieron la mirada durante unos instantes, hasta que Niara se giró hacia adelante, presa de un dolor interno que la hizo rugir como una bestia gigantesca. Su cuerpo se curvó, como si algo la estuviera empujando desde la espalda, apretándola. Sentía que la estaban desgarrando por dentro, y su abdomen parecía no poder resistirlo.

—¡Sácalo! ¡Por favor! ¡No puedo más!

Esa última expresión la acompañó con un grito gutural que la dejó sin habla, ronca. Vomitó sobre su pecho lo poco que tenía en su interior, y a punto estuvo de desmayarse.

—Ya tienes ocho dedos de anchura, el bebé está colocado para salir. Aguanta un poco más.

La partera mezclaba palabras de ánimo con entonaciones de cantos tradicionales. Judith apareció con varias toallas sobre el hombro y una palangana de agua tibia. No pudo reprimir una arcada cuando se arrodilló al lado de la partera. Las contracciones de Niara ya eran continuas y más largas. La cabeza estaba en posición. Todo había ido muy rápido,excesivamente rápido. No estaba bien dilatada. Los pujos la atacaron en cuanto notó que el bebé quería abandonarla. Niara comenzó a empujar, aplicando todas las fuerzas que le quedaban a su mermado cuerpo. La fatiga y el cansancio la abrazaban, pero era fuerte, aún tenía aguante. La veterana partera empezó a verse sobrepasada. Su práctica, aunque extensa, se basaba en el boca a boca, la experiencia propia y la observación. El perineo de Niara no estaba preparado para cuando la cabeza del bebé comenzó a asomar, lo que le provocó un

desgarro que la sumió en un dolor aún mayor. Niara gritaba, insultaba, maldecía. Mentó a su padre, a Emmanuel, a los militares, al no nato y a la puta de la partera, cosa que la veterana mujer animaba que hiciera para desfogarse.

El bebé se atascó en su descenso hacia la vida. El cuerpo no había girado del todo, por lo que se quedó a medio camino, dejándose ver parte de su pelo asomado por la vagina de su madre. La partera, aunque sorprendida, actuó rápido. Meticulosamente introdujo los dedos entre los labios y la cabeza del bebé, que llegaba de lado, y estiró suavemente hacia afuera. Niara seguía gritando y apretaba con todas sus fuerzas la mano de Emmanuel. Judith, cuya aportación se había limitado a traer los enseres y mantenerse allí quieta por si la necesitaban, estaba todavía más blanca que de costumbre, arrodillada ante las piernas de Niara, pero embelesada por el milagro de la vida. La cabeza del bebé salió entera. No tenía el cordón umbilical alrededor del cuello, pero su pequeño hombrito se atascó. Con un movimiento audaz y alegando a la maestría, la partera consiguió girarlo y dejó que los últimos empujones de Niara expulsaran al bebé entero. Una especie de heces pegajosas y verdes lo rodeaban y salieron del interior de Niara tras él. No respiraba. La partera lo levantó en sus brazos y pidió a gritos la palangana que Judith había traído antes. Se apresuró a lavarle los restos y le dio una pequeña zurra en el culo. Un llanto potente salió de las entrañas del bebé. Un niño. Grande, precioso, fuerte. Un niño sano contra cualquier pronóstico. Respiraba solo, intentaba moverse. La partera cortó el único vínculo físico que todavía unía a madre e hijo.

Niara había dejado de gritar y ahora solo resoplaba, cansada, dolorida, fatigada, con ganas de dormir, pero con el semblante duro de siempre, valiente. Enseguida le pusieron a su hijo en brazos. Ella lo miraba con lágrimas de alegría. Emmanuel pensó que era por el momento, que

en cuanto se diera cuenta de que era un demonio fruto de la violación lo rechazaría, pero no ocurrió. Se volvió hacia él con una mirada de emoción, enseñándole al pequeño, que dejó de llorar en cuanto notó el contacto con la piel de su madre.

—Es nuestro, lo cuidaremos los dos. Quiero que lo quieras, por favor. Es nuestro hijo —le dijo Niara con un hilillo de voz ronca.

—Sí, lo haremos —fue lo único que acertó a responder Emmanuel.

Gareth apuraba un cigarro hasta el filtro cuando Emmanuel apareció por el pasillo del piso inferior. Los dos se encontraron, y Emmanuel, aunque llevaba meses sin hacerlo, le pidió un cigarro con un gesto de la mano.

—¿Qué tal ha ido? ¿Y Judith? —preguntó Gareth con nerviosismo.

—Bien, le ha costado, pero ya está fuera —respondió Emmanuel, que parecía noqueado—. Judith se ha quedado arriba para ayudar a la partera.

—¿Qué ha sido? ¿Niño o niña?

—Niño —dijo mientras se encendía el cigarro.

—¡Sí, joder! —exclamó—. Qué suerte. ¿Cómo están?

—¿Suerte? —preguntó Emmanuel sorprendido—. Ojalá hubiera nacido muerto, yo mismo lo hubiera sacado con una percha. Prefiero que pase el resto de su vida en la cárcel por abortar. Voy a ver en él la cara de Tansi durante el resto de mi vida, y ella también lo verá. Y dices suerte. Bah, no tienes ni idea —giró la cabeza en señal de negación.

—Disculpa, no quería ofenderte —el inglés estaba compungido—. Ve a la cocina. Come algo o descansa; te avisaremos con lo que sea.

Emmanuel pasó las siguientes horas en silencio, tumbado en la cama, pero sin llegar a dormirse, interrumpida su tranquilidad solo por el *ring* de alguna llamada telefónica proveniente del salón. Intentó descansar, comer algo, pero no podía, no le entraba nada. Volvió a fumar por la puerta grande, adueñándose de un paquete de tabaco lleno que estaba huérfano en la cocina y del cual dio buena cuenta de casi todo su contenido. Dedicó tiempo a meditar, a pensar en qué vendría ahora. El primer escollo estaba relativamente superado, pero ahora quedaba lo peor. El señor Williams no se detendría hasta dar con Niara, la buscaría de mil maneras. El miedo a volver a ser detenido, olvidado por el parto, regresó con fuerza. Los soldados estaban desatados, y como Okuntimo le advirtió, volverían a verse pronto. Además, seguía sin saber nada de su madre. Le habían aconsejado un perfil bajo, no destacar mucho ni asomar la cabeza. Que Doris no estuviera registrada en ningún censo estatal era bueno y malo a partes iguales. Podía estar bien, que la hubieran liberado y haber vuelto a casa. Estaría asustada, sola, sin saber qué hacer. Por su mente pasaba regresar a la aldea a buscarla, pero Gareth creía que, si la relacionaban con él, los militares tendrían otra causa con la que torturarlo llegado el caso. Afortunadamente, en la cárcel había pasado inadvertido su parentesco, y debía seguir así. No obstante, los ingleses se ofrecieron a utilizar sus contactos para dar con ella, pero hasta ese momento, la búsqueda no había fructificado.

Aun así, estaba extrañamente optimista. Sentía que encontrarían una solución para todo, que costaría más o menos, pero que saldría bien. Por desgracia, la cruda realidad tenía otros planes.

Escuchó su nombre a gritos por el pasillo. Primero en la voz de Judith, luego en la de Gareth. Pasos rápidos se dirigieron hasta su habitación. La joven inglesa entró primero. Su cara era el

reflejo de un cuento de terror. Tenía el pelo revuelto, las mangas de la blusa ajustadas por encima del codo y los brazos manchados de sangre. Emmanuel se incorporó de la cama tan rápido como su cuerpo se lo permitió.

—Sube, rápido —ordenó Judith.

—¿Qué pasa?

—¡Que subas, hostias!

Emmanuel salió detrás de Judith por el pasillo hasta el rellano. No esperaron al ascensor, ella había bajado por las escaleras. Subió como pudo, intentando inútilmente mantener la velocidad a la que la inglesa, físicamente trabajada con horas de deporte, devoraba los escalones con soltura. Para cuando entró al piso, Judith ya estaba en la habitación de Niara.

Esta vez no había gritos. El bebé descansaba dentro de un cesto de mimbre adaptado como una improvisada cuna, en silencio. Niara seguía con las piernas abiertas en la cama con la partera entre ellas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Emmanuel.

—El útero no se contrae, no para de sangrar —dijo Judith en bajo mientras sollozaba y se llevaba una mano ensangrentada a la frente.

Emmanuel quedó en silencio. La partera dejó lo que estaba haciendo por un momento y se levantó hasta ellos. Sin necesitar que le preguntasen, la veterana mujer, con una serenidad digna de cualquier cirujana, les contó cuál era la situación.

—Tiene una hemorragia, no hay manera de parar el sangrado. El parto ha sido muy rápido, demasiado, y sufre agotamiento muscular. El útero no se contrae debidamente, es incapaz de

hacerlo por completo y de mantenerse contraído. Lo he masajeado, pero el canal uterino sigue ensanchado, flácido, sin laceraciones, pero el sangrando es abundante, no puedo detenerlo.

—¿Qué podemos hacer? ¿Es grave? Hay que llamar al médico, haremos lo que sea —dijo Emmanuel optimista.

—Emmanuel, ha perdido mucha sangre. Su vitalidad se escapa poco a poco, pronto se dormirá, no hay nada que hacer.

—¿Se va a morir? —quiso saber al borde del llanto.

—Acércate a ella, está consciente todavía. El sangrado no le produce dolor, y le di unas yerbas para relajarla. Despídete, haz que descanse tranquila.

La partera agarró con suavidad el brazo de Judith y ambas salieron despacio de la habitación. Todo se quedó en silencio. Emmanuel se acercó hasta Niara, que ahora estaba tumbada, se arrodilló a su lado y le cogió la mano. Aún tenía fuerzas, apretaba fuerte, como siempre. Se miraron. Tenía los ojos más bonitos que él hubiera visto nunca. No había tristeza. Emmanuel vio en ellos paz, descanso. Acarició su cara y la besó varias veces sin ser correspondido, pero daba igual.

—¿Cómo estás? ¿Te duele?

—Bien, ya no me duele.

—Muy bien.

—¿Esto es el final? —preguntó Niara con entereza.

Se quedó callado, apretó su mano contra sus labios y rompió en llanto. Ella asumió la respuesta y, serena como siempre, hizo un esfuerzo enorme acercándole su otra mano hasta la cabeza de Emmanuel.

—No quiero que te vayas. Por favor, no te mueras —pidió él entre sollozos tras unos momentos de silencio.

—Tranquilo, me voy en paz. Siempre estaré con vosotros. Tráelo, quiero verlo, quiero que estemos los tres juntos antes de que acabe —señaló con dificultad al cesto donde el bebé descansaba.

Emmanuel se levantó sin cuestionar la petición y se acercó hasta él. Dormía plácidamente; al poco de nacer se había alimentado por primera y última vez de los pechos de Niara. Lo cogió como pudo con la intención de no hacerle daño, aunque lo odiase más que a nadie, y lo acercó hasta ella para apoyarlo con cuidado en su regazo.

—Que precioso es —dijo con voz tenue—. Prométeme que lo cuidarás. Que le darás lo que nosotros no pudimos tener.

—Sí —respondió Emmanuel sin mirarla, sorprendido por la entereza que ella mostraba aun en el final.

—Ojalá hubiese sido todo distinto —suspiró ella.

Las pulsaciones de Niara se dispararon. Su corazón no aguantaba más. Las drogas de la partera hacían efecto, no sufría, pero se apagaba con rapidez.

—Todavía no —suplicó Emmanuel.

—No es culpa tuya.

—No te mueras, por favor —agarró su mano casi inerte.

—Te quiero —consiguió susurrar ella antes de que sus ojos se tornaran blancos.

—Y yo a ti.

Pero ella ya no escuchaba. Se detuvo plácidamente, con un último suspiro que puso fin de forma precipitada a su joven y negada vida. Así Niara se fue, dejándole solo. No hubo piedras, no hubo humillación. Ahora descansaba. Su rostro reflejaba tranquilidad, paz y amor. Todavía tenía al bebé sin nombre sobre su pecho y al poco de irse Niara comenzó a llorar, como si hubiera entendido que jamás la volvería a ver. Emmanuel lo cogió como pudo y se lo apoyó contra el pecho. Se calmó. Los ojos abiertos, grandes, le miraban fijamente, quizás sin verle, pero fijos en los suyos. Emmanuel deseó hacerle mil cosas terribles al bebé que se obligó a borrar de su mente. Había perdido a las dos únicas personas que había querido, y ese bebé era el resultado funesto de todo aquello, pero sabía que si su madre estuviera allí le recordaría su deber. Esa persona indefensa ahora era su hijo y había prometido que cuidaría de él.

13

Emmanuel

Port Harcourt, Estado de Rivers, Nigeria.

Viernes 12 de agosto de 1994

Emmanuel se arriesgó deteniéndose en mitad de la calle para encender un cigarro. No le gustaba pasar tiempo fuera. Tenía miedo, mucho miedo, aunque ello le había enseñado algunas cosas: a vigilar con la mirada cada esquina, a planificar el paso siguiente antes de darlo, a estar atento a su espalda. Sospechaba de cualquiera, y estaba obsesionado con que algunas de las personas con las que se cruzaba le miraban fijamente, como si le conocieran, señalándole en silencio por sus crímenes. Crímenes que por otro lado no entendía. Criminal solo por ser lo que era.

Regresaba al ahora casi vacío piso ocupado por Amnistía internacional. Judith había regresado a Londres sin despedirse por un problema grave con su hermana menor, y Gareth se había marchado unos días hacia el interior de la nación Ogoni para continuar la investigación y recabar información sobre todo lo que ocurría en la región. Solo quedaban dos trabajadores en el piso inferior con los que no tenía apenas relación, inmersos en llamadas, permanentemente tecleando sabe dios qué en sus computadoras.

Le permitían vivir en el piso superior con el bebé, por lo que solo fue a por sus pocas pertenencias a su antigua habitación compartida. Una vez a la semana, cuando necesitaba salir a por comida, tabaco, o ambos a la vez, la veterana partera se hacía cargo de él de forma gratuita, como si por ello se disculpase por la muerte de Niara. Emmanuel se negaba a ponerle nombre al niño, al menos de momento, hasta que cumpliera un año. Así, si se moría por algo, no le pesaría tanto. Era más fácil despedirse de un desconocido, aunque cada vez que pensaba en ello se estremecía, negaba con la cabeza, avergonzado consigo mismo por ello. El bebé crecía bien, sano, llorón, medianamente bien alimentado por la ayuda recibida por los ingleses, por lo que no parecía que fuese a morir.

Por otro lado, estaba bloqueado. Dos meses habían pasado desde la muerte de Niara, y cada día, durante varias horas, lloraba su falta y la de su madre. Durante ese tiempo, no había hecho más que cuidar del bebé y esperar a ser detenido. No sabía qué más hacer. Los militares habían levantado el pie del acelerador, reducidos sus ataques casi al mínimo, obligados presuntamente por el salto a oídos internacionales de la detención de Ken y los problemas del delta, pero las protestas civiles seguían incrementándose. La prensa local avisaba del cada vez más próximo juicio a los nueve Ogonis acusados del asesinato de los viejos líderes, que seguían en prisión preventiva a la espera de que su causa se decidiera bajo el poder de un tribunal militar.

Llegó rápido a la que ahora era su casa, apagó el cigarro antes de meterse en el ascensor y pulsó el botón del tercero. En cuanto oía el traqueteo de la máquina se recordaba que debía subir por las escaleras, así ejercitaría un poco sus piernas atrofiadas, pero se cansaba demasiado. Salió del ascensor y fue a llamar a la puerta cuando se la encontró abierta, apenas

separada unos centímetros del marco. Recordaba haberla cerrado cuando se marchó. Entró despacio, confundido, y se dirigió hacia la habitación llamando en alto a la partera. Alguien que no era ella le contestó al momento.

—Venga, estamos aquí —respondió una voz suave, agradable, casi femenina.

Llegó a la habitación, con el corazón acelerado y una mezcla de temor y rabia creciendo en su pecho. Sospechosamente preocupado por el estado del niño, dudó por un momento si darse la vuelta y salir corriendo de allí. El teniente Okuntimo, el mismo que había causado tanto sufrimiento, sostenía entre sus brazos al bebé mientras le acariciaba la cabeza. Estaba tranquilo, gimoteaba, pero no estaba herido. La partera lloraba encogida al lado de la cama, asustada. Un hombre joven que no había visto al entrar en la habitación le agarró del brazo inmovilizándolo.

—¡Emmanuel, me alegro mucho de verle! —dijo el teniente mientras dejaba al bebé en la cesta que hacía las veces de cuna—. ¿Cómo ha estado?

Emmanuel intentó acercarse al bebé, pero la fuerte presa a la que estaba sometido le mantuvo inmóvil.

—Tranquilo, está bien —afirmó Okuntimo—. Es un niño fuerte, tiene futuro por delante. Se nota que no ha salido a usted —rio.

—¿Qué hace aquí? —quiso saber Emmanuel.

—Eh, ¿qué formas son esas de recibir a un viejo amigo? ¿No se alegra de verme? —se acercó despacio a él hasta quedar a menos de medio metro—. Veo que no le va del todo mal, y eso que no daba nada por usted —hizo un gesto a su acompañante para que le soltara—.

Venga, ¿ni siquiera me ofrece algo de beber? Vamos a la cocina, hablaremos más tranquilos. Traigo una oferta que le arreglará la vida.

Los dos hombres vestían de civil. El teniente combinaba una fresca camisa blanca con dibujos de palmeras negras, amplia pero que le remarcaba la barriga más que el uniforme militar, con un pantalón corto negro que dejaba a la vista unas piernas delgadas y fofas. El contorno de lo que supuso era un arma corta se distinguía bajo la tela de la camisa del teniente en su cadera derecha. Okuntimo y su acompañante siguieron a Emmanuel hasta la cocina. Sirvió dos vasos de agua, los colocó en la mesa y se sentaron, mientras el joven montaba guardia en la puerta y vigilaba el cuarto del bebé para que la partera no se fugara.

El teniente Okuntimo se bebió un trago, soltando un suspiro de satisfacción antes de hablar. Emmanuel, por otro lado, se sintió invadido por el pánico a escuchar las palabras del oficial.

—¡Venga, Emmanuel, relájese! No hay necesidad de temerme, no después de todo lo que hemos compartido —dijo el teniente, tratando de sonar amistoso—. Siento mucho lo de su novia, era una chica realmente hermosa, ¿eh? Aunque mire el lado positivo, nunca llegó a estar a su altura. Digo, ¿quién podría competir con una diosa?

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe lo que pasó? —preguntó Emmanuel con creciente temor en su voz.

—Esa mujer soltó todo desde el principio. No tuvimos que hacer más que amenazar un poco al niño para que nos contara todo. No es alguien en quien confiar, se lo digo yo —respondió el teniente con una sonrisa siniestra.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Emmanuel con un rastro de enojo en su tono.

—Quiero ayudarle. Y quiero su ayuda. Juntos podemos lograr muchas cosas, ¿no cree? Como sabrá, pronto habrá un juicio contra los líderes Ogoni acusados del asesinato, y necesitamos asegurarnos de que Ken y los demás sean debidamente condenados.

—Señor, no he tenido contacto con ellos desde que salí de prisión —dijo Emmanuel, con evidente miedo en su voz—. Dejé todo eso atrás. Además, Ken es inocente, no podría haber hecho algo así. Tiene que haber una explicación.

—Emmanuel, Emmanuel… Las «investigaciones oficiales» confirman que los ataques fueron llevados a cabo por el NYCOP, al que estabas bastante vinculado, según parece. Y todo bajo las órdenes directas de Ken, con la ayuda de sus amigos más cercanos: Levera, Eawo, y alguno más. Como bien dice, sabemos que ha mantenido una distancia prudencial con ellos desde que salió de nuestras instalaciones, no crea que no le hemos estado siguiendo. Pero cualquier juez decente estaría dispuesto a enjuiciarle si fuera necesario, así que debería agradecer que está aquí en un intento de colaboración, en lugar de estar detenido. Además, la implicación de esos *hippies* ingleses en nuestros asuntos no sería bien vista por el tribunal cuando llegue el momento; incluso podrían acusarle de espionaje.

Emmanuel intentó replicar, pero su voz se había desvanecido. Entre todas sus reflexiones, no había considerado la posibilidad de que lo estuvieran siguiendo desde el principio. Sintió un miedo familiar, un temor que había experimentado en el pasado, al darse cuenta de que todo el tiempo que se había sentido seguro en el piso de los ingleses había sido una ilusión. En ese momento se dio cuenta de que tenía pocas opciones. El teniente estaba sentado frente a él, así que no le quedaba más remedio que escucharlo. Mientras Okuntimo mencionaba la

investigación, Emmanuel captó un gesto significativo. Con un esfuerzo considerable, logró articular unas pocas palabras.

—¿Qué quiere decir con «oficial»? ¿Hay otras investigaciones paralelas?

—No, no las hay. Una cosa es lo que pasó y otra lo que decimos que pasó. Fueron los Andoni. Nosotros mismos les dimos las armas, las granadas y el combustible para que todo ardiera, y después les cargamos el muerto a los Ogoni, nunca mejor dicho —soltó una risa involuntaria por la gracia de su propio comentario—. Fue fácil convencerles, tienen ustedes más enemigos de los que yo pensaba. Unas pocas promesas de agua, comida, nairas y algo más de libertad. Por supuesto, nosotros sabíamos que no les íbamos a pagar, así que les dijimos que sí a todo. Tansi se encargó de la negociación y del cobro. Antes de que lo pregunte, están muertos. Cuando acabaron el trabajo pidieron más dinero, ¿se lo puede creer? ¿Qué clase de personas son capaces de pedir más de lo acordado? —La voz del teniente denotaba una indignación sincera—. Eso no le sentó bien al sargento, y aunque sus órdenes eran eliminarlos una vez acabasen el trabajo, se divirtió con ellos antes de cumplirlas. Los despedazó poco a poco, trabajándolos con su machete, para después enterrarlos en cal viva en algún lugar de la jungla. Pero no es eso para lo que estamos aquí, Emmanuel. Ken es un cáncer para nuestro país, qué más da con qué pruebas podamos extirparlo, el fin es lo que interesa, y ahí es donde entra usted.

—Pero eso es falso. No pueden juzgarles así, no es justo. Y no sé cómo puedo ayudarle, ya tienen pruebas de sobra, si no, las inventan.

—No me hable de justicia, Emmanuel, esto es algo más. Tiene que pensar que hacemos esto por un bien mayor, que nos supera a usted y a mí, y eso no es más que nuestro país. Le

otorgo la oportunidad de hacer algo por su patria, de que su vida tenga un sentido. Le ofrezco testificar contra los nueve Ogoni en el juicio. Tenemos que hacer el paripé, sobre todo a ojos internacionales. Testigos fiables. Podemos velar su identidad, no sabrán que fue usted, y le aseguro que su vida cambiará a mejor, por supuesto.

—¿Me está pidiendo que mienta? Que mienta en un juicio contra mi propia gente. ¿Qué les ocurrirá? Irán a la cárcel por mi culpa.

—Seré sincero, Emmanuel. Seguramente acaben fusilados en el mejor de los casos. En este sentido no caben medias tintas, van a morir, con o sin su testimonio. En sus manos está decidir en qué lado de la bancada del juzgado quiere estar, en el de los condenados o en el de los patriotas y defensores del país. Y esa gente de la que habla, su gente, es la que ha provocado todo su sufrimiento, no lo olvide. Tómeselo de otra manera, ahora tiene a alguien a su cargo, hágalo por él, por darle un futuro, por que viva mejor que usted. Si acepta colaborar, le daremos posibilidades. Dinero, una casa, trabajo en CRAB. El señor Anderson estaría dispuesto a contratarle y darle una generosa compensación por sus servicios.

—¿Anderson? ¿El director de CRAB? —Emmanuel se indignó, rememorando el día de la visita a la sede de la empresa—. ¿Así que es cierto que está detrás de todo esto? No deja de ser dinero y petróleo.

—¿Es usted tonto, Emmanuel? Es obvio que están enterados de todo, fue el propio Anderson quien nos llamó en cuanto se marcharon de su oficina. Ese cerdo inglés peca de cobarde, pero tiene las ideas claras. Es una pena no haber visto a su amiga, la rubia de las tetas grandes. Sí, claro que hay dinero y petróleo en esto, pero no es lo único. Es el bienestar, y el ser más listo que los demás. Vivir bien, Emmanuel, a cambio de unas pocas palabras. Olvide lo

ocurrido, sea más práctico. Acepte esto y empiece una nueva vida, sin miserias, sin dolor —el teniente terminó su vaso de agua y se levantó de la mesa—. Ha sido un placer verle, Emmanuel, se lo digo con sinceridad.

Emmanuel también se levantó de la mesa por inercia.

—Piénselo bien, tiene toda la noche para meditar. Mañana por la tarde, mi compañero aquí presente y de mi total confianza le hará una visita. Será breve. Subirá hasta aquí y usted solo tendrá que decirle sí o no, y se marchará. Decida lo que decida, tendrá noticias nuestras a la mayor brevedad posible.

El teniente se acercó a la espalda del soldado y tocándola con suavidad, el joven dejó de vigilar la puerta y se encaminó hacia el pasillo de salida.

—No hace falta que nos acompañe a la puerta, sabemos el camino. Por cierto, sé que sobra decir que esta visita no ha ocurrido, confío en su discreción y que esto no se trasladará a los ingleses ni a nadie. Dígaselo a la partera también. Ah, y una cosa más: el sargento Tansi lamenta no haber podido venir a visitarle, tenía otros quehaceres, pero tenga en cuenta la respuesta que dará mañana, ya que si se enterase de que puede que tenga un hijo… En fin… Seguramente quiera venir a visitarlo. No sé si me entiende.

—Sí, le he entendido todo —respondió Emmanuel sin poder decir nada más.

—Perfecto entonces. Le repito que me ha encantado volver a verle.

Los dos hombres abandonaron el piso con un sonoro portazo que provocó los llantos del bebé. Emmanuel fue directo a la habitación para encontrarlo en los brazos de la partera que lo acunaba con serenidad mientras le entonaba una canción para relajarlo.

—¿Está usted bien?, ¿quiénes eran esos hombres? —quiso saber la asustada mujer.

—¿Qué hombres? Aquí no ha venido nadie, créame. Olvide cualquier cosa que piense haber visto, está todo bien, tranquila —le dijo mientras estiraba los brazos para que le pasara al niño—. Puede marcharse, muchas gracias por venir.

Se quedó solo con el bebé. Tan pronto escuchó cerrarse la puerta, se tumbó en la cama con el niño al lado, que ahora estaba tranquilo de nuevo. Intentó relajarse encendiendo un cigarro. Debía pensar su respuesta, meditarla, aunque las posibilidades que se abrían ante él eran limitadas.

Okuntimo le había amenazado. El juicio estaba claramente sesgado desde el principio, lo que hacía que su testimonio careciera de importancia más allá de ser un mero espectáculo para los observadores externos. Tanto si testificaba como si no lo hacía, la condena sería la misma. Traición. Esa palabra resonaba en su mente. ¿Traicionar a su gente, a sus valores? ¿Traicionar todo lo que le quedaba y por lo que había luchado? De valores no se come, le había dicho su madre una y mil veces, y aunque la simple idea de una vida mejor le tentaba, no sabía si podía confiar en el teniente, al menos en lo que respecta a su beneficio. Lo que sí sabía con certeza es que, si se negaba a colaborar, irían tras él con todo lo que tuvieran. Y luego estaba el niño. ¿Qué vida le esperaba si decidía hacer lo que consideraba correcto?

Lo miró y encontró sus ojos abiertos, observándolo. Esta vez, no vio a Tansi, ni revivió aquel aciago día en la prisión. En su lugar, vio a Niara en esos ojos. Grandes, abiertos, atentos. Vio su rostro, recordó su presencia. La reconoció en esa mirada y supo al instante qué debía hacer.

RECUERDO A TODAS Y CADA UNA DE LAS MADRES

Hijos de madres aún vivas, no olvidéis que vuestras madres son mortales. No habré escrito en vano si uno de vosotros, tras leer mi canto de muerte, se muestra más dulce con su madre, una noche, acordándose de mí y de la mía. Sed dulces cada día con vuestra madre. Amadla mejor de lo que yo supe amar a la mía. Que cada día le deis una alegría, eso os digo amparado en mi dolor, gravemente desde el peso de mi luto. Estas palabras que os dirijo, hijos de las madres aún vivas, son el único pésame que a mí mismo puedo darme. Mientras aún sea tiempo, hijos, mientras ella siga ahí. Apresuraos, que pronto reinará la inmovilidad en su faz imperceptible sonrisa virginal. Pero os conozco, y nada os sustraerá a vuestra loca indiferencia mientras vuestras madres sigan vivas. Ningún hijo sabe de verdad que su madre ha de morir, y todos los hijos se enfadan y se impacientan con sus madres, locos que no tardan en recibir su castigo.

Albert Cohen

El libro de mi madre

Alá es grande

Moshood

Brighton, Inglaterra, Reino Unido

Miércoles 22 de marzo de 2017

Como cortésmente le habían recordado la tarde anterior, la llamada de la recepción se produjo puntual a las diez de la mañana para avisarle que debía abandonar la habitación. Tras una breve despedida y un agradecimiento, Khalid Moshood colgó el auricular y continuó preparándose para el viaje mientras se observaba en el espejo. No llevaba mucho equipaje: la ropa interior sucia del día anterior, algo de dinero en efectivo, el cargador del móvil, las llaves del coche y, envuelto con esmero y oculto bajo varias capas de protección, un gran cuchillo de cocina con el mango plateado. Se acarició la poblada barba y se abrochó la camisa negra de cuello redondo hasta el último botón que cubría por completo su robusto torso bronceado. Finalmente, cerró sin esfuerzo el pequeño *trolley* negro y salió de la habitación.

La recepcionista, una joven regordeta con la cara llena de pecas llamada Clarice, le saludó con una amplia sonrisa en cuanto lo vio acercarse al mostrador.

—Buenos días, señor Russell —dijo la joven—. ¿Ha dormido bien?

El título de «señor Russell» le sonaba mal. Durante los últimos años, había adoptado varios nombres debido a su conversión al islam, pero ninguno le agradaba tanto como Khalid

Moshood. Sin embargo, para el registro del hotel, había tenido que usar su nombre real, Adrian Russell Ajao, natural del condado de Kent, en el sureste del país, casado y con tres hijas. Después de una vida marcada por las drogas, el sexo y la delincuencia, encontró en el islam una forma de redención personal. Aunque se había trasladado incluso a Arabia Saudí en busca de una vida más piadosa, a menudo seguía luchando contra los placeres del *crack* y las prostitutas baratas. Recordaba claramente cómo era su vida antes de abrazar la fe musulmana. Le ofrecieron una salida, una forma de expresión, un llamado a la Yihad. Antes le era indiferente el mundo, pero ahora quería salvarlo de la decadencia moral en la que la sociedad se había sumido.

—Buenos días, Clarice. Mejor que bien, he descansado como un bebé. Si no hubieras llamado, tendrías que haber venido a buscarme de lo cómodo estaba en esa cama —soltó una sonora carcajada que contagió a la recepcionista.

—Me alegro mucho, señor. ¿Quiere desayunar antes de partir?

—No, gracias. Me encantaría probar la comida, pero debo marcharme lo antes posible. Hoy es un día importante.

La chica le preparó la factura de la habitación. Eran 58 libras, las cuales pagó en efectivo entregando 60 y dejando la diferencia para ella. Tras despedirla con un gesto de la mano, se dirigió a la salida del hotel.

—Que tenga mucha suerte, señor Russell. Espero que le vaya genial —le gritó Clarice.

—¡Ay, cariño! Si me va bien el día estoy seguro de que te enterarás —respondió con una sonrisa antes de salir.

El hotel disponía de un aparcamiento gratuito donde había dejado estacionado el Hyundai Tucson plateado que había alquilado la mañana anterior a las afueras de Birmingham, donde residía normalmente. Había llenado el depósito antes de partir, así que llegaría holgado hasta Londres, pero no podía permitirse muchos desvíos. El dinero de las ayudas sociales que recibía empezaba a escasear debido a los gastos que la operación le estaba suponiendo.

El coche reposaba bajo un discreto cartel blanco que rezaba «Norton Inn» en letras grandes y azules. Cargó el *trolley* en el maletero, sacó el cuchillo envuelto y lo guardó en la guantera. Se acomodó en el asiento, se abrochó el cinturón y puso en marcha el motor del coche, listo para emprender el viaje hacia la capital.

Londres, dos horas después

El viaje transcurrió con normalidad. Khalid mantuvo una velocidad moderada, tratando de no llamar la atención. No podía permitirse ningún error, especialmente tan cerca de su objetivo. Mantuvo un control excepcional, aunque en ocasiones tuvo que reducir tanto la marcha que llegó a detenerse en un par de ocasiones mientras avanzaba por la atestada A306 en dirección al puente de Westminster. Aun así, los nervios lo invadían. Se movía inquieto en el asiento, y el sudor empezaba a acumularse en su frente y al final de su barba. En ese momento anhelaba un chupito fuerte, una dosis de *crack* o incluso una mamada; los extrañaba. Había dejado Brighton sin satisfacer ninguno de esos deseos debido a su misión sagrada, lo cual lo entristecía, ya que después de una buena juerga solía ver las cosas con mayor claridad.

Olvidó casi todo cuando giró en Westminster Road y contempló al otro lado del río la imponente silueta del Big Ben y del Parlamento. Aunque lo odiaba profundamente, no podía

evitar sentir admiración por tan magnífica estructura, ocupada por completo por lo que consideraba la mayor lacra del país y un reflejo de la decadencia de Occidente. Decidió dar una vuelta al recorrido que tantas veces había hecho a pie y que había diseñado en su mente durante los últimos meses. Cruzó el puente despacio, demasiado despacio, para poder percibir con claridad cada acera, cada paso de cebra. Alcanzó el final del puente justo cuando el semáforo se puso en verde, permitiendo de nuevo el paso de los vehículos.

Un rápido vistazo sirvió para delimitar toda la imponente valla ornamentada que protegía el Palacio. Giró a la izquierda en Parlament Square, clavando su mirada en el lugar donde la valla se partía para dar acceso a los vehículos oficiales al inmenso recinto. Sin mucha prisa, rodeó el jardín del Parlamento para volver a la calle que cruzaba el puente, esta vez en dirección contraria. Se detuvo en el semáforo junto a la estatua de Winston Churchill, a quien miró con odio, convencido de que él había sido uno de los causantes de la decadencia actual. Repitió el proceso, recorriendo las calles al otro lado del río para orientarse de nuevo hacia el Parlamento. El semáforo rojo le obligó a detenerse justo antes de entrar al puente.

Los turistas atravesaban el paso de peatones frente a él, tomándose fotos con el Big Ben de fondo, mientras varios grupos de escolares uniformados se cruzaban entre sí al entrar y salir de los andadores laterales. El momento había llegado. Estaba nervioso, incluso algo asustado, pero nada iba a interrumpir su labor sagrada, su ascenso como guerrero de Dios. Apoyó la cabeza en el volante, rezando para sí mismo, entregándose a Dios, pidiéndole que lo guiara en su misión. Un largo claxon de alguno de los coches que tenía detrás lo devolvió a la conducción. El reloj del coche marcaba las 14:40 y el semáforo estaba en verde. Comenzó a recorrer el puente.

Pisó el pedal, con excitación y urgencia, exigiendo que el Hyundai entregase toda su potencia, superando rápidamente el límite establecido. Al no tener coches delante, no necesitó frenar. La velocidad comenzaba a ser excesiva y apenas había recorrido un cuarto del puente. Su pie derecho parecía pesar una tonelada, presionando el acelerador hasta el fondo sin intención de levantarlo. Antes de alcanzar la mitad del puente, decidió que la velocidad era suficiente para mantener el impulso y giró con brusquedad hacia la derecha, adentrándose en el andador peatonal abarrotado de personas.

Toda su rabia contenida se liberó en un grito lleno de furia justo cuando el primer cuerpo impactó contra el lateral delantero del Hyundai. Uno tras otro, los cuerpos de los transeúntes se estrellaban contra el cristal, cegándolo por instantes. Había elegido un vehículo resistente; por el momento, la amortiguación soportaba el impacto al atropellar sin piedad a los inocentes. Apenas podía ver lo que sucedía a su alrededor, pero logró observar cómo varias personas que habían saltado a la carretera en un intento desesperado por evitarlo eran arrolladas por otros coches que transitaban el puente. No le importaban sus vidas, sus historias, sus familias. Quería caos, quería que sintieran miedo, quería que supieran que su modo de vida estaba en peligro.

El puente se terminó cuando todavía su velocidad era excesiva. Los repetidos impactos habían dañado la tracción del coche, lo que dificultó su manejo hasta el punto de ser una tarea casi imposible. Después de perder el control y virar hacia la izquierda, realizó un brusco movimiento para esquivar un autobús que se aproximaba en sentido contrario, y terminó por estrellarse contra la valla del palacio de Westminster. El impacto lo dejó aturdido y tardó unos instantes en recobrarse. A su alrededor, los gritos eran ensordecedores y una sirena sonaba a lo lejos. El airbag se había inflado protegiendo su rostro, pero el cinturón de seguridad le había

causado magulladuras en el torso, y su rodilla derecha estaba gravemente lesionada por el impacto.

Con esfuerzo, se desabrochó el cinturón y extrajo el cuchillo envuelto de la guantera. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para abrir la puerta desencajada y salir del coche. Una vez afuera, desenvainó el cuchillo con cuidado y se orientó. Rodeó el Hyundai y avanzó hacia la entrada de vehículos. A pocos metros, un valiente policía se interpuso en su camino, desarmado y en clara inferioridad. Sin vacilar, lo apuñaló varias veces en el abdomen, asegurándose de que no hubiera dudas: nadie lo detendría.

Penetró en el recinto del palacio sin un plan definido. Nunca había estado dentro y tendría que improvisar. Mientras buscaba un acceso, dos hombres trajeados se acercaron, esta vez armados y apuntándole, ordenándole que arrojara el cuchillo y se rindiera. Pero él no lo haría. Era un soldado de Alá, enviado para cumplir una misión sagrada. Avanzó hacia los agentes con el cuchillo en alto, decidido a continuar su tarea, ignorando sus advertencias.

La primera detonación golpeó con fuerza, pero no lo derribó. El disparo había impactado en su pecho, justo debajo de la clavícula derecha. Gritó, pero nada podía contenerlo. Con gran esfuerzo, siguió hacia adelante, enfrentándose a los agentes. Tres disparos más resonaron en el aire. Se detuvo en seco, su aullido ahogado en un gemido, consciente de que su cuerpo cedía hacia atrás, obligado a soltar el cuchillo mientras caía.

Con la mirada fija en el cielo nublado, comenzó a perder la consciencia, sintiendo cómo su alma se separaba de su cuerpo y ascendía hacia Él. Vio a los dos policías apuntándole.

—Alá… es… grande —murmuró con una sonrisa insolente antes de apagarse por completo.

SEGUNDA
PARTE

14

Oskar

Universidad de Loughborough, Inglaterra, Reino Unido

Viernes 8 de febrero de 2013

—Venga, continuemos donde lo dejamos —ordenó John desde detrás de la cámara—. Oskar, ¿puedes separarte un poco de Helena? No puedo encuadrarte bien.

La joven periodista estaba visiblemente incómoda.

—Juraría que a ella le gustaría que estuviera cerca, muy cerca, cuanto más mejor —babeó Oskar mientras sonreía.

Helena no dijo nada. Oskar, sin reconocer su impertinencia ni abandonar su intento de coquetear con la reportera, dio un breve paso hacia atrás, cruzando sus robustos brazos sobre su pecho esculpido por el entrenamiento y la natación. Todavía estaba mojado debido a que acababan de grabar una toma mientras salía de la piscina, por lo que las gotas de agua aún resbalaban por su piel negra, otorgándole un brillo que él consideraba irresistible.

—Vamos a empezar en tres —ordenó el cámara de nuevo.

Helena resopló un par de veces, concentrándose en una demostración de profesionalidad, lamentablemente acostumbrada a soportar ese tipo de comportamientos inapropiados. Le

costó coger aire debido a la gran humedad de la piscina, cambió su expresión facial para formar una enorme sonrisa y comenzó a hablar.

—Estamos con Oskar Williams, conocido por su increíble actuación en los Juegos de Londres, donde a los dieciocho años desafió a Michael Phelps en una histórica carrera que lo llevó a ganar la medalla de oro en los 200 metros mariposa, superando al estadounidense. Además, logró dos medallas de plata más en su primera participación olímpica. ¿Cómo te sientes al haber derrotado al deportista más laureado de la historia? —acercó el micrófono hasta la boca de Oskar.

—Bien, era algo previsible. Mi capacidad es mayor que la suya, y pienso superarlo pronto. Ojalá vuelva para Río, aunque si yo fuera él, no lo haría. Es consciente de lo que arriesga —se acercó de nuevo a la chica.

—¿Eso significa que crees que no hay nadie más que pueda plantarte cara excepto él?

—Eso está claro, si alguien puede seguirme el ritmo, es Phelps. Hay otros, pero yo tengo aguante, mucho aguante. Nada ni nadie se me resiste —miró con una sonrisa a Helena mientras daba otro paso hacia ella.

—¿Cuál es tu próximo objetivo? ¿Son ciertos los rumores de que a partir de ahora solo te prepararás para las Olimpiadas?

—No negaré que es algo que se me pasó por la cabeza y lo reflexioné, pero como te decía, tengo capacidad de sobra para ganarlo todo, no soy un cobarde.

—¿Te veremos en el próximo Mundial de Barcelona este verano?

—Sí, será un buen entrenamiento. Ganaré todo.

La entrevista duró un par de preguntas más, presenciada con interés por el resto de los jóvenes que poblaban la piscina universitaria y que observaban la escena a su alrededor. Dos amigos de Oskar habían pasado el rato riéndose de él desde el borde de la piscina. Cuando John dio el corte, Helena destensó su cuerpo y se alejó rápidamente de Oskar hasta donde estaba el cámara.

—¿Ya está? ¿No me das ni un triste beso? —se fue tras ella e intentó agarrarle del brazo.

Helena se volvió hacia él, traspasándolo con una mirada que reflejaba su hartazgo de ser tratada como un objeto. John salió a su encuentro como su caballero defensor.

—¡Eh! Ya vale. Déjala en paz —ordenó el cámara.

—Si solo quiero su número, tío. Apártate —dijo Oskar sin mirarlo mientras pasaba a su lado.

—No te acerques a ella. —John le agarró del brazo. Oskar se volvió hacia él y ambos se enfrentaron en una tensa mirada.

—¡Suéltalo, joder! —gritó Helena—. No necesito otro machito en mi vida.

Tras unos segundos eternos sin saber lo que ocurriría, Oskar decidió cejar en su empeño. Levantó las dos manos en señal de aceptación y se retiró.

—Tampoco me gusta tanto, es una estrecha. Tengo tías mejores a mi alrededor —estaba herido en su orgullo, acostumbrado a obtener lo que quería.

Las risas de los amigos de Oskar que lo habían visto todo y un par de gritos jocosos llamándole perdedor se escucharon a unos metros de él. Les dedicó sin mirarles una peineta con su mano derecha y saltó de nuevo al interior de la piscina con un ágil movimiento.

A la mañana siguiente

La tormenta estaba lejos de desaparecer, aunque ya había regado toda la madrugada con una gran cantidad de lluvia. El ruido sordo de un enorme trueno le despertó. Estaba impregnado en sudor y respiraba forzadamente. Si había sido una pesadilla, no recordaba nada de ella. La breve luz de un rayo entró fantasmal por la ventana que había enfrente de su cama, iluminando la habitación y proyectando largas sombras sobre las paredes. A su lado, el cuerpo desnudo de una joven todavía dormida descansaba boca abajo, tapada solo hasta la cintura, dejando a la vista una pequeña pero fuerte espalda que ocultaba dos grandes pechos apretados contra el colchón, con una melena ondulada de un rojo intenso repartida por la almohada. Aunque hacía frío, la calefacción del piso estaba siempre encendida durante el invierno. Pensó en despertarla, en echarle otro polvo para aliviar la tensión, pero recordó que debía madrugar. Todos los días saltaba a la piscina a las siete de la mañana sin excepción. Buscó a oscuras la compañía de su iPhone 5 que reposaba solitario sobre la mesilla. A tientas lo encontró y pulsó el botón que le iluminó la cara. Las cinco y cuarto de la mañana. Aún era temprano, pero no podía volver a dormirse una vez se despertaba durante la noche. Tuvo que acomodar mucho la visión para poder ver la hora.

Unas manchas a los lados de los ojos no le permitían enfocar con precisión. Supuso que eran legañas, por lo que se incorporó y se dirigió al lavabo para lavarse la cara. La luz inundó todo el cuarto de baño tras varios intentos por parte de los viejos halógenos, lo que le obligó a cerrar los ojos, dolorido por el deslumbramiento. Apartó tras tropezar con el pie un estrecho sujetador de encaje negro, pero de copa enorme que estaba tirado en el suelo del baño. Le gustaban los pechos grandes en chicas pequeñas. Sonrió por ello. Liberó el agua, esperó a que se calentase durante unos segundos para meter las manos y llevárselas cargadas a la cara. Se

lavó bien los ojos, despacio y meticuloso, con cuidado de no hacerse daño. Cogió a ciegas la toalla y se secó. Continuaba viendo borroso por los laterales externos de ambos ojos, pero mucho más acentuado en el derecho. Era como una mancha, algo que había ahí y que le impedía ver con claridad. Volvió a abrir el grifo. Esta vez apuró más, durante más tiempo, incluso con jabón. Tras secarse la cara por segunda vez, se acercó más al espejo.

Las manchas seguían allí.

15

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Viernes 22 de enero de 2016

Dos minutos pasaban de las 9:00 de la mañana cuando su madre, todavía medio dormida, armada con una taza de café aliñado con algunas gotas de alcohol y ataviada con una bata de flores la acompañó hasta la puerta del número 11 de Cheyne Walk. Al abrirla, ambas sintieron el frío invernal que aquella mañana impregnaba la ciudad y que enseguida se metió sin invitación dentro del hogar. Fuera, dando breves saltitos, estaba Mel, amiga de Sandra, que embutida en ropa deportiva térmica dejaba entrever unas curvas de escándalo.

—¡Date prisa! —gritó Mel—. Me estoy jodiendo de frío.

—Eh, rubia. Esa boca —dijo la madre de Sandra mirándola.

—Buenos días para ti también, Stella —respondió.

Madre e hija se despidieron con un beso, y Sandra bajó los escalones hasta la puerta lateral donde Mel la esperaba cada mañana desde hacía años. Ambas vivían todavía con sus padres en la lujosa Cheyne Walk, en el barrio de Chelsea, una en el 11 y la otra en el 24. Las casas, construidas en su mayoría durante el siglo XVIII, eran el lugar de cobijo natural de superestrellas, científicos de renombre, grandes ejecutivos y demás pijerío de la ciudad. En su

origen, las vistas daban directas al río Támesis, pero desde la construcción del dique de Chelsea en el siglo XIX, su frontal había quedado reducido a un pequeño parque que las separaba de la carretera que recorría el río en paralelo.

Las dos jóvenes se dieron un beso en la mejilla. Sandra se echó el aliento entre las manos desnudas para después ajustarse la cinta que le rodeaba la frente y ayudaba a mantener fija la coleta pelirroja. Juntas calentaron unos minutos antes de empezar el trote. El cielo estaba nublado, acompañado de una fina lluvia que, junto con un viento bonancible, hacía mover las copas de los árboles y levantaba polvo y hojas caídas. Atravesaron el pequeño parque por uno de los senderos para luego cruzar la calle hasta la acera sobre la orilla del río. Avanzaron a buen ritmo pasando por delante del Puerto de Chelsea y tomaron el Albert Bridge por la acera izquierda. La niebla no dejaba ver su objetivo al otro lado del río, el parque Battersea, donde iban a correr todas las mañanas una ruta predefinida tiempo atrás.

—¿Cuándo se lo vas a decir a tus padres? —preguntó Mel.

—Será a mi madre. No lo sé aún. Todavía no tenemos apenas nada preparado de la boda como para que el embarazo lo trastoque todo.

—Si te sirve de algo, deberías decírselo antes de que se te empiece a notar más, ya son tres meses, y cuanto más lo dejes… ¿Dónde está tu padre ahora?

—En Japón. Se supone que cerrando algo relacionado con unas energías renovables, pero vamos, que sigue ausente. Como siempre.

—¿Cómo lo lleva tu madre? La ausencia y eso, quiero decir. ¿Sigue bebiendo?

—Pasa la mayor parte del tiempo sola, pero a eso está acostumbrada. Me preocupa que ya desde por la mañana le eche *whisky* al café.

—¿Tampoco se lo has dicho a tu hermana? —quiso saber su amiga, volviendo al tema del embarazo.

—Sí, pero dudo que se preocupe. Sarah tiene a veces entre porro y porro pequeños momentos de lucidez.

Las jóvenes, ambas de veintinueve años, trotaban ya a mayor velocidad en paralelo mientras atravesaban el puente. Apenas llevaban medio recorrido cuando las copas de los frondosos árboles del parque empezaron a dejarse ver en el horizonte neblinoso.

—Esa tontería *hippie* y de ser bollera se le pasará pronto. Es la edad rebelde.

—No sabría decirte. En parte creo que lo hace por fastidiar a mis padres, pero no parece que les afecte demasiado. Sabe que desprecian a los gays y lesbianas, pero lleva más de un año con esa chica, así que igual van en serio. Ahora quiere dejar de estudiar para irse con ella de año sabático —dijo Sandra, cuya voz se volvía más pesada debido al ajetreo de correr.

—¿Brian qué opina? ¿Ya se lo ha dicho a sus padres?

—Sí, está deseando quedar con los míos para que se lo contemos todo. Ya disfrutó mucho comunicándoles la boda, y con el embarazo está que se sube por las paredes. Me presiona demasiado, dice que no debería verme gorda para cuando nos casemos, que no quedaría bien. Insiste en adelantar la fecha.

—Eres una afortunada, que lo sepas. No cualquiera tiene al hijo de un miembro de la Cámara de los Comunes tan fácil, y ya lleváis tres años juntos. Es momento de que deis todos los pasos.

—No, no es tan fácil. Me genera mucho estrés. El embarazo, la boda. No me da para mucho más.

Cuando terminaron de cruzar el puente, recorrieron los últimos metros de la acera hasta la puerta abierta que dividía en dos la valla del parque Battersea. Continuaron paralelas al río, por una zona llena de bancos de ladrillo. El viento aún soplaba, meciendo con suavidad las copas de los árboles sin llegar a ser molesto. Ambas habían entrado en calor y Mel se bajó la cremallera de la chaqueta, mostrando un generoso escote. Sandra, de tez más clara y menos voluptuosa,se remangó la sudadera hasta los codos. Las dos corrían a un buen ritmo cuando avistaron la Pagoda de la Paz. Acostumbraban a rodearla por dentro para hacer una pausa y descansar unos minutos antes de continuar en su ruta alrededor del parque. Cuando se acercaron a las escaleras que conducían a la estatua, Mel avisó a Sandra.

—¿Has visto a ese negro? —señaló Mel a un hombre que estaba sentado en un banco con un enorme pastor alemán a sus pies, con las orejas puntiagudas.

—Bah, déjalo, pasa de él.

Sin apenas dar tiempo a reaccionar, el enorme perro se abalanzó entre dentelladas sobre Sandra, que era la que pasó más cerca del animal, con tanta fuerza que pilló desprevenido incluso a su dueño. Un par de ladridos se confundieron con los gritos de las dos asustadas jóvenes.

—¡Joder, qué susto! —gritó Sandra, casi cayéndose.

—¡Perdón, perdón! —replicó el hombre negro, que seguía sentado en una lucha con el arnés mientras el animal no paraba de ladrar—. No sé qué le ha pasado, discúlpame.

—¡Sandra! ¿Estás bien? ¿Te ha mordido? —preguntó Mel.

—No, no. Tranquila —respondió Sandra mientras jadeaba.

—¡Puto negro! ¿Qué coño te crees? ¡Haz que se calle! Contrólalo, joder —gritó Mel, muy nerviosa—. Deberíamos llamar a la policía —dijo sin acercarse demasiado.

—Déjalo, no pasa nada. Vámonos —la calmó Sandra con una voz mucho más dulce pero llena de angustia por el susto—. Es ciego, mira el bastón.

—Me importa una mierda, joder. Se nos están comiendo y no hacemos nada.

Una vez pasado el susto, las dos chicas continuaron su trayecto sin detenerse en la Pagoda, rodeándola. Sandra no pudo evitar mirar atrás un par de veces para ver cómo el hombre acariciaba a su perro, que ahora estaba en calma y tumbado en el suelo. Siguieron unos metros, pero el susto le había quitado las ganas de seguir la marcha.

—Mel, voy a parar —anunció.

—¿Estás bien? —preguntó Mel, preocupada.

—Sí, es solo que no me apetece seguir. Continúa tú, yo voy a por agua.

—A mí también me ha sacado de onda. ¡Puto negro! Vámonos a casa, pero no volveremos a pasar por su lado.

16

Oskar

Universidad de Loughborough,Inglaterra, Reino Unido

Lunes 13 de mayo de 2013

Oskar se esforzaba por enfocar a través de la ventana de la consulta del médico ubicada en la segunda planta del centro de salud, que daba a un pequeño y florido parque lleno de bancos, senderos de tierra y césped. Los estudiantes solían sentarse allí después de las clases para charlar y era común ver parejas disfrutando de momentos románticos. Dos mujeres jóvenes pasaban la mañana sentadas en un banco al sol, con sus bebés en brazos y los carritos delante de ellas. Toda la escena estaba bañada por la luz natural de un desvergonzado día de primavera, que animaba a la gente a salir a la calle y disfrutarlo con alegría.

El canoso doctor Louis Miracle entró a la consulta a los pocos minutos, saludando con cortesía y acompañado de una enfermera veterana. Cargaban carpetas y folios, seguramente llenos de terminología médica ininteligible para la mayoría de las personas. Extendió la mano en un gesto de saludo, pero Oskar la rechazó sin mirarlo y se sentó con cuidado en una de las sillas. Los profesionales de la salud hicieron lo mismo y abrieron varias carpetas sobre la mesa. El doctor Louis ajustó unas pequeñas gafas casi en la punta de la nariz y comenzó a revisar los

documentos mientras se acariciaba el fino bigote. Después de unos minutos de silencio tenso, habló con voz nasal pero clara.

—Buenos días, señor Williams. Disculpe la tardanza —comenzó el doctor con un tono amable.

—Buenos serán por decir algo… —replicó Oskar con indiferencia.

—Cierto… ¿Cómo se encuentra? —preguntó el doctor.

—¿Cómo quiere que me encuentre? Con el tiempo que llevo viniendo ya debería saber qué mierda es esta, y en cambio, sigo aquí a la espera de alguna solución. Estoy muy decepcionado con usted. ¿Sabe ya qué necesito? Si son gafas, prefiero no llevar nada —exigió Oskar con su habitual tono de superioridad, aunque esta vez estaba teñido de miedo a lo que no podía controlar—. Necesito estar a tope para el mundial, la gente está deseando verme.

—Entiendo. Sí, Oskar, lo sabemos. Aunque tenía mis sospechas, quería concretarlo con las pruebas, y tanto el análisis como la angiografía han sido claras. Lo que te ocurre se llama retinosis pigmentaria —soltó por fin la primera bomba—. No es una sola enfermedad, sino un conjunto de varias enfermedades degenerativas, hereditarias en la mayor parte de los casos, aunque no siempre, y que afectan principalmente a la retina. Básicamente, lo que hacen es afectar a la forma en la que la retina reacciona ante la luz, dificultando la visión periférica al principio.

—¿Qué? Vamos no me jodas. Vine aquí porque era usted el mejor y me sale con eso. ¿Es grave?, ¿tiene cura?

—No es grave en términos generales. Su vida no peligra por ello, ni es doloroso. Y no, no tiene cura ni medicación posible, al menos ahora, aunque hay muchas investigaciones en este campo.

—Entonces, ¿me voy a quedar ciego? ¿Es eso lo que intenta decirme? —Oskar empezó a respirar más fuerte. Por primera vez en mucho tiempo deseó estar acompañado, con alguien a su lado que le ayudara a recibir el golpe.

El doctor Louis miró a la enfermera, cogió aire y luego dirigió su mirada de nuevo hacia Oskar. Dar malas noticias no entraba dentro de sus atribuciones más comunes, pero estaba acostumbrado a tratar con estrellitas pedantes. Soltó la segunda bomba:

—Aunque no es seguro, es probable que durante el progreso de la enfermedad pierda la totalidad de la visión —explicó con sinceridad—. No es rápido, o no demasiado, pero sí es constante.

Oskar se sintió devastado.

—¿Qué mierdas me está diciendo? ¿Qué hay de la natación? No puedo dejar de nadar, es todo lo que tengo —exclamó.

El médico intentó ofrecer una perspectiva positiva.

—Siempre puede probar con la natación adaptada. Seguro que en el club le ayudarán con ello. Usted es muy bueno en lo que hace, podría seguir siéndolo. Esto no significa el fin.

Oskar se sintió indignado.

—¿Adaptada? —gritó, sintiéndose menospreciado—. ¿Ya me da por imposible? ¿Me considera un puto tullido?

El médico trató de corregir el malentendido.

—No, no estoy diciendo que las personas que practican deportes adaptados sean unos tullidos —explicó con firmeza—, pero todo depende de cómo vaya el progreso. Consta de varias fases, pero poco a poco perderá visión periférica, como le está ocurriendo ahora, y cada vez le costará más enfocar en la oscuridad. Con el tiempo, su visión se verá limitada al centro de su mirada, rodeado todo el campo de visión con puntos ciegos, negros. Verá un túnel, por lo que deberá girar el cuerpo entero para ver lo que hay a su lado. Sufrirá continuos deslumbramientos al pasar de oscuridad a luz, y al revés, cada vez le costará más acostumbrarse a zonas sin luz o a la noche. Por último, poco a poco perderá la capacidad de distinguir los colores, puede que acompañados de destellos de luz constantes, y, por último, ceguera total o casi total. Es imposible saberlo todavía.

Louis terminó su explicación y dejó tiempo para que Oskar lo asimilara.

Oskar se quedó en silencio. No respondió. Juntaba los dientes con fuerza y trató de contener las emociones, pero finalmente las lágrimas escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas. Sin decir una palabra, golpeó la mesa varias veces con la mano abierta, provocando un estruendo que resonó en la pequeña consulta del médico.

—Sé que es difícil, pero puede… —intentó decir el doctor.

—¡Joder! No, no tiene ni idea de lo que es. —Oskar se puso demasiado tenso, con ganas de pelear, provocándole un susto al médico y a la enfermera, que se llevó la mano al pecho—. ¿Qué puedo hacer ahora? —comenzó a sollozar—. ¿Qué puedo hacer ahora? —repitió más bajito esta vez, como preguntándose a sí mismo.

Louis Miracle recobró la compostura y lo retomó donde lo había dejado.

—Escúchame. Sé que es difícil, pero ahora es cuando has de ser más fuerte que nunca —dejó de lado el tratamiento formal por lo delicado de la situación—. Hay gente que puede ayudarte a asimilarlo, muy buenos profesionales preparados para ello. Ahora no lo crees, pero no es el fin del mundo. Tu vida puede ser igual si tu actitud es buena. Hemos preparado varias opciones que queremos enseñarte, pero ahora debes permanecer firme. Vas a recibir la ayuda que necesitas, pero deberías rodearte de tus seres queridos, familia, amigos, ya sabes, la gente que te quiere y te ayudará.

Oskar estaba absorto, con la mirada clavada en el techo y las manos en la nuca. Ya no evitaba llorar, lo hacía a mares, con indiferencia sobre lo que pudieran pensar de él. En ese momento, era un bebé de metro noventa, inválido, desamparado. Nunca se había sentido tan vulnerable, acostumbrado a quedar siempre por encima de los demás, a ser él quien diera falsos ánimos a los perdedores. Aunque no lo iba a reconocer, hubiera aceptado un abrazo del médico, de la enfermera, o de ambos a la vez.

Siguió en un mar de lágrimas sin prestar excesivo interés en toda la palabrería que el doctor le soltaba sobre asociaciones, perros guía, psicólogos. Su mente se había desconectado y viajaba por otros lugares que no eran esa consulta. Estaba en la piscina y en el mundial, pensando en cómo tendría que decírselo a su entrenador, en cómo se lo tomarían sus compañeros, junto con los cuales se dedicaba con demasiada frecuencia a reírse de los paralímpicos.

Se dio cuenta de lo solo que estaba. Todo había quedado opacado por el dinero, la fama, las entrevistas. Su pronta explosión deportiva y su carácter lo habían llevado a lo más alto de un altar autoconstruido del que lo bajaron de una hostia enorme sin avisar. Meditó un momento

sobre las palabras del doctor y no encontró a nadie en quien confiase lo suficiente como para llorar en su hombro, desahogarse, soltar todo lo que llevaba dentro. Asimiló, sumando otro golpe a su vida, que no tenía amigos de verdad. Ni de verdad ni de mentira. Simples conocidos, compañeros sin más, a veces ni eso. Tampoco quería contárselo a ellos, al menos por ahora, ya que sabía cómo reaccionarían. Se acordó de cómo él y los demás le hicieron la vida imposible a aquel chico que había cogido una ETS y se le erizó el vello de la nuca cuando la posibilidad de ser él quien podría ser atacado se hizo tan real.

Oskar intentó pensar en alguna de las mujeres con las que mantenía relaciones esporádicas, ya que nunca quería repetir, pero lo descartó con rapidez. Normalmente, eran cuerpos esculturales vacíos por dentro, o las había tratado tan mal que se le reirían en la cara, considerando suya la victoria. Una de ellas una vez le amenazó con eso del karma, que todo lo malo que hiciera se le volvería en contra. Recordaba cómo la había echado del piso después de una larga noche de pasión, haciéndole un vacío enorme al acabar. Le encantaba humillar a la gente, en especial a las mujeres; le hacía sentir poderoso. Pero ahora, en su situación, le atemorizaba aún más recibir el rechazo de la sociedad.

Salió de la consulta al mediodía. Apenas quedaba nadie en el parque. Las jóvenes madres habían desaparecido, pocos estudiantes quedaban diseminados por el césped, y algunos jardineros se dedicaban a podar las ramas muertas de un enorme árbol.

Avanzó despacio por la calle en dirección opuesta a la facultad, pero le daba igual. No sabía dónde ir ni qué hacer. Se movía sin rumbo, intentando encajar la información. Recordó lo último que le había dicho el doctor antes de ofrecerle estrechar su mano para despedirse:

«Aprovecha tus ojos al máximo. Lee, ve películas, museos. Prepárate. Estudia braille. Adelántate todo lo que puedas».

Las palabras de Louis Miracle rebotaban por su cabeza como un enorme badajo, atormentándolo sin piedad. Sacó su iPhone y lo desbloqueó al tercer intento. Las lágrimas se le amontonaban, lo que dificultaba su visión todavía más. Buscó el contacto de su padre. Hacía tiempo que no le llamaba. No se llevaban muy bien, no se sentía querido por él, ni ahora ni durante su infancia, pero siempre pensó que era así, que ese era su carácter. Eligió su contactoy pulsó para llamar. Se arrepintió al momento y colgó sin dejar sonar ni un tono. No quería que viera su derrota, no aún, aunque no podía evitar echarle de menos. Siguió su camino hacia ningún sitio, solo, sin nadie a quien acudir.

17

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Miércoles 22 de marzo de 2017

Madre e hijo salieron del acuario Vida marítima de Londres sumidos en una burbuja de felicidad. Habían compartido un viaje extraordinario a través de los océanos del mundo. El pequeño Brian Jr., de ocho meses, se había comportado como un campeón. No le asustaron los aterradores tiburones tigre durante el recorrido por el túnel, y se había reído con los pingüinos «Juanito», también llamados de Papúa, que les observaron curiosos tras la cristalera, enseñándoles sus característicos parches blancos encima de los ojos. Los vieron saltar, nadar, e incluso varias crías jugaron ante los ojos de los visitantes.

Sandra había decidido visitar el acuario para hacer tiempo hasta las tres de la tarde, hora a la que había quedado para comer con Brian, que iría directo cuando saliera del banco, y con su padre, el parlamentario de la Cámara de los Comunes, Tony Shawcross, que en ese momento se encontraba en el interior de Westminster, enfrascado en un aburrido y tedioso debate político. Siempre tocaba esperarle, ya que las sesiones podían alargarse mucho, pero, aun así, a Sandra le gustaba llegar puntual a los sitios, y más ahora con Brian Jr., con quien cualquier imprevisto podría hacer que se retrasaran.

Al final, todo había salido mejor de lo que ella esperaba. Una de las pocas paradas de su padre en Londres sirvió para que ambas familias, la de Brian y Sandra, a excepción de Sarah, se reunieran en una cena familiar. La noticia cayó con excesiva sorpresa y admiración por parte de los futuros abuelos, para quienes iba a ser su primer nieto. Enseñaron la ecografía que confirmaba un heredero varón, y brindaron por ello hasta bien entrada la madrugada. También tuvieron que adelantar la boda, ya que una novia gorda no queda bonita en las fotos, aunque en ellas se veía a Sandra con una incipiente curva que fue malamente disimulada por el vestido. Desde el nacimiento de Brian Jr., los tres vivían en un lujoso apartamento en el centro de Londres, cerca de la oficina bancaria que dirigía Brian, y no demasiado lejos de Cheyne Walk, para que Stella, su madre, pudiera ir a visitar a su nieto sin mucha complicación. Seguía hidratándose con más alcohol que agua, y Sandra procuraba no dejarla sola con su hijo demasiado tiempo, pero no podía negarle su derecho a disfrutar de él. Continuaba viendo a Mel con regularidad, pero ya no con la misma frecuencia de antes. Sandra había continuado con el deporte hasta casi dar a luz, y lo retomó en cuanto los médicos le dieron permiso para ello, por lo que su físico tan preciado apenas se vio afectado por el embarazo.

Sandra empujaba el cochecito de bebé por la acera que bordeaba el río, dirigiéndose hacia el Puente de Westminster, con el London Eye observándola atentamente a sus espaldas. Subió las escaleras que separaban el paseo peatonal del puente, esforzándose mientras tiraba del carro y recibía la ayuda de un corredor que también las subía. Una vez arriba, agradeció al desconocido con poco interés y se pasó las manos hacia atrás por el pelo, acomodando su media melena roja. Ajustó su traje beis de chaqueta y pantalón, siempre con alguna arruga imaginaria, y se mezcló en el bullicio monumental que poblaba el puente a esa hora. Cientos de

turistas se tomaban fotos con el imponente Big Ben de fondo, tan impresionante como siempre. Varios niños de colegios cruzaban la acera tomados de la mano mientras las maestras se esforzaban por mantenerlos juntos y seguros. Antes de continuar, se agachó sin dejar de mirar el cochecito para ajustar el cierre del zapato derecho, que siempre le provocaba una ampolla enorme en el talón de Aquiles.

Brian Jr. estaba emocionado. No paraba de gritar y señalar todo lo que veía. Se parecía más a ella que a su padre, con su piel clara, nariz fina y cabello pelirrojo. Era un niño muy observador, propenso a comunicarse, que balbuceaba sin parar cosas inconexas mientras se erguía en la silla, en un intento por enterarse de todo. En ese momento, Sandra aprovechó para tomarle unas cuantas fotos con el puente y el reloj de fondo. Tenía muchas solicitudes de amigas y familiares, así que aprovechaba cualquier oportunidad para fotografiarlo de nuevo. En la pantalla de inicio de su iPhone llevaba una foto de los tres cuando celebraron el cumpleaños de Brian.

Madre e hijo se unieron al bullicio del puente por el lado derecho de la acera. Había tenido el móvil en la mano, pero como solía ocurrirle a menudo, no había mirado la hora, así que consultó su reloj Omega para confirmar que iban bien de tiempo. Eran las 14:39, llegarían con tiempo a la cita a las 15.

Comenzaron a caminar despacio, sin prisa, esquivando el ajetreo de personas que se movían en ambas direcciones. El murmullo de los coches y de la gente se entremezclaba con el olor a humedad que emanaba del río bajo sus pies. Aproximadamente al cruzar la mitad del puente, los gritos a su espalda los sobresaltaron. El caos se desató en cuestión de segundos. Sin saber qué hacer, Sandra se quedó quieta con el cochecito en medio de la acera mientras la

gente corría a su alrededor. Se volteó para ver cómo una mujer cruzaba el carril para ser luego atropellada por un autobús que venía en sentido contrario. Una joven, apenas de treinta años, saltó el muro y se dejó caer al río en un acto de desesperación por escapar de algo que Sandra aún no alcanzaba a comprender. Los gritos, el ruido, todo se convirtió en una melodía monstruosa de terror. Pensó en proteger a Brian Jr., pero no sabía de qué. Todo ocurrió muy rápido. Un enorme todoterreno gris apareció por la acera, avanzando hacia ellos como un ariete que apartaba a la gente a su paso y atropellaba a otros en su camino macabro. No tuvo tiempo para nada más que ponerse de espaldas al coche y sujetar a su hijo aún atado en la sillita. Apenas sintió el golpe del morro contra su espalda, pero sí notó cómo su cuerpo se deslizaba bajo el vehículo, obligándola a soltar el carrito, y sintió cómo sus piernas crujían antes de que todo se desvaneciera en un fundido a negro que la sumió en la más profunda oscuridad.

18

Oskar

Universidad de Loughborough, Inglaterra, Reino Unido.

Miércoles 22 de mayo de 2013

—¡Oskar! ¡Oskar! ¿Qué cojones haces? ¿Se te ha olvidado cómo nadar o qué? Dios, me estás sacando de quicio más que nunca —la voz potente y el acento del este del viejo entrenador Jan Rajki resonaron por la hueca cavidad de la piscina, atrayendo las miradas de todos los presentes—. ¿Así piensas ganar el mundial? ¡Nunca he entrenado a alguien tan malo como tú! Vas lento como una abuela.

Los métodos de Rajki, aunque infalibles en cuanto a méritos deportivos y reconocimientos medallistas durante los últimos cuarenta años, no dejaban dudas; sin embargo, su forma de entrenar y tratar a aquellos que consideraba mediocres estaba lejos de ser un ejemplo de comprensión. Aun siendo Oskar el mejor pupilo de los últimos tiempos, su dureza y nivel de exigencia eran excesivos. Varios deportistas habían abandonado sus carreras debido a la habilidad con la que Rajki desmoronaba su moral. Extrañas eran las ocasiones en las que hacía alguna excepción, y con Oskar había hecho varias. Algunas fueron por razones externas al deporte, las cuales obvió para no afectar a su progresión. Sin embargo, durante las últimas

semanas, el rendimiento de su principal espadachín había caído a niveles de principiante, lo que había agotado la paciencia de Rajki.

Oskar se mantuvo en silencio, agarrado al borde de la piscina mientras soportaba la enésima reprimenda.

—¿Qué hostias estás haciendo? ¿Quieres que te infle los manguitos? ¡Mírame cuando te hable! —Rajki se acercó a Oskar hasta estar justo encima de él, al borde del agua. No había perdido su acento, pero cuando se enfadaba, su inglés era tan perfecto como el de un auténtico británico.

—¡Sal de ahí y ven a mi despacho! —le ordenó, dándole la espalda.

Oskar salió despacio de la piscina bajo la mirada de sus compañeros, que no pudieron evitar algunas risas. Se secó como pudo, se puso las chanclas y siguió el camino que había tomado el entrenador. Conocía el centro de entrenamiento perfectamente, así que pudo recorrer el lugar sin demasiados problemas. En el mismo pasillo que conducía a su vestuario, había una pequeña puerta de madera que el entrenador había dejado abierta. Estaba aterrado; el momento de confesar había llegado. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ello, lo había imaginado durante días. Quizás había llegado tarde, pero el miedo lo tenía paralizado.

—¡Cierra! —ordenó Rajki cuando Oskar entró—. ¿Qué cojones estás haciendo? ¿Qué te pasa?

Si existiera una tabla de clasificación con las palabras más utilizadas por Rajki, «cojones» estaría en primer lugar con una diferencia abismal.

—Verá, entrenador. —Oskar tenía la cabeza gacha, abrumado por la cobardía y la vergüenza—. Lo sé desde hace un tiempo. Me estoy quedando ciego.

—¿Qué?, ¿hablas en serio? —Su semblante duro no se alteró.

—Sí, es lento, pero inevitable. Los lados de mis ojos se nublan poco a poco, avanzando hacia el centro. Se expande como el petróleo en el agua. Tarde o temprano ocupará todo.

—¿Por qué cojones no dijiste nada antes? —Se acercó a Oskar y le gritó a apenas un palmo de la cara.

—Tenía miedo, entrenador. Todavía lo tengo. Miedo de chocar con la pared, miedo de cambiar de carril, miedo de tropezar con todo, miedo al momento en que no vea nada —comenzó a llorar—. Miedo de decepcionarle. A usted, al país.

—¡Puta mierda! A ver, tranquilo —resopló mientras miraba al techo—. ¿Cómo estarás para el Mundial? ¿Puedes ganar?

—¿Qué? —preguntó Oskar, perplejo.

—Sí, ¿crees que podrás ver algo? ¿Podrías quedarte ciego después? Necesitamos ganar el Mundial. Ya encontraremos a alguien que te sustituya para Río. Tendremos tiempo para eso, pero, joder, ahora Barcelona es lo más importante. Debemos minimizar el impacto, entrenar tus miedos para que no afecten a tus tiempos. Podemos decir que, debido al cansancio acumulado, solo competirás en dos disciplinas, o incluso en una. Así no levantaremos sospechas —la mente del entrenador maquinaba cualquier solución plausible.

—Entrenador, ¿cree que me importa el Mundial? —Oskar no pudo ocultar su decepción—. Por favor, estoy quedándome ciego, y pensé que usted lo entendería.

—Sí, Oskar, sí lo entiendo, pero no soy tu padre. Si no nadas para ser el mejor, no sirves para mí, no tienes lugar aquí. Representas al país, no a ti mismo. Tenlo claro. Solo entreno a los

mejores, ya lo sabes. Lo que te ocurra fuera de aquí no me importa si no afecta a mi desempeño. Repito: ¿crees que podrás ganar algo en Barcelona?

Oskar se derrumbó en una de las sillas de plástico, llorando sin aparente consuelo. Se sentía destrozado.

—Vamos, cojones, no te pongas así, marica. Eres un fraude. —Rajki cogió el teléfono de la mesa, marcó un número y esperó unos segundos a que le respondieran.

Oskar no podía dejar de llorar. Percibía el final. Sus sueños truncados. Intentó prestar atención a la conversación telefónica de Rajki, pero solo pudo escuchar una frase antes de que el entrenador saliera del pequeño despacho: «tenemos un problema».

19

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Lunes 4 de septiembre de 2017

En algún momento, alguien dijo que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. El despertar fue progresivo. Poco a poco, su cerebro recuperaba las funciones previas, sin prisa, reducida la cantidad de fármacos que le administraban. La primera mañana que fue consciente de sí misma, los sanitarios estuvieron preparados. El *shock* psicológico tenía que estar debidamente acompañado. Sandra no recordaba nada. Nada del coche, del atropello, y mucho menos de haber sido víctima de un atentado. Había pasado los últimos seis meses en coma, pendiente de un hilo que la mantuvo en el borde del abismo hacia la muerte y al que estuvo a punto de caer en varias ocasiones. Una atención urgente en el puente y una primera operación esa misma tarde le habían salvado la vida.

Sus primeros recuerdos fueron verse rodeada de gente que no conocía, recostada en una cama que no era la suya, y vio a su madre a un par de metros de ella, con las manos tapándose la cara mientras lloraba a mares. Una luz potente le hizo daño al enfocarle directamente a los ojos. Intentó taparse con los brazos, pero no pudo; estaba muy cansada y su cuerpo no reaccionó como ella esperaba. Aún no podía articular palabra, mermada su garganta tras los

meses de silencio. Entonces recordó. Brian Jr. Su hijo. ¿Dónde estaba? Intentó incorporarse, nerviosa, pero su cuerpo no era suyo. No funcionaba. Enseguida vinieron los dolores. Las cosas extrañas. Cuando su vista se fijó en un punto, lo hizo alrededor de la cara del médico que tenía justo delante y que la tranquilizaba con palabras que no llegaba a comprender, pero que se le antojaban amables.

—Mamá… Brian… —consiguió balbucear con una voz deteriorada por el desuso.

Stella apenas podía respirar y tuvo que ser atendida por los mismos sanitarios que poblaban la habitación. Sandra se puso aún más nerviosa y, con un esfuerzo excesivo levantó sus brazos hacia su madre en un abrazo a distancia, en un intento vano por acercarse a ella. Más que asustarse, se quedó paralizada, observándose incrédula. Su brazo derecho. No había nada más allá del codo, cubierto por una venda que remataba el muñón, pero ella sentía su mano, sus dedos. Pasó unos segundos asimilándolo. El izquierdo estaba bien, plagado de vías y cables, pero entero.

Los sanitarios intentaron calmarla. Volvió a intentar incorporarse, pero su cuerpo tampoco respondió esta vez. Apenas pudo mover el cuello y la espalda. Los nervios empezaban a devorarla. Se tocó el muñón con la mano izquierda. Comenzó a llorar. Una pesadilla. Tenía que serlo. De esas tan reales que te hacen dudar. La enfermera preparaba algo en una bolsa para colgarlo del porta sueros y enganchárselo a la vía. Un dolor punzante le atacó en las piernas. En un descuido de los profesionales que la atendían, logró con su brazo sano levantar la dura sábana que las tapaba. El susto fue aún mayor que el primero. Le dolían los pies, los dedos, las rodillas, pero ahí no había nada. Su pierna derecha terminaba en otro muñón vendado justo bajo la rodilla y la izquierda apenas se alejaba de la cadera, cercenada y vendada toda la zona

de la pelvis. Le dolían, pero no existía nada que pudiera hacerlo. Tenía que ser una broma, una cruel broma de la pesadilla que la atormentaba. No tenía piernas para sufrir dolor. Intentó moverse por todos los medios, pero no lo consiguió, en parte por el trabajo de los sanitarios que la mantuvieron inmóvil en la cama. Una vez que la medicación estuvo conectada y colgada, comenzó a caer de nuevo en un sueño, en un descanso que le hizo desconectar su cerebro. Brian Jr. se reflejó en su mente justo antes de desvanecerse.

Su segundo despertar fue igual de traumático. No sabía si había transcurrido una hora, un día o un mes. Reconoció de nuevo la habitación, la que supuso era de hospital, pero esta vez tenía a su madre al lado, que dormitaba apoyada en un sillón negro. Observó a su alrededor. Varios ramos de flores poblaban la habitación, ocupando cualquier hueco libre. Comenzó a recordar. Se miró de nuevo su brazo derecho para encontrarlo igual que la última vez. De nuevo con mucho esfuerzo destapó su tren inferior para verlo consumido, a medias. No había sido una pesadilla. Era real.

—¡Mamá! ¡¡Mamá!! —gritó con apenas fuerza, aunque con la suficiente intensidad como para despertar a Stella.

—¡Hija! ¡Cariño, no te muevas! —Y empezó a pulsar el botón de emergencias que colgaba de la cama.

En menos de un minuto, la habitación se llenó de nuevo de sanitarios que la estabilizaron. Esta vez estaba más tranquila, todavía atontada por la medicación. Volvieron a dirigir la linterna a sus ojos, cegándola de nuevo. Preguntó por su hijo, pero no recibió respuesta.

—Enseguida hablarán contigo —dijo una enfermera.

Una mujer cincuentona con bata blanca sobre un vestido verde entró en la habitación acompañada de un médico no mucho mayor que ella. Todas las enfermeras, salvo una que se quedó al fondo de la habitación por si las cosas se descontrolaban, se retiraron y quedaron solos allí con Stella y Sandra.

—¿Cómo estás, Sandra? —quiso saber la mujer—. Soy la doctora Stewart y soy psicóloga. Estoy aquí para explicártelo todo.

—¿Brian? Mi hijo… —dijo Sandra con un hilillo de voz ronca.

Silencio. La psicóloga miró con complicidad al doctor, y después a Stella, que lloraba al lado de la cama.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está? ¿Mamá? —comenzó a ponerse muy nerviosa.

—Sandra, mírame —dijo la doctora—. Sufriste un atentado en el puente de Westminster. Has pasado los últimos seis meses en coma inducido. Esto que voy a decirte es duro, pero debes saberlo. Tu hijo murió en el momento. Fuisteis atropellados por el coche del terrorista.

Vagos recuerdos le empezaron a venir a la cabeza. Gritos, pitidos, gente que se movía aterrorizada.

—Caíste debajo de él, te arrolló, y a Brian también. No pudieron hacer nada por salvarle. No sufrió. Pero tú sí, y afortunadamente sigues viva.

El doctor entró en escena sin presentarse, retomando la conversación donde la había dejado su colega.

—Has perdido las piernas y el brazo derecho. Sufriste una sepsis que obligó a amputarte ambas. El golpe te provocó una lesión medular en C5 —el doctor se giró para señalarse en su

propio cuello el lugar de la vértebra—, lo que provoca que apenas puedas moverte. Sé que es duro, pero podrás llevar una vida casi normal, y estamos aquí para ayudarte.

Sandra estaba callada, repartía su mirada por igual a aquellos médicos y buscaba a la vez en su madre una respuesta, algo que le dijera que todo había sido una broma de mal gusto y que Brian Jr. entraría por la puerta con su padre. Que sus piernas y brazos volverían. Pero su madre negaba con la cabeza entre lágrimas.

—Esto no es el final, Sandra —dijo el médico—. Tu familia te apoya y tendrás todos los medios para que tu vida sea lo más normal posible. Pronto empezaremos con tu rehabilitación, y aprenderás a usar la silla. Tendrás todo el apoyo necesario, ya lo verás. Ahora quiero que te quedes con tu madre y que entre las dos asimiléis lo que os acabamos de decir. Tienes que ser fuerte. En cualquier momento nos avisas —dijo dirigiéndose a Stella mientras señalaba el pulsador de emergencia.

Ambos médicos y la enfermera se marcharon de la habitación sin despedirse. Madre e hija estaban ahora solas. Ambas lloraban.

—Agua —pidió Sandra.

Stella la ayudó a beber de un vaso de cristal. Una vez se hubo saciado, la miró a la cara.

—¿Es verdad? —preguntó.

—Sí, cariño, es verdad —contestó Stella.

—¿Dónde está Brian? ¿Y papá? ¿Sarah?

—Cariño, papá está de viaje, ya sabes, pero enseguida vendrá. Insistió en llevarte a un hospital privado, pero los médicos lo desaconsejaron. Tu hermana no sé dónde está, pero me llama todos los días. Pronto vendrán a verte, seguro.

—¿Y Brian? ¿Por qué no está aquí conmigo? —quiso saber sobre su marido.

—Cariño… Brian se marchó. Tras la muerte de… —se le rompió la voz—. Tras la muerte de Brian Jr. y tus operaciones, dejó de venir. No quiso saber nada más. Decía que no podía hacerse cargo de ti, que no tenía por qué hacerlo —el aliento de Stella apestaba a alcohol— y que no iba a cuidarte. Ha comenzado los trámites del divorcio.

El mundo se conjuró contra Sandra. Lo había perdido todo. No sabía cómo asimilarlo. Las noticias se atropellaban en su mente, comprimiéndose unas contra otras y provocándole un dolor punzante en las sienes. Intentó tocarse la cabeza con su brazo cercenado, pero no fue consciente del muñón hasta que lo vio. Las lágrimas brotaron sin control. Ambas mujeres lloraban, sumidas en una situación tan dramática en la que su madre se cambiaría por ella sin dudarlo.

—Ahora descansa —dijo Stella, con voz entrecortada—. Es demasiado de golpe, pero tranquila, te ayudaré.

Sandra cerró los ojos, sumergiéndose en su mundo interior. Sintió el reconfortante gesto desu madre rodeando su única mano, la izquierda, y ambas quedaron en silencio durante mucho tiempo aquel día.

20

Oskar

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Viernes 22 de enero de 2016

Como cada mañana laboral, el pequeño piso en Shuttleworth Rd se despertaba con la rutina acompasada de los relojes. A las 8 en punto, la puerta se cerraba, dejando a Oskar dentro de su protección. Sin embargo, este día era diferente. Por primera vez desde su regreso al hogar desu padre en Londres no estaba solo. Rubi, su fiel compañero de cuatro patas, lo acompañaba, un imponente pastor alemán que había llegado para cambiarlo todo.

Oskar había esperado durante dos largos años para recibir a Rubi, sorteando una lista de espera interminable y enfrentándose a los rigurosos criterios de selección. Pasó pruebas de destreza con el bastón, demostró su independencia física y su disposición para cuidar y proporcionar un hogar adecuado al nuevo miembro de la familia. Convencer a su padre para aceptar a Rubi en su vida fue todo un desafío, ya que era un hombre de costumbres arraigadasy reticente a los cambios.

Ahora, el vínculo entre Oskar y Rubi se fortalecía día a día, tras un mes de intensivo entrenamiento. Juntos, se iban a aventurar por primera vez en las calles de Londres, dispuestos a enfrentar los nuevos desafíos que les deparaba el mundo urbano.

La relación entre Oskar y su padre era distante, marcada por largos periodos de silencio y escasa comunicación. A pesar de ello, se respetaban mutuamente y se brindaban ayuda en la medida de lo posible. Sin embargo, hubo un momento crucial que cambió el curso de su relación.

Oskar recordaba el día en que decidió llamar a su padre para contarle todo sobre su enfermedad. Fue después de salir del despacho del entrenador Rajki, en la piscina, con la mirada de todos los presentes clavada en él mientras las lágrimas le nublaban todavía más la vista. En esa llamada, Oskar se abrió por completo, explicando todos los detalles de su situación. Su padre lo escuchó en silencio, sin juzgarlo ni compadecerlo. Solo preguntó por qué no se lo había dicho antes. Esa simple pregunta fue suficiente para hacer que Oskar se derrumbara por completo. Se reprochaba no haber compartido su carga, aunque sabía que ya era demasiado tarde para cambiarlo.

Esa misma tarde, Oskar empacó sus cosas en el piso que habitaba y dejó atrás lo que consideraba menos importante. No se despidió de nadie y al día siguiente, temprano por la mañana, se embarcó en el primer tren rumbo a Londres. Su padre lo esperaba en la estación de *Saint Pancras*, aparcado frente a la majestuosa fachada gótica. Tras un breve saludo sin afecto, padre e hijo emprendieron juntos el camino hacia el modesto piso al sur del Támesis, donde Oskar había pasado su infancia.

Y allí estaba ahora, sentado en la cama de la habitación que había sido su refugio de niño, años después, con apenas un uno por ciento de visión y un compañero canino a su lado.

Los primeros meses tras su retiro fueron los más duros: notificaciones constantes en su teléfono móvil, explicaciones que no quería dar a personas con las que no deseaba tener

relación alguna. Las llamadas de los periodistas se intensificaron a medida que se acercaba el Mundial de Barcelona.

Oficialmente, se anunció que, por razones personales y agotamiento acumulado, Oskar Williams y su equipo habían decidido no participar en los Mundiales de Natación de 2013. Sin embargo, la realidad era muy distinta. Oskar había insistido en mantener un perfil bajo, evitando que la opinión pública supiera sobre su retirada o su traslado a Londres. Esta discreción alimentó las especulaciones maliciosas de la prensa sensacionalista, que se regocijaba ante la posibilidad de despedazar a un deportista de élite con fama de mujeriego y poco amable con el sexo opuesto.

Oskar siguió de cerca el desarrollo del Mundial, lamentando en silencio su ausencia. Maldijo su destino, su mala fortuna, todo ello mientras su padre observaba con indiferencia. Sin embargo, todo cambió a finales de agosto, unas semanas después de la conclusión del campeonato. Después de concederle un tiempo razonable para su duelo, su padre lo instó a levantarse. Fue una sola frase la que bastó para impulsar a Oskar a iniciar su recuperación: «Si no acudes al psicólogo y no intentas adaptarte a tu nueva vida, tendrás que irte de aquí». No necesitó más amenazas; estaba lo suficientemente solo como para arriesgarse a perder la casa y la única compañía de su progenitor.

Los pasos iniciales junto a la psicóloga fueron lentos, pero con el tiempo se revelaron como extraordinariamente útiles. Aceptó su enfermedad, preparándose mentalmente para los desafíos que vendrían, con la certeza de que empeoraría, pero decidido a enfrentarlos de la mejor manera posible. También exploró la relación con su padre, tanto la presente como la

pasada y la futura; reflexionó sobre su cambio de estilo de vida y sobre las nuevas formas en las que podría encontrar realización.

Descubrió que existía gente bondadosa, personas que se ofrecían voluntarias en asociaciones para ayudar a los demás de manera desinteresada. Estas organizaciones le enseñaron a usar el bastón, a esquivar obstáculos y a fortalecer su memoria para memorizar la distribución del hogar de su padre sin poder verlo. Esta experiencia le enseñó una valiosa lección: la constancia. Aprendió a ser constante, algo que hasta entonces no había necesitado, acostumbrado como estaba a que todo se le entregara con facilidad, solo por nadar bien, aupado en un falso sentido de superioridad. Aquellas personas lo ayudaban sin importar quién era o lo que había sido. Por primera vez en años, no se sintió juzgado ni observado. El orden en su vida adquirió una importancia vital. Los objetos debían estar siempre en el mismo lugar, en la misma posición y ser fácilmente accesibles. Tareas cotidianas como seleccionar la ropa por la mañana se convirtieron en rituales meticulosos que debía ejecutar con precisión.

Conforme su visión empeoraba, Oskar se vio obligado a poner en práctica todo lo que había aprendido. Comenzó con paseos por zonas familiares, regresando a lugares que estaban guardados en los rincones de su memoria. Su amor por el agua y la natación lo llevó de vuelta a la piscina de sus inicios, un centro deportivo para escolares y aficionados ubicado a solo treinta minutos a pie desde su hogar.

Durante el camino, recordó con nostalgia cómo su padre, a pesar de su destacada cojera, lo llevaba de la mano tres tardes a la semana, y cómo esperaba en las gradas mientras él entrenaba. Al llegar al complejo, inhaló profundamente el aroma a cloro y humedad,

emocionado por la familiar sensación que inundaba sus sentidos, como si estuviera reviviendo una escena de su infancia.

En la piscina se reencontró con algunos de los entrenadores que le habían enseñado los fundamentos de la natación. A pesar de haberlos olvidado en su camino hacia el profesionalismo, lo recibieron con cariño y estuvieron encantados de adaptarle una calle con los materiales necesarios y asignarle horarios en la piscina climatizada para que pudiera entrenar con discreción.

Entre los nuevos entrenadores se encontraba John, apodado *Jonny Metralletas*, compañero con quien solía nadar. Aunque le costó reconocerlo al principio, los recuerdos de su niñez regresaron de golpe cuando John tartamudeó al saludarlo. Ambos compartieron momentos felices, y poco a poco retomaron su relación, aunque nunca llegaron a considerarse amigos íntimos.

Por fin, en este primer día con Rubi, Oskar se levantó de la cama y se dirigió hacia la entrada del piso. Cada movimiento estaba meticulosamente planeado en su mente. Sus manos buscaron con familiaridad el arnés de Rubi, que colgaba del perchero de pie, y lo ajustó con cuidado alrededor del cuerpo del perro guía. Luego, encontró la correa y la colocó como le habían enseñado.

El aire de la mañana se sentía fresco, así que Oskar se abrigó bien, asegurándose de que su poblada barba quedara al descubierto por encima de la bufanda. Se puso sus gafas de sol Ray Ban negras, una parte esencial de su atuendo, se abrochó el chaquetón, y desplegó su bastón.

Juntos, Rubi y él salieron de casa con paso firme, listos para enfrentar lo que el día les deparaba.

Aunque intentaba ocultarlo, Oskar se sentía nervioso. A pesar de tener claro su destino y el camino que debía seguir, una sensación de inquietud se apoderaba de él. Recordó los segundos previos antes de lanzarse a la piscina en su primer día de participación en los Juegos de Londres: ese mismo miedo se agitaba de nuevo en su interior.

El parque Battersea se extendía como un vasto jardín en la orilla sur del río Támesis, lleno de diversas áreas deportivas y de recreo. Oskar lo conocía bien desde que era pequeño, cuando solía visitarlo con la escuela o los domingos por la mañana junto a su padre. Dio la orden a Rubi, su fiel compañero, y el perro comenzó a avanzar a su lado izquierdo, pegado a él como siempre.

Progresaron lentamente, sorteando obstáculos con destreza. Rubi detuvo su paso ante cada escalón, indicando a Oskar con su comportamiento los posibles peligros. Mantuvieron una línea recta en la acera, cruzaron los semáforos sin contratiempos y esquivaron las papeleras con facilidad gracias a la atención del perro guía.

Después de unos minutos, Oskar confirmó que estaban en el camino correcto. El aroma del pan recién horneado de la pastelería de la señora Coleman, una tienda antigua con hornos de leña que aún conservaba como vestigios de la posguerra, despertó su apetito. Aunque pensó en entrar a comprar algo, decidió posponerlo para otro momento; no quería apresurarse.

Cruzaron la calle y entraron en el parque, donde el sonido de la gravilla bajo sus pies los acompañaba. Continuaron su camino hacia la Pagoda de la Paz, impregnados del aroma del río Támesis. Este edificio tenía un significado especial para Oskar: construido en los años ochenta por una secta budista japonesa, representaba un símbolo de paz y armonía. Desde siempre le fascinaba este lugar, y no se le ocurrió un sitio mejor para su primera salida con Rubi. Un refugio de tranquilidad en medio del bullicio de la ciudad.

Una vez allí, buscaron un banco que Oskar recordaba haber frecuentado de niño. Estaba ubicado estratégicamente junto al camino norte que cruzaba el parque. No les costó encontrarlo y, tras asegurarse de que nadie ocupaba el lugar, Oskar se dejó caer lentamente para descansar, sobre todo mentalmente, mientras Rubi se tumbaba a sus pies. A pesar del frío, estaba bien abrigado y no resultaba insoportable.

Se sintió satisfecho por su independencia y el trabajo conjunto con Rubi, quien había demostrado valentía y profesionalidad. Era una victoria a medias, ya que aún debían regresar a casa, pero una pequeña sonrisa asomó bajo su barba. Hacía tiempo que no sonreía, así que la aceptó con ánimo renovado. No tenía prisa por marcharse. Quería saborear cada momento sin presiones adicionales, disfrutando de la tranquilidad del parque. Sin embargo, comenzó a echar de menos la lectura: el tacto de un libro, el olor de las páginas nuevas y las historias que le transportaban a mundos lejanos, donde podía conocer a personajes fascinantes con los que identificarse.

Aunque se había adaptado al braille, todavía le costaba mantener el ritmo, y la variedad de textos disponibles era limitada a su parecer. Recordó los muchos volúmenes que había dejado atrás al salir huyendo de la universidad. Sin embargo, su padre, amante de la literatura, conservaba una valiosa colección de libros en el pequeño piso, la cual Oskar había aprovechado antes de perder la vista.

Se dio cuenta de que había heredado de su padre el gusto por las poesías románticas y los ensayos ilustrados, y lamentó no poder sumergirse en esas páginas como solía hacerlo. Pero decidió no dejarse vencer por la nostalgia. Aún había mucho por descubrir y aprender, incluso en su nueva realidad.

La mañana transcurrió tranquila y nublada, con el sol oculto tras las densas nubes de la capital, aunque sin amenaza de lluvia. A pesar de que la temperatura apenas superaba los seis grados, la ciudad parecía resistir el frío. El sonido de las hojas de los árboles susurrando con el viento le resultaba reconfortante. El parque se fue llenando gradualmente de personas. Oskar aguzó sus sentidos, tratando de estar atento a su entorno. Un nutrido grupo de escolares pasó a pocos metros de él, dirigiéndose hacia el zoo que se encontraba en el interior del parque. El bullicio de las voces infantiles era acompañado por el intento de dos maestras por mantenerlos en orden, una tarea que parecía desafiante.

Poco después, llegaron los pasos rápidos pero cortos de al menos tres señoras mayores que salían a caminar. Las tres hablaban sin cesar, superponiéndose unas a otras en una charla animada. Una mencionaba la reciente jubilación de su marido, otra hablaba sobre la boda de su hija pequeña, y la tercera compartía anécdotas sobre su nieta. Sus voces formaban un torbellino de conversación entremezclada con respiraciones aceleradas.

Rubi se puso en pie de repente, tensando el arnés y obligó a Oskar a mantener firme el brazo. El perro adoptó una postura estática, alerta ante algo que su dueño aún no había detectado. Oskar acarició la cabeza del animal, en un intento por calmarlo, pero este seguía concentrado en algo. Notó la vibración de unas zancadas poderosas que se acercaban rápidamente desde su izquierda, justo donde Rubi se había quedado inmóvil.

Eran al menos dos corredores, algo común en ese lugar. Se acercaban a pocos metros del banco donde estaba sentado Oskar. Cuando estuvieron justo frente a él, los ladridos de Rubi resonaron en el aire, acompañados de un tirón repentino hacia aquellas personas que a Oskar le costó contener. Intentó sujetar el arnés, pero la sorpresa y la rapidez del movimiento

hicieron que el perro se adelantara hacia las zancadas y lanzara un par de mordiscos que estuvieron a punto de alcanzar su objetivo.

—¡Joder, qué susto! —gritó una voz femenina.

—¡Perdón, perdón! —replicó Oskar, que seguía sentado en una lucha con el arnés mientras Rubi no paraba de ladrar—. No sé qué le ha pasado, discúlpame.

—¡Sandra! ¿Estás bien? ¿Te ha mordido? —preguntó una segunda mujer.

—No, no. Tranquila —respondió la primera mientras jadeaba.

—¡Puto negro! ¿Qué coño te crees? ¡Haz que se calle! Contrólalo, joder. Deberíamos llamar a la policía —dijo sin acercarse demasiado.

Oskar identificó a las dos chicas como jóvenes, rondando la treintena. Despedían un aroma que mezclaba perfume caro con el sudor propio del ejercicio. Dedujo para sí mismo que habían comenzado a correr temprano esa mañana.

—Déjalo, no pasa nada. Vámonos —la tal Sandra intentó relajar a su compañera—. Es ciego, mira el bastón.

—Me importa una mierda, joder. Se nos están comiendo y no hacemos nada.

Las dos corredoras continuaron su camino. Una vez estuvieron lo suficientemente lejos, Rubi, como si nada hubiera pasado, dejó de ladrar y se sentó de nuevo a los pies de Oskar, tranquilo y sereno.

—¡Joder, tío! ¿Qué te ha pasado? —le preguntó mientras le acariciaba la cabeza—. Se supone que tú no haces esas cosas.

21

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Martes 20 de febrero de 2018

Las obras de remodelación en el número 11 de Cheyne Walk concluyeron justo el día anterior al regreso de Sandra a casa. Su padre, aunque ausente físicamente, no escatimó en gastos para hacer que la estancia de su hija fuera lo más confortable posible. Se eliminaron todas las barreras arquitectónicas: los escalones de la entrada fueron sustituidos por una rampa, se ampliaron los marcos de las puertas, se adaptó uno de los baños donde instalaron maquinaria y arneses para facilitar el movimiento de personas con discapacidad, y se añadió un pequeño ascensor que cubría todas las escaleras de las tres plantas. Además, no escatimó en la silla de ruedas. Optó por la más moderna del momento, con suficiente autonomía para que Sandra tuviera independencia y que se recargaba durante las noches. Contrató a una cuidadora a tiempo completo, que se instaló en la habitación contigua a la de Sandra y que pasaría la mayor parte del tiempo con ella, ayudándola en su aseo diario, en el movimiento en la cama para evitar úlceras y, en menor medida, brindándole compañía. Toda la logística se vio terminada con la compra de una furgoneta con la parte de carga adaptada con rampas y sujeciones para la silla, que le serviría para los transportes largos.

Sin embargo, la soledad fue una losa con la que Sandra no había contado. Descubrió pronto que su amiga de toda la vida, Mel, quien nunca acudió al hospital, y Brian, padre de su hijo fallecido y ahora exmarido, habían comenzado una relación sentimental a sus espaldas. Brian había arreglado todos los trámites del divorcio sin su participación directa, y ella solo tuvo que dar fe ante notario del fin del matrimonio. Sin conversaciones, sin explicaciones. Simplemente se marchó con su mejor amiga. Sandra no dudaba del dolor que Brian había experimentado por la pérdida de su hijo, pero sí descubrió la verdadera naturaleza de su carácter: despiadado y cobarde, a pesar de que su padre lo consideraba el yerno ideal.

El proceso de adaptación de Sandra a su nueva vida en casa de sus padres fue desafiante desde el principio. Solo contaba con la ayuda de su madre y de Mary, la enfermera que se convirtió en su sombra inseparable desde entonces. Mary, a pesar de su apariencia delicada, demostró ser una profesional excepcional, capaz de mover a Sandra con fuerza y tratarla con amabilidad.

Los días transcurrían con una rutina marcada por una serie de actividades indispensables que Sandra no podía realizar por sí misma: tomar la medicación, recibir fisioterapia, mantener la higiene personal e incluso enfrentarse a los dolores menstruales. Todo esto siempre bajo la supervisión y asistencia de Mary. Además, las visitas semanales al hospital, a la psicóloga y al psiquiatra se convirtieron en parte de su nueva normalidad.

Lo que más le costaba a Sandra era salir a la calle. Se sentía avergonzada de su apariencia y temía el juicio de los demás, ella que siempre había valorado tanto la imagen y había sido crítica con el aspecto de la gente. Al principio, sus paseos se limitaban a la manzana que rodeaba su casa, siempre acompañada por Mary. Pero poco a poco, con mucho esfuerzo,

comenzó a aventurarse sola. Los médicos y su madre le insistían en mantener cierta independencia para evitar caer en una depresión mayor, así que se esforzaba por superar sus miedos.

Cada salida era un desafío. Se enfrentaba a las dificultades arquitectónicas de la ciudad, como la ausencia de vados, bordillos altos y pasos de cebra sin semáforos. Cada vez que veía un coche en movimiento, los recuerdos del terrible día del atentado la asaltaban, obligándola a detener la silla y paralizándola por completo. En una ocasión, tuvo que llamar a Mary a través del micrófono bluetooth que la acompañaba en todo momento, incapaz de moverse al ver pasar un todoterreno. Mary acudió rápidamente y la encontró empapada bajo la lluvia y bloqueada en una esquina cercana a su casa.

Aquella fría mañana de martes de febrero, se atrevió a dar un paso más. El termómetro marcaba ocho grados y el cielo estaba nublado, con riesgo de lluvia, pero no le importó. Los antidepresivos hacían su efecto y se sentía extrañamente animada. Recordó sus carreras por Battersea Park y decidió rememorar tiempos mejores haciendo de nuevo el recorrido. A pesar de la insistencia de Mary en acompañarla, Sandra, obstinada en ir sola, se lo impidió, pero no sin antes avisarla para que estuviera lista en cualquier momento para ir a buscarla si la situación se torcía durante el trayecto.

Le taparon bien la parte inferior con una manta y se protegió lo más posible con un abrigo negro. No se había vuelto a maquillar, y eso no cambió aquel día. Un gorro de lana rosa, rematado con un enorme pompón, culminó su estilismo. Salió de casa atravesando la verja metálica bajo la atenta y preocupada mirada de su madre y de Mary. Cruzó el parque por el sendero hasta la calle que discurre paralela al Támesis y se encaminó hacia el puente. Pasó por

delante de la entrada al Puerto de Chelsea, que también estaba en obras para mejorar su accesibilidad a personas con movilidad reducida y carritos de bebé, sustituyendo las escaleras por rampas de acceso. Tomó el puente por el arcén izquierdo. No pudo evitar llorar por sus recuerdos, por aquel tiempo en el que sus propias piernas la transportaban grácilmente a cualquier lugar. Aceleró la silla todo lo que pudo. El viento en su cara y la falsa sensación de velocidad la tranquilizaron. Una fina lluvia comenzaba a caer.

El tráfico fluía ajeno a ella y apenas se encontró con nadie durante el recorrido por la estrecha acera del puente. Las sensaciones vibraban en su piel. La emoción de la independencia parcial era superior al frío. También el estar sola de vez en cuando la ayudaba, aunque sus pensamientos se centraban en su hijo, en Brian, en el accidente… Siempre era lo mismo, pero se había prometido avanzar, y en ello estaba. Mirar hacia adelante. Desde la silla, minimizando su discapacidad.

Llegó a la valla lateral que rodeaba Battersea Park y que tantas veces había cruzado al trote. Entró en el parque de nuevo, paralela al río. Quería llegar hasta la Pagoda de la Paz, rodearla, llegar hasta el zoológico y regresar. Suficiente para aquel primer día. La silla cumplió con nota sobre el suelo de arena húmeda, sin atascarse, valiente sobre cualquier terreno. Según giró por el camino hacia la pagoda, otro recuerdo le vino a la mente, un susto que ya había olvidado. En el mismo banco de siempre estaba el hombre negro sentado con el enorme pastor alemán sosegado a sus pies. Recordó el primer contacto con él años atrás y cómo desde ese momento le habían evitado en cada una de sus salidas deportivas. Parecía estar atornillado al banco, siempre quieto allí, sin moverse. Ya fue demasiado tarde. El perro alzó la cabeza hacia su dirección, separados apenas por dos metros, y comenzó a ladrarle. El hombre negro estuvo

atento al primer tirón y mantuvo al perro a raya, sin dejar que se acercara a Sandra, pero sin conseguir que dejara de ladrar.

—¿Qué pasa, tío? —le reprochó al animal—. No suele comportarse así —dijo luchando con el arnés.

—Debo caerle mal, porque no es la primera vez que me ladra.

—¿Eres una de las chicas que solía correr por aquí todas las mañanas?

—Sí, ¿cómo lo sabes? La primera vez fue hace un tiempo, y hasta ahora os había evitado. Me pone nerviosa.

—Ah, recuerdo tu voz y aquel día. Te aseguro que en todos estos años solo se ha comportado así contigo.

—Vaya, eso no me tranquiliza mucho —admitió Sandra, todavía preocupada, aunque la voz del hombre la tranquilizaba. Era más joven de lo que parecía, con una frondosa barba que le daba un aspecto más maduro, especialmente con el gorro de lana y las gafas de sol que casi le ocultaban la cara.

—Tranquila —dijo, logrando calmar al perro y haciéndolo sentar nuevamente a sus pies—. Me llamo Oskar, Oskar Williams —se levantó del banco y extendió la mano hacia la voz de Sandra.

—Ah, sí, soy Sandra Anderson —respondió ella—. Encantada.

Oskar mantuvo su mano extendida unos segundos más antes de retirarla, como si hubiera esperado un gesto que nunca llegó. Sandra notó la incomodidad del hombre y se dio cuenta de que había parecido un tanto descortés. Trató de enmendarlo rápidamente.

—No, disculpa. Es que… Es difícil de explicar. Voy en silla de ruedas y no puedo estirar los brazos. Bueno, el brazo. Solo tengo uno.

—Vaya, cómo se me ha podido escapar semejante cosa, con lo atento que suelo estar a los detalles.

—¿No eres ciego? —preguntó sorprendida.

—Sí, por eso —rio con fuerza—. Se me ha hecho raro que no vinieras corriendo, y ahora sé qué era ese ruido por la tierra. Vaya silla todoterreno debes tener. ¿Quieres acercarte al bancoy nos sentamos un poco? Bueno, me siento yo.

Sandra sonrió, encantada con la broma. Acercó la silla hacia él, todavía algo asustada por la reacción que podría tener el perro.

—¿Me prometes que lo mantendrás controlado? —preguntó con cautela.

—Sí, ya está mucho más tranquilo. Mira, Rubi, esta es Sandra, una amiga. Sandra, este es Rubi.

El enorme can se acercó hasta la silla, esta vez en silencio, y le lamió con delicadeza la mano que sostenía la palanca de mando de la silla. Sandra le devolvió el saludo, tocándole el húmedo morro y palpándole la cabeza lo poco que sus limitados movimientos le permitieron.

—¿Puedo preguntar qué te pasó? —quiso saber Oskar con delicadeza—. Disculpa si me entrometo en algo que no me incumbe, es solo curiosidad.

—Bueno —dijo Sandra tras meditarlo un momento—, sí puedes, si luego me respondes la misma pregunta.

—Ah, preguntas y respuestas. Me encanta.

Comenzaron a charlar. Sandra le contó sobre el atentado, pero sin entrar en detalles sobre su hijo, divorcio y demás. Aunque seguía siendo un desconocido, le transmitía una tranquilidad que la animó a seguir la conversación. Luego llegó el turno de él. Sandra se quedó asombrada. No sabía si aquel hombre le estaba mintiendo o no. Su nombre por sí solo no le había sonado, pero una vez que contó su historia, la relacionó. Deportista y medallista olímpico. Recordó que años atrás el tema había copado horas y horas de programas matutinos sobre lo ocurrido con el atleta, hasta que un día dejó de ser noticia.

—Y ese día que Rubi os ladró a ti y a tu amiga fue el primero que salí solo de casa y vine hasta aquí. Desde aquel día vengo todas las mañanas —remató Oskar su historia.

—Vaya, parece que a los dos nos ha ido muy bien en la vida —bromeó ella.

—Sí —dijo él entre risas.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos, agotada la conversación. No había contado el tiempo, pero había pasado demasiado y seguramente su madre y Mary estarían a punto de llamarla para ver dónde estaba. No quería preocuparlas, así que quiso despedirse.

—Bueno, Oskar Williams. Te pediría un autógrafo, pero no llevo papel encima.

—Oh, ¿ya te marchas? Ahora que empezábamos a llevarnos bien.

—Sí, mi madre se preocupa si salgo mucho tiempo sola. No obstante, ha sido un placer —sabía que debía marcharse, pero había algo en aquel hombre que la retenía, que no la dejaba irse del todo.

—Lo mismo digo. Esta vez me dejo la mano recogida —rio de nuevo.

Sandra dio marcha atrás con la silla para retomar la senda de tierra paralela al río que la devolvería al puente. Cuando apenas había avanzado unos metros, la voz de Oskar resonó fuerte a su espalda.

—Oye, Sandra. Igual es algo precipitado, pero ¿te gustaría vernos de nuevo? Bueno, verme… En otro sitio que haga menos frío. Te puedo invitar a desayunar.

Sandra dudó unos segundos, pero se vio lo suficientemente fuerte como para aceptar.

—Vale —dijo al final—, pero ¿cómo hacemos para quedar? Estamos algo limitados…

Oskar sacó su iPhone del bolsillo y le habló directamente.

—Oye Siri, guarda un contacto.

—¿Nombre del contacto? —quiso saber la voz femenina que enseguida respondió.

—Sandra Anderson. ¿Cuál es el número? —continuó.

Sandra le dictó su número de teléfono y Oskar lo repitió en voz alta.

—Perfecto —dijo una vez terminado—. ¿Te llamo esta tarde?

LA LUNA ASOMA

Cuando sale la luna
se pierden las campanas
y aparecen las sendas
impenetrables.

Cuando sale la luna,
el mar cubre la
tierra y el corazón se
siente isla en el
infinito.

Nadie come naranjas
bajo la luna llena.
Es preciso comer
fruta verde y helada.

Cuando sale la luna
de cien rostros iguales,
la moneda de plata
solloza en el
bolsillo.

Federico García Lorca
Poemas y Canciones

TERCERA
PARTE

22

Oskar

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Sábado 24 de febrero de 2018

Avergonzado, como si la voz que surgiría del otro lado le asustase, se decidió a llamar a Sandra aquella misma tarde. La conversación fue breve. Dada una cita médica que ella tenía al día siguiente por la mañana, acordaron encontrarse para almorzar el sábado siguiente. Sandra eligió el lugar: un famoso restaurante Grill, que llevaba el nombre de un célebre y televisivo chef rubio en el vecindario de Chelsea. Estaba a una corta distancia de la casa de sus padres, lo que facilitaría que llegara con su silla de ruedas, además de estar, en teoría, adaptado para personas con movilidad reducida.

Oskar estaba radiante. Incluso se lo había contado a su padre, a quien, a pesar de no poder verle el rostro, le detectó cierta alegría en su tono de voz. Aunque seguro que tendría sus reservas, no mencionó nada sobre el hecho de que su cita estuviera en silla de ruedas. Lo ayudó a asearse, primero recortando cuidadosamente su espesa barba con unas tijeras y luego afeitándolo al ras con una cuchilla afilada. También rebuscó en su armario algo apropiado para que se vistiera. Optó por una camisa y unos vaqueros, nada extravagante pero diferente del estilo desaliñado que llevaba a diario. Incluso se ofreció a llevarlo en coche para que no pasara

frío ni tuviera problemas para llegar. Oskar pensó que la relación con su padre estaba en el punto más cercano hasta la fecha.

Habían acordado encontrarse a la una en la puerta del restaurante. Llegaron temprano, alrededor de menos cuarto, y, sorprendentemente, lograron estacionar a pocos metros del local.

—¿Cómo estoy? —preguntó Oskar.

—Mejor que de normal —respondió su padre mientras le arreglaba el cuello de la camisa que sobresalía del abrigo negro.

Rubi, sentado a la izquierda de Oskar, comenzó a ladrar.

—Ya viene —dijo Oskar—, siempre le ladra.

Por la acera se acercaba Sandra con Mary, quien la acompañaba hasta la puerta. Fue un momento un tanto tenso, ya que apenas se conocían y en la primera cita, ella conocería a su padre, lo que otorgaba al encuentro una seriedad que, por el momento, no tenía. Incluso dudaba si deseaba que ocurriera. No se sentía preparado para una relación; de hecho, nunca lo había estado. Esperaba que Sandra, que le había mencionado su desconfianza, no se marchara rápidamente de allí en cuanto le fuera posible, llevándose una idea equivocada de sus intenciones. Sin embargo, todas esas paranoias se disiparon cuando ambas chicas saludaron casi al unísono.

—Oskar, te presento a Mary, mi compañera —dijo Sandra.

Rubi dejó de ladrar y se acercó a la mano de Sandra para chupársela y que ella le acariciara la cabeza.

—Encantado —respondió Oskar, sosteniendo el bastón con la misma mano que el arnés y extendiendo la otra hacia Mary para darle un apretón.

La joven rechazó la formalidad, y en su lugar, se lanzó a regalarle dos besos que tomaron a Oskar por sorpresa. Se autodenominó admiradora de sus logros, aunque a los oídos de Oskar, parecía demasiado joven para recordarlo.

—Quizás sea un tanto prematuro y aún no contemos con una fecha para la boda, pero permitidme presentaros a mi padre —anunció con una sonrisa—. Sandra, él es Emmanuel. Papá, ella es Sandra.

—Disculpe que no le dé la mano —bromeó ella.

Tras un par de risas forzadas, Emmanuel y Mary se despidieron, no sin antes haber dejado claras las instrucciones a cada uno de ellos. Lo típico: «Llama en cuanto necesites», «Vendré a buscarte cuando me digas», etc. Él se acomodó en su coche mientras ella se alejaba por la acera. Por fin, Oskar y Sandra se quedaron a solas.

—¿Pasamos? Te abriría la puerta, pero…

—Oh, sí, claro. —Oskar dio una orden a Rubi y enseguida lo condujo bajo el marco de la puerta blanca que daba acceso al interior.

Abriéndole la puerta a Sandra, Oskar se quedó dentro mientras ella logró ingresar al interior sin contratiempos. Una joven camarera salió a recibirlos; Sandra pronunció su nombre, la chica lo buscó en el libro de reservas y, al confirmarlo, los condujo a la mesa asignada. De estatura baja, la mesa era perfecta para la altura de la silla, que encajaba con elegancia bajo el tablero. Oskar se acomodó a un lado de Sandra en un banco de madera, y Rubi se recostó entre ellos.

—Estás guapísima —dijo él, mirando hacia el fondo del local.

—Nada mal viniendo de un ciego —rio ella.

—Bueno, es lo que se dice en estos casos, ¿no? Disculpa, hace mucho que no tengo una cita, o lo que quiera que sea esto. Estoy desentrenado.

—Bueno, no estoy en mi mejor momento, pero nunca me dijeron fea. Y tú me has sorprendido. Bajo esa barba había una cara más atractiva de lo que me esperaba.

—Bueno, también soy guapo de verdad, o eso me decían.

—Que bien, dos guapos en su mejor etapa vital —ambos rieron.

Apareció de nuevo la misma camarera de antes con las cartas en la mano. Con voz lenta y suave, comenzó a leer en voz alta las opciones para Oskar. Después de seleccionar las bebidas y un par de platos para cada uno, la joven se giró con gracia y se retiró hacia la cocina.

—Oye, una cosa. Igual no es de mi incumbencia, pero he visto que tu padre cojeaba muchísimo, ¿le ocurre algo grave?

—No, tranquila, puedes preguntar lo que quieras. Siempre le he conocido así, aunque es verdad que tiene dolores. Desconozco su pasado, y nuestra relación nunca ha sido muy estrecha. Menos aún desde que me fui para nadar. No sé qué le ocurrió, apenas habla de él o de mi madre.

—¿Tu madre?

—Murió en el parto. No digas lo siento, no es necesario. Soy hijo único. No la conocí y mi padre no tiene ninguna foto de ella. Se me hizo raro siempre, pero enseguida me acostumbré a ello. Nunca ha rehecho su vida, que yo sepa, y sigue llorándola en ocasiones.

—Vaya, eso sí debía ser amor.

—¿Qué hay de los tuyos?

—Bufff —resopló Sandra—. Dan para un libro. Mi madre es una maruja encerrada en sí misma que bebe por aburrimiento, sin oficio conocido nunca, que solo se ha dedicado a gastar patrimonio. Y mi padre, un gerifalte ausente durante la mayor parte de mi vida. Apenas lo conozco. Viene a casa durante pocos tramos del año, y cree que con dinero se arregla y se compra todo.

—¿A qué se dedica?

—Siempre ha estado ligado a la industria energética. Viaja sin parar. Ahora creo que está en Japón, con algo de unas renovables. Lleva un tiempo allí ya. ¿Tu padre a qué se dedica?

—Trabajaba arreglando televisores y equipos de sonido y esas cosas, pero con el progreso digital tuvo que adaptarse y ahora arregla casi cualquier cacharro electrónico que exista. Tablets, móviles, todo eso.

La camarera les llevó las bebidas y la comida todo a la vez. Comenzaron a comer cada uno con sus dificultades, sin dejar de hablar, sumidos en una conversación sin prisas.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana, lesbiana, aunque es como si no estuviera. Se pasa el día colocada. Yo creo que el aire puro la marea. Y no, tampoco digas lo siento. Ella se lo ha buscado.

—Entiendo. Y oye, ¿puedo preguntar qué te pasó? Me refiero a algo más de lo que me contaste el otro día. Qué hacías antes de que ocurriera.

Tras unos segundos de silencio, él continuó de nuevo.

—Disculpa, no quería ser indiscreto.

—No, tranquilo. Me vendrá bien exteriorizarlo de nuevo.

Sandra comenzó su relato. Triste, abandonado, perdido en un mar de injusticias y traiciones que milagrosamente la habían dejado viva y en duelo permanente. Oskar no la interrumpió. Contó todo. Infancia sin padre, adolescencia sin exigencias, universidad privada sin terminar, novio, boda, bebé, atentado, operaciones. Incluso llegó a excederse en lo escatológico para ser una conversación con comida por en medio.

—Vaya, no sé qué decir.

—No digas nada sobre ello y pide otras dos cervezas, anda.

La camarera les atendió de nuevo y enseguida apareció con dos pintas más.

—¿Puedes beber y conducir ese cacharro? —Preguntó Oskar con una sonrisa.

—Si no voy a mucha velocidad, sí. ¿Puedes tú quitarte las gafas? Me gustaría ver tu cara completa.

—Umm, bueno, pero no te asustes.

Con un gesto pausado, Oskar deslizó las enormes gafas de sol de aviador, revelando sus ojos. Un par de iris y pupila completamente grises, una mirada que no carecía de belleza pero que tenía algo extraño. Después de unos segundos, las volvió a colocar en su sitio.

—Son bonitos —dijo ella.

—Gracias.

—Y dime, ¿qué echas de menos de poder ver? ¿Cómo te adaptaste? ¿Sigues nadando? —Preguntó Sandra.

—Umm… sobre todo leer. No consigo hacerme con el braille. Al principio lo llevé peor, al ser degenerativa, pero al final es eso o cortarse las venas. Mucho trabajo psicológico, aunque bueno, que te voy a decir que no sepas. Me ofrecieron el deporte paralímpico, pero era un

momento de mucha vergüenza y me negué a probar siquiera. Nado en la piscina donde iba de crío, que aún conserva algunos conocidos míos y me ofrece tranquilidad. Al final, creo que me he acostumbrado, y el perro me ayuda muchísimo.

—Es una maravilla lo que son capaces de hacer estos animales.

—Sí, son una extensión de nosotros. Bueno —dijo él para cambiar de tema—, ahora tú. Cuéntame qué echas de menos.

—A mi hijo… —Respondió Sandra rápidamente con la voz algo desgarrada.

—Lo siento, no lo decía en ese aspecto. Me refería a físicamente. A qué echas de menos poder hacer.

—Lo sé —contestó ella—, pero es lo que más echo de menos. Por lo demás —prosiguió en un intento de no romperse—, diría que bailar. Correr, bailar, nadar, salir como antes. No verme limitada a esta silla, a tener a una persona a mi lado permanentemente para que me ayude. Ysí, sé el trabajo psicológico que conlleva. ¿Nunca te has preguntado por qué te pasó a ti? Yo me lo preguntaba cada día. Me culpaba del atentado, de la muerte de mi hijo. Me culpaba por haber elegido esa acera y no la otra. Eso me hizo más daño que todo el dolor físico, pero ahora parece que lo he asumido en la medida de lo posible.

—Vaya —a Oskar le germinó una idea en la cabeza—, siento oír eso. No diré lo típico de no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, pero ambos somos conscientes, ¿brindamos? Por nosotros y nuestras taras —levantó la pinta vacía hacia la voz de Sandra.

—Muy gracioso. Voy a ir al baño un momento. A ver si llego —dijo ella echando marcha atrás en la silla.

—Aquí te espero.

Oskar quedó solo en la mesa, con la compañía silenciosa de Rubi, que buscaba su atención desde el suelo. Apuró otro trago de su pinta y exploró el plato en busca de un último bocado, pero no lo encontró. Se limpió los labios con la servilleta mientras el tiempo pasaba y Sandra no regresaba. Un suave murmullo y movimientos en el restaurante llegaron a sus oídos, pero la falta de visión le dejaba ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Intentó en vano comunicarse con alguna camarera, pero parecía invisible para los demás. La impaciencia crecía cuando, de repente, un llanto y la puerta del local abriéndose con fuerza captaron su atención. Rubi ladró hacia un lugar indefinido. Oskar sacó su móvil y llamó a Sandra, pero el teléfono sonó sin respuesta. Se levantó, y al hacerlo, chocó con la lámpara que iluminaba la mesa.

De repente, una voz a su lado lo sobresaltó.

—Oskar, soy Mary.

Él se volvió hacia su voz.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Sandra?

—Me ha llamado desde la puerta del servicio. Está muy avergonzada y ha querido que fuera yo quien te lo dijera. El baño de discapacitados está fuera de servicio y se ha meado encima.

—Joder.

—Sí, es la primera vez que sale sola tanto tiempo y no ha podido controlarse al beber líquidos. Mira, me está esperando fuera. Te dejo una tarjeta con mi número, estaría bien que tú también lo tuvieras —dijo Mary.

—Gracias, le diré a mi padre que me lo guarde, pero querría verla antes de que os marchéis. Despedirme al menos.

—No creo que sea buena idea, hazme caso. Por cierto, le gustas, pero dale un par de días, y sobre todo no le recuerdes lo de hoy, no es muy excitante para una primera cita.

Mary se despidió y salió del restaurante. La camarera finalmente se acercó a su mesa.

—Siento lo de tu amiga —dijo.

—Tranquila. ¿Me puedes cobrar? —En cualquier otro momento de su vida anterior hubiera aprovechado el incidente para montar un escándalo, pero en ese momento solo podía pensar en ella.

—No te preocupes, la chica que acaba de salir ha dejado todo pagado. Esperamos volver a veros por aquí y pídele disculpas a tu amiga de la silla por lo del baño. Hablaré con el jefe para que lo arreglen lo antes posible.

Oskar se puso el abrigo, agarró el arnés de Rubi y salió a la calle con la ayuda de la camarera. El frío le abrazó enseguida. Dudó unos instantes sobre qué hacer a continuación. Sacó el móvil y le habló en alto:

—Oye Siri, llama a papá.

23

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Jueves 26 de abril de 2018

La operación resultó ser una intervención ambulatoria, aparentemente sencilla, pero que demandó quince días de reposo. Aunque no era esencial para el funcionamiento de su sistema de evacuación, Sandra se sometió finalmente a la instalación de una sonda suprapúbica permanente. La experiencia en el restaurante con Oskar desencadenó una profunda reflexión que la llevó a esta decisión, una elección destinada a facilitar su vida diaria y lograr una mayor normalización.

La necesidad de enfrentarse a aceras sin rebajes para la silla de ruedas y la escasez de baños adaptados en el mundo diario la llevaron a considerar la sonda como una solución práctica. Aunque consciente del aumento del riesgo de infecciones urinarias, Sandra contaba con el respaldo de Mary, quien se ofreció a cuidar del mantenimiento y la limpieza de la sonda. La operación se llevó a cabo con éxito, y ahora Mary se convertiría en un pilar esencial paraSandra.

La oferta de Mary de enseñar al resto de la familia cómo cuidar de Sandra en caso de necesidad encontró poco eco. El padre de Sandra, siempre en viajes, y su hermana, atrapada en

un mundo de adicciones, no eran candidatos idóneos. Su madre, inmersa en sus propios problemas con el alcohol, tampoco se mostró dispuesta a asumir responsabilidades delicadas. La decisión final dejó a Sandra sin un pequeño círculo de confianza, pero al menos contaba con la valiosa compañía y apoyo de Mary.

Su nueva acompañante se adhería al abdomen, una presencia constante que marcaba un cambio significativo en su vida. En condiciones normales, debería ubicarse por debajo de la cintura para evitar que la orina retrocediera, pero dadas las dimensiones limitadas, los médicos acordaron que su posición actual era la adecuada. Debía vaciarla varias veces al día, y dejó a Sandra con un agujero delicadamente colocado sobre su vientre.

Cada mañana, dedicaban tiempo a cuidar de esa pequeña abertura, asegurándose de que no mostrara signos de enrojecimiento, infección o hinchazón, y verificando que el proceso de evacuación se llevase a cabo de manera adecuada.

Sus nuevas condiciones no hicieron más que intensificar su desasosiego al principio, al confrontarse con una nueva limitación, una debilidad que se añadía a su ya delicado estado. Antes de la sonda, evitaba quedar con Oskar en lugares lejanos, limitándose a encuentros cercanos a su casa para asegurarse de poder regresar rápidamente, donde se sintiera segura y cómoda. A pesar de las circunstancias, le agradaba mucho ese chico. Sus conversaciones eran extensas y versaban sobre mil temas diferentes, creando un vínculo que, aunque marcado por las circunstancias especiales de ambos, se tornaba cada vez más significativo en su vida.

Se percató de que la atracción podía florecer sin necesidad de contacto físico, ya que apenas se habían rozado en sus encuentros. El trabajo constante con los especialistas en psicología la impulsó a redescubrir un deseo renovado de salir, de ver su situación como una

oportunidad para alcanzar mayor independencia, y quería compartir esa experiencia con Oskar. Asumía que su primera cita no había sido la mejor, siendo consciente de que, en su lugar, ella misma hubiera huido, pero él demostró paciencia. Se preocupó constantemente por ella, insistiendo en quedar de nuevo y dando por olvidado su primer encuentro.

Sandra deseaba creer que también le agradaba a Oskar, y que sus citas no eran simplemente una manera de pasar el tiempo entre parias solitarios. La idea de que el ciego pudiera dejarla plantada en cualquier momento rondaba su cabeza casi constantemente, pero lograba aparcarla para intentar disfrutar de su compañía. Ambos se compenetraban bien, se entendían. Ella había sido sus ojos en ocasiones y él sus manos, una dinámica de ayuda mutua que fortalecía su vínculo con cada momento compartido.

Aquella tarde, tenían su primera cita después de la instalación de la sonda, pero una duda rondaba la mente de Sandra. Mary se mostraba risueña, y Oskar no le había revelado el lugar del encuentro. Sería una sorpresa, y tendría que ser guiada hasta allí por su asistente. A Sandra no le agradaban las sorpresas; se sentía vulnerable ante lo que no podía controlar, y aunque racionalmente sabía que no tenía motivo para la vacilación, la intranquilidad la embargaba.

Mary preparó una bolsa de deporte a sus espaldas, ocultando su contenido y esquivando el tema cada vez que Sandra preguntaba al respecto. Algo se tramaba a su alrededor, pero ella no se atrevía a indagar por temor a equivocarse o a sentir más vergüenza. Además, el hecho de que la cita fuera a una hora inusualmente tardía, a las ocho de la tarde, y sin tener planeadauna cena, menos aún un jueves, aumentaba la incertidumbre.

Mary había salido con la bolsa de deporte a buscar la furgoneta adaptada para la silla y la esperaba en la puerta de casa con todo listo. Sandra subió por la rampa que la llevaba a la parte

trasera del vehículo, fue asegurada por Mary, y entre risas de la joven, que aún se negaba a revelar el destino, salieron hacia aquel lugar desconocido.

24

Oskar

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Jueves 26 de abril de 2018

Diez minutos pasaban de las ocho de la tarde. La voz metálica femenina del teléfono de Oskar respondía sin quejas a las preguntas de su dueño. Apenas dejaba pasar un minuto entre cada solicitud.

—Se están retrasando, no va a venir —le comentó a *Johnny Metralletas*.

—To… to… todavía es pro… pro… pronto, no seas im… im… impaciente. Ve… vendrán. O… oye, ¿e… e… esa chica que la acompaña es gua… gua… guapa?

—Joder Johnny, que soy ciego, no sordo, no me lo preguntes más. No la he visto. Tiene una voz bonita, si te sirve. Pero da igual lo que te parezca, tienes que sacarla de aquí como sea en cuanto empecemos. Suponiendo que Sandra quiera, que está por ver si viene y si acepta.

Los dos amigos estaban apoyados en la barandilla de la piscina climatizada, el lugar donde habían crecido, disfrutando de dos latas de cerveza que les ayudaban a sobrellevar el calor y la humedad sofocante del entorno.

Oskar había logrado convencer a Johnny para que les permitiera acceder a la piscina después de su cierre. Quería sorprender a Sandra y solo logró persuadir a su amigo cuando le

reveló que vendría acompañada de su cuidadora. Johnny tendría la tarea de llevarse a Mary para dejarlos a solas. Le sugirió que la invitara a algo, cualquier excusa para hacerla salir del lugar.

Detrás de ellos, un altavoz redondo con un soporte en medio estaba listo para reproducir música durante su encuentro. La idea de organizar esta sorpresa le rondaba la cabeza desde el día en que quedó con Sandra en el bar, el día del «incidente». Estaba particularmente emocionado con esta chica. Oskar, quien ahora reconocía su comportamiento preceguera con las mujeres como el de un cerdo superficial, estaba enamorándose de alguien a quien nunca había visto y apenas tocado. Extrañas sensaciones recorrían su cuerpo solo al pensar en ella: en su voz, en su carácter, aspectos que nunca había valorado en nadie antes.

Desde que perdió la vista, el atractivo físico de alguien se reducía a lo que pudiera tocar con sus manos. Había evitado las citas durante todo ese tiempo, convencido de que cualquier interacción con el sexo femenino sería rechazada. A veces, la duda sobre si Sandra quedaba con él por no tener nada mejor lo asaltaba, pero intentaba despejarla. Ambos eran inadaptados a sus nuevas vidas que se encontraron en lo más profundo de sus penas, y se ayudaban mutuamente con su tristeza. Sin embargo, Oskar creía que podría ser algo más, que no solo se soportaban por inercia, sino que podrían mejorar si ambos superaban sus miedos e inseguridades.

Por eso, la idea de la piscina le pareció a Oskar una elección brillante. Tendrían toda el agua para ellos sin nada que les molestase, ya que Johnny se dedicó la última hora a retirar las corcheras que delimitaban las calles de natación. El plan era sencillo: Mary llevaría a Sandra engañada hasta la piscina, la ayudaría a ponerse un bañador y el gorro en el vestuario, la

trasladaría hasta la orilla, y a partir de ahí, él dirigiría la cita. Cuando llegara ese momento, Johnny tendría que sacar a Mary de allí durante al menos una hora, con la excusa que él quisiera. Dudaba de la capacidad de su amigo para lograrlo, ya que la profesionalidad de Mary haría difícil dejar sola a Sandra, pero había que intentarlo.

Tres golpes sordos resonaron en una de las puertas metálicas de emergencia que conducían directamente al aparcamiento, ubicadas a un lado de la piscina. Eran ellas. Johnny se apresuró a abrir y quedó boquiabierto al ver a Mary. Las dos chicas entraron rápidamente, ya rociadas por la llovizna exterior. Mary seguía a Sandra, agarrada a la silla. Los tres se acercaron a Oskar, quien se había movido ligeramente hacia el sonido, conociendo las características de la piscina. Ellas inmediatamente notaron el contraste de la temperatura exterior con la del interior y procedieron a los saludos. Oskar y Sandra se besaron en la mejilla como pudieron, y Mary abrazó a Oskar después.

—Sandra, Mary, os presento a Johnny.

—Ho… ho… hola —dijo Johnny, sin dejar de observar a la joven cuidadora.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber Sandra.

—Ojalá te apetezca mojarte. Quería que fuese una sorpresa —respondió Oskar—. Espero que no te haya costado mucho convencerla —dijo dirigiéndose a Mary.

—No, porque no se lo he dicho. Lo descubre ahora. —Mary carcajeó mirando a Sandra.

—El ve…ve…vestuario está porrr allí. —Johnny señaló con el dedo hacia el túnel que llevaba a los vestuarios.

Las dos chicas se dirigieron hacia el pasaje, con Sandra a la cabeza y Mary detrás.

—Pa…pa…pa…rece que va…va…va bien. Se va…va…va a cambiar.

—Sí. Ahora, cuando vuelvan y nos metamos en la piscina, enciendes la música y te la llevas.

—Es una chica mu…mu…muy gu…gu…guapa.

—Me alegro de que te guste, además, es muy agradable.

Tardaron en salir del vestuario. Cuando lo hicieron, Sandra, aunque no muy convencida todavía, tenía el pelo rojo recogido bajo un gorro de piscina y llevaba un bañador azul a juego con un pequeño pantalón que rodeaba su parte inferior y permitía guardar la bolsa de la sonda. Llegaron al borde de la piscina por el lado que menos cubría, pero que ya superaba por largo el metro de profundidad. Dentro esperaba Oskar, cubierto de agua hasta la cintura. Sandra pudo comprobar cómo todavía mantenía parte de su físico escultural del pasado, con los abdominales marcados y unos bíceps poderosos. Aparcaron la silla al borde, y Mary la ayudó a meterse en el agua. Oskar, siguiendo las voces, se acercó y estiró los brazos hasta conseguir sostenerla tal y como Mary le había explicado, cuidadoso para no hacerle daño. Sandra se dejó llevar. No intentó apenas moverse y fluía segura en los brazos de Oskar. Mary se alejó del bordehasta la valla azul que recorría el lateral de la piscina, desde donde podría vigilar a Sandra. Comenzó a sonar música desde el altavoz. Bellos acordes de piano precedieron a la potente voz de Lewis Capaldi. Mientras Oskar y Sandra se acercaban al centro de la piscina, Johnny llegó al lado de Mary.

—Lo teníais todo preparado, ¿eh?

—To…to…todo fue idea de Oskar. O… o… ye, me preguntaba si querrías to…to…tomar algo conmigo.

Mary lo miró con una sonrisa sincera, y tras unos segundos respondió.

—Sí, estaría bien. Luego nos damos los teléfonos y podemos quedar algún día.

—Me re…re…refería a hoy, a… a… ahora.

—No debería dejarla sola, lo siento. Además, estará todo cerrado.

—Tran…qui…quila, él con…trtrtrola. Te pu…pu…puedo i…invitar a u… u… na pi…pi…pinta. Hay un…un bar a…a…aquí cerca. Esta…ta…ta…rán bien, te lo ase…se…seguro. No se…será mucho ti…tiempo.

—Me encantaría —dijo ella tras dudar unos instantes.

Sandra contempló la retirada de Mary y Johnny, quienes dejaron la piscina sumidos en una atmósfera de complicidad. La joven descansaba con la cabeza apoyada en el hombro de Oskar, quien, con sus hábiles brazos, la sostenía de manera firme, manteniéndola de espaldas a él en las aguas tranquilas. La proximidad de sus rostros creaba una conexión íntima, mientras las piernas de Oskar los mantenían flotando con movimientos cadenciosos, profesionales.

Sandra susurró en el oído de Oskar:

—Me encanta, pero podrías habérmelo dicho. Casi me da algo pensando en qué podría ser.

Oskar, rozando con la nariz la mejilla de Sandra, respondió:

—Quería que fuese una sorpresa especial. Llevo pensando en ella mucho tiempo. Megustaría bailar contigo.

Capaldi comenzó su viaje por la pérdida y el desamor con *Someone You Loved*. Su voz recorría poderosa toda la piscina, pero sin alcanzar a ser molesta; llegaba hasta ellos de manera nítida.

I'm going under and this time I fear there's no one to save me.

Sandra echó la cabeza hacia atrás un poco más. Esta vez sus narices se tocaron.

This all or nothing really got a way of driving me crazy.

Las manos de Oskar acariciaban su torso mientras la mantenían a flote sutilmente.

I need somebody to heal.

—Echo de menos bailar —le dijo ella al oído.

Somebody to know.

—Podemos bailar tanto como quieras.

Somebody to have.

Sandra rodeó con esfuerzo el cuello de Oskar con su brazo.

Somebody to hold.

Parecía que el tiempo se les había detenido. No existía nadie más que ellos dos en ese momento.

It's easy to say.

Sus labios se acercaron cada vez más.

But it's never the same.

Sandra se sentía viva. Por primera vez en mucho tiempo dejó atrás todo. El accidente, su discapacidad, su hijo. Era feliz. Creía que un futuro diferente era posible a partir de ese momento.

I guess I kinda liked the way you numbed all the pain.

Una electricidad recorrió la espalda de Oskar hasta su nuca. No necesitaba ver. Sus manos, el contacto de sus pieles. Giró sutilmente a Sandra y la apretó contra su pecho. Sus frentes se tocaron y de nuevo las puntas de sus narices se volvieron a encontrar.

Now the day bleeds.

Sandra se dejaba llevar por él y sus gráciles movimientos. Se sentía como nunca, bien tratada. Querida como creía que nunca lo había sido. Cerró los ojos al verse frente a Oskar y colgó su brazo sobre su cuello.

Into nightfall.

Él hizo el acercamiento final y sus labios húmedos se fundieron en uno, despacio, dejando a sus lenguas explorar y enredarse, sin brusquedad.

And you're not here.

—Yo siempre estaré aquí, contigo —dijo Oskar, y de nuevo la besó.

To get me through it all.

—Quisiera que este momento no acabase —respondió Sandra cuando se volvieron aseparar.

I let my guard down.

Oskar comenzó a hacer que sus cuerpos giraran en el agua lentamente.

And then you pulled the rug.

Y así bailaron durante horas, días, meses. Bailaron sin importarles nada ni nadie más. Se despojaron de sus inseguridades, de sus dudas. Cada giro, cada estrofa, les acercaba más, se sentían más unidos. Su amor había trascendido lo físico, y ambos lo sabían.

I was getting kinda used to being someone you loved.

25

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Sábado 19 de mayo de 2018

Oskar y Rubí la esperaban a las siete menos cuarto al final del lado norte del Albert Bridge para acompañarla hasta su casa y cenar con sus padres y hermana. Por fin su familia iba a conocer a Oskar, y estaba nerviosa por cómo podrían comportarse. Había aprovechado una de las cortas estancias de su padre en la ciudad para programar el encuentro, ya que, extrañamente, él tenía ganas de conocer a quien pasaba tiempo con su hija.

La tarde era apacible, con una ligera brisa que hacía agradable pasear y movía lentamente las copas de los árboles. La pareja se encontró, y Oskar se inclinó para besarla. Llevaba un elegante traje gris sin corbata y una camisa azul con el primer botón desabrochado, lo que le daba un aire sofisticado y juvenil al mismo tiempo. Rubi, como siempre, lamió la mano de Sandra y esperó sus ya tradicionales caricias en la cabeza.

—Vamos, nos están esperando. Estás muy guapo —dijo ella.

—Gracias, tú también —bromeó él como siempre.

Arrancaron el camino de vuelta hasta la casa de Sandra y su familia. Oskar iba detrás de la silla, agarrado a ella, pero sin empujar, simplemente para seguirla. Era su manera de caminar juntos, con Rubi descansando de su labor de guía y comportándose como un perro más, en completa armonía.

—Estoy nervioso, ¿crees que les gustaré?

—Lo importante es que me gustes a mí, ¿no crees? Además, ya les he hablado bien de ti, pero ten en cuenta lo que te he contado. Tienen sus cosas, sobre todo mi padre, pero no te preocupes, saldrá todo bien. Dudo que te emborraches más que ellos, así que tranquilo.

—Bueno, no creo que eso me ayude demasiado.

Llegaron a la esquina del número once de Cheyne Walk en unos minutos. Mary esperaba en la entrada de la valla para ayudarla a subir antes de marcharse. Tenía su enésima quedada con Johnny; parecía que se entendían bien y ya tenían planeada una cena de parejas en un futuro no muy lejano. La joven besó a ambos, ayudó a Sandra con la rampa de acceso a la vivienda y se marchó rápidamente a su cita.

Margarita, la asistenta del hogar, con su vestimenta clásica y trato afable, llevó a la pareja hacia la habitación más próxima a las escaleras. La luz cálida de las lámparas de araña iluminaba el espacioso salón, creando una atmósfera acogedora. La aristocrática decoración del lugar, repleta de muebles de época y obras de arte, dejaba claro que la familia de Sandra pertenecía a un estrato social elevado.

Stella, elegante y alcoholizada, se adelantó para recibir a su hija y a Oskar. En sus manos, sostenía una copa de vino, un toque de sofisticación que contrastaba con la informalidad del gesto al intentar besar a Oskar sin avisar, provocándole una pequeña sorpresa.

—Oh, disculpa. Me ha podido la emoción —la lengua atropellada de la señora Anderson demostraba que no era su cuarta copa del día—. Encantada de conocerte, Oskar.

—Lo mismo digo, señora Anderson. Es un placer.

—Por favor, llámame Stella. Me acabas de echar diez años encima. ¡Arthur! —gritó la mujer, buscando a su esposo.

Del fondo de la habitación, sentado en un sillón orejero junto a una chimenea apagada, Arthur Anderson, el padre de Sandra, leía un periódico de economía y daba pequeños sorbos de un vaso de *whisky*, manteniéndose siempre cerca de la botella. El hombre, que rondaba ya la setentena, parecía más joven, mantenía una gran mata de pelo rojo corto y vestía un traje con corbata roja que acentuaba su todavía delgada complexión. Se levantó despacio y se dirigió hasta ellos sin excesiva prisa.

—Así que tú eres Oskar Williams. Es un placer tener en casa a un héroe del deporte nacional —dijo extendiéndole la mano libre de alcohol, ofreciendo un apretón.

—Mucho menos que eso, señor Anderson —Oskar extendió su mano hacia delante sin contactar con la de Arthur—, pero es un placer estar aquí y poder conocerlos.

—Eh, sí, perfecto. —Arthur recogió la mano sin apretar la de Oskar—. Una cosa: el perro ha de quedarse fuera del salón, comprenderás que no tenemos animales y mucho menos a la hora de la cena.

—Papá, ya te hablé de eso. No hace nada, estará tranquilo en el suelo —dijo Sandra.

—Bueno, no creo que a nuestro invitado le importe, ¿verdad, Oskar? Margarita lo dejará en la entrada bajo las escaleras. No quiero pelos rondando por mi casa.

—No, claro que no. No hay problema, señor Anderson.

—Perfecto. ¡Es la hora de la cena! —Comprobó la hora en su Rolex—. Margarita, llévese a ese chucho a la entrada y sírvanos todo —dijo mientras se dirigía a su lugar de siempre presidiendo una mesa larga vestida para la ocasión.

—¿Y Sarah? —quiso saber Sandra.

—Se ha ido al poco de salir tú. Ha dicho que volvería pronto, pero vete a saber. —Stella ya se había sentado en la silla más alejada de su marido.

Sandra indicó a Oskar cómo llegar hasta su lugar en la mesa, que concienzudamente había quedado lejos del de ella, y le explicó la disposición de la cubertería y los vasos. Terminó sentado al lado de Arthur, que quería tenerlo cerca. Margarita apareció pronto con una sopera y comenzó a servirles un estofado de carne con patatas. Preguntó a todos qué es lo que querían beber y sirvió a cada uno. Sandra fue la única que pidió agua, ya que los Anderson insistieron en que Oskar bebiera vino.

—Total, más ciego no puedes ir —dijo Arthur—, y en esta casa bebemos buenos vinos. Seguramente no estés acostumbrado.

Sandra miró con recelo a su padre.

—¿Qué? —contestó—. Era una broma, ¿verdad, Oskar? ¿A que no te ha sentado mal?

—No, tranquilo, señor Anderson.

—Danos tu versión de cómo os conocisteis. —Stella apuró la copa de vino y la agitó sobre su cabeza para que Margarita le sirviera de nuevo—. Sandra me lo ha contado, pero me encanta la historia y quiero escuchártela a ti.

—Fue en el parque, como ya sabe. Yo solía ir allí a pasear y…

—Bueno —interrumpió Arthur con indiferencia—, eso no le interesa a nadie, Stella. Mejor cuéntanos cosas olímpicas. Seguro que con el dinero que ganaste vives hoy en día. Eso y alguna paga del estado supongo, ¿no? ¿Por qué no seguiste con los paralímpicos? Es un paso atrás, pero es mejor que estar en casa sin hacer nada viviendo de las rentas pasadas.

—Arthur, creo que…

—Tú no crees nada, Stella. Cuéntanos, Oskar. Tengo curiosidad.

—Bueno, Reino Unido no paga a los deportistas por ganar medallas, solo obtenemos el reconocimiento. En mi caso, tuve buenos patrocinadores que me permitieron ahorrar algo, y las ayudas al deporte del estado me permitieron vivir de ello. Ahora lo compagino con la prestación por discapacidad.

—¿De cuánto es?

—Papá, no es necesario saber eso.

—Bueno, quiero saber en qué se invierten mis impuestos. Y también de qué vive tu novio y qué nivel puede mantener.

—Señor Anderson, no diré que ando sobrado, pero con eso y con la ayuda de mi padre puedo subsistir.

—¿Vives con tus padres? ¿A qué se dedican?

—Mi madre murió durante el parto. Vivo con mi padre. Reparaba televisores y equipos de sonido. Ahora, con los móviles, tablets y eso, se ha tenido que reinventar, pero vivimos bien.

—Bien, sabrás que Sandra se mueve en otros niveles. Quiero decir, se movía. Y no solo por la silla, sino por su marido.

—Exmarido —dijo Stella.

—Como sea. La verdad es que veo que no sabes dónde ni con quién estás tratando. Aquí vivimos a otra velocidad, Oskar, y si quieres formar parte de esto, has de estar a la altura. No sé si me explico.

—Ya vale —gritó Sandra desde su silla—. No te interesa nada más que su dinero, ¿y yo? ¿No te interesa lo que yo siento?

—Si no me interesara por ello, este y su perro no habrían entrado aquí. Dudo que supieran encontrar el sitio. No te ofendas, Oskar, solo soy un padre que busca lo mejor para su hija.

El silencio se hizo en la mesa tras el golpe de la puerta de entrada al cerrarse. Sarah, con los ojos rojos y muy abiertos, se paró delante de la entrada del salón para mirar la escena.

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre sin mirarla.

—He ido a una cosa. ¿Y este chucho?

La joven vestía una chaqueta militar verde, y un gorro le dejaba el pelo aplastado contra la cabeza. Parecía Patti Smith de joven.

—Siéntate, tenemos un invitado ilustre —ordenó su padre.

Sarah les dedicó a todos una peineta y un «que os jodan», pasó por encima de Rubi y subió las escaleras hasta encerrarse en su habitación.

—Lo siento, Oskar —dijo Sandra.

—Supongo que estará acostumbrado a estos comportamientos tan barriobajeros. Esos barrios de negros están echando a perder el sur de la ciudad. —Arthur bebió otro sorbo.

La velada dejó un regusto amargo en el paladar de Oskar. El sabor a fracaso se mezclaba con la copa de vino apenas probada y la comida que quedó casi intacta en los platos. La lengua suelta de Arthur, empujada por el alcohol, dejó cicatrices verbales en el ánimo del exdeportista.

Las bromas sin importancia se tornaron afiladas como dagas y la tensión en la mesa fue insoportable. Oskar se esforzó por mantener la calma.

Los minutos avanzaban y la voz en su móvil indicaba que la hora de la retirada se acercaba y que pronto su padre vendría a recogerle. Era evidente que su presentación en la familia de Sandra había resultado un fiasco. Intentó despedirse con amabilidad, consciente de que la velada estaba destinada al olvido. La cena, concebida como una oportunidad para integrarse, se había transformado en una cadena de desaciertos. Oskar se despidió de ellos y caminó acompañado por Sandra hasta donde Rubi esperaba, paciente, bajo las escaleras. Juntos, salieron a la calle, dejando atrás la incomodidad de la noche malograda.

—Lo siento, de verdad —dijo Sandra una vez estuvieron solos—. No esperaba esto, ha superado todas mis malas expectativas. Siento haberte hecho pasar por ello.

—Tranquila, no es culpa tuya. Ha sido un poco violento, la verdad, pero bueno, eres tú la que me interesa, no tus padres.

—Lo sé, y no te culpo si crees que son unos pijos idiotas y alcohólicos.

—Eso lo has dicho tú, no yo. —Oskar carcajeó con fuerza.

Se besaron con las dificultades habituales. Stella los observaba desde la puerta. Fuera, tras la valla, apareció Emmanuel, quien con respeto y precaución evitó acercarse demasiado.

—Tu padre ha llegado —le dijo Sandra—. Buenas noches, Emmanuel. Pasa.

—Buenas noches. ¿Qué tal ha ido la cena? —quiso saber mientras entraba en el recinto.

—Bueno, las ha habido mejores —contestó Sandra.

Emmanuel posó un beso suave en la mejilla de Sandra, mientras que a su hijo le dedicó una palmada amistosa en la espalda. Juntos, estuvieron a punto de emprender el regreso hacia el

coche aparcado. Sin embargo, la voz de Arthur Anderson resonó repentinamente desde el umbral de la puerta. Sin corbata y con un vaso de *whisky* en la mano, parecía haberse movido para interceptar su partida.

—Por favor, no os vayáis aún. Pasad a tomar algo —dijo bajando la rampa hasta ellos—. No podéis marcharos así, la noche acaba de empezar.

Los cuatro se reunieron abajo, en el jardín frente a la entrada. Sandra hizo las presentaciones.

—Emmanuel, te presento a mi padre, Arthur Anderson. Papá, este es Emmanuel, el padrede Oskar.

—Un placer conocerte. —Arthur extendió la mano hacia Emmanuel.

Un silencio sepulcral acompañó los instantes siguientes. Nadie respondió. Las miradas estaban clavadas en Emmanuel, quien, sin apenas moverse, rechazó la mano extendida de Arthur.

—¿Qué ocurre?

Emmanuel dio dos pasos hacia él desafiando el espacio personal de Arthur.

—Tú —fue lo único que pudo articular—. Tú eres… —Señaló con el dedo—. ¿Arthur Anderson? ¿De CRAB?

—Ehhh, sí, pero hace años que no trabajo con ellos. ¿Reparabas algo en la sede? Lo siento, pero no me acuerdo de ti, no coincidiríamos mucho. Pasad y tomad algo —agarró a Emmanuel del brazo y lo atrajo hacia el interior.

Con un gesto rápido y violento, Emmanuel se liberó del agarre de Arthur y le propinó un empujón que lo hizo tambalear, obligándolo a retroceder un par de pasos atrás con un gesto desequilibrado.

—¿Qué cojones está pasando? ¿Estás loco? —Gritó Arthur sorprendido.

—¿Qué ocurre? —Oskar estaba desconcertado.

—¡Él! ¡Es él! ¡Él arruinó mi vida y la de muchos más y ni siquiera se acuerda! ¿Te das cuenta de lo que hiciste? No, claro que no. ¡Maldito cerdo! Todo lo que viste fueron números. Dinero. Todo esto está manchado de sangre, y lo sabes —apuntó hacia la casa—. Sangre y petróleo. Eres como ellos, o incluso peor. Sabías exactamente lo que ocurría. —Emmanuel se acercó cojeando hacia Arthur—. Y ahora me invitas como si no hubiera pasado nada. Eres escoria.

Arthur, presa del pánico, retrocedió apresuradamente hacia el interior de la vivienda, tratando de cerrar la puerta tras de sí con un tembloroso movimiento de manos para dejar a su mujer e hija fuera. Sandra, desconcertada y sin encontrar palabras adecuadas, permanecía paralizada por la sorpresa, mientras que Oskar, igualmente atónito, escuchaba con incredulidad la conducta de su padre.

—Papá, ¿qué coño te ocurre? —preguntó Oskar.

—Vámonos de aquí antes de que mate a ese cerdo.

Oskar y Sandra apenas pudieron despedirse. Ella observó desde el jardín cómo Oskar se alejaba con su padre por la esquina de Cheyne Walk. Volvió la vista hacia la casa y vio a su madre golpeando la puerta para entrar. En cuanto Margarita abrió la puerta, Sandra se apresuró todo lo rápido que pudo hasta ella.

26

Oskar

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Sábado 19 de mayo de 2018

A pesar de las persistentes solicitudes de Oskar, su padre guardó silencio durante todo el trayecto hasta casa. Mantuvo la mirada fija en la carretera, con las manos firmes sobre el volante. Emmanuel, entre sollozos contenidos, inhalaba profundamente, como si tratara de contener una tormenta de emociones dentro de sí. Ante esto, Oskar decidió dejar de insistir, sintiendo que cualquier palabra adicional podría desencadenar un torrente de lágrimas. La apacible tarde que se había convertido en una noche para olvidar les regaló relámpagos en el cielo y truenos resonando en el horizonte que anunciaban la inminente llegada de la tormenta.

Entraron a casa justo cuando las primeras gotas comenzaban a repiquetear en los cristales de las ventanas. Sin perder tiempo, Oskar soltó a Rubi sin quitarle el arnés, mantuvo su abrigo puesto y se enfrentó a su padre.

—¿Vas a decirme qué coño fue eso de antes? ¿Cómo conoces a ese tío?

Emmanuel no dijo nada. Dejó caer la chaqueta sobre el sofá y se hundió en el sillón verde de orejas, donde solía sentarse para ver la televisión, con el rostro entre las manos. Permaneció así durante un rato, conmovido entre sollozos y lágrimas.

—Papá, me estás asustando. ¿Puedes decirme qué te ocurre?

Oskar se acercó torpemente al sillón y se agachó lo más cerca posible de su padre, extendiendo sus manos en su dirección. Sin embargo, Emmanuel las rechazó con un gesto brusco y se levantó para mirar por la ventana.

—No necesito que me toques, no ahora mismo —dijo sin mirar.

—¿No crees que merezco saber qué ha ocurrido? Ese hombre se ha comportado fatal conmigo y ahora resulta que lo conoces. Dime, ¿de qué? ¿Qué coño pintas tú con él?

—No esperaba volverlo a ver. Creía haberlos enterrado a todos… —Emmanuel hablaba bajo, como para él mismo—. Casi había olvidado lo que representa tu cara, pensaba haberlo hecho, pero no. Sigue ahí. Cada vez que te veo no la veo a ella, lo veo a él. A ellos. Aquel día…

—¿Pero de qué hostias hablas ahora? ¿Mi cara? ¿Qué le pasa? Papá, respóndeme ya.

—No, no vuelvas a llamarme así. Lo siento, pero yo no soy tu padre. No, en realidad no lo siento. Te odio desde el mismo momento que naciste. Antes incluso. Desde que fuiste concebido. Eres el resultado de lo que ese cerdo inglés nos hizo.

—¿Cómo que no eres mi padre? ¿Y mamá? Nosotros somos ingleses, no entiendo nada.

—No, no eres inglés. Y yo tampoco. Por dios como puedes ser tan tonto de no haberte dado cuenta. Nunca te has cuestionado nada en tu vida. Eres nigeriano, igual que yo. Naciste fruto de la violación de tu madre por parte del ejército. Nos represaliaron a todos. Me torturaron durante meses, y me obligaron a ver como violaban a la mujer que amaba una y otra vez durante toda la noche. Murió en mis brazos al nacer tú y me hizo prometer que te cuidaría cómo si fueras mi hijo. Te hubiera ahogado en ese mismo momento, o la primera vez que te

bañé. Cada vez que te miraba los veía a ellos: a Tansi, a Okuntimo, a Anderson. Él fue el que lo organizaba todo. Todo lo que nos hicieron, todo lo que nos obligaron a hacer.

Oskar se llevó las manos a la cabeza, desesperado por la información. No sabía por dónde empezar a preguntar a su padre. Todo lo que le había contado hasta el momento requería una explicación más profunda en su mente, aunque ahora comprendía la brecha que siempre había existido entre ellos.

—¿Qué tuviste que hacer? ¿Qué ocurrió? —preguntó Oskar con ansiedad en su voz.

—Me obligaron a declarar contra los nueve Ogonis en el juicio sumario donde los condenaron. Ogoni, lo que yo soy. Mi etnia, mi tierra. La lucha la encabezaba el MOSOP, activistas por el medio ambiente, a los cuales yo pertenecía. Luchábamos sin violencia contra CRAB, pero ellos nos atacaron con todo. Los mataron a todos acusados de un crimen que no cometieron. Tras torturarme, me prometieron que testificaría de incógnito, pero llegado el momento me expusieron delante de todos. Todos ellos, mis antiguos compañeros, vieron y escucharon mi traición. La cara de Ken me perdonó desde el banquillo de los acusados. Me amenazaron si no lo hacía. Y a ti. Eras apenas un bebé. No me importabas lo más mínimo, pero no quería morir. Ya aguanté suficiente en la cárcel y durante la guerra. No volví a ver a mi madre, que también fue detenida. Ni siquiera sabes de qué te estoy hablando. Nunca te has preocupado de nada ni nadie que no fueses tú mismo. Y todo fue culpa de CRAB. De CRAB, Anderson y los militares. Corruptos que nos desangraron y que no han pagado por ello en su mayoría, salvo el puto Abacha. El cerdo palmó de un infarto rodeado de putas menores de edad. Pero todos los demás continuaron con sus felices vidas, ajenos a todo lo que provocaron, enterrados en los billetes que Anderson les echaba. Por supuesto, no cumplieron con su parte

del trato, y una vez hubieron colgado a los nueve vinieron a por los demás. Amnistía Internacional nos consiguió sacar de allí como refugiados, y adopté el apellido de tu madre, Williams, pero mi nombre real es Emmanuel Orode.

—¿Qué guerra? No sé de qué hablas. ¿Por qué nunca me contaste nada? —Oskar estaba visiblemente afectado por las revelaciones de su padre.

—No seas todavía más imbécil —replicó Emmanuel, con un atisbo de amargura en su tono—. Sacrifiqué mi vida por darte una mejor a ti, por tu madre, igual que hizo la mía conmigo. Todos mis problemas físicos son resultado del hambre y la violencia. No recuerdo la guerra de Biafra, pero mantengo las secuelas, y recuerdo a diario mis días de juventud en la cárcel. En aquellas salas, esas sillas de tortura. No quise que vivieras nada de ello. Olvidarlo yo pasaba por no contártelo a ti, pero nunca te has molestado en descubrir quién eres. Aceptaste todo lo que se te dijo sin cuestionar nada. Tu egoísmo es lo que te ha llevado a ser un desconocido, un paria. Y ahora tu suegro vuelve a mi vida invitándome a una copa en su casa. Todavía veo su cara aquel día en la oficina de CRAB en Port Harcourt chantajeándonos. Perdí todo, y he vivido mi vida como un fantasma, afligido por la pena, sin otras ganas de vivir que mantener la promesa que le hice a tu madre, y el recuerdo de la mía, que nunca me hubiera perdonado abandonarte.

—Entonces, ¿quién soy? ¿Qué pinta Arthur Anderson en todo esto? —Oskar no sabía por dónde continuar, aterrado por la cantidad de novedades que atacaban su mente.

—Él era el responsable de CRAB en Nigeria —explicó Emmanuel con voz entrecortada—. Lo fue durante varios años, hasta que murió Abacha y los demócratas empezaron a gobernar. Perdió mucho poder con la limpieza de corruptos en el gobierno, y se marchó del país. No había

vuelto a tener noticias de él hasta hace unos años. Está imputado por los vertidos de CRAB y la violencia ejercida contra los Ogoni. Esther Kiobel, la exmujer de uno de los nueve Ogonis ejecutados, ha luchado contra CRAB todos estos años, y parece que va consiguiendo cosas. Intenté hablar con ella, pero no quiso verme. Me recordaba, y recordaba lo que hice. He tenido que vivir con esa losa todos estos años, carcomido por la vergüenza.

Tras su monólogo, Emmanuel se retiró a su habitación entre sollozos, encerrándose con un sonoro portazo tras de sí. Oskar se quedó sentado, roto, con Rubi a su lado, testigo mudo de toda la conversación. Pasó un tiempo así, pensativo. La lluvia golpeaba contra los cristales y los truenos se repetían sin cesar cada pocos momentos. Sonó su móvil. El aparato anunció en voz alta la identidad del llamante: Sandra Anderson. Repetía una y otra vez. Dejó que saltara el buzón. No tenía ganas de hablar con ella, no ahora. A los pocos segundos, volvió a sonar. Esta vez contestó, llevado por la inercia, pero sin saber muy bien por qué.

—¿Qué? —dijo secamente Oskar, con la voz cargada de resentimiento.

—Oskar, por favor. Lo siento muchísimo. Mi padre… por favor, ¿podemos vernos? Estoy en la calle. Necesito hablar contigo —suplicó Sandra.

—¿Sabías a lo que se dedicaba tu padre? ¿Eras consciente de lo que hizo en Nigeria? Mi padre me lo ha contado todo.

—Oskar, de verdad, no tenía ni idea de lo que había podido hacer. De hecho, no la tengo. No sé muy bien de qué me estás hablando, pero por favor, necesito verte. Me he ido de casa. No puedo acudir a nadie más. Él me ha…

—¡Cállate! No me importa lo que necesites. ¿No crees que yo pueda necesitar algo después de esta noche? La puta cena fue tu idea, y ha sido todo culpa tuya —interrumpió Oskar, exasperado y herido.

—Oskar, yo no… —Sandra perdió la voz, sintiendo el peso de las acusaciones.

—Mira, no creo que esto deba continuar —la voz de Oskar supuraba rencor—, no así. Creo que deberíamos dejar de vernos, al menos de momento. Y ahora voy a colgar. Que te vaya bien. Oskar no dio tiempo a Sandra para responder. Tres pitidos invadieron la línea. Quizás había sido demasiado duro con ella, pero los recientes descubrimientos le hacían desconfiar. Apagó el teléfono y lo dejó encima del sofá. Se quitó el abrigo, despojó a Rubi del arnés y se encerró en su cuarto. Allí, en la seguridad de su penumbra, se dejó caer sobre la cama, abrumado por el torbellino de emociones que lo asediaba.

27

Sandra

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Sábado 19 de mayo de 2018

Margarita cerró la puerta de entrada nada más que Sandra la atravesó. Stella resoplaba, apoyada contra la barandilla, mientras Sarah observaba en silencio desde lo alto de las escaleras. Arthur, aparentemente tranquilo, estaba sirviéndose otra copa en el minibar del salón. Sandra avanzó como pudo hasta allí y se dirigió hacia su padre.

—Papá, ¿qué ha pasado? ¿De qué conoces a Emmanuel?

—Sandra, no te interesa. Olvídate de ese chico, no te conviene. Ni él ni su familia.

—No estamos hablando de eso. Quiero saber qué coño ha ocurrido. No has tenido bastante con amargarnos la cena que ahora no quieres decirme qué ha pasado con su padre. Dímelo. ¿De qué le conoces?

—Fue hace tiempo. Ese tipo era un terrorista. Nada más. Tuve algún desencuentro con él y los de su calaña cuando trabajaba en Nigeria, pero afortunadamente me lo quité de encima yno nos ha molestado más. Nada que te interese.

—¿Es por eso el juicio que tienes? —Preguntó Stella, que había entrado en el salón tras Sandra.

—Eso no os importa. No os importa una mierda. No necesitáis saber más. No quiero volver a ver a esos negros por aquí, y no quiero que vuelvas a quedar con él.

—Tú no decides eso. Eres un padre nefasto, no vengas ahora a hacer como que te preocupas por mí. Solo piensas en ti, y sigues mintiéndonos permanentemente.

—Sandra, no te tolero que me hables así —la voz le temblaba fruto del alcohol y los nervios—. Debes respetarme.

—¿Acaso te lo has ganado? ¿Dónde has estado todo este tiempo? Eres un fraude como padre.

Arthur se acercó hasta Sandra con la cara enrojecida por la furia. Se plantó delante de ella y con la mano libre le soltó un sonoro bofetón que hizo que la cara de Sandra se girara hasta casi pegar con el respaldo de la silla. Le provocó una herida en la mejilla por el golpe del anillo de bodas. Justo cuando levantaba su brazo de nuevo para asestar una segunda descarga, Stella, en un acto valiente, se interpuso entre su hija y su marido. Este, sorprendido, intentó apartarla para seguir con su hija, pero su mujer, cansada también de años a su sombra y envalentonada por el alcohol, no retrocedió y le plantó cara.

—¡No vuelvas a tocar a mi hija! —le gritó Stella.

—Pedazo de puta, esto no va contigo. A no ser que quieras tú también… —Arthur no pudo terminar su frase, Stella no le dejó continuar.

—¿Que quiera qué? ¿Vas a volver a pegarme? Eres un cobarde.

—Stella… No me calientes más. Vivís todas como reinas a mi costa, no permitiré faltas de respeto en mi casa por parte de mujeres, y mucho menos que me metan negros a cenar. ¡Apártate! —le ordenó Arthur.

—No… —respondió firme Stella—. No te dejaré acercarte a ella.

—¡Puta borracha! —Exclamó Arthur mientras lanzaba el pesado vaso de *whisky* contra su esposa.

El vidrio le impactó en el hombro, haciéndola retroceder, tropezándose con la silla de Sandra y cayendo al suelo. Arthur se abalanzó hacia ella y le propinó dos patadas en el estómago, aprovechando su posición vulnerable.

—¡Mira lo que me obligas a hacer! ¿Crees que a mí me gusta? —gritó mientras descargaba otros dos golpes sobre ella.

Los gritos de dolor de Stella se vieron opacados por un inmenso trueno que restalló en la oscura noche. Sandra, aturdida por el bofetón, apenas podía reaccionar, su débil cuello le dolía con cada movimiento. Todo lo que podía hacer era contemplar impotente cómo su madre recibía una lluvia de golpes indiscriminados por parte de su propio padre. Mientras tanto, Sarah se había refugiado en su habitación, mostrando una indiferencia inexplicable, mientras Margarita observaba la escena desde el quicio de la puerta, aterrorizada y sin saber qué hacer.

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa de todo! —gritó Arthur señalando a Sandra, y se arrojó hacia ella de nuevo.

—¡Déjala en paz!

Stella yacía en el suelo, sosteniendo débilmente el dobladillo del pantalón de su esposo. Arthur, con una furia descontrolada, se volvió hacia su mujer y, con un gesto brusco, liberó su pierna antes de propinarle una patada en el rostro. Un estallido de dolor y el rojo de la sangre salpicaron la alfombra.

Sandra, con el corazón roto y los ojos inundados de lágrimas, giró la silla de ruedas y se dirigió hacia la puerta de la casa. Al abrirla, se encontró con la lluvia que arreciaba afuera. Con la fina camiseta empapada pegada a su piel, se aventuró al jardín y abandonó la villa por la puerta de la valla.

Apurando el movimiento de la palanca de mando de la silla, se alejó lo más rápido posible de aquel lugar que llamaba hogar y ahora estaba impregnado de violencia y desesperación. Cruzó la calle, sintiendo cada gota de lluvia como un latigazo sobre su piel ya frágil por la tormenta emocional que la envolvía.

Finalmente, llegó al Albert Bridge, donde el paisaje nocturno se reflejaba en el río, oscurecido por la lluvia que lo azotaba sin piedad. Sandra se sentía perdida, sin saber qué camino tomar a continuación. Sacó su móvil como pudo y marcó el número de Oskar. Sonaron varios tonos antes de que escuchara el mensaje de voz del contestador. Repitió la llamada. Esta vez la conexión se estableció al segundo tono.

—¿Qué? —dijo secamente Oskar, con la voz cargada de resentimiento.

—Oskar, por favor. Lo siento muchísimo. Mi padre… por favor, ¿podemos vernos? Estoy en la calle. Necesito hablar contigo —suplicó Sandra.

—¿Sabías a lo que se dedicaba tu padre? ¿Eras consciente de lo que hizo en Nigeria? Mi padre me lo ha contado todo.

—Oskar, de verdad, no tenía ni idea de lo que había podido hacer. De hecho, no la tengo. No sé muy bien de qué me estás hablando, pero por favor, necesito verte. Me he ido de casa. No puedo acudir a nadie más. Él me ha…

—¡Cállate! No me importa lo que necesites. ¿No crees que yo pueda necesitar algo después de esta noche? La puta cena fue tu idea, y ha sido todo culpa tuya —interrumpió Oskar, exasperado y herido.

—Oskar, yo no… —Sandra perdió la voz, sintiendo el peso de las acusaciones.

—Mira, no creo que esto deba continuar —la voz de Oskar supuraba rencor—, no así. Creo que deberíamos dejar de vernos, al menos de momento. Y ahora voy a colgar. Que te vaya bien.

La línea volvió al silencio. Intentó una tercera llamada, pero la voz robótica le comunicó que el número al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Se encontró sola, sin nada ni nadie a quien acudir. Todo se le había derrumbado de nuevo. La fachada de su familia se había desmoronado bajo las capas y capas de dinero que la blanqueaban como modélica. Descartó llamar a la policía, ya que, aunque deseaba ver a su padre detenido, ¿qué podrían hacer contra un hombre tan poderoso? Miró a su lado. La rampa de acceso al puerto de Chelsea ya estaba terminada. Se acercó hacia ella y la encontró abierta. No había nadie. Los pequeños barcos de recreo reposaban a ambos lados de los pasillos de madera junto a las embarcaciones del transporte público fluvial. La silla comenzó a traquetear cuando pisó los primeros tablones de madera. Se detuvo mirando al frente, hacia el final del muelle. En ese momento estaba ya completamente empapada. Hizo un repaso rápido de su vida. Rememoró todo, desde el atentado, el hospital, Mel, su ex. Vio la cara de su hijo.Tan pequeño, su vida cercenada por una tragedia injusta. Recordó lo que llevaban de año. La ilusión de conocer a Oskar, lo feliz que se había sentido a su lado, lo protegida que se vio con él.Todo eso había terminado. No había nada más para ella. Su futuro estaba negro, como la nocheque la rodeaba y que terminaba en el agua al final del muelle. Aceleró su silla, valiente

todoterreno sobre las irregulares tablas. Cogió bastante velocidad. Su carrera fue de menos a más. Ahora corría con sus propias piernas. Las tenía fuertes de nuevo, duras, trabajadas. Sus brazos oscilaban acompañando a su ágil cuerpo con movimientos gráciles pero duros, constantes, acostumbrados al deporte. Estaba desnuda, con la larga melena roja al viento. Corría libre, contenta de nuevo. Alcanzó su velocidad máxima a pocos metros del final del puerto. Cuando llegó al borde, saltó como si estuviera en un trampolín. Se zambulló de cabeza en el agua y descendió arqueando su cuerpo, impulsándose hacia abajo con fuertes movimientos. Una vez que sus manos tocaron el fondo lodoso, se giró y miró hacia arriba. La superficie quedaba a varios metros, y una luz blanca la rodeaba desde arriba como a una estrella de *rock* en el escenario. Parpadeó varias veces mirando hacia la iluminación. Ahora estaba feliz. Sonrió.

Las fuerzas de seguridad emergieron del río con el cuerpo inerte de Sandra, liberándola dela silla que la había llevado a un trágico destino. Un empleado del transporte fluvial, que terminaba su turno, había sido testigo de la fatídica travesía de la silla por el puerto antes de sumergirse en las aguas oscuras. Incapaz de nadar, se apresuró a llamar a las autoridades, pero para cuando llegaron, la noche ya se había cobrado su precio. Sandra yacía ahogada. La primera ambulancia llegó acompañada de un coche patrulla, y uno de los agentes, señalado por el testigo, se lanzó al río dispuesto a rescatarla, aunque el tiempo transcurrido había sellado su destino. Emergió en tres ocasiones en busca de aire para continuar la búsqueda, pero en vano. La tarea de encontrarla recayó en los especialistas, que finalmente hallaron su cuerpo en el fondo del río un par de horas más tarde.

La noticia del suceso y el despliegue de fuerzas públicas atrajo a los curiosos que se asomaron en la noche, deseosos de conocer los detalles. Fue una vecina quien, al escuchar algo sobre la silla, dio la clave sobre la identidad del cadáver. La policía se apresuró a llegar al número once de Cheyne Walk, apenas unos pasos del lugar del suceso. Una Stella devastada abrió la puerta con el rostro amoratado, apenas sosteniéndose en pie. La noticia la golpeó con tal fuerza que su cuerpo cedió, desplomándose en brazos de los agentes, incapaz de soportar más dolor.

28

Oskar

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Martes 1 de enero de 2019

Los días transcurrían monótonos, todos iguales, sumergidos en una rutina solitaria que le hacían pasar la mayor parte del tiempo en el banco donde conoció a Sandra. Cada vez llegaba más pronto a la Pagoda por la mañana y se marchaba más tarde por las noches desde el día siguiente a la muerte de Sandra. Cuando encendió el teléfono por la mañana tenía decenas de llamadas de Mary y de Johnny. Cuando por fin pudo hablar con ella, la noticia le hundió en la más absoluta miseria. En ese momento, comprendió que su reacción al hablar por teléfono con Sandra había sido de una crueldad intolerable. La había abandonado, culpado, y rechazó ayudarla cuando ella más lo necesitaba. Se sentía culpable. Podría haberlo evitado. Ella le pidió que se vieran, casi se lo suplicó, y él la había tratado con desprecio e indiferencia, culpándola de los actos pasados de supadre que ella desconocía. Y ahora ya no estaba. La soledad y las ganas de ser libre la habían empujado al agua. Ella no quería morir, estaba seguro; solo quería dejar de sufrir tras haberlo perdido todo. Y él era el último responsable. Sentía que él la había llevado hasta el río.

A lo largo de esa tarde se reunió con Mary y Johnny en la esquina del norte del Albert Bridge, en frente de la entrada al puerto de Chelsea. Los tres se abrazaron. Oskar preguntó por

el velorio y el entierro, pero Mary se lo prohibió tajantemente. La familia Anderson lo consideraba culpable de lo ocurrido aquella fatídica noche. Tras la breve reunión con sus amigos regresó a casa y se enfrentó a su padre de nuevo para darle la noticia. La recibió sin inmutarse, sin apenas musitar más que un «lo siento por ti y por ella, no por él». Las cosas que Emmanuel pensaba sobre Oskar no habían cambiado, y en el fondo, que Arthur Anderson sufriera en sus propias carnes la pérdida lo reconfortaba. Era egoísta y cruel, pero así era y no merecía la pena ocultarlo. Tras ese día la relación entre Emmanuel y Oskar pasó a ser casi inexistente. Compañeros de piso que apenas se ven y se comunican. Aunque la duda sobrevoló a Oskar durante mucho tiempo, Emmanuel nunca le echó de casa ni le exigió nada; simplemente les ignoraba a él y a Rubi. Poco a poco Oskar fue encerrándose sobre sí mismo cada vez más. Sus contactos con Mary y Johnny pasaron a ser inexistentes. Al principio, tras el entierro de Sandra, la pareja se comunicaba con él con frecuencia, le exigían quedar con ellos y siempre tenían un plan para hacer los tres juntos, pero tras tantas y tantas negativas por parte de Oskar, las llamadas se espaciaron hasta desaparecer. Oskar se había encerrado alrededor de su culpa y vegetaba en ese banco. Era su única obsesión. Pasaba los días a la espera de que ella viniera haciendo deporte o llegase con la silla y que Rubi le ladrase al verla venir. La echaba de menos, carcomido por la culpa y la soledad. Ella había sido lo único que le había hecho creer que podía seguir adelante. Durante el breve tiempo que se conocieron se dio cuenta de lo que es amar a una persona. De que el amor más puro va más allá de la vista o el tacto. Que no todo es apariencia, y que el corazón de las personas ofrece todo lo bueno y lo malo que guardan en su interior. Y ella era belleza. Se habían acompañado lo suficiente para que ambos mejoraran. Se

ayudaron a salir adelante, confiaron uno en el otro, y él dejó escapar todo eso por una disputa sobre sus padres.

De los ocho meses que habían pasado desde la muerte de Sandra, casi todos los días los había pasado en el banco. Ese banco representaba para él la esperanza, un lugar simbólico donde se sentía cerca de ella, donde recordaba el escaso tiempo compartido y todo lo que hubieran hecho juntos. Se torturaba pensando qué podía haber ocurrido si hubiera actuado de otra manera. Si la hubiera ayudado aquella noche. La duda sobre lo que le quería decir lo atormentaba, pero quería sufrir. Se sentía cómodo pasándolo mal. Creía que flagelarse era lo que merecía, y pasaba los días dentro de aquel giro infinito de culpa y castigo. Había comenzado a beber. Al principio era poco, pero con la llegada del frío su consumo fue aumentando, en parte para aplacar las bajas temperaturas de un invierno especialmente helado. Al caer la noche el termómetro descendía por debajo de los cero grados, por lo que solo la ropa no le servía, y encontró en el *whisky* barato el escudo artificial que le ayudaba.

El alcohol, con su cálido abrazo embriagador, se convirtió en su compañero de desdicha, en el único consuelo en medio de la tormenta emocional que azotaba su alma. Cada trago era un bálsamo temporal que amortiguaba el dolor, aunque sabía que era solo un parche que no solucionaba nada. Sin embargo, se aferraba a esa ilusión de alivio, sumergiéndose cada vez más en la espiral autodestructiva que había creado a su alrededor.

Aquel segundo día del año algo perturbó la negrura de su vacía mirada. Su móvil daba las once de la noche. No había nadie por el parque desde hacía horas. Solos él y Rubi. El fiel can le acompañaba sin rechistar durante sus solitarios días, acólito mudo y leal sin importar cuál fuese el objetivo. Una breve luz empezó a destellar en el centro de su negra visión. No podía ser. Su

ceguera era total, pero unos rayos blanquecinos comenzaban a copar su enfoque negro. Ambas luces convergieron en el centro. Le daban la profundidad perdida tiempo atrás. Una sombra se distinguía entre las luces. Se acercaba hacia él caminando, despacio. Una figura femenina. Su visión se fue aclarando, permitiéndole concretar de nuevo su mirada. Alzó sus manos ante sus ojos, pero no vio nada, solo la sombra desconocida que se acercaba hasta él. Ahora estaba de pie. Ya no hacía frío. Dio dos pasos hacia adelante. La figura comenzó a cobrar forma. Un contorno femenino. Vestía un traje beis muy elegante que la estilizaba. El pelo rojo le caía frondoso sobre los hombros, pero le despejaba una cara angelical. Ambos se encontraron. Quedaba un palmo por debajo de él. La veía perfectamente. Era ella.

—Te he echado de menos —dijo la inconfundible voz de Sandra bajo una sonrisa sincera.

—Oh, por Dios. Eres tú. Lo siento, lo siento tanto. Es culpa mía. Todo. —Oskar comenzó a llorar.

—No, no lo es. Tú no tienes la culpa. —Sandra le estrechó las manos entre las suyas—. No tienes que pensar eso.

Las manos de Sandra estaban calientes. Ahora también se veía a sí mismo, sus extremidades, sus piernas. Rubi no estaba a su lado.

—¿Dónde estás? —quiso saber Oskar.

—Junto a ti —respondió ella—. Ahora estamos juntos de nuevo.

—No quiero que nos separemos nunca más.

—Nunca lo haremos. Ven.

Sandra comenzó a caminar hacia la luz que provenía de su espalda. Sin soltar una de las manos de Oskar, tiró de él para hacerle caminar. Cuanto más se acercaban más se veían

sitiados por el aura blanca de los rayos que provenían de aquel lugar desconocido. Pronto los rodearía a ambos. Sandra se volvió hacia Oskar. Ella le agarró con los brazos alrededor del cuello y él la rodeó por la cintura. Se besaron mientras la luz los absorbía y los hacía desaparecer en su interior.

Media hora pasaba de la una de la mañana del dos de enero de 2019. La botella de *whisky* medio vacía se cayó al suelo junto a Rubi, que lloraba a los pies de Oskar.

Desde 1899 Informándole. • Miércoles 2 de enero de 2019.

THE DAILY POST

APARECE MUERTO DEPORTISTA OLÍMPICO

El ex deportista vivía como un vagabundo tras su prematura retirada deportiva.

Esta mañana dos transeúntes han descubierto el cadáver de un hombre sentado junto a su perro en un banco de Battersea Park. Tras la llamada, los servicios de emergencia que se han trasladado hasta allí no han podido sino confirmar la muerte del joven, que posteriormente ha sido identificado como Oskar Williams, ex medallista olímpico en Londres 2012 y que tras su repentino retiro desapareció de los medios de comunicación. Una corresponsal de este medio ha conseguido averiguar que Williams se había quedado ciego y que vivía como un vagabundo.

"La ex estrella británica se suma a los tres muertos por frío este invierno."

Cuatro sin techo fallecidos en los últimos meses por las excepcionales heladas . El ayuntamiento, que no ha hecho ningún comunicado al respecto, no ha tomado cartas en el asunto para redimir a esta gente. Los vagabundos, según una fuente interna, "son molestos y dan mala imagen a nuestra moderna ciudad". Las protestas por parte de diversas ONG no se han hecho esperar y han convocado manifestaciones por todo el país para mostrar su repulsa ante tales hechos.



"Fotografía de la Pagoda de la Paz, en Battersea Park, donde ha sido encontrado el cadáver."

Las dos mujeres que encontraron el cuerpo tuvieron que ser atendidas por sendos ataques de ansiedad. "Pensaba que dormía", ha declarado una de ellas.

El cadáver ha sido llevado al hospital junto a su perro guía. Se desconoce si tenía familia directa, ya que nadie ha reclamado el cuerpo.

¿QUÉ ES EL AMOR?

El amor es una actividad, no un afecto pasivo; es un «estar continuado», no un «súbito arranque». En el sentido más general, puede describirse el carácter activo del amor afirmando que amar es fundamentalmente dar, no recibir.

¿Qué es dar? Por simple que parezca la respuesta, está en realidad plena de ambigüedades y complejidades. El malentendido más común consiste en suponer que dar significa «renunciar» a algo, privarse de algo, sacrificarse. La persona cuyo carácter no se ha desarrollado más allá de la etapa correspondiente a la orientación receptiva, experimenta de esa manera el acto de dar. El carácter mercantil está dispuesto a dar, pero solo a cambio de recibir; para él, dar sin recibir significa una estafa. La gente cuya orientación fundamental no es productiva, vive el dar como un empobrecimiento, por lo que se niega generalmente a hacerlo. Algunos hacen del dar una virtud, en sentido de un sacrificio. Sienten que, puesto que es doloroso, se debe dar, y creen que la virtud de dar está en el acto mismo de aceptación del sacrificio. Para ellos, la norma de que es mejor dar que recibir significa que es mejor sufrir una privación que experimentar alegría.

Erich Fromm

El arte de amar

Antiguos

dramas

Emmanuel

Londres, Inglaterra, Reino Unido

Jueves 7 de mayo de 2020

El teléfono de Emmanuel volvió a emitir su terrible sonido asociado ya para siempre a malos augurios desde que le comunicaron la muerte de Oskar, mezclándose con la verborrea insufrible de un programa matutino de variedades que emitían por la televisión en el que informaban del avance de aquel nuevo virus y de las fiestas privadas de parte del gobierno del país. Emmanuel lo escuchaba sonar con indiferencia mientras lo observaba sentado desde el otro lado de la habitación en el verde sillón de orejas donde le gustaba descansar y leer. El aparato reposaba en una mesita de madera debajo de la ventana iluminado por el sol que entraba por el pequeño espacio que quedaba abierto entre las cortinas, dándole un aura mística o incluso fantasmal. Rubi, que pasaba el tiempo dormitando a sus pies, salió de su acomodo y se puso de pie para mirar hacia el origen del sonido. Ladró dos veces y observó a Emmanuel. Este se sorprendió sobremanera, pues le costaba recordar si en alguna ocasión había escuchado ladrar a ese perro, al que en ocasiones llegó a considerar que era de escayola por lo poco que se movía.

El insistente teléfono resonó de nuevo en la sala. Esta vez, quien llamaba apuró los segundos, como si la impaciencia del interlocutor se filtrara a través del aparato. Rubi, el ahora compañero de Emmanuel respondió con nerviosismo, ladrando dos veces más y acercándose con cautela a la mesita. Después, como si intentara comunicarle la importancia de atenderlo, fijó su vista en Emmanuel.

Tuvo que hacer un esfuerzo mental de convicción mientras se preparaba para levantarse y responder la llamada que había interrumpido la monotonía de la mañana. Sin embargo, antes de que pudiera moverse, el tono cesó de forma abrupta, dejando como única compañía las voces de las tertulianas provenientes del televisor incrustado en la librería. Sumido en su desgracia, permaneció inmóvil en el sillón.

Apenas unos minutos después, el tono de su móvil regresó, esta vez más penetrante, como si la intensidad se hubiera multiplicado. Rubi emitió un sollozo lastimero en lugar de susladridos.

Emmanuel se puso de pie con dificultad, sintiendo el peso de sus secuelas mentales y físicas al moverse hacia la mesita. Cada paso lento parecía traer consigo una oleada de recuerdos dolorosos que inundaban su mente. Revivió la angustia de la conversación con Oskar, cuando le comunicaron la trágica noticia del ahogamiento de Sandra, así como el devastador momento desde el hospital cuando le informaron del fallecimiento de Oskar debido al frío. Mientras avanzaba, los ecos de esas conversaciones resonaban con claridad. Unas lágrimas se escaparon de sus ojos humedecidos, traicionando su aparente calma y revelando la profunda herida emocional que seguía abierta en su interior.

Emmanuel acarició la cabeza de Rubi al llegar a su lado, sintiendo el reconfortante roce del pelaje del perro contra su pierna. Agradecido, Rubi respondió restregándose contra él un par de veces antes de dirigir de nuevo su atención hacia el teléfono. Emmanuel se preguntó con extrañeza quién podría estar llamando, ya que rara vez recibía nada de nadie aparte del trabajo. Sin embargo, se sintió indiferente ante la posibilidad de ignorarla, ya que no tenía nada más que perder en ese momento.

Emmanuel cogió el aparato, pero las lágrimas y el hecho de no llevar sus recientes y necesarias gafas le dificultaron ver quién llamaba. Se secó los ojos con la manga de la camisa y los entrecerró para intentar leer la pantalla. Logró distinguir el nombre «G. Gardfiel» acompañado del símbolo del auricular verde parpadeante. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, años incluso. Supuso que había escuchado sobre el fallecimiento de Oskar y tal vez quería darle el pésame. A regañadientes, arrastró el dedo sobre la pantalla y se la acercó a su oreja.

—¿Sí? —Respondió Emmanuel con su habitual indiferencia.

—¿Emmanuel? Soy Gareth. Lo siento, lo siento tanto… No he podido llamar antes.

Ahí se confirmaron las sospechas de Emmanuel, quien decidió soportar los lamentos ajenos una vez más.

—Gracias…

Unos segundos de silencio invadieron la conversación, hasta que Emmanuel decidió proseguir, ansioso por terminarla cuanto antes y volver a su rutina de descanso, castigo y aflicción.

—Gareth, si no te importa…

—¡Oh! Claro. Discúlpame. No puedo ni imaginar por lo que estás pasando, pero te llamo por otra razón. Hay algo que debo decirte.

Emmanuel se sorprendió al escuchar esas palabras y un atisbo de curiosidad se reflejó en su rostro.

—¿Qué sucede? ¿Qué ocurre, Gareth?

El canoso inglés, que tanto había hecho por él en el pasado, le lanzó un torpedo contra su frágil línea de flotación, tras un breve y profundo suspiro, que jamás hubiera esperado.

—Es ella, la hemos encontrado.

—¿Có… cómo? ¿A quién? —Rubi ladró varias y potentes veces, como si entendiera lo que estaban hablando.

—Emmanuel, tu madre está viva.

Entre Los Ángeles, Zaragoza y Dinan, del 2020 al 2024